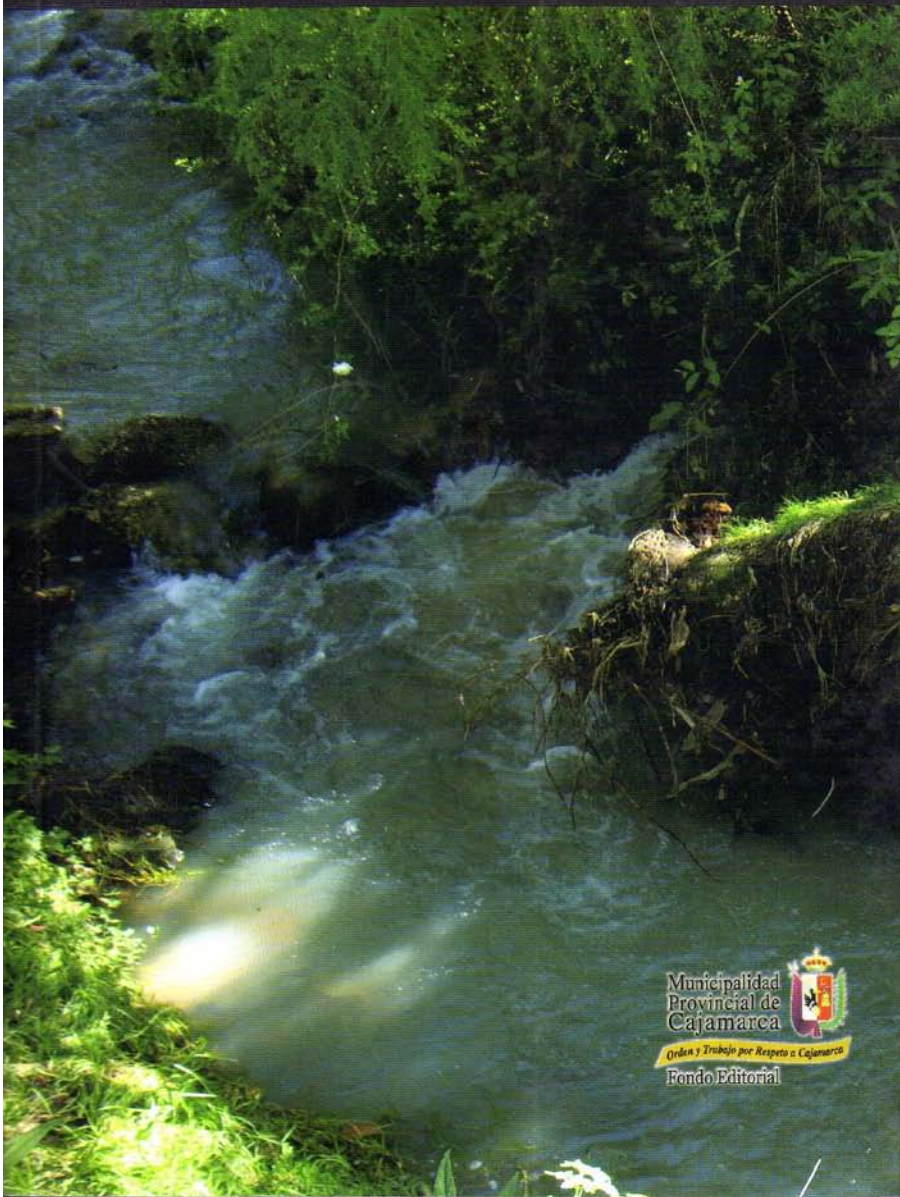


Aguas arriba

Fransiles Gallardo



Fransiles Gallardo,
de Magdalena, Cajamarca, Perú
Ingeniero Civil Colegiado, escritor y
poeta.

Ha sido considerado:

o Poeta Peruano de Todos los
Tiempos, 2010

o Mención Honrosa 2º Juegos
Florales del Siglo, Uruguay,
2010

o Mención Honrosa Premio
Mundial de Poesía, Aguas
Verdes, 2008

o publicado:

o Arco Iris de Magdalena,
poesía, 2009

o Entre Dos Fuegos, Historias
de Ingenieros, narración,
2007

o Ventisca tu (des)amor, poesía,
2004

o Antologías:

o Voces en el Fuego de la
Palabra, 2010

o Bendito Sea tu Cuerpo,
Antología Mundial de la
Poesía Erótica, 2008

Munilibro N° 2

En los años mil novecientos veinte,
mi estancia era un camino de herradura
transitado por arrieros y mulas.

Con segundo año de primaria
mi padre había leído
“Las mil y una noches” y los cien relatos del “Decamerón”;

A
José Arturo y Angélica Luzmila,
viejos árboles de espino.

A la Magdacha,
la querencia revivida.

De una banda a otra, se escucha:

- ¡China Joshe...! ¡China Joshe!
- ¡*Quí'diste, taita!*
- ¡*Tray rish plandam* cacho *polvora* bolsa *monestación!*
- ¿*Quí'diste, taita?*
- ¡*Rabo'pelao* dañino hay *pu'acá!*
- ¿*Quí'diste taita...?*
- ¡*Apúrate, canasto,* entre las *shacshas* *aguaitando'stá!*
- ¡*Quí'diste taitaaa...!*
- Pishgo pa' to ushco,* china *potocha!*
- ¡Viejo *guashatulla,* *lenguaraz...!*
- ¡Eso sí lo oyes *das-dás,* china *muerma...!*

Contado por don José Arturo Gallardo Cedrón, mi padre.

PRÓLOGO

El poeta Fransiles Gallardo nos entrega ahora el ejercicio de su prosa plasmada en la novela Aguas arriba. Lamento no haberla tenido antes entre manos para incluirla en mi libro La prosa de los cajamarquinos, publicado recientemente.

En Aguas arriba se respira un ambiente netamente campesino: costumbres, objetos, lugares, quehaceres, creencias, personajes, peripecias e ilusiones aparecen narrados y descritos de manera sugestiva y conmovedora.

La Playería, escenario principal de la novela, con todo su aliento telúrico se ha impregnado hondamente en el ser del autor; se ha hecho carne y sustancia de Fransiles Gallardo. De ahí proviene la eclosión de esta obra que por sus merecimientos se inscribe sin regateos en el universo de la novelística regional y nacional.

Después de leer los cinco capítulos de la novela, advertimos en ella los dos lados de la existencia humana: los gajos de dicha y los desgarrones de la tristeza. Percibimos el contraste de dos mundos: la alegría y la tristeza.

En el primero hay la aceptación de la realidad circundante; en el segundo se vislumbra el desafío y la aventura. Esta antinomia es la evidencia del vaivén en que vivimos. En el primero, la vida se muestra anclada en un pequeño universo; en el segundo, la vida se extiende hacia otros horizontes; en uno hay presencia; en el otro hay ausencia, con un implícito sentido filosófico sobre el valor de la soledad y la tristeza de los humildes.

La obra encierra indiscutible significación humana y social porque es una forma de conocimiento de la vida rural, de adhesión al mundo campesino serrano, tornándose a veces introspectiva y de tono lírico. Exhibe la idiosincrasia social y cultural de un grupo humano, asentado en una pequeña comarca, cual si fuera una muestra simbólica del universo rural.

El autor, conocedor en profundidad, desde dentro, de la vida campesina en sus diversas manifestaciones, ha logrado una fidedigna contextualización rural y ha hecho gala de un verdadero ejercicio de conciencia social.

Estilísticamente, Aguas arriba ofrece singulares características como éstas: Uso abundante de vocabulario y sintagmas andino-indigenistas (nu'ay durar mucho tu tragedia; juerte hay que ser, o sidenó tieso das das; ¡Pruébeste y veray qui'asta los dedos siay de chupar, niño!, diciendo. ¡Cuidadito, vos también, cholo malcriado, que redepente tu tantito también te toca. Cuántas veces, enrojecidos los ojos, hipo hipo, la escuchamos –moco moco, lloro lloro- contarle la congoja de los hijos ausentes).

Frecuentemente aparece la fonética del sustrato quechua (Gavelancito de los cirros/ no mi llevas mes gallenas,/ llívate me corazón/ pa'nu llurar mes penas. Tan chequetito, recién nacideto lo llévaste por esos friyos, acacaucito me cholito, amarrau al kipe de mama Beca, hasta Santa Rosita.)

Asimismo, aparecen de vez en cuando algunos hipocorísticos e informalidades (Baldo, Balducho por Baldomero; Gonsha, por Gonzalo, Segis, Ashuco) y el uso preciso y apropiado de términos onomatopéyicos.

En algún momento se percibe un rasgo original: frente a cada verso de un yaraví discurre el texto narrativo del autor en un paralelismo que se complementan sentimentalmente para transmitir hondas añoranzas. Los versos de canciones con sentimiento romántico o notas de tristeza y añoranza de yaravíes y valsecitos del ayer conceden notas líricas a la obra.

Como técnica narrativa cabe destacar la superposición de discursos narrativos: del autor y de los personajes. Ejemplo: “Ni los emplastos de llantén con higuierilla, hierbasanta y barro mitoso del puquio, ni las mezclas de hierbas y menjunjes de doña Lolita Cabrejos, la curiosa del pueblo –tómeste este calentito, friyo dejuro li'a dentrao- le calman los dolores y andares. Ni la mesada del cholo Basilio Chanduví brujo güenazo soy, diciendo con sus rezos to los daños yo corando ni las danzas a media noche alrededor de un poncho maliro no suy, corador suy con Cristos, sables, calaveras –yo limpiandooo, yo curandooo, levantandooo-, ni las invocaciones del Apu del cerro y a los gentiles, con cigarro y sanpedro inhalados por su nariz –yo, limpiandooo, yo curandooo, levantandooo-; nada.”

Y no faltan los ingredientes humorísticos como éste: “Mojamos con saliva la punta del lápiz de carbón pa' que pinte más mejor las respuesta de Lenguaje.

¿Cajón es con jota o con ge?

Las sumas y las restas.

–Siete más nueve, no sé pue a mí sólo me han enseñao nomá nueve más siete –
contando con los dedos–.

–¡Qué gafo que'res, si es lo mesmo pue, burro animal! –escribiendo el resultado–.

–Qué ganas de alabar a tu familia, ¿di?

Las pequeñas historias narradas en cada capítulo, aparentemente cuentos aislados, adquieren sentido de unidad cuando la obra llega a su desenlace.

La novela encierra episodios cautivantes, cuyos personajes centrales son el viejo Joshua, madera de roble, pícaro y burlón, y mama Beca, tierna, dulce y hacendosa.

El último capítulo de la obra titulado Arrieros somos, con sus diez relatos conmovedores, consolida y redondea el corpus novelístico.

El retorno del hijo ausente, después de veinte años, desde los climas fríos de Puno a Lima y de allí a Wamanmarca es desgarrador.

La prosa que en los capítulos anteriores se presentaba tachonada de vocablos y giros regionales, de visible tono coloquial, en el capítulo final se ofrece literariamente más formal, castiza, poética, ágil y fluida, haciendo el autor gala de sus cualidades narrativas:

“La soledad devoradora, en oleadas invade nuestra memoria y se empoza en nuestro pecho, como una laguna de nostalgias y recordaciones.

La melancolía irrumpe candente en nuestras conmovidas fibras, resbalando cuesta abajo por nuestro cansado rostro ajado por el viento, el tiempo y la soledad. Desbarrancándose, como las riadas del Lango Lango en invierno o chispoteando a borbotones, como los canales de riego de la gran represa del río Grande.”

El regreso, a manera de recuento de la vida o colofón de la existencia humana, es un torbellino de sentimientos encontrados entre nostalgia y añoranza, entre tristezas y alegrías; por instantes aflora una vibración de felicidad; es el retorno a la querencia donde habían quedado jirones de sueños infantiles.

Como una queja irremediable, el autor narra cuánto ha cambiado el lugar de la infancia; pero al fin y al cabo persiste la ilusión del reencuentro con los viejos Joshua y mama Beca, abrumados por la soledad.

El final es estremecedor; el corazón se sacude, y si en el lector sensible brota una lágrima, es sin duda el testimonio de que esta obra ha logrado remecer la fibra más profunda de su esencia humana.

Felicitaciones, Fransiles Gallardo, porque con Aguas arriba estás yendo cuesta arriba.

Luzmán Salas Salas.

**LA BUGANVILLA
ES UNA FLOR**

*La colina
donde fundé un pueblo,*

*sembré una buganvilla,
escribo un poema*

ARRIENDO

En el ocaso del veinticuatro de julio de mil novecientos cincuenta y cuatro, llegamos a “La Playería”, con la alforja vacía y la desesperanza llena.

Apenas un retazo de poncho viejo, para abrigar nuestra desnudez.

Sin un pan bajo el brazo –*si’adelantau* el cholito–, con las preocupaciones que las necesidades exigen y la resignación obliga.

– Diosito lo manda, *qui’aremos pué...*

Ni siquiera un bizcocho duro; pero sí la más fuerte hambruna que registra nuestra historia familiar,

– ¡El mal tiempo no avisa, *caracho!*

Llegamos con la mala suerte sellada en el cuerpo: nuestro cordón umbilical enrollado como *cushpín* de tierra fangosa alrededor del pescuezo.

– A las justas *si’a salvao*, moradito ha salido el cholito– y una espina bífida oculta.

– Un poquitito más y potroso y baldao nace el cholito, *cacaucito*– que nos habría dejado inválidos de por vida –*arrastrau* como *collebra algu habriyau caminau* el *chulito*–.

No trajimos la usual alegría de los que llegan.

– ¡*Cati, pué*, cholito *ha’naciu; salucito, pué*, brindemos por su llegada!–, más bien un costal de tristeza y desconsuelo: de los que vienen para no quedarse.

– ¡Malaya, *pué*, en qué *feyo* momento has *llegao*, amito...; *acacaucito, pué!*–.

Dos años antes, el viejo Joshua ha tomado en arriendo el fundo de “El Guabo Seco”.

El indio Candelario, con su buena fe.

– ¡*Güen* año será *esti’año*, patrón!

El viejo Joshua, debajo de su negro mostacho.

– ¡Duro *l’emos* metido a la trabajada, carajo...!–, satisfecho también, sonrío –la tierrita, generosa ha sido y nos ha respondido bien.

Mama Beca, con todos sus afanes, contenta *tamién* anda y aunque embarazada está ya, igual se levanta madrugadito –*oscuro-oscuroana*–, a las cuatro de la mañana –*pa’* preparar caldito de harina de alverjas con sus camotes colorados, *pa’ todita* la peonada–.

Ni bien asoma el sol su nariz, por la parte *lluspe* del cerro Negro, el viejo Joshua y los peones tumban espinos, sacan de raíz los carrizos, cortan pencas y magueyes, amontonan a un costadito de las chacras las piedras grandes y medianas, *juyen las collebras, las shangulays y lagartejas*, queman las zarzas y la mala hierba, se amplían los surcos y se construyen nuevas acequias.

A punta de arado y bueyes barbechan la tierra, separan las melgas, la tierra barrosa se abre

fecunda y olorosa, preparándose para recibir la simiente. En una piara de burros traen las semillas. Es época de alegría y de contento; el viejo Joshua, como chisco enamorado, silba feliz.

Marzo se va dejando la humedad de sus lluvias –harta agüita hay en el río Atarama *pa'* regar las chacritas en el estío–; bajo el sol de abril siembran pampones con yucas, camotes, maíz, plátanos, papayas, naranjas, tomates y pepinos y *tamién* sus frejolitos, *pa'* cosechar *luego-luego*.

Tan pronto como los peones, con su palana al hombro, enrumban por la cuesta del Guabo Seco, *mama* Beca, canturreando los aires de su tierra comienza la cocinada en sus ollas de barro: yucas con carne de *güisha*, *trigo resbalao* y alverjas con su cuero *e'coche*, locro de papas con arroz y su pescado seco frito, que trae de la costa doña Gaudencia Flores.

Coloca la comida en dos lapas grandes de calabaza, cuenta los mates pequeños y las cucharas de palo, los amarra en su *joijona* de cuatro puntas y los mete en una alforja. Jalando al burro Medardino, a las once *nomá* se encamina rumbo al Guabo Seco, para que la peonada no ande bostece y bostece y coma *trempanito, das-dás*.

La Florcita, maltoncita ya, se queda en la casa de la Lomada, cuidando a los *chiquindujes*, que de tanto en tanto corretean hasta el Guabo Seco, cuesta arriba, pasando el Piloncillo.

Cuando el Sol empieza a asomarse por los cerros que dan a la costa y el cielo cambia de amarillo a rojos con azules y granates, emprendemos el regreso a la casa de la Lomada.

El viejo Joshua, sombrero *a la pedrada* y su palana al hombro, *mama* Beca con su *quipe* a la espalda, carga en sus brazos a cualquiera de los menores, que aún no caminamos bien, *rengorengo, tuavía*, porque las espinas del monte *si'an* metido en nuestras patitas o por el puro gusto de que *mama* Beca nos cargue sobre su espalda.

Encima del burro Medardino la alforja llena de yucas *pa'* la *tragana* de mañana y el gramalote *pa'* engordar los cuyes.

–¡De los carnavales no pasan, qué caray!– los miramos con ojos de contento.

–*Esti'año* buena cosecha tendremos –comenta contento el viejo Joshua–.

–*Ha'di'alcanzar pa'* educar bien a los muchachos –se emociona *mama* Beca–.

La alegría anida en sus corazones, como capullos de retama en las faldas del cerro el Trinche.

Todo está preparado para cosecha.

La tierra nueva ha sido generosa y las yucas *pata de paloma* se vuelven sopita en las ollas; los camotes anaranjados se cocinan como mantequilla, las papayas están verdeando por docenas, los maizales en plena flor revientan en choclos, los pepinos amarillean a lo lejos, los tomates verdeando están también y de cada cabeza de plátano “hasta un tercio enterito se saca, patrón”.

–Buen precio le pagarán en el mercado de Wamanmarca, papá Joshua –ríe pleno de contento el Baldomero–.

Como ha dicho el indio Candelario, buen año será.

Pero no siempre la felicidad es completa. El hombre pone, Dios dispone, viene un borracho y lo descompone...

Cuando el viejo Joshua baja a La Playería, a pagar la deuda que tiene por el arriendo del Guabo Seco y renovar el contrato por dos años más, se encuentra con la sorpresa: el municipio ha hecho trato ya con otro arrendador.

Ni más ni menos, con Fedorio, sobrino de su mujer, a quien han tenido y mantenido en su casita de la Lomada, por más de cinco años, a quien han encaminado *pa'* que sea en la vida un hombre de bien, enseñándole a trabajar las chacras.

– ¡Agarra bien el *arao*, como hombre!–, mirando el cielo, conociendo las nubes, interpretando los vientos, calculando las sequías *pa'* que siembre bien y coseche mejor y hasta fue su padrino en la pedida de mano de la tía Mavila, que era ahora su mujer.

– Buen hombre es el Fedorio, sobrino de mi Beca; es trabajador, es hombre, la Mavila *nu'a* de pasar hambre y, si algo faltara, yo estoy *pa'* responder por él, caracho-, diciendo.

Han negociado a sus espaldas. Nunca le avisaron para que viniera a regularizar los documentos “*papeles adefesios*” y a quien le han dado la notificación es al primo Fedorio.

– *Mi'olvidé, pué*, don Joshua; qué quiere *qui'aga*, olvidos son olvidos *pué*, o no tía Beca, atento *usté debió'star, disqué* diciendo–.

Sin más argumento que *usté* don Joshua no vino cuando se le llamó y *ya'y* otro arrendador en su lugar.

Le han arrebatado mezquinamente el esfuerzo de dos años bravíos, duros y sacrificados y en donde, además, han invertido su último centavo y sus mayores ilusiones; se han endeudado hasta las rodillas y los préstamos se pagan, sí o sí.

– Negocios son negocios y la plata manda; así es o *nu'es* así, primo Soberano.

Todo, con la esperanza de recuperarlo en la cosecha.

–Vayan desalojando *nomá*, don Joshua, sin tocar nadita de nada, que todito es *aura* mío y ya nada les pertenece, tía Beca ¿o no, primo Soberano? –contento, tomando *guashpay* con gaseosa, champán de guardia es, con Soberano Domínguez, secretario del municipio de La Playería.

– *Y'usté* no se preocupe, primito, que por su trabajito su partecita *tamién le'hay* de tocar... porque cuando llueve todos se mojan, o no primito-, enseñando el diente de oro, verdense con rastros de hojas de coca.

No les dejan sacar absolutamente nada.

Ni una sola planta de yuca, que verdea de lo lindo a lo lejos, ni una alforjada de camote para aplacar el hambre de las criaturas, ni una cabeza de plátanos picoteados por los zorzales, ni un choclo a medio comer por los loros. Ni un pepino podrido, con los que ahora engordan a sus chanchos.

Tampoco les dan un miserable sol de nueve décimos, por todo lo que, sin esfuerzo, hoy cosechan.

–Yo *naida* tengo que ver, así que arréglese *usté* con el municipio, tía Beca, y si quieren pleito, pleito tendrá *ño* Joshua, *aura* la plata lo tengo yo, o *sidenó, aténgaste* a las consecuencias.

Mama Beca, con los ojos llorosos y la rabia contenida en el pecho, mira incrédula desde la Lomada cómo el Fedorio, hijo de su prima hermana, la Florencia, desfila dos veces por semana, con sus piaras de burros y mulas cargaditas, por el camino del cerro del Trinche, rumbo al mercado central de la provincia de Wamanmarca.

– Harta plata sacaremos don Juancillo –comenta contento el primo Fedorio al hermano mayor de su mujer –*só, sóo*, burro, *só...*–, cargando sacos de camotes y yucas sobre los burros aperados.

– Buena fiesta pasaremos, *entón* –contesta, contando uno a uno los animales de la piara, que lentamente van cuesta arriba del camino–.

La hambruna con su manto desolador cubre a la casa de la Lomada.

Para aumentar los males, nosotros hemos nacido días antes.

A partir de allí las desgracias, como *mal'ora*, se vienen para la familia. *Los males nunca vienen solos, caracho*, comenta resignado el viejo Joshua, recostado sobre la pirca de la casa vieja, mirando ocultarse el Sol.

El primero en aguantar el golpe en las quijadas es el Baldomero.

Tiene que dejar sus estudios del segundo de secundaria –plata ya *nu'ay pa'* pagarte la pensión y los cuadernos, Baldo– en el centenario Colegio San Román de la provincia de Wamanmarca.

Para empeorar las cosas, a la Florcita le ha dado la terciana y la tembladera la agarra tres

días a la semana, tres veces diarias, tumbándola a la cama y sin tener plata para comprar la Quinina, que tan escasa *stá* y que sólo la vende *ño* Contreras, abajo en su tienda de La Playería – por eso sólo yerbitas, *nomá* tomando, *pa'liviarle* el dolor–.

De pura cólera y por tanta traición –de cualquiera esperaba eso, menos de la familia– el viejo Joshua se emborracha con cañazo, dos días con sus respectivas noches.

– Trabajador eres, Joshua; hombre de bien eres, *nu'ay* durar mucho tu tragedia – abrazándolo, le dice don Domingo Rojas–. ¡Te levantarás, ya lo verás, te lo digo yo, y sé por qué diablos hablo así; porque soy más viejo que tú y así ha de ser! Pero ese mierda del Fedorio algún día *hai'pagar* todito lo que *ti'a* hecho. ¡Como su padre casi has sido, testigo soy; ingrato es, malagradecido es; pero eso *nu'a* de durar mucho, Joshua!

Mama Beca, dura como el espino viejo del corral donde se amarran a los burros, no murmura nada. De pura rabia llora *nomás*, cada vez que sus ojos, miran al Guabo Seco.

– Quién iba *a'pensalo*, hermanita, *que'l* Fedorio te *haiga* hecho esto, vos que más que su *mama* has sido; ingratitud *nomá* es –lo reconforta la tía María Santosa, viendo su desesperación y sus lágrimas:

Gavelancito de los *cirros*
no mi llevas *mes* gallenas,
llívate *me* corazón
pa' nu llurar *mes* penas...

Pero hay la obligación de sobrevivir. Varias bocas piden comida –ellos no tienen la culpa de nada, pobrecitos y muchos compromisos que cumplir. Urgentemente, algo hay que hacer y pronto, antes que las necesidades aumenten y las dificultades se agraven.

Mirando su tragedia el viejo Joshua, y buscando sosiego para su mal carácter y paz en su alma atormentada, mientras mira el Guabo Seco, dice:

- ¡Si el gusano con ser gusano bajo la tierra vive, qué de menos será yo, que soy un hombre, carajo!.

Juntan lo poco que tienen y ensillando cuatro burros, al clarear el día se marchan, llevándonos cargaditos en la espalda.

– Tan chequitito, *ricién nacedeto lo llevaste* por esos friyos, *acacaucito* me cholito– amarrado al *quipe* de *mama* Beca, hasta Santa Rosita.

– Si *si'a* de morir, morirá *pué*, y *si'a* de vivir, vivirá; ley de la vida es, qué vamos a hacer *pué*– donde la abuela Edelmira.

– Ni la tos *li'a dao* al cholito, indio *juerte va'ser*, de juro-, todo coloradote y con los ojos bien *abiertotes*, dicen que dijo la abuela al vernos.

Es nuestro primer viaje interprovincial.

- *Di'ay segurito* se te pegó la maña de mataperrear por todo sitio, sin sosiego, sin sentar cabeza, perro sin dueño, pareces –nos diría en reproche, tiempo después, *mama* Beca–.

Terminan ya las cosechas de trigo y cebada y no queda otra cosa que rastrojar.

Agachados, rebuscan entre las eras cosechadas, el poco grano entreverado que se desecha y que sirve sólo para quemarlo y mejorar las tierras que han de sembrarse el año próximo o simplemente *pa' dales* de comer a los coches y engordarlos, cuando maicito ya no hay, *pué*.

Llenan ocho sacos. La abuela Edelmira, con la generosidad de los que nada tienen, les da también algo más de comida:

- *M'ija* eres y más que *seya* compartiremos nuestra pobreza-, le dice llorosa.

Regresamos a los quince días y mientras el viejo Joshua se pone a sembrar las chacras de la abuela Merceditas, *mama* Beca se pasa todas las tardes de una semana entera venteando el trigo y la cebada rastrojadas.

Por sus mejillas aún ruedan lágrimas de impotencia y rabia mal contenida, contemplando a las piaras de burros bien cargaditos perderse cuesta arriba, con las cosechas que ellos sembraron, dos años atrás.

De los ocho sacos, sólo sacan uno de trigo y medio de cebada.

Eso permitirá contentar a las tripas que silban de hambre y rugen de necesidad, sobreviviendo unos días más.

Nosotros, mala hierba de las laderas, sobreviviremos también.

LOMADA

El viejo Joshua vive en La Lomada, con la abuela Merceditas.

Baja los domingos a La Playería, a tomarse unos buenos aguardientes con la gallada casamentera.

– ¡Fíjate *hom*, que la china Olinda *lu'a despreciao* al Cachiporras...!–, aguzar sus picos y calabozos en la herrería de su sobrino Víctor Enríquez.

–¡Afilalo bien, *Victitor*, que la punta de mi barreta está como mi dedo!–, apostar en las peleas de gallos en la casa de don Julio Velásquez.

–¡Cinco a dos al ajisecho y pago ya mismo, o a jugar con los dados: dos sietes seguidos ganan!–. Aunque no siempre con tan buena fortuna.

Como la vez aquélla en que su tío Héctor Portales, encontrándolo borracho y con los dados cargados, le ganó toda la plata de una carga completa de yucas y plátanos, que dos días antes había vendido en el mercado de Wamanmarca.

– Sé *que'res* apostador, ¿por qué *das-dás* no nos echamos una manito? – y, luego, por más que reclamó, no le devolvieron ni un real partido por la mitad.

–El casado, casa quiere –ha dicho el abuelo Asencio, ayudándole a coser con *guanchil* los atados de paja seca de caña de azúcar, que han de servir para el techo–.

Planta horcones de espino en las cuatro esquinas –árbol noble, así *nomá* no se pica– con carrizo seco trenzado hace las quinchas, champeándolas con barro y paja –*pa'* que *nu'entre* el frío de la madrugada por las rendijas, oiga *usté*–. Amarra magüeyes gruesos con paja de caña en el techo a dos aguas, por si *acacito*.

El viejo Joshua, sin ayuda de arquitectos ni ingenieros, en menos de una semana construyó la choza, al frente de la casa de los abuelos:

...“ya tienes tu casa *nuevaaaa*, ya tienes tu casa *nuevaaaa*;
ya tienes dónde *viviiir*, ya tienes dónde *viviiir*;
ya tienes nuevos *amoreees*, ya tienes nuevos *amoreees*...
ya no te acuerdas de *míi*, ya no te acuerdas de *míi*...”

El tío Antonio Valencia entona alegre esa vieja *cashua* wamamarquina, acomodando la puerta, hecha de una calamina recién comprada.

El viejo Joshua, tomando su chicha *pal calorzote* del mediodía, repara orgulloso su obra.

–¡Tengo que darle a mi Beca la chocita *onde* los dos solitos habremos de envejecer!

A la entrada está el poyo hecho de piedra y barro, con sus pellejos de carnero *pa'* recibir las visitas en la fresca, al otro lado, pasando la puerta de calamina, un gran tronco de espino labrado

con azuela, tapado con su alfombrita de lana tejida a crochet *pa'* sentarse y aliviar los cansancios del día.

Entrando a la izquierda está un cajón hecho de tablas desiguales, cubierto por un mantelito blanco bordado y sus bancos de tronco de magüey alrededor: es la mesa *pa'* tomar el caldito con sus camotitos *coloraos*.

Al fondo, tres piedras redondas, traídas a burro desde el río Atarama, son las *tullpas* del fogón –las *tullpas negrecidas'tán* ya de tanta cocinada–, a su costado la *paracha* de adobes y carrizo, donde *mama* Beca pone sus ollas de tierra, desde la más grandota *pa'* las *mollendas* y los carnavales, hasta las más *chiquindujas pa'* los calditos de los enfermos, los mates de calabaza con sus cucharas de palo y sus tazas de fierro enlozado *despostillado*.

–¡*Chachau!* ¡Quema, *mama* Beca, *chachau*, quema!– nos quejamos los pequeñines, cogiendo las tazas.

Debajo de la *paracha*, los cuyes alboroteadores y las *cuinas* paridoras, comiendo y creciendo para el cumpleaños de la abuela Merceditas.

En noches de luna llena o de intensas lluvias el corredor es nuestro lugar de refugio, o el de los reencuentros amicales o las conversadas de la familia entera, donde los tíos arrieros tomando aguardiente sampablino de contrabando, cuentan las historias de sus viajes:

- *Arreyando* las mulas nos *garraban* los *luviones* por las cuestas de Cansacaballo, ¡Ay diosito, qué *calamidá*, resbala y resbala las mulas, ladeándose las cargas, chorreando aguacero, *alalau* mojaditos de pies a cabeza, con la *neblinaza* oscureciendo más la noche; *solitito*, Dios bendito, por esas montañas del Señor con mi linternita de kerosén, que alumbraba dos pasitos, *nomá...!*

El tío Telésforo, sacado su sombrero de palma y alisándose los pelos crespos encanecidos y moviendo las manos:

- Tantas veces *me'y trompezao*, Diosito, cara a cara con los *pantasma*s y aparecidos de la peña de La Muyuna, o los diablos habrán *siu, dejuero*, sus ojos brillantes, que relumbran el camino, encegueciendo los ojos, botando espuma, echando chispas, con un *miedazo* temblándonos las patas; pero sacando valor golpeándonos el pecho, gritando malas palabras *pa'* que *juyera* el *demoño*; *tamién ño* Joshua los *pantasma*s de la subida de Silimayo, *jediendo* azufre puro, patrón, *achichinsazo*, *escarapelao las landas*, *carne'gallina* el cuerpo, pero *juerte* hay que ser, o *sidenó* tieso *das das*, tieso uno se queda, boqueando echando espuma *das-dás*.

Nosotros, cobijados en las faldas de *mama* Beca, temblando de miedo; pero *manan* de irnos a dormir, escucha y escucha las historias

– ¡*A'vé*, anda a mear al corral, si eres macho...!

El viejo Joshua arremedando a don Segundo Rioja y a don Cristóbal Castro, que de puro palomillas y con varios cañazos adentro, una noche metiendo bulla a toda garganta haciéndose pasar como abigeos de la banda del Carmen Cachi,

- *Fijeste*; pero el chiste les salió bien caro y terminaron *calateaos*, bien *amarradotes* en la entrada de la hacienda de Mallaydén, todita la noche y en plena lluvia, tiritando de frío hasta *quel* mismito *hacendau*, reconociéndolos, los desató y a pesar del cañazo, el caldo de gallina y las disculpas... les agarró la pulmonía y *casicito-casicito*, la trampa los lleva, de puro *gracioso*, *nomá*.

Y también los cuentos del tío Lino y la vieja Chuspe que *disqué* sembraban yucas de más de cuarenta metros y que con una sola dieron de comer a *tuá* la *gentada* que asistió a la fiesta de San *Mateazo*, o los cuyes que se le escaparon *pu'el* camino, encontrándolos luego convertidos en toros bravos y vacas con cría, volviéndose ganadero, *dasito nomá*.

Las tías, dejando los tejidos y los hilados, tosiendo de la agitación, agarrándose la barriga, muriéndose de la risa.

Nosotros *chiquindujes*, *oreja-oreja* riéndonos también.

VIEJO JOSHUA

–No *tó* los meses son julio, ni *tó* los días veintidós, así que hoy día tiramos prosa, canijo – murmura el viejo Joshua, aún con la resaca de los aguardientes bebidos hasta que rayó la aurora; sobándose los ojos enrojados y somnolientos.

Abre la vieja puerta de calamina del cuarto y la claridad del sol lo enceguece, *timba-timba, tuavía*, camina hasta la acequia que pasa frente a la casa; se echa agua a la cara con las dos manos, con su cuchilla marca Toro, bien afilada, se afeita de memoria la barba del día anterior; lava su cara con jabón negro de pepa y sus pies los refriega con una piedrita *llushpe* que saca de la acequia *pa'* que sus suavicen los callos que los llanques de cuero de res, le han dejado.

–Y *aura* a ponerse la *ropa'e* fiesta, que no la quiero ni *pa'* mortaja ni *pa'* velorio y que *pa'* eso si'a comprao ¿o sidenó? –murmura, sacando del flamante baúl de madera la ropa recién planchada por la abuela Merceditas.

Se amarra los pasadores de los chamarros domingueros hechos a mano y de cuero de becerro por *ño* Porfirio Rodríguez de la calle Real de la provincia de Wamanmarca.

- Por si *acacito de zapatero dia de veras*- se jacta solo.

Desdobra la camisa blanca de cuello almidonado y ajusta su pantalón azul de bota pié con su cincho de cuero y hebilla de acero comprados el día anterior a un mercachifle venido de la costa y jalando su sombrero de palma, colgado en el horcón de espino, se lo acomoda *a la pedrada*.

No usa mostacho todavía, pero leyendo la revista Variedades en la peluquería de *ño* Barboza, en la calle de los negocios de Wamanmarca, se entera que usarlo está de moda en la capital del país y cuando nace su tercer hijo se lo deja crecer.

– ¡Con lo prieto y *borrao*, hasta mejicano medio pareces, *mano...!*-, bromea la gallada de La Playería en los domingos de farra y alegría y como el bigote le sienta bien, no se lo quitó nunca más.

Trompeador y cantor. De pocas pulgas y muchas garrapatas. Bromista y jaranero. De mano generosa y trompada certera; así es el viejo Joshua.

A pesar de su metro cincuentaicinco, ve *diablos azules* cuando las cosas están chuecas y no resultan como él quiere.

– ¡Feo indio es el Joshua, cuando se enrabia! –, comentan.

Montado en su macho zaino albo dos con apero sampedrano y montura de cuero de donde cuelgan estribos con arreglos de plata, baja a medio trote de La Lomada, ese domingo veintidós de julio, día principal de la fiesta patronal de La Playería.

A trote lento da dos vueltas alrededor de las polvorosas calles de la plaza repleta de ranchitos hechos *shalga-shalga*, de carricito *nomá*, donde los fiesteros le meten los primeros vasos de cañazo del día central o quién sabe los últimos tragos de las vísperas.

– ¡*Póngaste* usted a adivinar, si tiempo tiene *pué!*–.

En peroles de cobre se fríen los cuyes recién pelados.

– Con *so* mantequita de chanco, tieneste que ser patrón, *pa'* que salga *carrash-carrash-*, ilustra doña Blanca Espejo, sobándose los ojos con su delantal floreado, que *lagrimean* por el humo de la leña verde.

En otras ollas de barro zapatean *ploc-plóc ploc-plóc* las papas amarillas llegadas de Cumbicos, con su arrocito de trigo.

– ¡*Pruébeste* y *veray qui'asta* los dedos *siay* de chupar, niño!-, diciendo.

Las ollas de caldo de mondongo, vacías, reposan en una esquina, solitarias ya.

Frente a la tienda de don Mercedes Minchán, un par de requiebros, dos cabriolas y el zaino corcovea.

– ¡Ajá, Joshua...! –dice el tío Manolo Navarro, tirando al suelo el sombrero de palma, enseñándole la media botella de cañazo, en actitud de brindis.

Dos talonazos en los ijares, un jale de la rienda con la mano izquierda y el macho corcovea levantando la cabeza, moviendo las crines; dos vueltas a la izquierda y dos a la derecha y otro jale de rienda y el zaino albo dos levanta las patas delanteras, moviéndolas como si caminara en el aire, saludando a los amigos, que con una botella de aguardiente de caña lo invitan, una vez más, a *cortar la mañana*.

– ¿Usté's mejor que el zaino o el zaino es mejor que *usté*, ño Joshua? . ¡A ver, a ver, quiero ver... dijo el ciego Feliciano... y se cortó una mano! ¿Quién manda a quién en estos tiempos? – exclama riendo el negro don Espinares, mostrando sus dientes blancos bajo sus tupidos mostachos negros.

Desmontando del macho se acomoda el sombrero de palma, arreglando los puños de su camisa. Acaricia con un par de palmadas el anca y el largo pescuezo de su zaino, luego se confunde en un abrazo con los viejos amigos y cogiendo la botella –a pico nomás, qué tanta vaina– se toma un buen trago, para cortar la resaca de la borrachera de anoche y entrar en calor.

– Negro, con mostacho negro, es como un fantasma con sotana–, bromea riendo el viejo Joshua.

La banda de músicos en ordenada fila y soplando una marcha militar, se encamina a la Iglesia dando aviso que la misa del día central en honor a la patrona de La Playería, está por comenzar.

– Lo *premero* es lo *premero*, o no, compadrito Arsenio; hay que cumplir con la Patrona, después con lo que sea o *denó* –conversa, encaminándose a la Iglesia, esquivando a las amistades que de los ranchos lo invitan a continuar con la *festejación*.

La iglesia está llena de fieles y no fieles. El calor de las calaminas sofoca.

El olor a incienso, a cebo de velas y de cirios prendidos en el altar mayor; invaden.

Las bancas de maderas barnizadas se han llenado desde temprano, así que *a piecito* como los gallos, primero en una pata y después en *l'otra*, escuchan la misa.

– Puede enojarse la buenamoza y *dejuero* ponerse brava y de repente hasta olvidarse de nosotros, si no le presentamos nuestra *respetancia* en su día, qué caray–, replica don Antenor Camacho, aflojándose el corbatín negro, enjugándose la frente con un pañuelo blanco de bordes celestes.

Los principales, enfundados en ternos azules de casimir Barrington *de pura lana* y camisa blanca de popelina, por si *acacito*.

Las mujeres, en vestidos de fiesta con mantilla negra sobre la cabeza y los zapatos nuevos, comprados directamente del zapatero *don Rochita*, de Wamanmarca.

- Por si *acacito*, y no anden mal hablando que nuestros *chuzos* de taco *ahuja lu'emos compra*o en el suelo, a los mercachifles del *mercao*.

Con sus camisas de franela a cuadros rojos y azules los devotos de los caseríos aledaños, sus pantalones de lana de *güisha* los fiesteros venidos de las alturas y jalcas, de La Playería con sus llanques de cuero de carnero o con sus *patas siete cueros* en el suelo, a *rezale* a la milagrosa.

Sus mujeres ataviadas con sus blusas de popelina de colores claros y sus faldas de lana de color violeta, amarradas a la cintura con un *guato*, suda que suda, sus mejillas sonrosadas *pispa-pispa* y sus bayetas moradas, amarradas cruzando el pecho.

Los *devotantes* entre rezos y golpes de pecho sudan los calores del mediodía.

- *On capricito de so chechita est'ora* caería de rechupete-, la resaca de los aguardientes de la víspera, la chicha de jora tomada hasta la madrugada.

-*Tuavía* tengo viva la tranca, cholo hermano- con los resquemores de la jarana de la noche anterior -tres horitas *nomá hey* dormido, *oy*-.

El calor de la calamina reseca gargantas.

- ¡Una *medita* de caña, aunque sea, por el amor de Dios, *pa'* escuchar con atención al *taita cura*- que habla y habla de la sufrida vida de la Patrona de La Playería, como cristiana, compañera y seguidora del Señor! -.

El cura don padrecito Anatolio Virguez vestido todo de blanco, en el púlpito pegándose una hablada medio en castellano, medio en latín, que pocos entienden.

- *Pa'* que lo digan nomás, qué bien *apalabrea* el *taita cura*.

Casi al mediodía y con el sol a plomo la Patrona sobre las andas de madera, sale de la iglesia.

- ¡Pesa como los diablos, cholo hermano!- es cargada sobre los hombros de doce cholos recios.

- ¡Esas malas palabras no se dicen delante de la santita, viejo mal *hablao!*- por las polvorientas calles de La Playería -Pero pesa *hartote, pue doñita*-.

- *Pa'* que nuestra santa patrona no se olvide *pué* de sus callecitas, por *onde hai'caminao* siempre, *pué*, y derrame sus bendiciones sobre nuestras chocitas- murmuran las viejitas que, con un rosario en las manos, van cogidas de los costados del anda, mientras están respondiendo las oraciones y letanías del señor don cura el padrecito *ño* Anatolio, venido a *piecito*, anda y anda de la iglesia del otro lado del río Grande.

Los ventarrones de julio vuelven polvorientas las calles de La Playería.

- *Si'estás* con la *bocota abiertota*, la tierra *das-dás dentra por tu trompaza* y terminas *mascando* polvo en vez de tu almuerzo.

El sol del mediodía quema como candela, inflama gargantas, aumenta resacas, pidiendo trago a gritos.

- ¡Aguántese las ganas como los machos, hasta que termine la procesión y después ya nos agarramos a botellazos, hasta que la luna *sioculte, jovenazo!*.

- *Súfraste* *usté* las ganas como el Señor sufrió por nosotros y *págueste*, siquiera un poquito, los tremendos *pecadotes* que *tiénuste*.

- Y a vos quién te preguntó, vieja metiche.

- ¿Vieja? ¡Ja... vieja y sucia su conciencia, señor don Virgüelas! -responde doña Grimanesa, haciéndose la enojada!.

- Porsiacacito, yo nomás he *dicido* vieja ... lo de sucia, yo no sé- contesta cachaciento don Virgüelas.

- Ya cállense canijo y váyanse a pelear al río *questamos en procisión*,... que canijo- se escucha una voz recriminante.

Los heladeros haciendo su agosto en julio, con sus camisas celestes remangadas, vendiendo raspadillas de todos los colores.

- El vasito, a medio *nomá*- y los compradores repitiendo *ándele* y échele un poquito más dese *jarabito* amarillito, no *seya* amarrete señor don heladero.

Los helados *disqué* de todos los sabores, diciendo de fresa, menta y chocolate, pero *purito* tinte *nomá* son.

- ¡Dos bolitas por medio; baratito, baratito, *nomá*, aprovechen, aprovechen serranazos, que *di'aquí* no vengo hasta el próximo año!.

Ya en las manos se chorrean rapidito, por la tremenda *caloraza* del mediodía.

Cerca de las dos de la tarde, la imagen de la Patrona regresa de vuelta a la Iglesia

-*Adiosito* Mamita, *chaucito* Patroncita, *hast'el* otro año Santita, danos tu bendición Mamachita- despidiéndose el gentío.

Al son de una marinera y un huayno, bien zapateados por los mayordomos y soplada a todo pulmón por los músicos de la banda venida de la costa y uniformada con camisa blanca, saco y pantalón azul, con corbata roja, entre oraciones, aplausos y súplicas regresa lentamente, hasta el altar mayor.

Reclinando una rodilla y haciéndose la señal de la cruz, el viejo Joshua recuerda que, esta tarde, algo muy importante tiene que resolver.

-Es hoy o nunca, barajo -dice, dándose valor, como zorro husmeando a las gallinas por las cercas del corral.

La busca entre esa multitud de sedientas y presurosas gargantas que salen de la iglesia, *pareciendo muchachos en tropel saliendo de la Escuela*, murmura sonriente.

Las mujeres, apuradas regresan a sus casas, urgidas para atender a sus invitados venidos de otros pueblos.

- *Dejuro* la Vicenta *nu'a* hecho el carnero con yucas y, *ayayaycito* pué, *va'ir* a almorzar mi tío Jacinto, *qui'a venio* de la costa. *Y'ora* qué le doy de comer, diosito -se lamenta doña Mema Silverio, caminando apurada en dirección a su casa en la calle principal.

La busca entre los notables del pueblo que marchan acompañados por la banda de músicos; dicharacheros, conversadores y con una *sesota* del *demoño* en las gargantas; luciendo sus ternos con chaleco rumbo a la casa del mayordomo a degustar, *disqué*, de los platos con yucas y guiso de carnero.

- *¿Masito, señor don Tinajas?*

- *¿No será mucha molestia, Carmencita?*

- *¡Quiay ser, señor don Tinajitas... démeste nomá su platito, pa' dáleste un poquito más, quel guisito ricasazo está.*

Emborrachándose con cerveza y cañazo hasta caerse y hasta más no poder, los invitados y no invitados bailan valeses, polcas, guarachas y huaynos hasta que aguanten y se acostumbren los pies a los zapatos nuevos, comprados sólo para la fiesta.

- *¡Purr* Dios, amito, mis dedos puro callo *nomá* son ya *mi'an sacao* y una *ampollota* en mi talón, pero *quí'mporta* si hoy es fiesta; mañana ya se verá, *pué*.

Con los ojos achinados por los dos buenos tragos de cañazo tomados de pasadita *nomá* y sofocado por el sol del mediodía siguió reparando y reparando y por fin la encontró, sentada en el borde de la pileta de la plaza de armas.

Allí le dijo que la quería y que se casara con él.

Tenía cumplidos veintidós.

MAMA BECA

Tiene quince años y está bastante desarrollada para su edad. Los ojos grandes y los brazos largos, las ojeras marcadas y la mirada penetrante, que nunca abandonó.

El cabello negro corto, que después lo dejó crecer en una sola trenza que le llegaba hasta la cintura, destinada a no encanecer, manteniendo de por vida su azabache color.

Se llama Lucecita de los Angeles; pero todos la llamamos *mama* Beca, sin más ni más.

Ha venido por segunda vez a las fiestas de La Playería y se enamoró de él la noche de las vísperas de la fiesta del año pasado, cuando debajo de los fuegos artificiales y al son de una marinera de la banda de músicos –*quiebra paloma, quiebra nomá*– con dos cañazos adentro, la invitó:

– Señorita... ¿bailamos? –y ella, con la timidez de sus pocos años, mirando de reojo a la abuela Edelmira, que vigilante observa y conversa con la tía Eudocia recordando sus correteos por las pampas de la hacienda vieja de la Chantilla, tras las vacas, jugando a las *chapadas*, bajo la luz de la Luna llena.

Ahí, comenzó todo.

– Cómo no, joven... –tomándola de la mano, saca su pañuelo blanco del bolsillo posterior de su pantalón y, mezclándose entre las parejas, bailan y zapatean una marinera norteña con su *fuga* y su *chiquita*, bajo el estruendo de los cohetes y las luces multicolores de los fuegos artificiales que iluminan esas vísperas de la fiesta en La Playería.

... si las luces de los fuegos hacen *de'sta* noche bella,
permítame decirle *qui'usté* es más hermosa que una estrella
y en sus manos primorosas dejo este enamorado corazón
a ver si su pecho de él se conduele y le tiene compasión...

Le recita al oído, improvisando de memoria, sonriente y todo un conquistador.

Ella no puede ocultar su satisfacción; pero no dice nada, simplemente lo mira de reojo.

– Medio bien me salió la versada y parece que no le ha caído tan mal-, murmura complacido.

Mama Beca lo mira con los ojos entornados. Cómo nos miraba, cada vez que la emoción y la ternura ganaban a su corazón.

Es su primer amor y, con el tiempo, su primer y único amor.

Vive en Santa Rosita, a casi un día de camino de La Playería, cruzando el río Grande y la

peña de los Milagreros, donde los pequeños tenemos la obligación de bailar-,

- *Pa'que* los duendes no te vayan a llevar, papacho.

No vimos nunca duendes gringos, zarcos y de pelo rubio; ni de cualquier otro color o tamaño; pero el sólo hecho de su mención, nos erizaba el pelo de la nuca y se nos arrugaba el alma de terror.

- ¡Y *poqué, pué*, tendrían que llevarte a vos, tan lindazo *que'res pa'* que te lleven *dejuero*, indio *sugo!*.

El pánico nos impide preguntar: Si lo dice *mama* Beca, es ley y no hay *naida* que consultar.

- ¡Zapatea *juerte, juerte*, cholito, sacando polvo, harto polvo del suelo, cholito, *pa' vencelo* al demonio...!- nos incita *mama* Beca.

Sin música, ni guitarra ni cajón, ni cantores ni nada, patas en el suelo, le damos a la *bailada* y al zapateo *pa'* darnos valor, *pa'* que los duendes no nos lleven y *pa'* que nuestra pobre *almita* no se quede entre esas peñas.

- ¡*Achichinsazo, pué...!*

Debajo del Milagrero brama en remolinos el río Grande.

El *miedazo* encanija nuestras piernas tembleques, que se niegan a dar un paso y cruzar el puente de palos desiguales, sin barandas de donde agarrarse, ni sogas que nos protejan, *taitito*.

- ¡*Cuidau, cuidau*; si te *cayes* cholo, sólo hallarán tu cuerpo de Chiquilete, más *pa'bajo!* -.

Con el cuerpo *escarapelado*, cerrados los ojos y bien agarrados de la mano de *mama* Beca, lo cruzamos como si andáramos sobre algodones, *asustadotes*.

- ¡*Derechito, derecho nomá*, sin mirar *pa'bajo*, que después se *mareyan!*- nos advierte.

Respirando aliviados en la otra banda, *palidicientos*, mirando cómo brama de cargadito el río Grande, ya nos sentimos cholos *juertes* por haberlo cruzado, aunque de *verdá*, de *verdacito*, nos orinábamos de miedo...

Contamos después la hazaña en la Escuela, con su *augmentito, pué*, ufanos y orgullosos, *pa'* que sepan que *tamién semos* cholos *vallentes* y no *mariconados* como otros, y *dejuero pué*.

Subimos la cuesta de la peña Negra, aseizando, hasta la pampa del Molle, a la choza de la tía Venancia. Ni bien llegamos, nos tendemos boca abajo en el puquio del costado de la chocita, *empanzándonos* de agua fresquita *pa curarnos* del susto y por la *sesaza, pué*.

La tía Venancia con su chal negro sobre los hombros, su soltería de toda la vida y rodeada de sus siete perros que cuidan de ella y de su ganado, sonriente nos recibe.

- No muerden *ñiño* -nos dice para tranquilizarnos, cuando ladrando, corriendo, babeando y enseñándonos sus dientotes vienen contra nosotros. Asustados, cogidos a dos manos de la falda de *mama* Beca, miramos esos ojos vidriosos, sus dientes filudos -ni que *juéramos* su comida- y su lengua babeante.

- ¡Qué milagro, *puécito*, que se acuerden de visitarme después de *tantisísimos* tiempos! - comenta, entre cariñosa y sorprendida, con sus ojos saltones de grandes ojeras y su sonrisa ajada.

- ¿Y estos niños, *pué*, serán *pué* los sobrinitos, di Bequita? ¡Qué grandecitos *que'stán* ya, *pué!*.

Apurada, tiende pellejos de cuero de chivo sobre el *poyo* de barro que da al camino.

- ¡*Lueguito, lueguito* les sirvo algoito, niños!- Toda vestida de negro se desviste por atendernos.

Moviéndose como una sombra la tía Venancia nos sirve quesillos fresquitos, choclos calientes y papa sancochada, que devoramos con apuro y deleite; acaso por el cansancio, el hambre, la cuesta y por todo lo que nos falta por caminar todavía.

- La comida en casa ajena es *más mejor* que la de tu casa, *¿nu'es* cierto, *cholo-lolo?*

Descansamos un rato y emprendemos la caminata *suda-suda*, corre y corre por las *pampitas*,

para llegar a Santa Rosita, a la casa de la abuela Edelmira, antes que anochezca, *pué*.

En La Playería y en una ramada de carrizos, *al piecito* del cabildo viejo, sentados en una mesa grande cubierta por un hule colorado con cuadrados negros, el viejo Joshua ha invitado a la abuela Edelmira, que ya lo quiere como yerno.

– Buen hombre parece *que's esti'ombre*.

Al tío Edubaldo –*que'stá* chiquito, *tuavía*– también al tío del que no nos acordamos su nombre, pero todos le decimos *tío Frejoles*, aunque se enoja *feazo*, es hermano menor del dijunto Juan, y *tamién* a don Murrugarra, que *disqué* hace de garante de la *formalidad*.

Entre mates con cuy frito, papas amarillas, trigo sancochado, unas *medias* de cañazo y varias botellas de cerveza traída en toneles desde la costa, se arregla la fecha de la *boda matrimonial*, dejando el tiempo suficiente para que *mama* Beca vaya hasta su tierra, se despida de su infancia, recoja sus tristezas, tome agua de su puquio y regrese en la fecha exacta a cumplir con la promesa hecha.

–*¿Y usté solito nomá* pide la mano, y su mamita y su *taita* saben *de'sto, pué?* –pregunta sorprendido don Murrugarra.

– De todo eso ya me encargo yo *despuécito*, que quien se va matrimoniar soy yo –responde, sin saber bien cómo va a decírselo a los abuelos–; primero se caza la paloma, después se ve cómo *si'ace* el guiso –se justifica; pero un ligero resquemor le zumba la cabeza–.

Se *matrimoniaron* el 8 de agosto de 1932.

Dieciocho días después de que el viejo Joshua le dijera que se casara con él.

Él, de terno azul con chaleco y chamarros negros, sombrero de tarro y corbata roja. Serio, la mirada achispada, dejándose querer.

Ella, de vestido largo y aretes de plata, con el cabello hasta los hombros y los zapatos llanos, para no parecer más alta que él. Radiante, sonriendo, irradiando dulzura.

Abrazándolo. Como siempre

Hasta que la muerte, por pocos, poquísimos días los separó.

SANTA ROSITA

El abuelo Juan murió cuando *mama* Beca tenía apenas diez años. Sin taita y a la buena de Dios nos dejó por estos campos del Señor, se lamentaba la *mamacha* Edelmira.

Entre infante y adolescente *mama* Beca se hizo cargo de los cinco guagüitas.

- Chiquititos *tuavía* estaban y el Edubaldo ni dos añitos tenía; pero conmigo se han hecho hombres y mujeres de bien-, comenta nostálgica *mama* Beca, dando vueltas de vueltas a la cancha en el tiesto, con la mantequita de chanco, donde se dora el maicito serrano.

- ¡Ñau su canchita con sus chicharrones-, que llevamos en nuestros *bolsicos pa'* estar, como los bueyes en la chacra, rumie y rumie en la Escuela o como fiambre del mediodía.

Los cuidó, dándoles ejemplo con lo que ella hacía cada día, *obedeciendo y haciendo* les decía; les cocinó –cualquier cosita *qui'ay* en el *troje*, con su salcita–, les lavó sus cuatro trapitos rotos que tienen como vestuario y remendó sus *pullos*, los corrigió cuando la malcriadez o las malas juntas les desviaban los caminos y los crió bien, a pesar de la inexperiencia de sus tempranos veranos.

De allí le quedó su terquedad. Esa decisión y energía para no darse por vencida.

- Parece mi mula Florentina –comenta riendo el viejo Joshua– cuando no quiere cruzar *la'cequia* del Guabo seco; así lo muela a palos, no pasa y *nu'ay* quien lo mueva; pero cuando *nu'ay* quien lo mire, qué bien que pasa, *das-dás*, brincando solita la condenada.

Cuando *mama* Beca dice *nones pa' los preguntones*, aunque el viejo Joshua dé trescientas vueltas, como gallo *carioco*, ni aguas; pero después de *pasao* el malhumor, llamándolo, hazlo *nomá* Joshua, ojalá *nomá*, que todo te salga *biencito, pué*.

Y el viejo Joshua riendo, y de lejitos, por lo que pudiera suceder, murmura:

- ¿No digo?: ¡Igualita a la Florentina, *nomá*, es!

- ¡Qué' estás diciendo, Joshua...? –se escucha, desde el fondo de la cocina.

- Nada mujer, nada Beca, *medio queriendo* cantar estaba y no me acordaba bien la letra de la canción... –contesta sonriendo, agarrándose el mostacho.

- ¿Así que *cantadorcito tamién* habías sido, no? –replica.

El viejo Joshua *pa'* no meter más fuego a la *candelada*, silbando, silbando, *choldóc-choldóc* haciendo sonar sus llanques de cuero de res sobre las piedras del patio, por la acequia del camino grande, se va.

La abuela Edelmira, muy de madrugada, con su chalecito sobre los hombros y sus dos alforjitas viejitas, *cuesteando cuesteando* se asoma por la subida del *puquio*, no sin antes dejar sus

advertencias: Se portarán bien, cholitos; yo me voy a las *fainas* a traer la *tragana*; Lucecita, cuidarás bien a los chiquitos.

Montada en su burro gacho, silbando, silbando, por detrás de la loma se pierde por el camino de la hacienda de la Chantilla, tras las cosechas y con la esperanza de volver *carreando* trigo y cebada de las chacras a la trilla, consiguiendo lo que se puede *pa'que* los *escluinques* tengan qué comer.

A veces se ausenta hasta por una semana entera, entonces Lucecita hace de padre y madre *pa'* los cholitos.

Casada ya, *mama* Beca trae uno por uno a sus hermanos.

– Aquí *nu'ay* de faltar un rinconcito de la casa *pa' cobijalos*–, y como la hermana gallina los tiene alrededor de ella por más que los portillos estén abiertos: *Nu'es pa' evitar qui'agan* daño en los chiqueros; *nuandarán como perro sin dueño*”, advierte.

Los pone en la Escuela para que aprendan a *leyer* de *corridazo*, a escribir *claritas* las cartas y firmar bien bonito su nombre; los relaciona con la familia de los abuelos *pa'* que sigan su ejemplo de hombres trabajadores y de *ñeque*, además con las demás gentes de La Playería *pa'* que aprendan *tamién cómo'es* la vida del pueblo.

Les proporciona casa y comida: eso siempre habrá, un platito de cualquier cosita *nu'a* de faltar y un rinconcito *pa'* dos pellejos, *tamién*.

Hasta que uno a uno, cada uno se va disipando, haciendo la gracia o desgracia de su propia vida sea, *pa'* su bien o *pa'* su mal *cad'uno* cava su ventura o su sepultura, comenta nostálgica, viendo partir a sus hermanos, *unito a unito*.

A veces, aún contra de las rabetas y regaños del viejo Joshua.

– Corazón duro eres a veces, Joshua; mi sangre son y no puedo *dejalos guachitos* otra vez. No quiero que sufran lo *quey* sufrido yo, vos conoces mi vida, yo *tey conta*o de corrido –dice medio llorosa, apagándosele la voz–.

El viejo Joshua *callao, nomá*, dando media vuelta y con su palana al hombro, se aleja por el camino de la chacra del Naranjillo.

Sólo el tío Edubaldo se ha quedado en Santa Rosita, acompañando a la *mamacha* Edelmira; pero cuando los males de la vejez ingresaron al cuerpo de la abuela, vendieron las cuatro cositas que tenían en esas tierras y se compraron una casa en La Playería, con la esperanza de estar juntitos de nuevo otra vez; pero varios de ellos se han marchado ya.

Se fueron a la costa, años, muchos años antes, buscando nuevas fronteras, esperando nuevos vientos, soñando nuevos despertares porque La Playería no llena ya ni sus sueños, sus esperanzas, ni sus ambiciones.

– Ley de la vida es –comenta el viejo Joshua, abrazándolos, poniéndoles en el *bolsico* unos soles *pal* camino, que *di'algo* han de servir, viéndolos partir.

La *mamacha* Edelmira se murió una tarde de noviembre de Todos los Santos, a los *noventitrés* años, siete días antes que se muriera también la *mamacha* Merceditas, de *noventiseis*.

En tan sólo una escasa semana, el viejo Joshua y *mama* Beca perdieron a sus mamitas y nosotros a nuestras dos abuelas, *das-dás*.

Las *mamachas* que a sus noventa y tantos años caminaban, sin bastón, ida y vuelta de La Playería a la Lomada, y ensartaban de lo lindo las agujas, con que remendaban nuestros pantalones rotos.

Teníamos tan sólo seis años de edad.

CAMA

Entrando, a la mano derecha, está la cama de eucalipto.

Grande, dura y fuerte, como las cosas que se hacían antes *pa'* que duren *bastantito*.

El viejo Joshua la mandó hacer en su compadre Armando Gavilano, el *más mejor carpintero* de la provincia de Wamanmarca.

– *Pa'* que *si'acuérduste* siempre de mí, compadrito, y *dejuro osté siay* de morir y las maderas ni picadas estarán, lo juro yo, *so* compadre de tantos años.

Ño Armandito, como gusta que le digan, no comienza el día, ni cierra trato alguno, ni empieza cualquier trabajo, sin meterle siquiera un *parcito* de *guaracazos* de cañazo, *pa'* la *espiración* y el pulso y *pa'* que las cosas salgan bien hechas y derechas o *sidenó...*; aunque a veces se le pasan los *guaracazos* y termina con las uñas negras o, lo que es peor, sin uñas y con los dedos amarrados con trapos de colores.

– Poniendo *la* clavo derecho, derechito, cerrando *la* ojo, apuntando bien y ¡*zass-pum!* un martillazo, no en *la* clavo maldecido, sino en *la* dedo ¡*Yayau, barajo, yayauu...!*-, metiéndoselo a la boca, *salivita echando*, sobándolo, pujando y ajustándolo entre las rodillas, para aliviar el dolor.

– ¡*Cacau*, mi uña, *pa'juera le'y teniu* que sacar!

En esa vieja cama de eucalipto nacieron sus doce hijos. Sólo sobrevivieron seis.

– Se murieron los *más mejores* y nos quedamos los *más peores* –comentaría años después, con nostalgia y tristeza, el Segismundo.

Sigue igual de maciza, fuerte y dura, descolorida y no tan grande, como nos parecía antes.

Su colchón de *sonja* cocida, hecha a la medida por ño Juancito *Guerrita*, que a lomo de su burro, *di'arriba* del pueblo del Bautista lo trajo; aún sobrevive, con huellas amarillas de su trajín.

– ¡*Qué pué* será de su vida! *Dejuro si'abrá* muerto ya, *acacaucito*, tan *güeno* don *Guerrita...* que *Diosito* se apiade de su *almita-* y sus largas almohadas, rellenas de lana de carnero, que van de canto a canto, de *la'o a la'o* del catre.

Las sábanas y cubrecamas han cambiado.

No son las de bramante ni género bordado de las grandes ocasiones, ni las de marca *Santa Rosa* o *Nicolini* de los costalillos de harina de trigo, bien lavaditas, cocidas por *mama Beca* en la vieja máquina *Singer*, de mano, y que servirán *pal* diario, más que *seya*.

Las de ahora son de figuras geométricas, colores chillones y flores extrañas, que dicen *Made in Taiwán*.

Tenemos predilección por esa cama. Nuestros miedos de medianoche se desvanecían,

metiéndonos presurosos a los pies, sintiendo el calor y la presencia de los viejos queridos.

Hoy, nuestras siestas de mediodía tienen el eterno sabor de la infancia.

¡Cuántos siglos de sueño habremos pasado sobre esa vieja cama!. Infinitos llantos han soportado sus almohadas. Décadas de placer entre sus sábanas. Insufribles dolores de alumbramiento para parirnos. Ayes y lamentos por las enfermedades pasadas. La infinidad de veces que la habremos orinado.

Cuántos sueños se quedaron sólo en sueños, en palabras marchitas, promesas no cumplidas y juramentos quebrantados, sobre esa vieja cama.

Está desvencijada y desvalida; pero sigue en pie.

Como el viejo palto de la huerta de la casa de La Playería: añoso, descascarado, menospreciado. Pero ahí está, floreciendo en cada primavera, dando frutos en cada verano.

La miramos nuevamente y la nostalgia, como brisa de madrugada, invade nuestro golpeado corazón. La tristeza de sus maderos se cuela entre nosotros, haciéndonos temblar.

Sobre esa cama se iniciaron muchas historias.

En tanto crecían los hijos, el viejo Joshua hacía las *parachas* con horcones de espino y carrizo, que servirían de nuestras camas.

– Grande estás ya, cholo, *pa'que* duermas solo ya– y estrenábamos cama nueva *pa'* dormir panza *pa'rriba*, panza *pa'bajo* y revolcarnos a nuestro gusto, roncando de lo lindo, sin que *nadies* nos friegue la vida.

Los pellejos de las *güishas* y los chivos eran nuestros colchones. Las frazadas de lana de carnero Merino abrigaron inviernos lluviosos y madrugadas tibias de nuestra lejana infancia.

Ahora, en otras latitudes, en residencias fijas o en hoteles de paso de una o cinco estrellas, con nombres en inglés, frente a centros financieros o en una playa exclusiva cerca al mar; entre edredones de seda y sábanas importadas, colchones ortopédicos y almohadas de plumas, buscamos y rebuscamos el querendón aroma de la esa vieja cama.

No lo hemos podido encontrar.

En la *lava* de los difuntos, mientras *limpiamos* la casa, siguiendo la usanza de La Playería, revolvemos tristezas, desempolvamos recuerdos, hurgamos nostalgias; el Segismundo, medio en serio, medio en broma, nos dice:

– Cuidadito, mucho cuidadito con el templador de mi *mama*, que *tu'avía* sirve.

A pesar del dolor que enluta nuestros corazones, sonreímos.

Sabemos bien lo que expresan esas palabras, qué hay detrás de ellas y cuánto significa para todos nosotros.

Esa cama tiene sesenta y cinco años de historias mudas y recuerdos frescos.

Ojalá nos sobreviva.

Si es que antes no se deshacen de ella por estar vieja, ocupar sitio y ser sólo un triste estorbo.

Como todas las cosas viejas.

ASENCIO Y MERCEDITAS

La abuela Merceditas es una hermosa muchacha de ojos celestes y cabello castaño claro.

Hija única del administrador de la hacienda La Llama y los bisabuelos la tienen destinada como esposa del hijo del dueño de la hacienda San Cristobalito, que está a legua media, por el camino viejo que va a la provincia de Wamanmarca.

Riéndose cuenta el viejo Joshua que un amigo de la infancia del bisabuelo Romualdo llegó a la hacienda a visitarlo y contento por el reencuentro de tantos años, emocionado por los cañazos y los recuerdos, ofreciéndole trabajo como *puntero de reses*, le dice:

– *Tray nomá* a toda tu *familiada*, Catalino, cholo hermano, que trabajo aquí *nu'ay* de faltar, *hom*; la hacienda es grande y manos de *utilidá* es lo que más falta por estos lares.

La bisabuela, que ronda por el patio grande, atenta está a lo que se cuentan los amigos de antaño, oreja *nomá*, *mete su cuchara* en la conversación:

– ¡No tiene la gallina agua *pa'* beber... pero qué bien invita al pato a nadar...!

La rabia, entonces, se apodera del canijo bisabuelo.

– ¡Ahá...! ¿Con que haciéndome quedar mal con mis amistades?–.

En reacción colérica echa mano a su revólver *Smith Wesson* de seis tiros, que siempre lo lleva al cinto.

Con esa arma él se ha batido a balazos con los abigeos que de cuando en cuando invaden las haciendas.

– ¡Como a animales dañinos los *hey correteao*, a punta de *cuete* y caballo, por quererse llevar así porque sí, mi ganadito!.

Con los bandoleros que arrasan con lo que encuentran a su paso, *disqué* con el sambenito de apoyar a los montoneros, piden dádivas y cupos de hacienda en hacienda y se quedan con el santo y la limosna.

– Con la banda del Carmen Cachi, dos veces *mey encontrao* frente a frente; yo con mi cacha blanca y él con su carabina de retrocarga y, aunque me temblequeaban las piernas, no me dejé *pisar el poncho* y él, riéndose riéndose, se dio media güelta con su gente y se *jueron* por la bajada de los Cumbiros.

El bisabuelo Romualdo dispara un solo tiro.

– Gracias a Dios que la bisabuela estaba parada con las piernas abiertas y la bala le traspasó de canto a canto el faldón que le llegaba hasta el suelo, si no allí *mismito* el bisabuelo se desgracia.

Desde ese momento... santo remedio, la bisabuela no se metió nunca más en los asuntos de

su marido, nuestro bisabuelo.

– ¡Ay, cholito, por poquito *nomá* y no nacemos, di, Balducho?.

Estamos en los primeros años de mil novecientos y la costumbre es que las familias arreglen los casamientos de sus hijos, algunas veces desde que recién nacen.

– ¿China *ti'a saliu*, di? ¿Qué te parece, Calixto, si la guardamos *pa'* mi cholito Benjamín? .

- ¡*Ta' gueno, pué!*.

Un abrazo y una botella de cinzano y asunto *arreglao*.

El afán es para preservar las haciendas, fundos y ganados dentro de la misma familia o con los muy allegados.

– *Pa'* no mezclarnos con tanta cholería, compadre, y de repente, pues, todo lo que conseguimos con tanto esfuerzo, vaya a parar a manos extrañas. ¡Ni pensarlo, mi estimado Reynaldo; hay que aumentar las tierras y las propiedades!.

- Sí, pues, don Rufino, en Wamanmarca abundan los marrajos y badulaques.

– Es bueno unir apellidos de tradición, no vaya a ser que pase lo que hizo ese joven Pablito Olavaria, de tan buena familia, oiga *usté*, que se metió con la cholita esa que vive por el mercadito, fíjese *usté*; con mi Catalinita habría tenido mucho porvenir y ahora para mí es un dilema con quién casarla, *pa'* qué le cuento, oiga *usté*.

Los matrimonios son así de simples, se arreglan entre padres y padrinos, los hijos no deciden sino hasta que cumplen los veinticinco y son ciudadanos de a verdad: los De la Piedra con los *Castañedas*, los *Iglesias* con los Barragán, los *Castrejones* con los *Puglieses*, los *Castros* con los Chávez, y sigue la lista.

Las parejas, a veces ni se conocen.

Doña Piedad, reciencito, en la iglesia de la Inmaculada Concepción y ante el altar de Dios Padre, conoció a su marido el cojo don Nicolás.

En otros casos sólo se han visto de reojo, tal vez sonreído y hablado sólo un par de veces, igualito que doña Estefanía y don Mauricio, que de chiquitos han correteado juntos y luego él se fue a estudiar leyes a Lima y regresó *pa'* matrimoniarse *nomá*.

Otras veces, recién conversan y se conocen el día del matrimonio, como doña Mariquita.

– ¿*Si'acuerda usté?*, la bizquita y la más feíta de los Lizarzaburu, que se casó con el bizco de ño Godofredo, y seguro se entenderían a las mil maravillas, porque miraban a lugares distintos, al mismo tiempo ¿no?

O un advenedizo con pinta de extranjero y apellido extraño, que a las justas chancaba *la castellana mi llamarme don Charles Esmit y ser de Oclajoma de los Yunaites Esteist de Norrrte América*– se avencindaba en algún sitio, con la barba rubia crecida y las botas vaqueras altas, *pinche* como había venido, le metía ojo y oreja a una alguna hija buenamoza y casamentera de cualquier hacendado y terminaba bien al terno, dueño, amo y señor de la hacienda de los Tupayachis, tomando trago fino en el Club Social Wamanmarca, en la esquina de la Plaza de Armas.

– En La Playería eso se llama braguetazo – ¡Sí, sí, claro, braguetazo, eso es, eso es! – aclara don Idelfonso Rubina, destilador de aguardiente, del alambique del otro lado del río Grande.

– Qué suerte tienen, oiga *usté*, los que sólo se bañan con el aguacero o los baldazos de los carnavales – replica el tío Juan Carrillo, dando vuelta a su sombrero de junco entre las manos–, por eso será que andamos jodidos.

El abuelo Asencio, con la decisión de sus escasos veinte años, su saco azul marino y sus botas con escaarpines, se interpuso al arreglo casamentero de la abuela *Merceditas* y acompañado de sus tíos mayores don Clodomiro Freitas y don Gaudencio Rosales, la pidió en matrimonio; pero como de amor no siempre se vive, los bisabuelos, en menos de lo que canta un gallo madrugador,

lo sacaron al llano.

– Demuéstrenos que es *usté* un hombre de ñeque y varón *de'a verdá*, joven Asencio, y que *de'a* de veras merece a nuestra *Merceditas* –dice muy serio don Romualdo, nuestro bisabuelo, un hombrón de un metro ochenta, de bigote recortado y manos grandes y forzudas, que tumba a un toro, agarrándolo sólo de las astas.

Paraditos nomás, en la entrada del amplio patio de la casa hacienda de La Llama y sin permitirles abrir las botellas de *Cinzano* y *Vermouth*, que el abuelo ha llevado para celebrar la ocasión, le dicen:

– Sabemos de sus buenas intenciones, joven Asencio; pero eso *nu'es* suficiente y *usté* lo sabe. Así que no se hable más. Tiene *usté* dos años de plazo, *que's* tiempo más que suficiente *pa'* demostrarnos que a mi *Merceditas* no va a *matala* de hambre, ni le va dar mala vida; de no ser así, la casaremos con quien *ya'stá* comprometida... Así que *di'usté* depende. Está claro, joven Asencio.

Más *clarito*, ni el agua del puquio de la Pumapara.

Sin darles la mano y sin mayores comentarios, el bisabuelo Romualdo les enseña el portón que da al camino grande.

Cabizbajos regresan con las *cajas destempladas* y rumiando en silencio el mal momento, se dirigen a la tienda de don Rosendo Huertas, en la esquina de la Plaza de Armas de La Playería, donde beben con mal ánimo, lo que debió servir para celebrar.

El abuelo Asencio, como buen lomadino aceptó el desafío y a la semana entrante, *agarrao* sus cachivaches, cantando un triste:

... si dooos con el almaaaa

se amaroooon en vida ...

se va madrugadito hasta los Carrizales, cargadas sus cositas sobre su burro *mojino*, su alforjita colorada y su *joijona* llena de canchita frita con sus chicharroncitos –*pa'* que alcance *pa'* unos *diítas*– y su talega de coquita, *pal* valor y la compañía, hasta una hondonada donde sólo brota maleza y mala hierba, *adebajito* de las caídas de agua del río Lango Lango.

A punta de hacha y machete tumba espinos, lanches y pájaro bobo; desbroza carrizos, pencas y magueyes; represa agua, abre acequias, mete bueyes, ara la nueva tierra y siembra maizales, yucas y plátanos.

Construye su choza con horcones de espino, las paredes de carrizo y el techo con paja de caña.

En la entrada de la choza crece, olorosa, una mata de buganvillas, de flores moradas.

A los dos años, invita a los bisabuelos para que vean lo que él ha hecho solito sin más ayuda que sus brazos fuertes y el cariño por su *Merceditas* de toda la vida.

- *Pa'que lo veyan pué* que *di'ambre* so hija no *siay* de morir.

El abuelo Asencio es un indígena neto: rostro cetrino y pelo hirsuto, bajito y grueso, noble y fuerte como toro de las alturas del cerro Sacadén, duro como las piedras azules del cerro Negro.

La abuela *Merceditas* tiene la piel blanquísima, la frente amplia y cuello altivo de una venada serrana.

Se casaron con jarana de tres días, con visitas de familia a familia, harta su *comidita*, sus *gallinitas*, su media docena de *carneritos* y sus *cuycitos cruzaos*, bastante su *chichita* y, para remojar todo eso, su aguardiente en barriles.

Aún persiste en el recuerdo contemplar a la *mamacha Merceditas*, arrodillada frente a un viejo crucifijo, rezándole todo el rosario. Más de doscientas oraciones, ruegos, letanías y no sé qué cosas más; haciéndonos responder una a una las letanías y los padrenuestros y las avemarías, y nosotros Santa María –respondiendo–, ruega por nosotros –entre sueños– ahora y en la hora – muchacho de cinco años– de nuestra muerte –quedándonos dormidos– amén –roncando–.

En La Lomada y al costado del viejo camino de herradura, el abuelo Asencio hace su casa de adobe y techo con vigas de nogal.

Es el último paraje casi llano del camino de herradura; de allí comienza la cuesta y tras seis horas a caballo –bien sudaditas, señor– se llega a la Provincia de Wamanmarca.

En la huerta crece una olorosa mata de buganvillas, *trasplantadita* de la casa del Carrizal para que en cada veintidós de julio sus *florcitas moraditas* resplandezcan sobre el arco de sauce que adorna el anda de nuestra Santa Patrona.

Comentan los cronistas que un día de fiestas patrias, con dos *yonques* adentro, el abuelo Asencio trasplantó un *codito* de su espinosa flor morada en uno de los arcos del viejo cabildo.

El abuelo Asencio, viejo nogal de la familia, se murió a los sesenta y cinco años, de tabardillo, tras una noche de agonía.

La abuela *Merceditas* lo sobrevivió hasta los noventa y seis.

La vieja buganvilla, trasplantada sobre el suelo del viejo cabildo aún florece, todos los julios de cada año.

YOVANITA

Recién *rejuntadita*, la tía *Yovanita* ha venido a vivir a La Lomada.

Ha traído sobre sus anchos hombros un atado con su *callua*, *sikicha* y demás accesorios para tejer y, en sus manos pequeñas y coloradas, la *habilidad* de los viejos tejedores indígenas *pa'cer* linduras con los palillos, hilos y vellones.

El tío Gilberto Bacón, aparte de su flacura y su cara colorada, ha traído su machete bien afilado, con el que se ha convertido en el mejor cortador de caña de azúcar de La Playería.

–¡Juí-juá, das-dás...!–, *chacchando* su *coquita* no hay cholo que *le pare los machos ni los Camachos* y de sol a sol barre chacras enteras de caña –es trabajo *pa'muchachos*, comenta orgulloso.

“Dame las agrias, toma las dulces”, dice cuando hay alguna desavenencia familiar, mostrando sus dientes desiguales.

En los desbroces, su hacha de acero, comprada en la hacienda Casagrande, corta como mantequilla, la *maldiciadaza*- según su propia definición.

En esa hacienda él trabajó como cholo cañero, aprendiz de cortador.

Tumba espinos y echándose *salivita* en las manos callosas *pa'que* no resbale la *buenamoza*, saca horcones y vigas *pa'* las casas nuevas y leña *pa'* que zapateen bien los frejoles del almuerzo.

La tía *Yovanita* tiene los ojos alegres y la piel rosada, el cabello crespo y la risa bulliciosa. Aprendió a tejer con palillos, chompas, gorritos y bufandas, y, con el crochet elabora una lindura de tapetes.

– ¡Tela de araña, *catay*, parecen!– luciéndolos sobre las mesas y muebles de las salas de las casas de los principales de La Playería.

Las frazadas multicolores y los ponchos de lana de carnero que tenemos en la casa los ha tejido la tía *Yovanita*.

Cantando y cantando lava la lana de los carneros Merino, en la agüita de la acequia del camino, luego por montones los tiende al sol sobre las piedras de la pirca de la chacra de doña *Asunciona*.

Sentada sobre el batiente de la puerta de su casa *escarmena* la lana y en los atardeceres lluviosos, con su voz tristonada escuchamos cantar sus tristes contumacinos:

... como la flor del caféeee
vacila mi pensamieeeeentoooo,
no puedo vivir contentoooo

desde que te cooonooocíiii,
no puedo vivir conteentoooo
desde que te cooonooocíii ...

Sujeta el *guango* de lana blanca a su *rueca* de lloque y con gracia incomparable hace bailar entre sus dedos al huso, con el que va convirtiendo esa lana blanca en finas hebras muy bien torcidas. Esa *rueca* le sirve, además, como instrumento de castigo, cuando las miradas o las palabras no surtieron efecto ante nuestras travesuras o desobediencias.

– *Pa'* enderezar las malacrianzas, *das-dás*, dos *pu'el* trasero y a rascarse y dejar de *fregar la pita* –nos dice riendo–. ¡*Cuidadito*, vos *tamién*, cholo malcriado, que *redepen*te tu *tantito tamién* te toca...!

Con tres dedos de la mano derecha hace girar incansablemente al huso y con los tres dedos de la izquierda, va entresacando con precisión la lana del *guango*, que se va convirtiendo en un hilo finísimo, de un mismo grosor, que se enrolla alrededor del huso.

... desprendida di'una nubeeeee
una gota cayó al maaar...
y las nubes me contestaaan
esti'amor no *vueelveeeráaa*,
jamásss, jamáaas ...

– *Di'algo si'acordará* la Yovana –dice, socarrón, el viejo Joshua–, porque triste canta.

Las hebras se van acumulando ordenadamente en madejas que después las pone en un perol de cobre y, a fuego lento, las tiñe con anilinas que ha comprado en la tienda de doña Tarsila Flores.

– *Elijaste el colorcito qui'usté quié*raste *doñita*, *pa'* su *frazadita* o *pal ponchito* de su *muchachito* o, *sidenó*, mejor por qué no, con su *tarita*, su *nogalcito* o su *cochinillita*, que nunca perderán su color y sale *más mejor*-, sugiere.

– No *si'as* mal *pensao* Joshua –contesta *mama* Beca–. Triste, *deju*ro, estará.

Con un palo de espino mueve de un lado a otro y de arriba abajo a las madejas en el perol, para que el teñido sea uniforme, en tanto acomoda a los tizones en el fogón o metiendo una nueva raja de leña entre las *tullpas*, debajo del perol.

–Yo sólo *diciba*, pero triste canta... –Y se va cuesta abajo, jalando su burro *medardino*.
jamáaasss, jamáaas ...

Por fin las madejas adquieren el punto preciso del teñido y apaga el fogón.

... jamáaasss, jamás;

Baja de las *tullpas* el perol, para que enfríe.

jamás te olvidaaaréeee,

El sol de mediodía lo irá secando pacientemente.

jamáaasss, jamáaas ...

Tiempla después el telar en el espino de la entrada de su casa y, en el otro extremo, se coloca la *sikicha* de cabuya que, rodeándole la cadera servirá para templar todas las hebras con sus tramas e ir convirtiéndolo en un tejido multicolor con figuras y trazos, que sólo ella tiene en su imaginación.

Cubre su cabeza de cabellos crespos con su sombrero de junco, metido hasta las orejas.

– *Pa'* que el sol no me sancoche mi cabecita ni me queme *las espaldas*- nos dice sonriente.

Para nosotros, niños de seis años, se nos hace un lío entender esa mescolanza de varitas, palitos redondos, maderas largas y triangulares, las calluas y los hilos.

Imposible a nuestra edad, comprender cómo es que van apareciendo figuras lindas, cuadrados, letras, redondos, flores y mariposas, con sólo unos hilos y unas maderas.

Y *sikichazo pa'cá, sikichazo pa'llá, tiempla pa'quí, tiempla pa'llá*, cantando sus tristes o entonando sus yaravíes, la tía *Yovanita* teje; hebra a hebra, esas multicolores frazadas de figuras geométricas perfectas y franjas simétricas que no pierden su color ni su trazo, ni con los veranazos de julio, ni los aluviones de los Frailones, ni los malos tiempos, ni nada.

- *Pa' apero de mis burros han de servir después, y dejuro pué-* dice el viejo Joshua.

Terminado el tejido, la tía *Yovanita* lo suavizará con *cardanes, pa'* que no raspen el *pesquezo* ni piquen cuando *calato* te duermas.

- *De'sta jormita* quiero, *ña Yovanita* –dicen las clientas– y *de'sa jormita das-dás lu'ace* –enseñando sus dientes blancos–.

- Yo quiero, *óigaste*, con estos redonditos y con mi nombre al *centrito, pué*.

Una vecina ingeniosa repara, que un cuadro colgado en la *paré* tiene un novedoso diseño, y pide:

- ¡*Hágaloste, pué*, así como está en ese *cuadrillo. Igualito lu'ace, pué*, en el tejido!

Esos cobertores de lana cardada, hechos a pulso, sudor y sentimiento, abrigaron nuestros cansancios, arrojaron nuestros sueños, amainaron los fríos de las madrugadas y fueron cómplices febriles de nuestros placeres adolescentes.

También su trabajo primoroso estuvo en nuestras alforjas y ponchos, viajando a donde el destino –“*como a hoja que el viento arrebatá*”– nos ha llevado.

Desde entonces, al borde del llanto:

Ay, qué lejooosss me lleva el destiiiiinoooo...–, con un nudo en la garganta.

Como hojaaasss que el viento arrebaataaaa...– recordamos nostálgicos los tristes.

Ay, de mí tú no sabes ingraataaaa...– con los ojos convertidos en acequias de melancolía.

Lo que sufre este fieeel corazóonnn...– que la tía *Yovanita* cantaba en los crepúsculos multicolores de la *santa tierra*, oscureciendo la tarde.

Ebrios de licor y nostalgia, alzamos las voces al viento:

Estos ojos llorar no sabííaaann...– en madrugadas diferentes, bajo otros cielos

El llorar parecía locuraaaa...– en solitarios parajes o acompañados de otras voces blandas por la nostalgia

Aura lloran su triste amargura–, plenos de ensoñación y recuerdos le metemos una *pechada* al viento, soñando en los retornos siempre postergados...

De una sola y ardieeeenteee pasiíoóonnn.

Sus ponchos –granate, nogal, onza de oro o marrón– cubrieron nuestros cuerpos de la lluvia, defendiéndonos también del viento, la helada o cuando las madrugadas nos sorprendieron regando las chacras y caminando distancias.

Testigos mudos de amanecidas junto a las muchachas generosas y querendonas de La Playería.

Compañeros en noches de cañazos cortos y amistades largas, de luna plena y de exquisita inmadurez:

...ay, de mí tú no sabes ingrataaaa,

lo que suuufreee este fieeel cooraazón...

Sin duda, ya no existen.

El tiempo, las polillas, la humedad, las modas, lo *fashion* o el simple "eso sólo usan los indios y los cholos" los habrán desplazado.

Los sintéticos *made in Taiwán, made in China* y los acrílicos, los habrán reemplazado, definitivamente.

Sus lanas y cardanes mantienen en nuestra memoria ese nostálgico calorcillo abrigador de

nuestra infancia, detenido en el tiempo.
Hasta ahora.

TÍO EVELIO

Al tío Evelio lo llevaron de *coscrito* a la guarnición militar de Chocope y regresó a La Playería, dos años después, convertido en todo un *militarcito* vestido de uniforme verde oscuro con galones de sargento, su bigote recortado, una libreta militar amarilla de tres cuerpos y su obsesiva manía por la pulcritud y la limpieza.

Galán de historieta mejicana, parece –comenta enamorada la tía Adelita con quien, tiempo después, tiene un hijo.

– *Gualito* a él es *pu'el maldicio*, hasta *negao* parece, ¿dí?

Y el cholito *marrulengo*, años más tarde, se fue a la capital, saliendo bien *retrato*, al *costadito* de un *carrito* amarillo, medio *curpao* el cholo, en la portada de una revista a colores– ¡Auto *Volvagien*, *si* dice, cholo *sonso*! –junto a una muchacha de pelo ensortijado, una falda negra *chicasha* y tacones altos.

- ¡Su *peyor* es *naida* del cholo! ¿ algo será...dí?-, preguntamos *pura envidia* nuestro *ojo* en la *revista*, que mostramos orgullosos a los paisanos.

– ¡No, gafo, propaganda nomás es, de a *mentirita* nomás es!, dice don Ruizbarbo Valencia-

El cuello y los puños de las camisas bien almidonados, remojando las papitas varios días, pasándolas por varias *agüitas*, *pa'* sacar el almidón. El pantalón blanco sin una *arruguita* y la raya bien *derechita*, planchada a carbón ardiendo; los *chuzos*, brillando también.

– Si *nu'ay pastita*, aunque con su limoncito más que *seya*, *nomá*.

Un buen día y después de haber trabajado de todo y no ganar casi nada en La Playería, el tío Evelio envuelve sus tristezas en una alforja colorada, que le ha regalado la tía *Yovanita* y, sobre el burro Mojino, se dirige hasta el pueblo vecino.

Allí, de puro macho nomás, sube al ferrocarril que se va a la costa y sin saber exactamente a dónde, se marcha a trabajar como jornalero en una hacienda cañaveralera cercana a Trujillo.

– Agente del capataz *hey* sido y yo llevaba las cuentas, por si *acasito*– ha dicho alguna vez.

Luego de un viaje de varios días por la antigua Panamericana, llega a *Lema*, la *capetal*, a la que sólo conocemos por las enciclopedias de historia y los libros "Venciendo", en sus temas de geografía, de la Escuela primaria.

– Una ciudad grandaza donde vive la gente rica de mucha plata, sobrino, y los presidentes, que se hacen presidentes a golpe de golpes, tanques y revueltas; gentes que tienen los últimos adelantos traídos por gringos venidos de las *uropas* y las *norteaméricas*–.

Una ciudad llena de chinos, negros, cholos –llevados *amarraos* del *pescuezo* a *metelos* al

mar– y extranjeros que tienen fábricas y carros; de miles de gentes y casas *grandotas* como palacios, con agua que sale de unos caños y con cuartos hechos a propósito sólo *pa'* hacer la *pichi* con su papel especial.

Mientras nosotros en *la pueblo lu hacemus ashuturaos tracito* de la casa vieja o entre las cañas, limpiándonos con piedras *pambitas* o con hojitas de yerbasanta, de higuera o chirimoya *siay*, cuidándonos del ishguín cholo, que hace arder lo que ya tú sabes y te da *hartaza* comezón, lo menos dos días *cholo lolo* y sin poder rascarte siquiera, *ques* lo más triste de todo.

Hasta allí dicen que se fue el tío *Santitos*; y después de una cuantas postales, perdidas en el tiempo, desapareció sin dejar rastro donde rastrear.

El tío Evelio es un también un gran futbolista.

– En el ejército *mi'an enseñao* a meter goles de *chalaquita*, *pué*.

Por eso, pegados a la vieja radiola del tío Belisario Galindo, con las ansias de niño y la inocencia pueblerina, esperamos escucharlo jugar junto a Toto Terry, el único blanco que le paraba los machos a los negros del Alianza, y a Lolo Fernández, que *disqué di'un cañonazo* ha *rompido* un arco.

– ¡*Patadota* de mula *dejuro habrai sido!*–, nos dice don Clodomiro Rodríguez, sentao con nosotros en la *veredita*.

Después de unos veinte años de ausencia, el tío Evelio ha retornado a La Playería, a *miralo* cómo está la mamá Edelmira.

– Seguramente estará con los achaques de sus ochentaitantos años–, comenta preocupado.

– ¿Achaques...? ¡Los de tu suegra, manganzón! –contesta resentida la *mamacha* Edelmira– ¡*Yo'stroy más juerte* que vos, *tuavía*, que *ti'as creido* costeñito de dos por medio!

A retornado también para arreglar algunos asuntos personales que por las prisas del viaje, dejó sin concluir.

– Fíjese, ña Edelmira, "vieja" *li'a* dicho el Evelio–, dice, medio serio, el viejo Joshua, metiendo más brasas al fogón.

– ¡Qué metes tu cuchara, vos, en mate ajeno y di'ónde ni ti'an invitao! –interviene guapa *mama* Beca– ¿Candelero habías sido, no?

El viejo Joshua, agarrado su sombrero y riendo, sale de la cocina a solearse al patio.

Se apareció un domingo a mediodía, rodeado de un montón de maletas que bajan del ómnibus verde y blanco que viene de la costa y que se detiene para que los pasajeros puedan almorzar en el restaurante de los *Araujos*, en la plaza de La Playería.

El tío Evelio recibe a las antiguas amistades y *conocencias* que, *anoticiadas* de su llegada, vienen a saludarlo y averiguar como *li'a* ido en la *capetal*.

– *Redepente mi* animo a irme *tamién*, *dejuro más mal* que al Evelio no *mi'a* de ir–, repartiendo copitas de pisco.

Lo instalan en un cuarto de la casa de tío Ricardo y *mama* Beca con la tía *Yovanita*, se apresuran a desempacar tremendo cargamento para un viaje tan chiquito.

– Éste es un legítimo pisco de uva Quebranta, comprado en los mismos viñedos y destiladeros de Pisco –dice como un conocedor–; han viajado conmigo tres días con sus noches, para brindarlo con ustedes. ¡Salud!

– *Aguarriente*, *nomá* parece, patrón –comenta desilusionado el indio Triunfo.

– Qué sabrás tú de cosa buena, indio malagradecido –replica enfurruñado el tío Evelio.

– ¿Pisco... Pisco, no *jue por'ay onde* San Martín soñó la primera bandera nacional...?

– ¿*Nu'as leyido*, gafazo, *la* libro *Venciendo* de primer año, ah?

En los altos de la casa, sentados sobre el batiente de la puerta, contamos con los dedos los montones de ropa que el tío Evelio ha traído para la visita de una semanita, nada más.

Siete maletas que traen siete camisas blancas y celestes de cuello almidonado, siete pantalones azules y marrones con raya al centro, siete chompas de cuello redondo, abiertas y con botones.

- Así será *pue'n la capetal, dejuero* –comenta el indio Briceño, cogiendo con ambas manos su sombrero de junco, medio amarillento por los sudores, el uso y el sol.

Siete ternos azules y negros con siete corbatas de diversos colores, *pa'* que hagan juego con cada terno; siete pañuelos blancos para los sacos y siete pañuelos para los pantalones y dos de colores para ponérselos alrededor del cuello.

- *Sigoro pué, así'ay'ser* –contesta el viejo Nemesio, rascándose las orejas con una varilla de yerbasanta–.

Siete pares de zapatos negros, marrones, mocasines y de pasador; cada par con sus respectivas medias del mismo color y su cajita de betún, para tenerlos impecablemente lustrados.

Siete *bivirís*, siete calzoncillos blancos y tres *piyamas* de tela y de algodón.

–Mariconadas, carajo –dice el viejo Huacatay, con sus ojos redondos como de buey.

Un frasco de *glostora*, para tener el cabello crespo bien peinado y brillante; otro pomo con agua de lavanda, para después de afeitarse; un frasco de colonia que huele rico y que se echa debajo de las orejas.

- Ah, y no te olvides de los dos juegos de sábanas bordadas con fundas y todo –replica burlón el viejo Joshua, cuando años después y en las sobremesas, *mama* Beca cuenta con todo detalle el acontecimiento que fue el regreso del tío Evelio a La Playería.

Mamá Beca y la tía Yovanita se desviven por atenderlo.

Sacan de sus viejos baúles las antiguas sábanas bordadas de género, oliendo a guardado, usadas sólo para los grandes acontecimientos, como las noches de casamiento o visitas importantes.

- Como si yo no fuera importante, barajo –reniega el viejo Joshua.

- Es que a *usté lu* atienden *to'los* días, qué más quiere, bien contento siquiera estuviera – responde medio enojada la tía Yovanita.

Prestan de la tía Consuelo y la tía Bernardina frazadas de lana marca *Tigre* –aunque *nu'ace* mucho frío, es bueno que sus frazaditas tenga el Evelio–, barren el cuarto todas las mañanas, regándolo para que no haya polvo, tendiéndole la cama –y nosotros, bien mandaos, corre y corre trayendo agüita de *la'cequia*, para *que'l* tío se lavara y se bañara en la mañanita y al mediodía–, *tamién* sirviéndole su desayuno –cafecito nomás con sus dos huevitos pasaditos.

–Sin yema, por favor, por el colesterol –comenta serio el tío Evelio.

En La Playería nadie sabe qué es eso y tampoco importa.

Mama Beca y la tía Yovanita, mirándolo sorprendidas.

- ¡Cuánto ha cambio el Evelio! Antes ni los cascarones quedaban ¿di? En la costa así será, *pué-*, dicen riendo.

Y nos llaman a escondidas para darnos las yemas, con el que embadurnamos nuestro *pancito* y no queda ni pizca del *amarillito* del huevo en el plato de losa *despostillado*.

- Sólo por un *parcito* de días, *nomá*, me convertiría en el Evelio, a ver si igualito *mi'atienden* a mí –dice entre malhumorado y burlón el viejo Joshua.

- No seas malgeniado, Joshua –responde entristecida *mama* Beca–. Él ha venido sólo por unos días y después de tantos años, no sabemos en cuánto tiempo más lo volveremos a ver.

El tío Evelio trajo también su propio jabón de pepa de color oscuro, hecho en la capital, y varias bolsas plásticas rojiblancas de un detergente, *disqué* con fórmula americana, que se dice *Ace*.

- Espuma, espuma *nomá* es; qué choloque ni choloque, *viéraste usté* –comenta contenta la

tía Yovanita.

Ace lavando, yo descansado leemos en la propaganda y a partir de allí ya ninguna de las mujeres de La Playería lavó la ropa ni con choloque, ni con penca azul.

– Sólo faltó que lo bañen calato, tremendo *cojudazo* –comenta riendo el viejo Joshua, arreglándose el mostacho.

TÍO JUANITO

La tía Teodolinda, se casó muy joven y se murió a muy temprana edad, también.

El tío Juancito Bances, su marido, con su poncho *cutusho* onza de oro, cruzado sobre el pecho y una de las puntas sobre su hombro izquierdo, tiene por costumbre regar su chacra de caña *pozo pozo*, dejándola *tendida* toda la noche, de *purito* gusto *nomá* –comenta enrabiado don Julián Robledo:

–¡*Reciencito nomá, li'a tocao la mita di'agua*; qué abuso, por Dios, qué abuso!

Camina con su pantalón *arremangao* y saltando de piedra en piedra, como chisco, y ha dejado varias veces al viejo Joshua y a otros *miteros* de la acequia sin agua para sus siembras.

–¡*Qué, pué, chicashos* están mis *maicitos*; la ranca dejuro *li'a* querido dar, con estos tremendos *veranazos* de junio, seguro *ay'ser*–.

En una de esas tantas, el tío Juancito Bances está bien abierto de piernas, con su pantalón remangado a media canilla, un llanque *pa'cá* y el otro *pa'llá*, bien *agachadote* encima de *la'cequia*, silba que silba alegre de puro contento –huanchaco pecho *colorao*, pareciendo– sacando las champas de su toma, tapando *la'cequia* y *que'l* agua *dentre pa'* su chacra de caña.

El viejo Joshua, atardeciendo ya, regresa pensativo para La Lomada, su palana al hombro y su sombrero de junco a la pedrada.

Desde lo alto de la acequia lo divisa en plena faena:

–¿*Qui'ace* este marrajo, canijo? –reparándolo, abierto de piernas, *champee* y *champee la'cequia*, y lo arremeda después.

–Tan *entretenio* *taba* que ni cuenta me *dao*, cuando un pedrón, *plochoccc*, *si'a* caído *di'arriba*. ¡*María Santísima!*, *hey gritao asustadote*. ¡*Dios me favorezca!*, diciendo, favor, favor, *hey gritao* –y el agua bañándolo todito, le mojó la entrepierna del pantalón, empapándole el poncho y llenando de agua el sombrero de junco de tres puntas.

Asustado mira a todos lados, espantado, aguaita a un sitio y a otro *pa'* ver quién *hay* sido el gracioso y nada.

Silencio.

Los cañaverales se mueven lentamente con las crepusculares brisas de ese atardecer y el aire de las seis y media obliga a talonear las canillas más rápidamente, cuesta arriba.

Columbrando *pa'* un *lao*, *pal* otro, *pa'* tras, *pa'* delante y *ni'un* alma por ningún *lao*, espantado.

Una lechuza *jui jui jui jui jui*, cruza volando cerquita y lo asusta aún más.

Temblando las piernas y *agarradito* su sombrero, que chorrea agua por todos lados, da pasos *cortitos*, tropezándose con sus propios llanques, mira asustado para todo sitio. *Pasito pasito* comienza la subida a La Lomada, *tembleque tembleque* maneado, sin entender nada, *tum tum tum*, resonándole el corazón, resbalándose en las piedras de la cuesta, pálido como alma en penitencia, sin poder explicarse qué *demoños* le ha pasado.

Ya medio *oscurana* y *topeteando*, blanco como la cera y los ojos bien *abiertotes*, llega a la casa de la abuela Merceditas, *temblequeando* y *espantao* como si la terciana lo hubiera *agarrao redepente*, con su sombrero de junco a dos manos, pálido y medio *encanijao* como muerto de tres días.

–Las *quijadas* le temblaban, como si tuviera sonajas entre las muelas –comenta, riéndose, el tío Feliciano Juárez–.

–Juancito, ¿me prestas tus quijadas *pa'* salir a carnavalear? ¡*Lindazo* suenan!

Lo mira con los ojos enrabiados, murmura algunas palabrotas y levantando la punta de su poncho se enrumba por el camino del río Atarama.

–¡Ja ja ja, *pa' qui'otra* vez, ni más *lu'agas*, Juancito!, ríe el tío Feliciano–.

–¡Juancito, qué *ti'a* pasao! –grita alarmada la tía Teodolinda, soltando la canasta con papas *canchanas*, que va a preparar para la sopa de chochoca de la cena–.

–*Loos diaaablooos* creyo *mi'an queriuuuu llevarrr*, señora Merceditas –dice sin aliento, tartamudeando, casi sin poder hablar.

–¡Jesús! –contesta la abuela, mirando al cielo, persignándose.

–¡Ave María purísima! –exclama asustada la tía Teodolinda, mientras apurada se *adentra* en la casa, en busca de ropa seca para que se cambie todo lo mojado.

Entre el alboroto, las preguntas –¡Dios bendito! ¿Qué *ti'a pasao*, *pué*, Juancito?– y la respuesta, no *mi'acuerdo* bien *quí'a pasao*, el viejo Joshua se aparece silbando por el camino, manos a la espalda, como quien no sabe nada.

–¡Juancito, por el amor de Dios, tan viejazo y jugando a los carnavales en setiembre, como si fueras muchacho chico! –le recrimina sorprendido–.

–Ay Dios, Joshua, si te contara; no me vas creer, Joshua. Tapando *taba la'gua* de *la'cequia*, *pa'* la cañita del molle, cuando *redepente*, *redepentazo*, *juá* se desbarranca una piedra del cielo y en mi *tracito* se cae y casi *mi'a matao*, Joshua; muy *sustao mey quedao*, *maldespanto creyo voy tener* –temblando, recibe el poncho color nogal que la tía Teodolinda le ha traído, para que se cambie.

–¿*Nu'as reparao* bien quién *hay siu*, Juancito? ¿*Demoños*, dices? –pregunta afligido el viejo Joshua, despejando dudas y temores.

–*Nadita hey'visto*, *pué*, Joshua y *topeteando topeteando*, *mey'veniu* porque medio *oscurana* estaba ya, *Juesocristazo*, *maldespanto mi'ay* de dar creyo yo –contesta asustado.

–Espérame *dás*, un ratito, Juancito, que *dás* voy *pa'* la casa, *pa'* traerte tu remedito –dice, palmeándole el hombro, haciendo sonar sus llanques sobre las piedras. Al rato regresa con una botella de vidrio a medio llenar y un jarrito de losa *despostillado*.

–Tomáte un *juerte*, Juancito, con su salcita y su limoncito –alcanzándole el jarrito con más de la mitad de cañazo–. Esto te va curar bien el susto, Juancito –palmeándole el hombro, viéndolo hacer gestos de desagrado con su boca al tomarse el trago, carcajeándose para sus adentros.

–¿No habrás sido tú, Joshua? –pregunta media guapa y no muy convencida la abuela Merceditas, como si de pronto hubiera llegado a una deducción, al ver la muy fraterna actitud del viejo Joshua–. *To* la tarde no *te'i* visto, ni la Beca tampoco; averiguando por ti andaba... –conociendo las bromas y mataperradas que el viejo Joshua está acostumbrado a hacer.

–*Usté mi'a* visto aquí en la casa, mamita, desde hace un buen *ratazo*, *estao* arreglando la reja de mi *arao*; ya he *barbechao* la chacra de la Palta y ya tengo que *metele* bueyes, *mama* Mercedesitas –responde muy serio, para que no queden dudas–. ¡Ni *pantasma* que *juera*! ¿O tú *mi'as* visto, Juancito? –pregunta, arreglando con las dos manos el sombrero de palma en la cabeza del tío Juancito.

–Vos, Joshua, no serías capaz de esta temeridad, ni tu enemigo que *juera*... –dice el interpelado, mientras termina de tomarse el jarrito con cañazo–. Dame *otrito*, *pa'* curar el *malespanto* –agrega.

El tío Juancito se toma el otro trago, que le abriga el cuerpo y le devuelve la calma. Palmeándole el hombro, el viejo Joshua le dice:

–¡*Salú*, *pué*, Juancito, por los fantasmas y los diablos que *disqué ti'an queriu* llevar! Vos sabes bien, *pué*, que la yerba mala no muere así *nomá* y... si se muere, *pal* otro invierno vuelve a crecer, ¿o no?

A los treinta y cinco años, la tía Teodolinda –¡Ayayay, me duele la barriga; la lechecita que anoche *mey'tomao*, daño *mi'a* hecho *dejuero*! ¡Ayayay, qué será *pué*, *ayayayyy!*–, amarillos los ojos, la cara y las manos, se murió después de carnavales.

Seis años más tarde, el tío Juancito Bances, de una empanzada con frito de chanco, *amor nuevo* y chicharrones, se murió también, joven nomás, dejando cuatro *guaguas*, maltoncitos ya.

TÍO FELISBERTO

Con los años el tío Felisberto se volvió el mejor comerciante de La Playería.

Amontonando cilindros rojos y verdes de gasolina, petróleo y querosene, ha puesto la primera despachadora de combustible –¡*Justito'stamos* en medio del camino, *hom!*– para los pocos camiones que transitan, desde los *Chiquiletes*, donde termina la línea del ferrocarril de la costa –*traca traca traca traca*– continuando la carretera más allá de la provincia de Wamanmarca, hasta las minas de las jalcas *pa'rriba* de *las Bambamarcas* o al Marañón, por terrenos *shiliquenses pa'dentrazo*, o la peña del Olvido, más *pa'bajote* en Cajapampas.

Se ha comprado un camioncito Ford 1936 con sus llantas de rayos y manizuela *pa'* que arranque, *viéraste*.

La novedad entre los playerinos noveleros que *si'aglomeran pa'* ver de cerquita y con sus propios *ojotes*, el *aparatote* ése que botando humo se trepa por la *carritera*, como *venao* por esas trochas *pa'* un solo carro, construida a punta de dinamita y barretas, nitrato de amonio y puro *punche* por los poblanos, cumpliendo la ley vial del presidente Leguía.

También ha comprado un motor Perkins de luz eléctrica –*pa' prendelo* se jala con una soga trenzada y *chu chu chu*, botando humo, enciende tres focos que alumbran la tienda y la trastienda de su casa.

Turumbos contemplamos y sin entender bien, cómo de un pedazo de vidrio redondo marca Philips puede salir luz, que alumbraba la noche que parece de día.

– Mira *indio pishgo*, ¡sin hacer humo! di, no como los mechones y lamparines humeantes que tenemos en nuestra casa.

Alelados miramos la radiola RC Víctor, con un perrito sentado en las patas traseras y un parlante a su costadito y la varita que sostiene diez discos de carbón de 45 revoluciones por minuto, cayendo *ploc*, asentándose *tranquilito*, como esas mariposas medio marrones sobre los geranios, *shhsss* suena primero y *das-dás* comienza la música, oyendo las canciones *lelos* y *agafados*.

Ingenuos y *sonsonetes* muchachos pueblerinos, buscamos por delante, miramos por detrás, rebuscamos por los costados de esa caja *grandota* que suena *juertote*, “al *tataco* ése o al muñeco que metido dentro de ese cajón de madera, canta tan *boñito* los boleros, las rancheras, las guarachas y el himno nacional.

No entendemos también, cómo de unos plásticos negros, planos y con un hueco en el centro, salen canciones *lindazas*, que a los mayores los pone *alegrones*, con ganas de emborracharse,

cantando *aguardientosos* las letras de Los Panchos y Javier Solís, a las mujeres, *hipo hipo* o medio disimulando, las hace lagrimear

...dos almas que en el mundo
había unido Dios,
dos almas que se amaban
esos éramos tu y yo....

La impecable refrigeradora Frigidaire color blanco a kerosene, nos tiene realmente perplejos y confundidos.

Con sólo abrir esa puerta blanca enlozada ya tenemos en nuestras manos pedazos de hielo que, colocados en bolsitas de plástico transparente, enfrían *tamién* la carne de carnero.

–Fríaza está cholo y fresquita *tamién*, como si el matancero de don Pedro Vernuy *reciencito* los hubiera destazado y no como las cecinas de *coche* que colgamos en las sogas de la huerta, *pa'* que las seque el sol, y *pa'* la *tardecita* engusanadas *ya'stán*–.

Tiene la mejor tienda de abarrotes.

–Mi tienda es la mejor y debe tener todo y de todo, comenta el tío Felisberto, vestido con una camisa blanca de popelina y su pantalón azul marino de casimir Barrington, el casimir perfecto de pura lana, como dice la propaganda.

Vende sal en terrones, traída de la costa en sacos de yute; azúcar negra, en bolsas de papel Casagrande, que pesa en su balanza pata de gallo y envuelve en papel de despacho de libra y media libra; fideos Canuto y Cabello de ángel Nicolini –Nicolini es de la familia–; arroz en sacos Pacasmayo, *pa'* escoger los *soldaos* y las piedras, lavándolo antes de *echalo* a la olla, no *vay'ser* la desgracia que *crash* muerdas una piedra y muela *pa'* *juera si'a* dicho; gaseosas Coca cola, Concordia, Canada dry y Trigoso –*que's* de Wamanmarca y los indios venidos de las alturas, *pa'* los domingos de plaza, lo toman en copitas–.

Telas, géneros y *telaplaya*, baldes de aluminio y de plástico, aceite Capri de litro –bien *lavadita* la *botellita* sirve *pa'* comprar la chicha en *ña* Angelita– y en lata *tamién*, que después *si'usa pa'* cargar agua del *cequiún*, con su ganchito y cerveza Pilsen, que traen en cajas de cartón.

–Una vez, *pué, cati*, pequeño yo, *pué* me mandan a comprar una caja *llenita* de cervezas y *cargao* al hombro trezándome *mi'ba* y no *mi'abía dao* cuenta que *mojao* *taba* el cartón y en media calle *chililín chililín* se caen, rompiéndose *todititas*, espuma *nomá pu'el* suelo, se desparramaba –cuenta Casimiro Bringas, sentados en la *veredita* de la plaza.

–Lo que no cuentas es la *maja* que te dieron por romper las botellas, *muerdo* y mal *mandao* –dice burlándose el Nemesio Aybar y nosotros ¡Cuenta, cuenta! y el cholo Casimiro mirándonos *feazo*, enseñando los puñetes.

Y también trago para la gente decente: ron Cartavio y Pomalca, Vermouth, Cinzano, strongets, anisado y guinda de Huaura.

La tienda siempre está llena de bote a bote, no cabe ni una aguja más. Ah, eso también vende, hasta guatopas rectas y redondas para coser los costales de yucas.

Su cumpleaños dura tres días y ha mandado sacrificar –*pobremente, un parcito de carneritos, nomá*– que las cocineras, picándolos y aderezándolo, lo sirven con arroz graneado y yucas sancochadas –Ah, y unas seis *gallinitas, pal* caldito de amanecida, *tamién*.

En el comedor grande, que se abre sólo *pa'* las ocasiones más importantes, se sientan los invitados venidos desde la provincia de Wamanmarca y otros pueblos vecinos –el jefe del banco *hai'venido* y el recaudador, *tamién*–, además de los principales de La Playería, a quienes brinda cerveza helada, vino Sauternes y Vermouth.

En el patio y sentados en el poyo algunos pocos muy allegados de La Playería, toman chicha de jora y cañazo –como son indios, hay que *dales* cosas de indios, *pa' que* no se'nfermen.

—Éstos son mis amigos, Joshua —dice el tío Felisberto, con su voz lenta, que arrastra las palabras—: doctores y abogados, que de seguro estarán cuando yo me muera; no como tú, que sólo tienes a tu alrededor indios pobres de la jalca y cholos chacareros *nomá, pa' qué sirven, pué*.

Cierto, muy cierto.

Lo cierto es también que cuando el tío Felisberto se murió, tras una lenta agonía de más de tres años; los que decían ser sus entrañables camaradas del alma en esas buenas épocas de comida abundante, trago gratis y encima *s'iban* bien *aviadazos*, no se acordaron de él en su entierro, ni de visitarlo, menos de apoyarlo en los momentos en que los males de la senilidad invadieron su debilitado cuerpo.

Cuando más los necesitó, no estuvieron. Ni dieron señales de vida, ni mandaron condolencias, ni coronas de flores, ni nada.

Cuentan los antiguos de La Playería que, un poquito más, y la familia hubiera tenido que hacer colecta en el pueblo *pa'* enterrarlo, pues empobrecido *si'abía quedao* y *lu'enterraron* en un cajón fiado, hecho al apuro por don Napito Bosio, el manquito carpintero de la Plaza de armas.

¿Cómo se esfumó todo lo acumulado en más de *cincoentaitantos* años de negocio diario? Nadie sabe; nosotros, menos. Y no interesa saberlo, tampoco.

Cuando el viejo Joshua y *mama* Beca, veinticinco años después, se nos murieron; los indios de la jalca y los cholos chacareros, estuvieron tres noches velándolos, tomando cañacito y chacchando su coquita, lamentando su partida y habán lágrimas *de'a verdá* en sus curtidos ojos.

—¡Nunca fueron *autoridá*, cierto, pero siempre impusieron *autoridá* con su buen ejemplo; buenos consejos daban, cómo *olvidalo, pué*; qué *lastimidad* su muerte, *dejuero*— y en las misas de cuerpo presente, en cada caso, la iglesia de La Playería quedó *colmadita* —ño Joshua y ña Bequita muy buenos y nobles han sido, pué—.

Son casi tres cuadras llenas de gente, acompañándolos al panteón —que *Diosito* los tenga en su Gloria, muy buenitos han *siu, pué*.

Así dieron el último adiós a dos buenos playerinos: a un gran hombre y a una gran mujer.

TÍO ROSARIO

La tía María Luz ha sacado algunas facciones de la abuela Merceditas.

Rostro ovalado de ojos grandes y negros, el cabello crespo, la piel muy blanca y el andar garboso.

Se casó con el tío Rosario Ríos, un agricultor de Huayquirillas, bajito, de cejas pobladas y orejas grandes, de sonrisa alegre y andar cortito.

Un hombre bueno y generoso como el pan de las seis de la mañana –diez semitas por un *rial, nomá*– que hornea doña Lastenia Véjar, en su corralito, al costado de la quebrada

La tía María Luz ha dado a luz a sus dos primeros hijos –*el* Elmer y *la* Selenia, machito y hembra, *pué*– y eso los ha obligado a que la familia bajara de La Lomada a su casa en La Playería con una sala –*pa'* qué tan grande, *pa'* qué tan chiquita, medianita *nomá*–, corredor bien *venteado* en la fresca –*pa'* poder coser mis costalitos *di'arroz*–, su patio amplio con su huerta de mangos, plátanos y paltas, junto a la acequia a media cuadrita, *nomá* de la iglesia de La Playería.

Tienen seis hijos, tres hombres y tres mujeres, que les han dado más de treinta nietos.

- Bien estarán, de seguro, hijo, porque ni llaman ni escriben –contesta la tía María Luz cada vez que preguntamos por los ausentes.

Entre irónica y socarrona, nos dice:

- Si así como paren hijos, trabajaran, millonarios serían –trenzándose las dos *shimbas* negras, que las coloca una en cada hombro.

Joven y enamorado de la tía María Luz, el tío Rosario Ríos viene desde Huayquirillas hasta La Lomada, a dos horas y media de camino a caballo.

Se aparece chalaneando su negro albo dos, por la cuesta del río Atarama y requiebra su caballo, haciendo reverencias con su sombrero de palma de ala ancha.

–¡Qué milagro que viene por acá, joven Rosario! –dice sonriendo la abuelita Merceditas, que lo mira con buenos ojos.

–Buenos días tenga usted señora doña Merceditas –contesta reverencioso y zalamero, sacándose el sombrero blanco de palma con su cinta roja alrededor de la copa–. *Me'ataba* yendo *pal* pueblo *a'cer* unas compritas y, me dije, aprovecharé esta ocasión *pa'* saludar a tan buena señora y su encantadora hija y preguntar como están...

El viejo Joshua, sentado sobre un pellejo de chivo, trenza su soga de cabuya blanca.

–Qué buenas jeringas –comenta para sí–, *pa'* irse a La Playería, derecho *nomá* se va; *pa'* venir *hasta'cá* su camino tiene que torcer y más *di'una* hora se demora *pué*... Jeringas, jeringuillas, *jeringotas*... –alisándose el cabello negro y mirando al sesgo.

–Dichosos los ojos que en esta alegre mañana la pueden ver, señorita María Luz –la saluda ceremoniosamente, luciendo su mejor sonrisa, debajo de su bigote cortito, sacándose el sombrero, inclinándose sobre su caballo, hasta casi tocar el suelo.

–Los míos son los dichosos, joven Rosario –contesta coqueta y sonriente, las manos entrelazadas, mirando al suelo.

Sin hacerse de rogar mucho, el tío Rosario Ríos desmonta y de inmediato baja su alforjita azul: Unas *frutitas* de mi *chacrita*, señora Mercedesitas, *pa'* que lo saboreen con cariño y estimación... –entregando la alforjita con ribetes amarillos.

Amarra su caballo en el espino, frente a la casa grande.

–¡No *si'ubiese* molestado, joven Rosario; qué *barbaridá!* ¡Pero *pasi'usté* y siéntese un ratito; cansadito estará!

Y mientras la abuela Mercedesitas se desaparece puerta adentro del cuarto a vaciar el contenido, la tía María Luz sonríe con la frescura de sus dieciséis años, y le alcanza un cantarito con agua fresca de las tinajas.

–*Pa'* que le calme la sed y le refresque del calor del mediodía, joven Rosario.

El viejo Joshua, desde la inverna, *curpao* y amarrando sus burros, los mira entre burlón y cómplice.

–*Nu'es* el amor al chanco, sino a los chicharrones..., hum-, piensa, rascándose la nuca.

–*Vamo* a ver, *pué*, Rosario, qué tal *cuñao* vas a ser –sonriendo, camina junto de la acequia, rodeando la casa vieja.

El tío Rosario Ríos se ha sentado cómodamente en el poyo del corredor, entretenido en la conversación.

–Me gustaría seguir visitándola, señorita María Luz, si es que *nu'ay* quien se oponga...

Y la tía, sonrojándose:

–¡Ay, qué cosas dice, joven Rosario! ¿Quién *pué va'haber?* Puede venir nomás, cuando guste.

Y él, tomando aire:

- Por el camino buscaba una flor para traérsela; pero ni una merece su belleza, señorita.

Y la tía:

- ¡Ay, joven Rosario, no es para tanto...!

- Necesito su consentimiento pero *tamién* el consentimiento familiar; don Asencio es un buen hombre y doña Mercedesitas una muy buena mujer, con sus hermanos ya nos haremos buenos amigos, en especial con el Joshua, *que's* el más comprensivo, creo yo –mostrando su mejor sonrisa, bajo su mostacho recortado.

Es el amor, dicen.

El viejo Joshua, no pierde el tiempo.

Acariciando el pescuezo del negro albo dos –¡*Soo, soo*, caballito! ¡*Soo, sooo!*–, palmeándole las ancas, afloja la cincha –uno, dos, tres, cuatro, cinco puntos–. Listo. Alarga un estribo *pa'* que llegue a las corvas, acorta el otro hasta el apero. –Ajá..., está bien–. Deshebilla la baticola, hasta el último punto también, y suelta la montura, flojita, flojita... –Eso es, así está muy bien–. *Cariña* de nuevo al caballo negro.

En su mirada y sus gestos el viejo Joshua parece que disfruta mucho de ese instante; luego mira a todos lados, para comprobar que nadie lo ha visto... y se retira en silencio, como el más inocente de los mortales.

Luego de los adioses –Otro día regreso, señora Mercedesitas–, las despedidas –Hasta luego, señorita María Luz–, son correspondidas con miradas a hurtadillas –¡Que Dios lo acompañe en su camino, joven Rosario!–. Tomando un jarrito de agua, para el camino –A ver si un día *de'stos* se

animan a visitar mi chacrita-, y la abuela Merceditas: Lo consultaré con el Asencio y ya le avisaremos, joven.

El tío Rosario Ríos, haciendo sonar las espuelas de plata –*tilín tilín tilín*–, las botas sobre las piedras del patio grande –*toc toc toc*–, se encamina orondo, sonriente y alegre, hasta su caballo, decidido a hacer algunas cabriolas que impresionen a la tía María Luz y a la abuela Merceditas, también.

Desata el caballo y se dispone a montar, como siempre, por el lado izquierdo. Apoya sus manos en la montura y, mientras mira de reojo a la tía María Luz, busca con su bota izquierda el estribo.

–*¡Nu'ay el estribo! ¿Qui'a pasao?*–.

Sonriendo a las dos mujeres, tantea con el pie y no lo encuentra.

–*¡Guarda! ¿Y'esto?*, se sorprende–.

Alza la pierna lo más que puede, casi hasta llegar a la silla, suspirando aliviado, y por fin mete la bota en el estribo. Toma impulso y monta con agilidad, sin pensar en más.

Ya encima del caballo, con el pie derecho busca el otro estribo... y tampoco está en su sitio.

–*¡Canijo! ¿Qui diablos e'stá pasando?*

Sonríe a la tía María Luz y a la abuela Merceditas, para que no noten su molestia ni su preocupación.

El estribo está más abajo de la panza y por más que mueve la bota no lo encuentra. Sonríe tratando de mantener la calma y ocultar lo que hierve por dentro, por esta incómoda situación. Maldice en silencio.

Tiene la rodilla izquierda llegándole casi hasta las quijadas, “bien *curpao* como la momia que sacamos del cerro Tacurume”, en tanto la pierna derecha sigue estirada tratando de alcanzar al otro bendito estribo, una pierna *pa'rribaza* y *lo'tra bien pa'bajote*.

A pesar de todo, el tío Rosario quiere tirar prosa: es mi oportunidad de quedar bien... Hace adiós con el sombrero de palma en la mano, talonea los ijares de su caballo que, al sentir las espuelas, arranca a la carrera por la bajada del camino de La Lomada.

La cincha está floja y la baticola suelta.

El tío Rosario Ríos resbala despacio, con montura y todo: una pierna doblada en las quijadas y *lo'tra* en el aire, como estaca.

Lentamente se desliza, pescuezo abajo, sin poderlo evitar.

Desesperado, pretende mantenerse erguido, con el orgullo de un hombre enamorado “*que'stá pasando*”.

–*¡Canijo, soo... soo...*, negro!–, con las ganas de quedar bien ante su pretendida y su madre.

–*¡Justito a l'ora que viene a pasarme esto, cangrejo!*–.

El caballo, ya asustado, corcovea por el inusual peso en el pescuezo.

El tío Rosario Ríos trata de aferrarse instintivamente a la montura, como si aún fuera punto de apoyo, con una mano y con la otra mano en la rienda trata de controlar de algún modo al animal; pero sigue resbalando sin remedio.

En un cinco ya besa con su nariz a las orejas de su caballo. Ha perdido por completo el equilibrio, y cuando ve que el suelo ya lo recibe con los brazos abiertos; entre dientes logra mascullar con rabia:

- *¡Me caigu, cangreju; me caiguu!*

Y se da un porrazo sobre el polvo del camino, ensuciándose la camisa y el pantalón blanco de drill. Su sombrero rueda más de un metro, quedando con la copa hacia arriba.

Con un gesto indefinible, aparenta una sonrisa; avergonzado mira a la tía y la abuela, procura hallar una explicación.

-¿*Qui'abráy pasao?* Quién sabe no puse *cuidau* en mi montura; caracho.

Se pone de pie lo más elegantemente que puede, sacudiéndose el polvo con su pañuelo blanco, se acomoda el sombrero de palma; rojo de la cólera, morado de la rabia.

La abuela Merceditas, que no ha perdido detalle de lo ocurrido, con sus manos en actitud de oración, dice:

-¡Ay, Señor, se cayó el joven Rosario; tan bien que chalaneaba su macho!.

La tía María Luz lo mira sorprendida y casi asustada, pero con una risilla interior cosquillándole las entrañas.

El viejo Joshua, *curpadito* entre las *yerbasantas* y *colas de caballo* de la acequia, se carcajea en silencio.

El tío Rosario Ríos está más que avergonzado, humillado.

Con la mirada iracunda busca al causante de tamaña afrenta, porque está seguro que hay un culpable.

Aguaita por el camino, por los cercos, por la acequia y las tapias, con la cólera hirviendo en el pecho, tratando de columbrar al culpable de su situación.

-*Pa' enseñale* a ser hombre y arrimarle una pateadura por insolente, aunque no soy muy bueno *pa'* los golpes; pero a riendazo limpio me defiendo; habrása visto tamaña ofensa-, con las ganas de cortarlo en pedacitos al intruso ese, causante de ese tremendo mal momento. Y en que momento.

Cuentan los historiadores que, con el tiempo y luego que se hicieron oficialmente cuñados y se supo la verdad del hecho, el viejo Joshua y el tío Rosario fueron amigos, muy amigos, hasta que la muerte los separó.

El *shulca* de sus hijos varones, nació como mezcla de indio, blanco y medio negro, por eso le decimos *Cushuro*.

-¡Pero no soy *cushuro*, soy *Güilson Robierto!*-. Y nosotros: ¡*Cushuro, cushuriento*, nomá!

Una noche en La Playería, después de la merienda, el tío Rosario sabedor de sus hazañas y de las juntas que tiene, lo lleva a su cuartito y lo encierra.

-*Pa'* que estudies y duermas un poquito más siquiera.

Pero esa noche en noche de jarana. Es la quema del cumpleaños del ñato Lucho Berríos y a silbos el *Cushuro* sale a la jarana y, tragos van y tragos vienen, el tío Rosario yéndose a buscarlo.

-*Pa'que mi'aga das das* un mandadito de urgencia- y no lo encuentra.

-Esta noche, *salga pato o gallareta*, ¡esta noche me las paga, caricho! *Veáste pué*, qué *barbaridá* -enrabiadazo, acostándose en la cama, debajo de la ventanita que da a la calle.

Ya bien borrachos, el *Cushuro* subiéndose y la pandilla empujándolo -¡*Un, dos, tres!* y, ¡*Pacatán!*, no *pué*-, y el *Cushuro* se cae encima del tío Rosario y *casicito* lo descalabra *todito* -pobrecito, creyendo que la casa se le venía encima, pidiendo auxilio.

De puro susto, al *Cushuro* se le fue toda la *tranca*, tanto que le había costado *borracharse*.

Otra vez, sus amigos de Wamanmarca han venido para la fiesta de la Patrona y el *Cushuro* de rancho en rancho emborrachándose:

-No se preocupen que en mi casa hay camas *pa'* que duerman todos -y, salud y salud-, y ya bien entrada la noche -espérenme un ratito que voy abrir *l'otra* puerta, que ahí están las camas listas-, para que ni la tía María Luz ni el tío Rosario lo sientan entrar.

Se sienta atrás de la puerta para sacarse las botas que le llegan hasta las rodillas. A duras penas la derecha y *pa' l'izquierda* se queda *dormidote* roncando y los wamanmarquinos espera y espera.

-¡*Qui'oras* sale el *Cushuro* éste, que me muero de frío!-, durmiéndose acurrucados en la vereda y los otros acurrucándose sobre la gramita de la plaza.

Amanece y el tío Rosario se levanta.

–¡*Canijo*, este muchacho!, diciendo– y el *Cushuro* asustado caminando cojo, cojo, con una bota puesta y *l'otra*, pata calata.

La tía María Luz se murió en su cama, un lunes por la mañana. Dicen que fue un cólico hepático.

El tío Rosario Ríos –*mi viejo Ford 1910*, a decir del *Cushuro*–, se murió cinco años después.

Un domingo a las siete de la mañana, calentándose al solcito, sentado en la banca del patio –Me duele el pecho, me duele... –, quejándose de un fuerte dolor.

Quince días después de haber pagado sus derechos de sepelio, en la Municipalidad de La Playería.

–*Pa' nu'acer* gasto a *nadies*, ni *nadies* gaste por mí –diciendo.

RÍO ARRIBA

*El valle que se inicia
contigo*

NUEVO PUEBLO

Con montoncitos de piedras como *apachetas* y estacas de ramas de espino, las cabezas de familia han demarcado sus territorios y sus propiedades.

Los principales, de terno, chaleco y reloj de plata con cadena cruzada sobre el pecho, reparten las tierras de la pampa con los poblanos de medio tener, sus sombreros de junco, los pantalones remangados y sus llanques de cuero de vaca, escogiendo cada quien el sitio que mejor le convenga, para sus casas y solares.

– *Premero pa' la plaza, pa'l cabildo, pa'liglesia, pa'l mercao, pa' la casa del cura y pa' l'Escuela.*

Meses demoraron en abandonar el pueblo viejo.

- *Aura* este terrenito es *pa'* mí, este solarcito *pa'* ti, *hom*; esto que *pal* resto ya después se verá.

Resistiéndose a dejar sus paredes chamuscadas con carrizos y todo.

–Ay, Amíto, *si'an quemao* los techos, y *aura, pué*, menos mal *que'l* aguacero no viene *tuavía*, si *denó*, ay, *Taitito*.

Las casas como calaveras se han *quedao*; sin sus puertas ni ventanas, ojazos parecen y nos miran *feote, achinchinsazo*, pasito a paso mirando *pa'tracito*, llora llora nuestro ojo; pero era mejor *d'irse acompañaao*, que quedarse solito como gentil, que vida *pué así*, enterrando historias, borrando recuerdos.

Los que alguna vez hicieron un muro de barro y piedra, se volvieron albañiles de la noche a la mañana y eran más buscaditos que el pan caliente de las seis de la mañana.

Hasta el cholo Catalino, diciendo:

–Yo haciendo casas en Wamanmarca –y ni siquiera un chiquero *pa'* su coche ha hecho; pero *viérase* haciéndole la casa a *ño* Anselmo de los Ríos y cobrándole sus muy buenos reales y aunque las paredes chuecas quedaban, el seguía *pa'rriba*.

–No *mi'nójeste*, yo *mayestro* albañil soy; o si *denó mi* voy a otra *constrocción* – amenazando.

Lo importante era ganarle tiempo a las lluvias, que negreando y amenazantes se mostraban por las cumbres del cerro Atache.

–Hay que dejar terrenito *pa'* las calles, *tamién* –diciendo.

Cuentan los cronistas que el trazo y alineado de las calles de La Playería lo hizo el bizco Casimiro Corio Lino Manzur Miranda, porque *disqué* tenía el mayor panorama de visión que

cualquier poblano.

-Reparaba a dos sitios al mismo tiempo, *pué*; así cualquiera, o no compadrito Chivillo.

Decían también, que era el mejor alumno en la Escuela.

-Qué gracia, *pué*, así *cualquierita*; con un ojo *leye* y con el otro repasa.

Por eso, las calles, salieron chuecas y desniveladas.

-Y *tuavía* Casimiro se llama el *maldiciao*, que *barbaridá*, y Miranda, *pa' rematalo* todo *di'una* vez; por *Diosito* qué culpas *istaremos* pagando.

Años más tarde, los carreteros quisieron enderezar las calles, ahí mismito se desanimaron porque tenían que tumbar a casi todas las casas de la calle principal.

-¡Mejor hacemos la carretera más arriba, y sanseacabó!

Y, así diciendo, metieron tractores sin más ni más, haciendo la carretera nueva, dejando a la calle principal de La Playería, chueca y desnivelada.

LA BLANQUIÑOSA

Cuentan los patriarcas de La Playería que la Iglesia *di'ayay* no estaba en ese lugar; sino en el pueblo viejo, un par de leguas más *pa'bajo*.

No queda *naiques* que nos dé razón exacta cómo habrá sido *pué*, patrón, y de cómo desapareció el pueblo viejo; pero todos saben, que un incendio acabó con todas las casas y corrales.

—*Juesús, catay, toditito* ardiendo, candelera *nomá disqué* era, me contaba mi difunto papacito *ño Sebacho!* —relata lagrimeando doña Grimanesa Portales, una de las más antiguas y sabedoras del pueblo.

—¡Ah, bruto, la *candelada* en el techo de paja de la Iglesia y el *vientazo juerte de'se veranazo di'agosto* y la gente *sustada*, corre *di'un lao*, corre *pa'l* otro, gallinas maneadas pareciendo y *di'onde* agua *pué va'ber es'ora* y por más que soltaron el *cequión*, de nada *pué* sirvió, si la *candelada bramaba* en los techos de paja y de caña y, *das-dás*, humo *nomá si'a quedao tuel* pueblo.

Cogiendo sus manos e invocando al cielo.

—Las *mojieres* lágrima viva *nomá* eran, viendo brincar la candelera de casa en casa, a sus chocitas de paja; clamando ¡*Ayoda, ayoda, me casa si quima diosito!*, ayuda implorando y quién iba *a'yudar* si *toditos* en los mismos afanes '*staban*, echando agua en cántaros y ollas —y el viento bramando *fuuu fuuu...*, soplando.

En un ratito, *das das*; adiós iglesia, adiós chozas, adiós casas, adiós pueblo, adiós todo y felizmente *ni'un finau* hubo, *pué*.

—*Medio tardecita* era y los varones en las chacras '*staban* y las *mojieres* ni cuenta *si'abían dao, pué 'staban* dale y dale a la lavada en el *cequión* o la descarmenada de lana en las puertas de sus casas; los muchachos *es'ora* correteando como chivos en la plaza, frente a la iglesia y ellos *sustaos, sustaos* dando el aviso.

Todo era alboroto y desesperación.

Doña Grimanesa Portales lagrimeando, secándose los ojos con su pañuelito blanco, continúa.

—La gente *disqué lua* visto a la Santa Patrona volando, volando como paloma blanca y volando, volando, *se'a sentao aquicito* mismo, donde está el altar mayor de *l'iglesia*, y allí *nomá, resignaos* los poblanos, levantaron la iglesia, *qui'oy* lo ve *usté* con sus dos campanarios y su techo de calamina, y luego, luego, *si'an repartiu* sus solares, *pa'* no dejar sola y abandonada a la

Patronita blanquiñosa y a *puro punche* levantaron sus casitas y sus callecitas *di'onde* hoy paradita estoy, *pué, óigaste*.

La Patrona de La Playería es la más grande, la más gringa y la más *güenamoza* que todos los santos, frailes y capellanes *qui'ay* en la provincia y sus vecindades; de todo Wamanmarca entero y mucho más allá *tuavía*, y a mucha honra, paisita.

-La más linda de todas las santas, *cholino quirquincho* y a quien diga que no, a puñetes lo agarro yo, o *de'no*.

“Todas las santas son buenas,
la Magdala es la *mejorsh*
porque'lla tuvo la dicha
di'acompañar al *Señorsh...*”

Sus grandes ojos negros, su mirada serena y profunda que parece que te siguiera a todas partes sabiendo, por tus ojos engañosos todas tus mañoserías, sus mejillas rosadas y su larga cabellera negra, bajo su mantilla blanca, te dirá lo que vos eres.

-*A'vé* míentele, si eres machazo, ante ella *ti'arrugas toditito* o *deno*.

Una cruz de madera entre los dedos de su mano derecha y en la izquierda una calavera, *que's de'a verdá verdacita*, sobre una Biblia *pa'* bendecir a los que cumplen sus promesas y *das* castigar a los que como si nada prometen y después *si'acen* los muermos *pa'* no *cumplile*.

-*Ño* Estanislao Palomares, bien *borrachao si'apuntó pa'* ser mayordomo del día y se *jué* a *trabajitar* a la costa y después no quiso venir a *cumplile*; pero igualito se vino *corriendo corriendito*, *pa'* sepultar a su criaturita, *que'n* la nochebuena se murió; andando, andando la criaturita estaba y *das*, de la nada se puso malita y *dasito* se murió, no *pué*.

Hermosa y soberbia, nuestra Patrona, bajo su manto bermellón oscuro, con incrustaciones de plata y oro, coronada de plata y brillantes.

-Regalo *di'un* viejo barbón, que al pasar *pu'el* pueblo, *jalo* su mula, *das* se encomendó a la Patrona y después de varias semanas regresó bien borracho, tomando cañazo a pico de botella, cantando de contento, diciendo que había *hallao* unas minas de oro de Wamanmarca, *pa'rriba*.

Cuentan los antiguos que años después y terminadas las fiestas patronales, correataron a caballo, con lazos de cuero y hondas de cabuya, gritos y desmayos, insultos y plegarias, al cura de la parroquia vecina que había venido a celebrar las misas, acusándolo de haberse robado las joyas de la Patrona.

-¡*Viase* visto! Ladrón *bía* sido el curita, cara de mosca muerta y *pa'quiay* querer plata un cura, ¿ah?.

Con la sotana remangada y el terror reflejado en sus cachetes colorados, se guareció en la casa del alcalde, que era su compadre, huyendo tarde de la noche por entre las chacras de caña, disfrazado de mujer. Como una mujer.

Nadie sabe tampoco cómo se cayó del cajón de la oroya, al cruzar el río Grande, encontrando su cuerpo, dos días después, cuando los gallinazos comenzaban a picotearle su ojo.

-Dejuro culpable *habrai* sido, ¿no?, por eso la Patrona *lu'a* castigao -comentan los poblanos, arrodillándose ante la Patrona-.

CASA DE PLAYERÍA

Tan pronto como pasó la fiesta de julio, *mama* Beca habló limpio y clarito:

–Quiero mi casa en el Pueblo *porqu'eso* de estar yendo y viniendo de La Lomada, topeteando en la *oscurana*, de *verdá*, de *verdá*, ya me tiene cansada y los muchachos *ya'stán* grandes y ya van *pa'* la Escuela y eso de estar corre *pa'rriba*, corre *pa'bajo*, *nu'está bien*. Ya nos encariñamos con esta casa y de aquí, ni los muchachos ni yo nos movemos, así que, Joshua, vos verás.

La Florcita apurada, jalando de los brazos a los menores.

–*Pa' dentrito, pal corralito, pa'* que *nu'escuchen* la *discutiación* de las gentes grandes-, diciendo.

Medio achispado, *reciencito nomá*, venía cortando la mañana –con su cañacito, su limoncito y su salcita– con su compadre Segundo Floríndez –la mira perplejo, como quien busca confirmación o negación de lo escuchado.

Mama Beca confirma que sí, que era cierto y *que'sa* casa debería ser *pa'* ella y *pa'* los muchachos.

–*Nomá* faltaba que la Beca ponga su banderita peruana en la puerta y diga ¡*Diaquí no nos movemos...* Si *nu'ay* solución, la *güelga* continúa!, riendo el viejo Joshua, achinando los ojos –en las sobremesas, contándonos de cómo compraron la casa del pueblo.

El viejo Joshua, sonando sus llanques *choldoc choldoc*, refunfuñando, se va *pu'el* puente viejo *pa'llá*, en busca de don Santiago Pesantes Muro, columbrándolo en la tienda de ño Anselmo Ruíz y *das-dás*, sin mucho rodeo y con dos media botellas de cañazo mediante, arreglan la compra y venta de la casa.

–Sólo porque vos eres hombre trabajador y de palabra, Joshua, y *mi'as agarrao* de buen talante *hom*, y la Beca *disqué si'a encariña*o con la casita, voy a vendértela –dice don Santiago Pesantes, sirviéndose *dos dedos ralos* de cañazo, tomándose de un solo trago, carraspeando al sentir el ardor en su garganta.

–*Yo'stoy* viejo ya y no quiero tanto –abrazándolo–. *Dejuro* la casita estará en buenas manos y no vas *enajenalo* así porque sí, Joshua –recibiendo veinte soles en arras–; quedando que al día siguiente irían donde el juez, a fin de regularizar la transacción.

Pactaron en doscientos soles de nueve décimos: cincuenta soles de arras y el resto en dos partes, pagaderas en las dos próximas moliendas de caña.

Ya tenemos casa en La Playería y nos volveremos poblanos.

–*Gualito nomá, semos* inmigrantes en nuestra propia tierra, cholitos bajados de la Lomada-, nos dicen.

La casa es grande: un *solarsazo* con *güerta* grande y corral *pa'* criar patos y gallinas, engordar a los chanchos y amarrar a los burros.

A cuadra y media de la plaza, en plena calle principal, ja ja jay.

Sus paredes son de tapia, de algo menos de un metro de ancho y más de seis metros de alto. Sobreviviente de temblores, ventarrones, incendios y calamidades y aún permanece *firme y feliz por la unión*, como dice el sol de nueve décimos.

Tiene cien años y tendrá cien años más.

Al construir el *terrao pal* segundo piso el viejo Joshua no tiene problemas con la altura. Sólo ha comprado unas vigas de eucalipto, de ocho metros de largo que lo han *cargao* como en procesión, seis cholos recios y *guapos* y haciendo huecos en la tremenda *paresaza* las han puesto en su lugar.

La sala, *pa'bajote* era; ¿ti'acuerdas, di? y se ha rellenado dos veces hasta alcanzar su nivel actual.

La primera, cuando se desbordó la quebrada seca del costado y lo llenó todita, mojando camas, baúles y ropas. La segunda, cuando empezaron a poner veredas con cemento y la sala queda casi un metro abajo,

–Sótano tengo, ¿qué te has creído, cholito, ah?

El Segismundo, ya maltón, a golpe de palana y carretilla, sacando hormigón de la misma quebrada, en una semana lo rellenó.

El techo es de calamina antigua, *de'sa qui* usaban en las minas de *Paderones*, con sus viejas vigas de pino *de a de veritas* que han soportado dos grandes incendios.

La primera, cuando toda La Playería se quemó.

Se inició en el molino de arroz de don Doroteo Barrios, con una chispa de la fragua que cayó sobre el polvillo de arroz de la piladora.

–¡*Nu'es* nada patrón; un poquito de agua y *das-dás* se apaga!–.

En su desesperación, la tía Evangelina Paredes:

–¡Felizmente hay agüita en estos dos baldecitos!–.

Apurada y en su afán de apagar la candelita sobre el polvillo y, sin fijarse bien, le echó una *baldada* de gasolina y la *candelada* creció como el infierno y se vino la *desgracia bien desgraciada*.

La casa del costado, de don Maximiliano Portillos, de quincha, horcones de *huabo* seco y paja de caña, en un ratito, *das-dás* se quemó y el incendio creció de techo en techo; atizado por el vientote de esa tarde de fines de agosto.

Cuando los playerinos escuchan las campanas de la iglesia, *corriendo corriendo*, sombreros *sacaos*, presurosos regresan al pueblo; pero ya no hay nada que hacer: candela y humo *nomá* es *todo* el pueblo, *mestrito*.

Son las dos de la tarde y en La Playería, sólo hay tragedia y desesperación.

Miradas incrédulas y manos agarradas al cielo, pidiendo perdón y piedad.

El otro incendio fue a mediodía, en plena procesión de la fiesta de julio, cuando un cohete de bengala cayó sobre el techo de paja de caña del tío Graciano Robles y la chispa saltó al depósito de kerosene de don Florencio Mendoza, y el pueblo entero, con el *vientote* que había, *pué*, en menos de media hora casi desapareció.

En esa desgracia murieron asfixiadas la tía Ninfa y la prima Violeta, sentaditas sobre la banca de cedro del comedor de su casa, *cati, cati mamita*; abrazaditas las encontramos en medio de la *humadera*, mujer e hija del tío Joaquín Gaitán.

En esos tiempos *nu'avía* defensa civil, ni bomberos, ni cojudeces del gobierno; ni pedidos, ni ayuda ni donaciones, ni nada; pero algo se *teniba qui'acer*.

-Qué, *pué*, ladronera, *nomá* es; *dende* antes, compadrito *cotosique*.

-*Cad'uno bailaba con su pañuelo*, compadrito y si no *teniba* pañuelo,... hacía palmas *nomá*.
Solidaridá con los pobres lo llaman ahora.

-*Pa'* nosotros, herencia de nuestros *gentiles* es, primero los que nada tienen, ayudando todos en la minga, sembrando sus chacritas, haciendo las chocitas, en *comunidá*; eso *nomá* era, pues.

La Playería era apenas un puntito negro en el mapa vial mandado hacer por Leguía, si señor, en la ruta de la carretera a Wamanmarca -como hasta ahora, paisita-.

-Que *pué*, casi *naida* ha *cambiao*, la ladronera *nomá* ha *aumentao*, oiga *usté*.

La sala de la casa es un cuarto grande que abarca toda la frontera, que da a la calle principal.

-Cuando nos lleve *la trampa*, aquí han de velarnos- dice el viejo Joshua.

-Amplio es, *pa'* que *to'la* gente esté adentro de la casa y no *ajuera* en media calle, como si *jueran* forasteros, qué caray -complementa *mama* Beca.

Así se hizo, cumpliendo sus deseos.

La antigua cocina se ha reformado.

Las chorreras del techo de paja han malogrado las paredes de adobe.

-¡Ajá!, calaminas al techo y sus zanjás alrededor, *pa'* que *la'gua* no *dentre* más, compadrito -dice don Emeterio Puyol, el gordito albañil venido de la costa y está afincado en La Playería.

A su costado el viejo Joshua ha construido un cuarto sin paredes -ladrillitos *intercalaos*, como ventanitas, oiga *usté*- que sirve de comedor.

-En la fresca, *pa'* ventearnos de los *solazos* de Julio y bien *sentadotes*, *reparando* las lluvias de los carnavales.

Atrás, la huerta con sus limoneros -*Catay*, rica la sopita con su limoncito. De la *güerta nomá* es- y granadas -*dulcezas* están las *maldiciadas*-, sus plantas de *hierbaluisa*, que *mama* Beca hierve acompañando a las *cachangas* fritas, sus altos plátanos de seda, que comemos con pancito -o que en las mañanitas con su agüita hervida nos dan como purgante... y a buscar *onde* hacer *el dos*, rapidito *nomá*- y las plantas de chirimoya, de pepas negras y sabores dulces.

Sus matas de picante ají de mono *entreverao* con limón y pescao del río, pica hasta el alma.

-Ají campana, *disqué*, le dicen -comenta el sobrino Jorge Sánchez, arreglándose la correa del pantalón negro, que de tanta lavada medio plomo está ya.

-Y *porqué's* que, *pué* -contesta Víctorino Octavio, rascándose la nuca-.

-Cuando *dentra*, *pica*, y cuando sale *repica*; *pué*, sonsonete -riéndose, mirando la cara de asombro de Víctorino.

-No gafo, ají que pica tres veces, es- replica Víctorino.

-Y porqué, ah?.

-Cuando *dentra* pica, cuando sale pica y al chanco, tamién... ja, ja, ja

-Bruto eres, no entiendes vos, ¿dí? -caminando rumbo a la plaza-.

La planta de palto, debajo de la cual, sobre un poncho de lana, el viejo Joshua hace la obligada siesta del mediodía, escuchando a uno de sus escuincles darle a la hablada en una vieja radio Philips de color anaranjado, que en sus últimos años funciona a golpes.

Al fondo, el horno de amasar pan. A su costado, el corral de los animales, con su pozo de agua al centro y la eterna planta de achiote, a su costado.

La casa tiene más de cien años. De paredes anchas y sueños trancos, de pisos levantados y esperanzas hechas y deshechas.

Aquí *mama* Beca veló su cuerpo.

Tres meses después que el viejo Joshua se velara allí también.

HUERTA

Para regar la huerta de la casa recorremos el agua desde la quebrada que pasa por el costado del panteón.

Los choropampinos se burlan de nosotros:

-¡Qué *pué*, los pueblinos toman agua de muerto, por eso son *gafos* y *turumbos*.

Abrimos camino a la acequia, entre yerbas y chamizas; champeamos las tomas de las chacras ajenas -¡Ojito, ojazo, no *seya* que *pu'andar* sonseando, *das* nos quedemos sin agua ni nada!-, hacemos un caminito por el borde de la acequia, silba que silba -chiscos, tordos y guardacaballos, parecemos.

Canta y canta, *arremedando* borracho al tío Josefino Beltrán:

Chinita, dame *to* mano,
pa' sobirme a *to* cama,
no *seya* que'n *l'oscurana*,
me suba sobre tu hermana,
la *Valentinaaaa...*

A veces, piensa y piensa, sonseras y *gafedades*.

-Hay que *volvels a'cer* la guerra a los *chiles*, atrevidos esos que pasaron *por'ai*, *pu'el* camino de La Lomada *pa'rriba* hasta Wamanmarca. Si yo *biese vivío*, no pasaba eso que pasó; más que sea desbarrancando piedras los hubiera espantao y *dejuro* hacer que nos devuelvan las tierras que nos quitaron y *tamién* el *buquesazo* de Grau que se llevaron, maldecidos; y a los monos, *tamién*, *dales* su *siéntate quieto*, por estar quiere y quiere lo que *nu'es de'llos*; y a los *colombos* *tamién*, que nos quitaron otro pedazo *pu'allá po* la selva y la montaña; a los *boliches* esos, por maricones, *disqué* se meten a pelear como buenos y se corren después, amariconados, dejándonos solitos; pero *tamién* nosotros, tremendos cojudazos, que nos metemos *onde* no nos llaman. Con los brasileños nada, *ni'ca*, de lejitos *nomá*, *pué* en el mapa se ve *grandote*, hartas veces más que nosotros, y mejor no le hacemos nada, porque ahí está ese negrito Pelé, que juega *fúlbo* como los diablos, y a los diecisiete años *ya'sido* campeón del mundo, *jajajay...*

Hablando solito.

-¡Ah, *burra*, las conversadas que me pego, lindazo es, por eso nunca estoy guachito yo, solito bien conversador soy, *viéaste usté* y no por *locumbeta*, como anda *por'ai* mal hablando la gente, *óigaste*, sino por estar bien acompañadito, sí señor.

La acequia viene por la cabecera de la chacra de caña de don Lucas Segoviano y dobla por

detrás de la Escuela fiscal, regando los almácigos del huerto escolar.

Sembramos parcelitas de rabanitos –contiene yodo, que no sé qué es, pero *pa'lgo* bueno ha de servir–, cebollitas chinas *pal* arrebosado con huevo, lechugas fresquitas *pa'* las ensaladas, repollos y coles –ni pavo que *juera*–, y las betarragas –que *ti'acen* mear como sangre–, que ofrecemos a los restaurantes y a las tiendas de los principales de La Playería o los vendemos los domingos en el mercado del pueblo, a *rialito* el atadito *nomá*.

–*Entón verdacito* será lo que dicen los indios choropampinos; *nu'ay* ser, *caracho*.

Pasa por detrás del arco de fierro del campo de fútbol de piedras y tierra, donde *pata calata* nos metemos inolvidables partidazos, de dos a dos –yo y el rata; tú, Lelo, con el ojón– con la pelota de jebe que mi madrina Luisa *mi'a regalao pa'* mi *cumpleaño* en Wamanmarca, sudando y corroteando antes de traer los burros de la inverna.

Cuántas uñas se han volado de nuestros dedos ensangrentados –¡*Yayau, canijo!*– por patear la pelota con piedra y todo –¡Échale salivita, sonso, y un poquito de *tierrita, nomá*, muermo, *que'stos* cojudos nos *tán* ganando y no nos vamos a mariconar!

En este campo quedan nuestros sudores, nuestras alegrías y nuestras frustraciones.

En la fiesta de julio, con cuetes y banda de músicos, bien uniformaditos, chompa blanca con franja roja cruzada, trusa blanca y calcetines rojo y blanco –como los colores de la bandera, *pué*, cholo–, estrenamos zapatos de fútbol con discos de suela y clavos –*di'un planchazo* te rajan la canilla–, orgullosazos, llevando la banderola blanca, con letras negras *Escuela Fiscal 117, San Agustín, Equipo de Fútbol*.

–¿Qué *pué* te pasó, *Tomás-nomás*? ¡Si solito *nomá* estabas, ni moscas había, y el arquero gafeando andaba *pu'el* área grande y, tú, *das* le metes un puntazo *pu'encima* del arco! ¿De *onde* serás, *pa'* ir a dejarte, *pata chueca*?

Por eso empatamos dos a dos el partido –¡Pucha, qué *colerota*, oye!– y perdimos la copa – ¡*Lindazo* habría sido dar la vuelta olímpica, ¿di?– y el maestro Héctor Pedroza: tanto esfuerzo para nada, otra vez será, diciendo con su cara roja, de la cólera *segurote tamién*, y la gringuita de la 108 yéndose apurada, sin mirarnos siquiera.

–Los zapatos nuevos patean chueco, *pué* –se justifica *Tomás-nomás*.

–¡Qué chueco ni qué chueco, qué chueco ni mula muerta: el chueco, eres vos, *nomá*!

Después de cada partido nos tendemos, boca abajo, sobre la acequia y, a trago largo hasta empanzarnos, tomamos esa agua fresca y limpia, sin reparar que viene por el costado del cementerio.

Hasta que llegaron unos hombres con cascos blancos sobre sus cabezas –topógrafos, *disqué* son, papay, y es *pa'* que hagan la *carritera*–, con unos aparatos de tres patas hacen mediciones y plantan estacas.

Días después se aparecen unas máquinas grandazas con ruedas de fierro –*Catarpilas* son, muermo–, tumban guabos, chirimoyas y molles –¿Y *áura*, *di'onde* jalaremos guayabas *pa'* los coches, ah?–, arrasan con dos chacras de caña, de pasadita *nomá* tumban la casa de *ño* Octavilo Pesantes –*pampita, nomá, lu'an dejao*–.

Remueven la tierra, la aplanan y en menos de un mes *ya'stá* la carretera, dejándonos un campito *chicasho onde* pelotear.

Se han marchado a hacer voladuras con pólvora y *denamita*, de la Granada más *pa'rriba*, pero dejan *tamién* varias muchachas buenamozas con su *bombo* –por su mal paso, su mal pensamiento y por ser de *baticola floja*–, *disqué* con la promesa que pronto regresarán *masque seya* para reconocer a sus guagüitas. Pero no volverán.

–¿Y tu *taita*, Sinforoso?

–¡*On tará pué*, por *onde* andará *áura*, *carritero disqué* es! –contesta, reprimiendo las ganas

de ponerse a moquear-.

-*Po lo menos, ti'a dejao su nombre, Sinforoso* -dice burlón Carlos Choquehuanca-.

-¡Oye cholo, ándate a la *polecía* y lo demandas, lo enjuicias y lo metes preso, no por no haberte reconocido como *su'ijo* sino por ponerte ese nombre, Sinforoso!

-¡Y vos *qui'abras*, si *Choquehuancas nu'ay* en La Playería, el único *nomá* eres vos!

Doña Clemencia Rudas, al no acordarse los nombres y apellidos del *taita* de su cholito, lo ha bautizado como Ferguson Dísel Carretero.

-Una *maquinota de'sas grandotas manijaba* y ese *hom trabajitaba* en la *carritera*; su nombre lo cae a mi cholito, *como pedrada en ojo tuerto*-, se justifica.

La acequia se divide en dos: un ramal que va por medio de la calle, hasta el río Lango Lango, el otro va a nuestra casa, para regar la huerta y llenar el pozo de los patos.

Continúa su recorrido por detrás de la casa *ño* Genaro Bordisio hasta la quebraba, que divide a La Playería en dos barrios, el Lango Lango y la Plaza, *nu'avía* más.

-¡A ver, quién es *más mejor*!

-¡La plaza, *chasss*!

-¡El Lango Lango, *chesss*!

Aún ahora seguimos preguntándonos: cierto será lo que dicen los muermos choropampinos:

-Los pueblinos toman agua de muerto, por eso son gafos y *turumbos*.

ACHIOTE

No es alto, tampoco es chiquito, no es frondoso ni escuálido, no es árbol de grueso tallo, ni mala hierba, tampoco.

De corteza marrón oscura, con pistilos verdes. No florea, sólo bellotas sus frutos son.

Mama Beca las junta, las seca, las remoja y las muele –*trac trac trac*– en el batán grande, con su chungo y en una ollita *chicasha* la *rejunta*, *pa'* los guisos y aderezos.

No arde ni pica, saborcito *nomá* da y muy *giüeno pa'* la próstata, *disqué* es.

La memoria no registra si el achiote nació antes que el pozo de los patos o el pozo de los patos nació antes que el achiote –*crecido nomá lu'ei* conocido ya, *taita*–.

Es la leal y eterna confidente de mamá Beca.

Se han sentido siempre unidas.

Son almas desarraigadas. Fueron arrancadas de su natural estancia. Transplantadas por las circunstancias a otros lugares o por el destino a otros veranos –*chica nomá mey* venido por estos sitios–.

Son almas solitarias No conocieron la eflorescencia de la juventud, simplemente dieron frutos.

El achiote vive entre el bullicio de los pollos, gallinas, patos y pavos del corral, pero indómito –*gualito* a los *ucalipatos*–. Ninguna otra planta nace ni crece a su alrededor, ni mala yerba siquiera, nada.

Mama Beca vive en el bullicio de un pueblo extraño –*rum rum*, los carros a cada rato me asustan y *dasito* me quitan el sueño–, un lugar al que va haciendo suyo con la *familiota* santarrosina, a pesar que los trae de *unito* por *unito*, pero es una mujer ausente y solitaria:

... cuánta soledad albergan tus alpargatas chocolate

y esas manos fieras que saben de flores y pasto fresco...

Tantas veces la sorprendimos reclinada sobre su tronco, llorando angustias, contándole sus penas, sobrellevando pobreza.

Envejecen tus ollas como tu vestido floreado...

Cuántas veces, enrojecidos los ojos, *hipo hipo*, la escuchamos –*moco moco, lloro lloro*– contarle la congoja por los hijos ausentes, desperdigados en la distancia, en una geografía lejana, incierta y desconocida por ella, por nosotros, por todos.

Las malas noticias de la *mamacha* Edelmira –los achaques de la vejez serán, *pué*– enferma y lejana, sin poder hacer nada, casi nada.

Lejana estoy *di'un* gran amor del cual *juí* dueña... –canta triste.

Las angustias del viejo Joshua haciendo tratos con *ño* Portillas *pa'* conseguir plata *pa'* pagar hipotecas, cancelar préstamos y cubrir las pensiones de los hijos colegiales.

O la simple desventura del desarraigo, la angustia, la nostalgia:

...azules humos, fogones tibios, frazadas limpias,
el fértil campo y sus sembríos inmensamente tuyos,
los ausentes hijos que acaparaban silencios y ternura...

Cuando esta casa inmensa, inundada de voces y llantos, correrías y cantos, se va despoblando por las ausencias, los no retornos y las lejanías... el achiote es su consuelo.

...la casa es tan amplia para tu andar cansado
y muy grande la mesa con sus bancas vacías...

Es su confidente. No sabremos si su corteza se ha *volvido* blandita de tanto recibir en confidencias tanto almacenado dolor o si sus raíces se han acostumbrado al salado sabor de tanta lágrima junta.

Mama Beca no se lamenta de su buena o su mala fortuna, ni al hacerlo es infiel al hombre que eligió y a la vida que él le proporciona.

–Ser la vida, simplemente, dice–.

Sólo el achiote conoce el tamaño de su desesperanza y soledad.

Del incierto futuro de los hijos lejanos, sus dudas de lo que harán mañana –¡Ojalá *pué* que *Diosito* no los desampare y que la buena suerte los acompañe *pa'* siempre!–, los sufrimientos por las noticias de su sangre ausente –¡Malita, la Florcita está! *¿Qui'ago áura* yo, *pué?*–, los desconsuelos por la estrechez de sus alcancías –¡Mientras *salú* tengamos y aliguito *haiga pa'* echar en la olla, lo demás *nu'importa!*–, las tragedias por los hijos fallecidos a los pocos días de ver la luz del sol –¡Seis de mis chiquitos *si'an morido*, antes del *añito*, *pué!*–.

Alborozada, contándole sus supremos momentos de felicidad –el Balducho *disqué* va venir de tan lejotes, mi corazón *contentado* está–, los retornos de los amados retoños de los retoños –el *Ugenio* con sus chiquitos, *disqué* viniendo está ya– que poblaron su mesa de bullicio y resplandor –la Malena con sus güagüitas van a venir por unos *diítas* y el Segis *disqué* va traer a su cholito *trinchudito*, *pa' conocelo*– de satisfacción y esperanza –la Adelina, su criatura va tener, *pa'* nuestro bordoncito, de seguro ha de ser, *pué*–.

Aún nos parece verla, con su larga trenza negra hasta la cintura –¡Lindazo tu pelo, Bequita!–, su vestido azul con flores rojas, abrazada a su achiote confidente, recostada su cabeza en una de sus ramas, sollozando y limpiándose las lágrimas con la manga de su vestido.

A través de las rendijas de la puerta de maguey, nosotros lloramos también; carcomiéndonos el alma con sus aún desconocidas tragedias, estrujándonos el corazón sus angustias indefinibles.

Haciendo nuestra, su inconmensurable tristeza.

Prometimos cuidar ese achiote por los siglos de los siglos, amén, como un monumento a su memoria, a su dolor, a sus lágrimas, a sus confidencias, a su soledad.

Prometimos también cuidar por siempre el añoso árbol del palto, donde el viejo Joshua reposa sus obligadas siestas de mediodía.

Algo tan simple como eso tampoco pudimos cumplir.

–¡Disculpas *nomás* eres, en puras palabras *nomás tias convertio*, desde que *si'nventaron* las disculpas nunca quedas mal!–, escuchamos los regaños del viejo Joshua.

Nos cuentan que ante tanta ausencia y desconsuelo, el viejo achiote no ha soportado tanta soledad.

Se dejaron morir.

Mama Beca y su achiote se murieron de amor.

PALENQUE

Tiene seis meses y es la primera vez que chalanearemos a Palenque. Guagiütas *nomá semos*, siete *añitos* recién *amos* cumplido *nomá*, y no tenemos ni la menor idea de cómo domar a este arisco animal.

Ni sogá, ni apero, ni nada *li'an* puesto encima jamás.

–A golpes aprenderán los dos –nos dice, riendo el viejo Joshua–.

Cierto, *disqué* más sabe el *demoño* por viejo que por *demoño*; pero después de varias caídas –*rasmillaos* mis codos *hartazo* están y mis rodillas *tamién*–, sustos y patadas mutuas –tú me *pateyas* yo te *pateyo*, qué caray–.

Los dos estamos aprendiendo.

A chalanearlo, *mismito* jinete de rodeo americano, y Palenque, a trotar y correr mismo caballo pura sangre –¿Qué *ti'as* creído, vos, cholo *carachoso*, ah?–.

En la subidita de la chacra de don Antero Cabellos, estamos a punto de saltar sobre su lomo; pero una patada en nuestra pierna, nos frena de golpe.

–¡*Yayau*, *caracho*; bestia, burro, animal!– haciéndonos saltar en una pata, de puro dolor.

Nos sentamos al borde del camino a sobar nuestra canilla. Colorada, primero se ha *ponido* y, luego, luego, *se'stá* verdeando. Apretamos los dientes –¡Aguantá, Jiménez!–, cerrando los ojos.

–¡Bestia, burro, animal, mira cómo has *dejao* mi canilla! ¿No tienes pena, ah? –Como los machos, aguantamos la *dolida*, moqueando un buen rato, echándole *alivita* hasta que pase la ardencia y el dolor–.

En la subidita de la Balta y ante la mirada retadora del viejo Joshua, el Palenque *azareao* anda. Agarrándonos de sus crines, a pelo *nomá* –¿Qué *ti'as* creído?–, lo montamos y metiendo nuestros pequeños pies entre sus patas delanteras, logramos mantenernos encima por varios minutos, hasta que de dos saltos y dos patadas al aire... ¡*Bandangán!*, nuestros huesos terminan sobre la cerca de espinas de la chacra de don Gutiérrez.

Otro buen rato *pa'* moquear.

No recordamos bien si la *llorada* y la *enrabiada* es por el golpe –¡De más *altazo mey* caído yo, jalando guayabas!– o por caer nos encima de unas espinas de pencas azules –¡Tanta bulla por unos hinconcitos, cholo *llorón!*– o, más que nada, por las risotadas de los *Vegas*, indios *pinches come moco*, burlándose de nosotros.

–A golpes se aprende en la vida y *de'sto* algo aprenderás –nos dice el viejo Joshua.

Acercándonos despacito –¡*Soo... sooo...*, Palenque; *soo Palenquito...*!– le pasamos la mano

por su pescuezo, el lomo y su panza; palmeamos sus ancas, cariñando, cariñando su cabeza, le ponemos la jáquima, que el viejo Joshua ha hecho con cabuya nueva.

Al descuido, *das di'un* brinco, sobre su lomo, bien agarrados de la sogá y los talones apretados a sus costillas –¡Agárrate bien, que te caes, cholo!–, corcoveando, corcoveando, lo corremos toda la subida del barranco, hasta la Lomada.

Palenque, corcoveando pretende botarnos –¡Já, já, cholito, subida es! ¡*Aura* quiero verte, burrito, sin tan *machazo* eres, *a'vé!*–. Sudoroso y cabeza gacha toma su agüita en el pasaje – nosotros asustadotes, temblando– tomamos agüita *tamién* del mismo pozo, a su ladito, sin entender exactamente cómo hemos llegado bien *montadotes* hasta *por'ai*.

Palmeándole el pescuezo, el lomo y las ancas, le conversamos con cariño *pa'* que entienda:

–Buenos *patas* seremos, ya, Palenque. Yo te voy cuidar *bienazo*, vas a ver. Mi burro vas a ser ya ¿me oíste? Tempranito *nomá* y antes *di'rnos* a la Escuela te voy llevar a la inverna y en la tardecita a *la'cequia* te voy a traer *pa'* que tomes tu agüita; pero te vas portar bien conmigo, ¿ya?, mañoso no has de ser, buena gente *nomá* serás; no nos morderás, ni nos patearás, ni al descuido no has de corcovear; decente serás ya, buen paisa has de ser; nada de malas mañas. ¿Entendiste, Palenque? ¡Así nos gusta!

Tres meses después lo montamos a la carrera, chalaneándolo a pelo, como jinetes de los buenos.

En plena bajada desde la Lomada hasta La Playería, a trote ligero; desde el trapiche de don Lozada hasta la casa, a carrera limpia, tirándose de pedos por la carretera nueva.

Somos los vaqueros del lejano oeste norteamericano. El John Wayne de los carteles que'mos reparao en el cine Ollanta de Wamanmarca.

Los jóvenes de la serial, de las novelas de *coboy* de Marcial La Fuente Estefanía, que Walter Morote y Juancito Trillo coleccionan –¡Ah, burro, *hartotas* tienen los cholos!– y de vez en cuando nos prestan para leerlas –primero, los inteligentes–, dicen.

–*Tararam tararam, pacatam pacatam, tam, tam*, el joven de la serial, sudoroso y polvoriento por la larga caminata, llega al poblado en busca de los asaltantes del banco del pueblo vecino. Tiene el sombrero negro cubriéndole la frente, la mirada fría y el gesto adusto, montado en su hermoso caballo negro, *tarararam tararam, pacatam pacatam, tam, tam*.

Doblamos a toda carrera por la quebrada, bien derechos por la bajadita, *pa'* que nos miren las chinas playinas, levantando polvareda; entramos a la casa de La Playería bien *montadotes* sobre el Palenque.

Atravesamos la sala grande, sin importarnos que la Malena esté conversa que te conversa y en pleno chisme con sus amigas de la Escuela o la Adelina jugando *yaces* en medio de la sala o el viejo Joshua haciendo tratos con los indios de la jalca, hable y hable de trueques, cambios o negocios.

Curpadito sobre su pescuezo, para no toparnos con el umbral de la puerta de calamina –¡Qué *pué, pa'* enanos del circo *lu'an* hecho *so* puerta, ¿diga *ño* Joshua?– y rajarnos la frente de un cabezazo

Somos los jóvenes de la serial, que regresamos *orgullosazos* y triunfantes después de poner orden y de haber dado buena cuenta de los malhechores y bandidos del pueblo vecino.

Sólo falta un pequeño detalle.

La más hermosa muchacha del pueblo, de ojos soñadores, labios encarnados y talle perfecto que se enamora perdidamente del apuesto y cautivador *joven de la serial...* no existe.

Si existe, no lo sabemos. No lo sabremos nunca.

HORNO

Lo está construyendo don Emeterio Polo, el gordo albañil del pueblo.

–Mayestro sabe lo que hace, aunque salga mal –dice–, y a pesar que algunas paredes de adobe y tapial le salieron chuecas y *shalga-shalga*, es el que más sabe en La Playería de cimientos, instalaciones, paredes y techos.

Ha remodelado casi toda la casa.

Ha colocado piso a la sala grande, con cemento Pacasmayo y ocre rojo.

Ha levantado el terrado *pal* segundo piso con maguey trenzado y barro mezclado con su pajilla de arroz, *pa'* que *macise* bien.

Ha ampliado el comedor, poniéndole techo de eternit rojo y la escalera con cemento, pintada de verde oscuro –*pa'* que *li'aga* juego con los arbolitos de la *güerta*, *pué*, compadrito Joshua, diciendo.

Ha conectado mal el desagüe del baño –*nu'ay* pegamento *pa'* los tubos de plástico y con trapitos, *nomá*, *lu'ei amarrao*, se justifica–; pero la filtración casi se trae abajo las viejas paredes de tapia, de más de cien años de vida y solidez.

Está construyendo el horno también.

A un costado de la huerta ha excavado la tierra, mojándola, hasta hacerla barro; a pedacitos ha cortado la paja de arroz, pisoteándola *ploc ploc ploc*, luego la ha puesto en la gavera, dejándolos secar al sol, por una semana.

Impresionados observamos cómo, hilera tras hilera, va cerrándose ese redondo.

–*Mitá* de cáscara de naranja *quando*, parece, *ño Meterio* –comentamos.

–Más ayuda el que menos friega, muchacho, y *creyo* que tus cuyes quieren agüita, así que mejor corriendo *das-dás* te vas a *dales* un baldecito –nos regaña, como respuesta.

Está dejando dos aberturas en forma de arco en medio del horno.

–¿Qué son, don *Meterio*, puertas o ventanas, ah? –preguntamos.

Nuestros siete años no se explican cómo se sujetan los ladrillos centrales de esa media naranja.

–¡Al aire *nomá* están, mira cholo, sin que nada lo sujete!

–¿Por qué no se *cayen* los ladrillos *di'arriba*, don *Meterio*? –preguntamos.

Nos mira asombrado, con los ojos bien *abiertotes*, sin saber seguramente cómo decirnos técnicamente, y en un lenguaje de un niño de siete años, lo que la ingeniería explica.

Se saca su sombrero chiquito de junco, roto de un borde y secándose el sudor de la frente

colorada con el dorso de la mano sucia de polvo, nos mira con sus ojos grandes y su cara colorada.

–¡Trucos de albañil, muchacho *e'mierda!*, ¡Dios sabe más y pregunta menos, caracho!

–Pero...

–¡*Tones pa'* los preguntones!

Girando sobre sus llanques de jebe da media vuelta y, agarrándose el lunar de su nariz colorada, se va sin hacernos caso, con su andar menudito y su camiseta celeste a media barriga – *Payanca* de chicha carnavalera, parece, ¿di?–, dejando ver un ombligo grande y rosado como una herida. Su pantalón de dril está remangado y amarrado a su redonda cintura con un pedazo de *guanchil*.

Están construyéndolo porque la Florcita ha regresado a La Playería, acompañando a su marido que ha venido a trabajar como obrero en la construcción del puente sobre el río Chantilla.

–En algo tendré que ocuparme, *mama* Beca–, dice.

El viejo Joshua trae la leña desde la chacra del Limoncillo –¡Esos espinos secos están buenazos y hacha con ellos!– o la compra a dos soles la carga –Es buen precio y te damos tu pancito de yapa– a los chacareros que vienen de la otra banda del río Grande.

Mama Beca y la Florcita vacían la harina de trigo en una gran artesa de madera; echan el agua con sal y levadura *Fleischman*; la apuñan para mezclar muy bien y después lo tapan con costalillos vacíos de harina, para que hinche por unas cuatro horas.

En la tarde *mama* Beca saca un buen pedazo de masa, lo alarga sobre la mesa de tablas para amasarlo, cortándola en pequeños trozos que, alborozados y a las ganadas con la Adelina, recibimos para hacer bolitas bien redonditas –¡No se olviden, con las manos bien limpias!– que entregamos al viejo Joshua y él, después de aplanarlas *parejito* con una botella echada que hacía girar con ambas manos hasta darle la forma de pan, que de inmediato los colocaba bien ordenaditos y en filas sobre unos manteles recién lavados del tendido.

En algunas ocasiones, la tableada incluye, que con la punta del cuchillo hacerle uno o dos cortecitos en cruz, apenas encimita, y cuando el pan hincha se abren como bocas y adornan al pan. Para algunas fiestas, la masa se preparaba con manteca, huevos -y otros secretitos de panadera profesional- dice riendo la Florcita, resultando las tortitas, bizcochos y semitas.

Y en Todos santos *mama* Beca nos hacía los *toritos*, *las vaquitas*, *los carneritos* y los bollos para los muchachos y muchachas de la familia o para quienes llegaran de visita.

La leña dentro del horno está encendida en toda la base del horno; no sólo deben ser rajadas buenas, gruesas, para el suelo sino también chamiza.

–¿Y por qué, mamita?.

- Porque la chamiza le da cielo, cholito, y así no sale el pan blanco y, cuando el horno ya está a punto, las brasas se esparcen sobre el ladrillo plano –hay que *hacelo pa'* que el calor esté parejo–; barriéndolas después con una escoba de ramas de molle que *apurao*, *apurao*, jalamos de las plantas de *ño* Genaro Bernal y se amarran a la punta de una vara de *ucalito*.

Todas las brasas se amontonan al *lao* de la tronera, no sólo *pa'* que siga dando calor sino *pa'* que alumbré al horno a *l'ora* de colocar el pan.

La Florcita, con una pala de madera –¡*Jué*, parece una lengua de vaca!–, mete los panes amasados dentro del horno, acomodándolos también en filas ordenaditas. Cuando ya están listos los va jalando con un aro de zuncho que el viejo Joshua ha clavado en la punta de otra vara liviana.

Así van saliendo, doraditos y olorosos, hasta la canasta de carrizo que los espera en la puerta del horno, cubierta con manteles hechos con la tela de los costalillos de harina Santa Rosa o Nicolini.

Tenemos el mejor pan del mundo. Calientito y hecho por nosotros mismos –*Made in*

Joshua y compañía Ese-A –dice riendo el Eugenio–.

Todo el pan de la tierra, a nuestra entera disposición.

Hemos comido tanto –gratis, *pué*– que nos hemos dado una atracada de padre y señor mío, que dos días después *mama* Beca, alarmada, tiene que darnos aceite de ricino y plátano con agüita tibia bien de mañanita como purgante *pa'* poder hacer nuestras necesidades –*sidenó nos morimos atracaos, pué*–.

Al principio sólo amasamos tres veces a la semana, pero se anoticiaron que nuestro pan era el *más mejor*, el más rico de toda La Playería y –encima damos su *yapita*– la demanda ha crecido, teniendo que amasar todos los días y, en tiempos de fiestas, hasta dos tandas diarias.

Al menos, pan no falta.

A una lata nueva de aceite vegetal Capri, bien lavada, le cortan uno de sus lados verticales y en su *remplás* le colocan luna de ventana, quedando como vitrina chiquita para exhibir el pan de venta.

La colocamos sobre una vieja silla de madera, en la puerta de nuestra casa, en la calle principal de La Playería, y las caseritas lo van comprando pronto.

Con el orgullo de nuestros siete años y con un trozo de carbón, alegres y emocionados –moco puro, *nomá*–, sobre un pedazo de cartón escribimos:

Se bende pan

sinco por un rial

Semanas después, clareando la mañana y montados sobre el Palenque, nos vamos; dos veces a la semana talonee y talonee hasta la tienda de don Toro Riveros, en la Milla, llevando dos alforjadas de pan, con su vendaje y su yapita.

Ya exportamos nuestro pan.

CAZADOR DE GALLINAS

Mama Beca, con su traje floreado y su larga trenza negra va al corral de los animalitos del Señor, llevando una bolsa de maíz morocho y un balde de afrecho de arroz.

Desde la puerta de maguey mira su granja –esos pequines, grandecitos están ya–, a sus pavos –doble pechuga, creo que son–, a las gallinas –*ponedorcitas* han *salú*– y a los pollitos –*chicashos 'tán tuavía*, pero de a pocos ya crecerán–, reflexionando –*pa'* marzo *ya'starán* grandecitos, *pal* santo de la Malena y los patos machos *pal* cumpleaños del viejo Joshua y los pavos, *pa'* cuando los colegiales vengan *pa'* las vacaciones de fin *di'año*–, tirando el maíz desgranado, por puñados –*pal* cumpleaños del *Ungenio* y la Adelina, cualquier cosita matamos, *dás*.

Escoge, entre todas, a la gallina que combatirá no sólo nuestra hambre, sino las exigencias gustativas y olfativas de la familia.

–*¡Si'acuérdaste*, viejo Joshua, que en un restaurante de Wamanmarca, todo conocedor y *orgullosote* *usté*, pidiendo su sopa peruana, y no *pue, cati*, le traen un caldito de harina de alverjas *chuya* y sin sal, cuando *mama* Beca lo hace *ricazo*, con sus chicharroncitos, su ajicito, su mantequita y todos sus *recutecus*?

Cavilando observa, con sus ojos grandes de ojerías profundas, que no sea ponedora, *que'sté* gordita, que no sea muy chiquita, *qui'alcance pa' toditos* y *pa'* las visitas *tamién*.

–A veces, cholito, un caldito *chuya* basta y sobra *pa'* calentar la barriga y que las tripas no *retocen* –escuchamos comentar al viejo Joshua, sobre la plataforma de un camión de carga, regresando de Wamanmarca–.

Sí pué. Cuántas veces, en tantos lugares de la patria, con plata o sin plata en los bolsillos... un caldito *chuya*, de cualquier cosa –unas papitas, unos triguitos o unos fideítos bailando– es más que suficiente.

–*¡Ésa*, la *chora*, *que'stá* junto al pozo! –nos señala *mama* Beca–.

Con la agilidad y la torpeza de nuestros siete años, ligerito y sin *topetear* mucho, tenemos que atraparla.

Si hay mucha suerte, sólo serán unos cinco minutos bien corriditos, si no terminaremos *cansadotes*, y la gallina *tamién*, llenos de sudor, sucios y abrazados, después de media hora de correteo y correteo, por todito el corral.

Como presintiendo su destino, la gallina elegida se mezcla con los gallos viejos que levantan la cresta, mirándonos sorprendidos –*¡cro cro cro!*–, se esconde entre los pollitos variopintos que se espantan y piando asustados –*¡pi píi pii pií!*– se meten entre nuestros pies.

Saltando en una pata, luego en la otra, *di'un lao* al otro, espantándolos para no pisarlos, sigue la persecución pero la sentenciada sigue huyendo de su suerte.

–¡Eso no sabes, *cholasho* badulaque; pero corretear como chivo, eso sí! –nos regaña *mama Beca*.

Las gallinas asustadas cacarean, saltan y corren; los pavos asombrados extienden sus alas dando vueltas alrededor nuestro y los patos furiosos corren tras nuestras canillas, lanzándonos picotazos.

El corral es un concierto desconcertado de cacareos, correteos, píos, aletazos, *ayayays*, polvo y sudores.

No sabríamos decir, si correteamos a la gallina *chora* o el corral entero nos corretea a nosotros.

Corre *pa'quí*, corre *pa'llá*, de allá *pa'cá*, de aquí *pa'llá* y, justo cuando estamos por atraparla, se nos escurre entre las piernas.

–¡*Te'i* de chapar, gallinita de dos por medio!–, diciendo, y a corretearla una y otra y otra vez más.

–¡*Cuidao*, cholo marrajo, que casi pisas un pollito! –apenas escuchamos los gritos y ni notamos los gestos de *mama Beca*–.

Estamos atareados y metidos dentro de tanto alboroto.

Hasta el coche, *que'stá* hociquea y hociquea en el otro corral, se une al alboroto con sus gruñidos.

Nosotros seguimos con la correteadera para atraparla; cayéndonos, rodando, ensuciándonos, levantándonos; sacudiéndonos las plumas de la camisa, las cacas y el polvo del corral, adheridos a nuestro pantalón.

Hasta que por fin, agotados por el calor, el sudor o el cansancio mutuos, la gallina y nosotros, nos chapamos, el uno al otro.

–¡Pucha, *mare*, qué bravazo *bía* sido agarrar una gallina, *barajo*!

Mama Beca con su vestido floreado: Buen ejercicio es, ¿di, cholito? –sonriendo, manos a la cintura.

CALDO

En una vieja olla de barro hecha con *l'arcilla* del *costao* del campo de *fúlbo*, *po* los olleros de Cebadaconde, ya muy tiznada por el tiempo y el uso, se cocina el sabroso, reparador y fiestero caldo de gallina, como dice el cholo Seguismundo.

Mama Beca echa un poco de manteca de chanco, que el viejo Joshua engorda por casi un año entero con afrecho de arroz y maíz Korisara

–Mañana mato mi coche, *cilulo*;
no te convidó las *trolas*, *guaylulo*,
cilulito, *cilulón*...–,

El viejo Joshua lo maneja *pa'* que no patelee, le amarra el hocico *pa'que no grite como chanco* y con su cuchilla marca Toro *das-dás* le aplica un puntazo en el corazón de coche y listo; pero si el *coche chanco* está muy gordo y la hoja de cuchilla resulta muy chica para llegar al corazón, usa un puñal. Dicen que *pa'* los coches grandotes ni siquiera el puñal alcanza al corazón, entonces lo matan con un carrizo; pero *nuey lue* visto hacerlo así.

Matar un chanco en la familia se convierte en todo un acontecimiento, *Coch'e boda*, *es cholo*.

Mama Beca recoge en una ollita la sangre para las salchichas con las tripas delgadas –con su huevito *revolvido*, *ñañau*– y las tripas gruesas rellenas con sus yerbitas, *más ñañau*.

En los peroles de cobre se ponen a hervir los tocinos –¡Métnle candela, caricho!– y cuando se derriten *di'aí* sale *so* mantequita, *pa'* cocinar *rico-ricazo*, *pué*.

Como este caldo de gallina, que *mama* Beca se esmera en hacer.

Con una cuchara de palo le agrega achiote molido –de la huertita es, pues–, ajos serranos pariamarquinos, sal en grano –el *veshino* lo *trujo* en costales, de la costa–, papa *wayro* amarillita –que *si'ace* sopita–, arroz graneado y pilado –*di'abajo*, del canto del río Grande– y otras hierbas y maravillas más *qui'acen* que pasemos la lengua por el mate, de lo *ricasazo que'stá*.

La gallina del corral ha quedado convertida en varias presas grandes.

–¡Ahura, sí, a *dejalo* hervir, se ha dicho!

La pelea es por la molleja –¡Mamita, *pa'* mí, *pué!*–, que al final termina siempre en el plato del viejo Joshua.

–¡*Si'acuérdaste*, esa vez, que medio mareadito no *pué* estaba comiendo su mollejita y por conversar *dás* se atora, y no *pué cacicito* se muere? ¡Ay, Amito.

Nosotros golpe en la nuca y en la espalda y aprieta la panza y nada! *Asustadotes* nosotros.

–¡Se muere el taita!, diciendo– y ya medio *morao* estaba mi papacito –*Cati, ¿qui'ahemos?*
¡Aprieta juerte, que se muere el viejo!– ¿Y no pué de un *ratazo*, *solita nomá* salió la molleja
maldiciada? *Acacaucito* mi *taita*, que Dios lo tenga en su gloria, *pué*.

Esperando que hierva, calentamos nuestras manos con el rescoldo del fogón.

Bien lavados y peinados nos sentamos sobre las viejas bancas de madera, alrededor de la
mesa grande del comedor, esperando con ansia y esperanza nuestro plato de caldo de gallina de
corral con su cebollita picadita, su culantrito y su ajicito de wacatay.

No hay maravilla culinaria mejor preparada por *mama Beca* que su caldito de gallina –
redepente el caldito de cabeza de *güisha*, *probáste nomá* y *despuécito* nos dice que tal está– o
tal vez su *cucyito* guisadito, de *rechupete*. ¡A've, cuál es *mejor-mejorcito*, ah?.

Sinceramente, dudamos.

–*Pa'que no noje la Beca, más mejor* nos quedamos con sus tres menjunjes–, decía el viejo
Joshua.

En la mesa grande, nadie ha dispuesto la ubicación de cada uno, pero todos tenemos nuestro
sitio.

Esos lugares se respetan y cuando alguien quiere sentarse en un sitio que no es el suyo,
recibe su reprimenda:

–¿Qué *pué* te pasa, ah? ¿No sabes vos *que'se* sitio tiene dueño? Ése es del Segis, de la
Florcita, del Eugenio, de la Malena, del Balducho y de la Adelina son, pues.

Relámpagos de nostalgia los ensombrecen de tanto en tanto.

–¿Qué será de su vida de los muchachos, *pué!*–, pensando y recordando –por *ónde* andarán a
estas horas–, con el temor y el presentimiento de los viejos –*hambrecito*, *dejuero* pasarán–.

Los miro y disimulo: La presa, de mi boca *si'ai* caído al plato, *pué*.

–Échenle harto su limoncito, *pa' dale* saborcito al caldito –nos dice contenta *mama Beca*–;
bueno es, *pa'* cortar la grasita y prevenir resfríos, *tamién*.

La emoción embarga y como niebla de aguacero se descargan los recuerdos en gotas gruesas
y violentas sobre nuestro agitado corazón.

ESTUDIOSOS

El viejo Joshua ha repetido segundo de primaria por tres años.

Tiene ya quince años –mujer, *dejuro, vas querer ya*, Joshua–, le bromea don Carlos Palacio –*¡Ya'stá güeno ya, pa' que sigas repete y repete, lo mesmo, mesmamente.*

No es que tenga la *tutuma* cerrada, ni la viruela le haya afectado *la cerebro*, como andan mal hablando *por'ai*, ni que los números y las letras no entren en su mollera, como andan echando voces unas lenguas malhablantes.

Nada de eso.

Sucede que en la Escuela de La Playería sólo hay hasta segundo de primaria, ni tercero ni cuarto, *pa'lgo masito* aprender, ni más años de estudio.

–*¡Pa' lo que vas necesitar en la vida, ta güeno ya!*–.

Terminando quinto año de primaria, preceptor puedes ser, cholo, en cualquier escuelita, por *detracito* de los cerros.

Aprendió logaritmos, las leyes de la mecánica y geometría, la ubicación de las estrellas en el firmamento y a leer de corrido Mosaico “caminitos de garrapatas parecen, dí”.

Sin más ni más, agarró su palana, se puso su poncho marrón de ribetes blancos al hombro y se fue a sembrar las chacras del abuelo Asencio.

Mama Beca no sabe leer ni escribir, pero es muy inteligente.

–En *Santarosita*, Escuela *nu'ay pué* y así hubiera, *nuabiay* podido asistir; ¿quién *pué* atendería a mis cuatro hermanitos chiquitos?

Nadie le ha enseñado la suma –*pa' ser güeno* en la vida hay que sumar todo lo *güeno nomá*, menos de menos las maldades–, pero multiplica como Dios manda; aunque la división no es su operación favorita.

–*¡Qué's* eso de *devedir*? Se *deviden* las herencias, *qui'a* veces les toca un *poquitasho* a cada uno; por eso, *catay*, no son *güenas* las *devisiones* –dice doña Victoria Ruana–.

Con dificultades y todo, arañando y sufriendo, da con el resultado.

Si algo no puede calcularlo mentalmente o contando con los dedos, coge un puñado de maíz y hace montoncitos de diez en diez, un granito por cada dedo y cinco por cada mano: las cuentas le salen claritas y los asuntos bien resueltos.

–*¡Como* debe ser todo en la vida, *caracho!*– poniéndose seria.

Cuantas veces pretendemos engañarla con las cuentas y los vueltos de las ventas del pan, la chicha, los plátanos y los tamales; no podemos, por más que nos esforcemos.

Nos mira con sus ojos grandes y sus ojeras profundas, enderezando las sumas y sacando los *güeltos*.

–A've, a've... que aquí *falta un faltante*–, murmura–.

Los dos son como yunta de bueyes aradores.

Mama Beca mete cabeza en los proyectos de vida. El viejo Joshua reniega un rato –es *pu'el* bien de todos–, o *de'nó* se rasca la quijada –seguro *hai'ser* mordiendo su mostacho negro–, da un par de vueltas como gallo carioco, se sienta en la perezosa, cabecea un ratito –pensando, *dejuero*, corcoveando, corcoveando; pero, igual nomás, arrea.

Ella dice hay que hacer esto o aquello y el viejo Joshua ya sabrá cómo, cuándo, *ónde*, cuánto y demás asuntos y pequeñeces, comenta riendo.

El dicho del pueblo "Los hijos varones *pa'* la chacra y las hijas mujeres derecho *pa'* la cocina", no va con *mama* Beca.

Es época en que la Escuela no es el mejor sitio para las hijas mujeres –respondonas se *güelven* y *dejuero* malas mañas aprenden, solo deben cocinar lo que *hayga* en la despensa, tener su corralito con sus gallinitas *pal* menjunje, sus *cuyecitos* en la cocina y su chanchito *pa'* la mantequita, que con las sobras de comida *nomá* se alimenta, criar las *guagüitas* que Dios manda, como dice el señor don curita de Wamanmarca, en las misas de la Patrona.

Los hijos varones deben aprender a leer bien entonado, escribir con letra clarita y que se entienda –no como *rascao* de gallina–, firmar bien su nombre con rúbrica y todo, sumar y restar de corrido para sacar bien las cuentas y sembrar las chacras en la época debida, calculando bien las sequías y las lluvias para cosechar mejor.

–Nuestras criaturas deben ser leídas, *pa'* que no sufran como *nesotros* –dice *mama* Beca, una noche sin luna–; que *seyan* otra cosa *más mejor* –sentados en el corredor, en la casa de la Lomada.

El viejo Joshua, mirándola con ternura, contesta:

–Así será *pué*, Beca –alisándose el mostacho negro–, el esfuerzo haremos –arreglando las correas de su llanque, sentado sobre el batiente de la puerta, mirando la lluvia–, por el bien de ellos será, *pué* –más pensativo aún–. Mal pago *nu'an* de dar, *dejuero*.

Baldomero es el primero de la familia que va a estudiar en el centenario Colegio de San Román, de la provincia de Wamanmarca.

Hablan con su comadre Luisita Díaz *pa'* que lo tenga como a su hijo y lo controle; pero sólo le dio a la estudiada hasta tercero de media.

–Si se porta malcriado el Balducho, suénele *nomá*, comadrita, que por eso *nu'ay* por qué enojarse; si es por su bien, en *buenora* ajústete las clavijas, comadrita..

Éste es el año de las desgracias para la familia.

El primo Fedorio nos ha quitado el arriendo del Guabo Seco y con ello el trabajo duro de dos años bravos, de esfuerzos y deudas. La miseria ronda la casa de La Lomada y es la mayor hambruna que registra la historia familiar.

–Si no te vas de aquí, Baldo –le dice solemne don Leandro Mariños, dueño de la hacienda Las Camillas, con sus cejas pobladas y su bigote puntas arriba–, te volverás sembrador de caña como tu padre y él no quiere eso para ti.

Lo ha recomendado a unos amigos que don Leandro tiene en la capital.

–El mundo está más allá de tus narices, Baldo- le dice palmeándole el hombro.

En Lima, Baldomero ha terminado *la media* en la nocturna del colegio Bartolomé Herrera y luego de trabajar de ayudante del gringo Andersson, construyendo lanchas y ahorrando algunos cobres y soles ha comprado un boleto de avión *pa'* un viaje de más de treinta años, por norteamérica y las *europas*, que ni él mismo ha imaginado.

Segismundo y Malena han terminado la primaria en la Escuela de La Playería y se están yendo a estudiar la secundaria a Wamanmarca: uno al internado del centenario Colegio de San Román y ella al internado del Real Colegio de Señoritas Santa Teresa del Niño Jesús de Praga, de las Monjas Dominicanas afincadas en la Provincia Católica del Señor de Wamanmarca, como se lee en el letrero, colocado sobre la reja de fierro de la entrada principal del colegio.

Eugenio y Adalina abandonan la casa, terminando el colegio secundario, rumbo a la Escuela Normal de Wamanmarca, *pa'* ser preceptores, igualito al maestro don Andrecito Rosales.

En La Playería, mal hablaron de *mama* Beca.

–Soliviantadora es, *está'ciendo* estudiar a las muchachas, *pa'* qué *pué*, mal ejemplo tu mujer se ha *volvido*–, hablan sin entender razones –no *creíbamos* que así resultara la Beca, murmuran; metiche en cosas *di'ombres*, comentan–. ¡Corrígela o se montará en tu encima y te meterá espuela y como caballo sonso terminarás!, le increpan.

El viejo Joshua, tomándose media de cañazo, sólo escucha.

Es su mujer y cree en ella. En su buena fe.

FLORCITA

La fiesta patronal es un buen pretexto para el retorno de los que se fueron.

Desenliando tristezas y cargando nostalgias, desde lejanas ciudades, distintas latitudes y extraños pueblos regresa la paisanada.

–Desempolvando sueños no siempre hechos carne, nos venimos *pa'* la fiesta, cholo hermano.

Un válido pretexto para reencontrarse con los que se quedaron enraizados en La Playería, fajándose por la sobrevivencia haciendo la patria en *la pueblo*, continuando las costumbres dentro de la patria chica, masticando tradiciones.

–*Nu'importa*, con lo poco *qui'ay, pué*, cholo hermano–.

Reencontrarse con la paisanada y en un abrazo de emocionada alegría, emborracharse con su *guashpaicito*, hermano, cantando:

... mañana, mañana mi voy a *la pueblo*,
crozando quibradas por la *carritera* ...

Es la época en que nos compran camisa y pantalón nuevos de los mercachifles que se han venido en *catervada*, para estar elegantes tirando prosa en plena fiesta y no digan:

–¡Qué, *pué*, con tu pantalón viejo y parchao, *nomá'stás!*

Por la calle principal se pasean los fuegos artificiales –los *Calderones* del Paraguay o los *Quispichos* de Wamanmarca *lu'an* hecho *lindazo*–.

Con carrizo, pólvora y habilidad, preparan postes de maguey, con sus ruedas chispeantes; castillos de doce cuerpos con su paloma en la punta, cordeles con sus ruedas tronadoras, bombas multicolores, bengalas y cohetes con paracaídas.

La noche de la víspera, todo eso ha de quemarse en plaza de armas de La Playería, en honor a la Santa Patrona.

Los globos aerostáticos, por disposición municipal, bajo pena de multa y arresto, están prohibidos en La Playería.

–¿No *pué, pa'* una fiesta soltaron los globos, *lindazo* se *sobían pa' la cielo* los *maldiciaos* y *das-dás* no *pué* viene un vientazo de *mal'ora* y *lu'acen* caer en la chacra de caña de ño Porfirio Díaz y se prende la candelada? ¡Ahí *nomá*, chispas saliendo de las cañas verdes y qué fiesta ni fiesta, porque *tó* la gente tuvo que correr desesperada *pa'* apagar la quemazón, soltando las aguas de las acequias, sidenó se quema todito cañaverál del valle!, *diay nuay glubus* ya no.

La uniformada banda de músicos, con saco azul, camisa blanca, corbata roja y pantalón crema, ha venido desde Moche –la Santa *Locía* es, *pué*, bien famosa es, *lindazo* tocan sus

marineras—.

Alrededor de la pileta de la plaza de armas, en la retreta de la víspera, la *gentada* mirando, mirando, se *paseya* —pasodobles, vales y merengues, *pa'* que bailen los forasteros y los principales; las marineras y huaynos, *pa'* cuando se queman los postes y castillos, y los indios zapateen, *tamién*.

Nosotros, muchachos, miramos de lejos, desde los jardines de la plaza.

Los principales con sus ternos de cuello duro y sus cajas de cartón llenas de cerveza, moviendo el esqueleto y desentumecidas las canillas, bien aceitadas las bisagras, bailando un mambo de Pérez Prado con las maestras de la Escuela de mujeres, que con traje al tubo y zapatos taco aguja, mueven las caderas *shuturándose*, o *ashuiturándose* —como dicen en Wamanmarca—, casi hasta el suelo.

El estrellado cielo de La Playería se llena de luces multicolores y golpes de cohetes.

Admirados observamos al cuetero *Bishojo* cuando, de un solo porrazo, coloca cuatro cohetes entre los dedos de su mano izquierda —¡Machazo es! ¿*Di?*— y con la brasa de un tizón prenderlos uno por uno —¡*Zzziiiiizzz...*, *zzzziiiiizzzz!*—, elevándose hasta las nubes y ¡*boom... boom... boom...!* bajando un paracaídas y muchos corriendo entre la gente para encontrarlo y recogerlo —*pa'* la *güena* suerte, cholito—.

Cuántas veces esos paracaídas, ardiendo, cayeron sobre los techos de paja de caña de las casas, quemando las casas en plena fiesta.

—¡*Acacaucito*, mientras baila y baila estaba *ño* Alipio Torrejón, su chocita quemándose estaba.

Cuántos techos nuevos de calamina se pusieron, por eso, al año siguiente.

Prevenidos, muchos cuidan sus casas sentados como *shingos* en la cumbreira de sus techos— ¡No vaya ser la *fatal fatalidá*—, con sus frazadas mojadas —por andar emborrachándome *por'ai*—, sus baldes llenos de agua —*se mi queme me casita; nu'ay ser, caracho!*—

—Ojalá se quemaran todas esas chozas de estos indios pobretones; con toda seguridad, no habría ni pobres ni piojos y seríamos otro pueblo, más civilizado y progresista —comentan unos universitarios pelucones, forasteros venidos de Trujillo, para la fiesta patronal—; la modernidad debe llegar a La Playería —con una botella de cerveza en la mano y un vaso en la otra—.

—Boca *nomá* son esos *guayralevas* —comenta el viejo Joshua, escuchándolos—, como si los piojos y la pobreza se acabaran quemando todas las casas... ¡Qué buenos cojudos! —amargado, tomando un trago de cañazo—.

—A ver *pué*, compadrito... ¿Por qué esos *trailerailas* no queman a sus casas... y con ellos bien adentro? ¡Sería mucho *más mejor!* —dice su compadre Justiniano Vargas, que los mira enojado, también.

Mientras los mayores, ya *chispos* de cañazo y cerveza, zapatean marineras y huaynos, los muchachos corremos bajo las luces blancas, rojas, amarillas, azules y multicolores de los castillos, señalando con las manos cómo la paloma se pierde rumbo a las estrellas.

Esa víspera, mientras toda la familia se divierte lindazo en la Plaza, la Florcita se dejó *robar* por el Baudelio Arroyo, el *tataco* capataz, constructor de casas y veredas de La Playería.

Ha comenzado otro de nuestros calvarios.

El viejo Joshua y *mama* Beca descargan su frustración y su enojo —¡La fiesta *nu'es pa'* mocosos!—, metiéndonos unas *tandas* de padre y señor nuestro —¡Por no cuidar bien a su hermana!

—Ni que *juéramos* su calzón —murmuramos enojados—. Si ella *si'a juido* y quiere su marido... ¿qué tenemos que hacer nosotros, *pué?* —con la cólera saliéndonos de los ojos—.

Lo que le duele al viejo Joshua "*nu'es* que la Florcita tenga hombre —ley de la vida es,

pues-, sino la decepción –¡Mi primera hija, *caracho!* ¡De blanco y bien *matrimoniada* debió salirse de mi casa! –recostado en el palto– ¡No importan los *cobres* que *hayga* tenido que gastar, hasta el Lizardo lo hubiera *hipotecao!*

Mama Beca mastica su cólera, aún con las ganas de *catanearla* donde la encontrara –*mama* al fin y al cabo es, *pué-*, pero a escondidas del viejo Joshua le manda su ropita con *ño* Ashuco canastero –*pu'el* apuro, la robada no ha podido llevar también unas ollas y comida– ¡Qué *pué*, mi hijita, *caucita también* es! –limpiándose la nariz con su delantal floreado–.

Florcita llegó a tener ocho hijos, cuatro gringuitos y cuatro negritos –*cati* han salido cinco bisnietos –combinaditos, *nomá*, son– y un tataranieto.

–*Trabajadora* habiaste salido, *ña* Florcita-, le dicen riendo.

BALDOMERO

Baldomero ha terminado la primaria en la Escuela fiscal de La Playería.

Recién ha cumplido trece años y tiene dos alternativas: se queda en La Playería como agricultor, sembrando las chacras del viejo Joshua o se va a estudiar la secundaria en el centenario Colegio San Román, de la capital de la provincia de Wamanmarca.

Mama Beca ha decidido lo segundo: “No quiero que mis hijos sean ignorantes como yo”, ha sentenciado tiempo atrás.

Al viejo Joshua, la idea del colegio en Wamanmarca, no le hace mucha gracia; pero agachadito su cabeza, medio rascando *rascando*, entra en raya, haciendo derecho el surco, como buen buey arador; primero, por los gastos que tiene que hacer en Wamanmarca; segundo, por la mano de obra gratis que se pierde para trabajar las chacras.

–*Redepente* nos resulta *mayestro* o doctor, quién sabe –dice animosa *mama* Beca–. El viejo Joshua, no muy convencido: *pa'* la *familiota*, de seguro es lo más mejor –a regañadientes, murmura.

El preceptor Jesús Atilio Alvarado, académicamente, explica:

–La familia es como el cuerpo humano –al enterarse de la buena nueva–: el marido es la cabeza y la mujer es el cuello –acomodándose el puño de su camisa blanca–, porque lo mueve para donde quiere y cuando se le da la gana –ríendo y cruzando las piernas como enredadera–.

–Así ha sido, maestrito, toda la vida, –comenta el cura Joaquín Ballenas– desde los tiempos de nuestra madre Eva y nuestro padre Adán y así será *per sécula, seculorum* –secándose la frente con la manga de su sotana–; si no me cree, maestrito, pregúntele usted a doña Rosita, su mujer, que es quien manda en su casa, ¿o no? –carcajeándose.

–No se meta usted con las cosas sagradas, señor don cura –replica, riendo de buena gana–.

El próximo año ya verán el destino de la Florcita –maltoncita está ya–, que estudia el segundo de primaria en la Escuela de mujeres de La Playería –hasta tercero, *nomá*, hay–.

Florcita zanjó las cosas una mañana de enero, justo para los cumpleaños del Baldomero:

–Anda vos, *nomá*, hermanito –le dice con la inocencia de sus once años, los ojos llorosos y las manos entrecruzadas sobre el faldón oscuro, que le llega hasta los tobillos.

Baldomero, sentado sobre el borde de la cama, lo mira sorprendido.

–Yo soy *media dura pa'* las letras y *pa'* los números, tú sabes; pero tú eres más inteligente y *más coco*, que yo Balducho –murmura, como si hablara sola, soplándose las *shimbas* a través de los mechones que le caen sobre la cara.

Baldomero, metidas las manos en los bolsillos del pantalón azul y mirando al suelo, alorado la escucha.

–Yo aquí me quedo con los papás y los chiquitos, *pa'* cuidalos, *pa'* que no les pase nada malo, y vos hermanito, aprovecha que los papás tienen *voluntá* y quieren ayudarte –con la emoción quebrada en la garganta.

Baldomero con los ojos nublados y la cabeza gacha, trata de entender lo que escucha.

–Eso sí, estudia *juerte, juerte, duro, pa'* que *seyas* el mejor de todos nosotros –recomienda.

Con los ojos enrojecidos, la cobija contra su pecho y se abrazan, como tal vez nunca lo han hecho.

La presentida lejanía, la tristeza del hasta luego, del hasta pronto, el hasta nunca jamás, la ternura apuñalando sus gargantas, empozándose en sus adolescentes ojos, haciéndolos llorar.

Es la primera vez que abrazados lloran juntos, sintiendo que la distancia los alejará por mucho tiempo, por distintos caminos, por lejanas latitudes; llorando.

Se alejará de la hermana que le hace su caldito de *paico* con huevo revuelto, en las madrugadas, cuando mojadito regresa de regar la chacra de caña del Nogal o medio *chispo* de una jarana en las Barrantinas, a golpe de garganta, guitarra y cajón.

Florcita está entristecida porque, de algún modo, perderá al hermano –mono pareciendo, el cholo trepa a los *guabos* más altos, para jalarle el fruto más rico, de la rama más alejada.

El que la protege de los muchachos de la Escuela, que la molestan y la enamoran ya.

Trompeándose con cualquierita.

CAMIONERO

–Así que, muchacho, muchacho, me cuentan, me dicen *por'ay*, que *te'stás* yendo a Wamanmarca, *disqué pa'* estudiar en la colegio –es la voz del tío Herminio Collado, pausada y gangosa, como arrastrando las palabras.

–Si tío– contesta Baldomero, con la alegría de sus recién cumplidos trece años.

–Deberías quedarte, muchacho, *pa' ayudale* al pobre del Joshua en la siembra de sus chacritas y quién mejor que tú, *que'res* el mayor de todos –explica, sacando un pañuelo blanco de su bolsillo posterior; sonándose la nariz.

Baldomero mira una mancha azul de tinta de lapicero en el bolsillo de su camisa blanca, que tiene la forma del mapa del Perú.

–*Estudiaré hartote*, tío, *pa'* ser abogado o *dotor*, como los que vienen a fiestear *pa'* su cumpleaños, tío –alegre, Baldomero.

–Ilusiones muchacho, ilusiones; sólo ilusiones de muchacho, nada más –replica riendo–. Esa gente tiene plata, maneja sus soles; vos no tienes, nada, y tu *taita* tampoco.

Baldomero se ha quedado callado, metidas las manos en los *bolsicos* de su viejo pantalón oscuro, mirando sus empolvados zapatos marrones, pelados en la punta.

El tío Herminio conversa con un chofer, vendedor de comestibles de camisa blanca y frente sudorosa. En su camión trae toda de clase de víveres que distribuye en las tiendas de los poblados de la carretera a Wamanmarca.

–Todos en la vida tenemos sueños, don Herminio –sonríe el joven vendedor, dejando ver unos dientes inusualmente parejos y nivelados–. Deje que el muchacho sueñe, que soñar no cuesta nada, don Herminio. Alguna vez *usté* soñó tener la tienda que hoy tiene o el negocio que hoy maneja; quién le dice que de repente un día este *churrecito* se nos aparece bien *a la pilcha*, de terno, corbata y maletín grueso, tirando prosa; porque la vida es así, don Herminio, ¿ah? ¡Quién le dice que un día eso suceda, porque la vida nos da sorpresas, don Herminio!

En un cuaderno viejo de hojas usadas anota los pedidos, que el tío Herminio está haciendo para su tienda: un saco de arroz pilado, dos sacos de sal, cinco bolsas de fideos y dos latas de aceite, por ahora.

–Todo depende de ti muchacho y de las ganas que le pongas; pero también de lo que el destino tenga reservado para ti. Si le pones ganas a las cosas que quieres, puedes hacerlo, muchacho. Así que, ánimo, eh... ¡Ánimo, levanta esa cara! Éstas son las primeras piedras en tu camino –palmeándole cariñosamente el hombro.

–Y con qué plata, *pué* maestríto, si *nu'ay di'onde* –argumenta el tío Herminio, acomodando sobre el mostrador unos paquetes de galletas que están desperdigadas sobre una mesa larga, cubierta por un mantel de plástico colorado.

- Si su *taita* a las justas tiene *pa'* vivir, *di'onde pué, catay*. ¿Quién *pué* lo va a mantener, caballerito; quién? ¡Pobre *hom!* –secándose el sudor de la frente con su pañuelo blanco.

Lo dicho por el tío Herminio suena en los oídos de Baldomero, como los chubascos de noviembre.

No mojan; pero asustan. No empapan; pero friegan.

Como el poncho de lana mojado: no deja pasar la lluvia; pero una vez mojado, pesa tres veces y su peso te *jode* todo el camino.

–No hagas caso, muchachón –insiste el desconocido vendedor de ojos negros y sonrisa amplia, poniendo su mano en el hombro, apretándolo en un gesto solidario-. Los mayores son así, pero no les hagas caso y ándate a volar por el mundo. Si te caes, te caerás *pué*, qué vamos a hacer, así es la vida; pero lo bueno es que lo intentaste y no te quedaste con las ganas; sácate el clavo.

Dobla en dos el cuaderno de las anotaciones, que lo guarda en el bolsillo posterior de su pantalón azul, manchado de aceite.

–Mira muchacho, yo, como tú, también soy pobre y también soñé–carraspea–. Mi viejo se murió cuando yo tenía ocho años nomás. Chico *tuavía* estaba y con mi mamita nos hicimos cargo de mis tres hermanitos. Al igual que tú, tampoco tuvimos mucho; pero, sabes, yo siempre quise ser chofer de camión y ya me ves. No será la gran cosa lo que tengo; pero manejo mi *carrindanga* propia, de mí, que la *poseyo*. No ganaré mucho, pero gozo y me divierto como un condenado. Así que levanta ese ánimo, muchachón; la vida es así y hay que darle batalla, guerrear fuerte y tener un poquito de suerte, que nunca está de más.

Arranca su Ford 350 del año 58, humeando y dirigiéndose por la esquina de la plaza de armas se va por el abra que lo encamina rumbo a la costa.

–¡Que tengas buena suerte muchacho y que Dios te acompañe! –desde la cabina– ¡Ojalá volvamos a vernos algún día! –haciéndole adiós con la mano.

Baldomero se ha quedado pegado al suelo, mirando diluirse el polvo de las llantas, sin saber qué hacer ni qué decir.

No sabe su nombre, ni lo ha averiguado tampoco.

CHAMARROS

En el baúl de nogal, que la abuela Merceditas le ha regalado al cumplir los trece años, Baldomero arregla sus pocas cosas personales –mis dos pantaloncitos de drill *pa'* tirar prosa, mis camisas nuevas que *mi'a* hecho la tía María Luz, mis calzoncillos de telaplaya y, tal vez lo más importante, sus muchos anhelos personales.

–Mi *ñeto* ya es un jovencito ya y necesita tener todas sus cositas bien ordenaditas y limpiecitas, como todo un caballero ¿o no, Balducho?

–Sí, mamita Merceditas, seguro –contesta alegre, mientras mira con ojos de contento al baúl con candado dorado y bisagras con tornillos –*pa'* guardar con llave mis *secretingos* y las cartas de la Rosita Juárez, que los tiene en una talega, escondida en un rincón de la casa.

En su alforjita de rayas blancas y figuras rojas guarda las cosas menores y algunos de sus libros, como El Conde de Montecristo, que en la fiesta del Corpus lo ha comprado en la calle Real de Wamanmarca.

Es su primer viaje, por varias semanas, o meses tal vez. Con la tristeza rebanándole la garganta se ha quedado pensativo y apenado.

En medio de la puerta y oscureciendo al cuarto, se aparece el primo Victorino Guardiola, con las manos a la cintura.

–No creo que quiera una última maja antes de irme, pero quién sabe. Durazo de mollera ha salido este cholo –murmura asombrado, mirando desafiante al primo que lo observa desde la puerta, con su sombrero de junco en la mano.

Se han trompeado infinidad de veces.

Por un pedazo de caña de azúcar –*¡Tias agarrao* el pedazo que me gusta!– o porque uno de los dos hizo trampa jugando a las bolitas o a los trompos –*¡Así cualquiera gana, tramposo eres!*– o cuando uno de ellos cortó camino para llegar más rápido a almorzar y regresar corriendo ala escuela –*¡Quién llega primero al pasaje y se sube al árbol grande!*– o el otro le hizo la mala con alguna muchacha querendona –*¡Mal has hablau* de mí a la Teodolinda, *cutulo!*– que ambos quieren enamorar.

O simplemente, por quítame esta paja o por la infinidad de motivos por los que se pelean los muchachos de doce años.

–*Menterao* que *usté* se *vaste* a estudiar a Wamanmarca, primo; así que tenga esto, que de seguro a *usté* *li'an* de servir mucho más que a mí– dejando una bolsa de tela sobre el suelo del cuarto.

Sin decir ni una palabra más, con su pantalón de drill remangado a media canilla, y sin esperar ni las gracias ni nada; el primo Victorino da media vuelta y se aleja, haciendo *clap clap* con sus llanques de llanta, sobre las piedras del patio.

-A mí me quedan muy grandes y a *usté li'an* de quedar *cabalito*. Así *qui'usté* tire la prosa, *nomá*, primo- ha dicho, antes de marcharse.

Baldomero desata presuroso el nudo de la bolsa de tela –no vaya ser otra de las bromas cochinas *de'se canijo*.

Se queda asombrado, con los ojos agrandados como mates de fiambre.

Es el codiciado par de *chamarros* negros de cuero de becerro, cocidos a mano y reforzados con estaquillas, que la tía Etelvina le regaló –reciencito *nomá*, *pa'* la *Navidá le'i compra*o al cholo Vitucho, *pa'* que *nu'ande patas* en el suelo, como cualquier indio pobrete–.

Los ojos del Baldomero son acequias de agua limpia.

La generosidad de los pobres siempre abruma. Los pobres damos siempre, casi siempre, lo que no tenemos.

Esos *chamarros* lo acompañan tres años en el centenario Colegio San Román de Wamanmarca, luego en *Lema*, la *capetal*, por otros tantos años más y si no van en sus maletas rumbo a Méjico y Estados Unidos es porque los zapatos están muy gastados y no soportan otra media suela más.

Los pies del Baldomero han crecido también y esos *chamarros* talla 35, que una semana son negros y otra marrones y otra guinda, ya no le caben más.

-Tremendas patotas, pues Balducho, si ya calzas 41- bromean sus amigos.

Además, le sacan tremendas ampollas en los talones y los callos y juanetes en el dedo gordo, le hacen ver Judas calatito.

**AY, CAÑITA
CAÑAVERAL**

*Sobre los cañaverales,
a baldazo limpio
llueve.*

MOLIENDO CAÑAVERAL

Comienza el domingo a mediodía, con el trato de pago de la maquila, que el viejo Joshua hace con don Juan Manuel Navarro, el flaco y desgarrado dueño de uno de los trapiches de La Playería.

–De palabra, *nomá*, Joshua, porque la palabra *di'un* hombre vale más que quince papeles *adefesieros* –palmeándose la frente amplia y huesuda–.

- *Dejuro*, si alguien no quiere honrar sus deudas, no lo hace y sanseacabó, así firmen mil papeles sobre la caja de muerto de su *taita* y jure y rejure por el alma de su mamita; si no quiere cumplir, no cumplirá.

Despertado con el canto de su gallo *carioco*, el tío Leoncio Albán –machete en mano y armado de su bolo de coca– camina desde la Lomada hasta la chacra del Guayabal y, ni bien clarea el día, comienza a cortar la caña de azúcar, ¡*Jui juá!*, zumbando su machete recién afilado, con el que –como lo embroma el viejo Joshua– se afeita también sus cuatro barbas ralas.

A las cañas cortadas le quita las hojas secas, separando el cogollo que servirá de alimento de la piara de burros cargadores.

–Si encuentro *colebras*, *jui juá*, *jui juá*, mi machete *das-dás los* parte en dos y ni *qui'ablar* de los alacranes, que *juyen* de mí con su rabo *levantao*, y las ratitas, ni bien me sienten, patitas no les falta a las maldiciadas –riendo, el flaco pero recio tío Leoncio Albán, mostrando sus dientes *verdeaos* por la coca, sus ojeras profundas y su barba rala de cuatro días, mientras pasa el dedo índice por el filo de su machete, para probarnos que lo que dice es cierto.

Carlos Cabañas es trompeador y cañacero –sólo cuando *nu'ay* chamba, *nomá*, *pué*, *primote*, nos comenta el largirucho con su barba tupida de más de dos semanas–.

Muchas de sus trompeaduras las ganó por sus brazos largos de mono y sus llanques de llanta marca Good year.

–También tengo otro *parcito*, marca *Be efe gudrish*, *pa'* remudar y prosear de de lo lindo, primote–.

Es el arriero que transporta la caña de azúcar, desde la chacra hasta el trapiche.

–Mi flota de *trailer*es de cuatro llantas con doble tracción y su cardán incorporado, marca *Chanta Ese-A*, son lo mejor de lo mejor, primito: son sus seis recios pollinos, a los cuales carga y arrea, silbando sus tristes y yaravís aprendidos en la otra banda del río Grande.

–No seré chofer de carro, ni tendré mi brevete, primito –mostrando sus dientes amarillentos, entre la barba tupida–, pero manejo mis burros mejor que *nadies* y *mi'acen* caso sólo

a puro silbos, primito; ni mi mujer obedece así, óigaste-, dice mientras acomoda la carga de caña, que empieza a ladearse.

–¡Soo, sooo..., burro, animal, soo...; bruto como tu dueño, seguro has de ser!

Al llegar al pasaje, baja las *arretrancas* de sus pollinos, uno a uno,

–No *vay'ser* la *desgracia desgraciada* que la carga se ladee, primito, o se caiga por la cabeza de mis animales –secándose el sudor con el antebrazo de su camisa blanca parchada– y me quede jodido, primito, sin alguno de mis camiones doble eje y con su tracción en las llantas *di'atrás*, primito.

Remangándose el pantalón hasta media canilla, dice:

–¡Los viéaste en los aguacerales, cuando el camino *barro-barro* está, qué cree *usté* –nos informa riendo, sacándose el sombrero de junco, manchado de sudor–, siempre salen ganando y nunca *se'entrampan* ni se enfangan como esos carros de ruedas!.

–Tanto *hei caminao*, primito, *que'l* diablo *dejuero si'a* de compadecer *onde* mí y *pa'* cuando me muera, *dejuero mi'ai* de mandar a descansar, panza *pa'rriba* –peinándose con los dedos de su mano derecha, los hirsutos y negros cabellos.

Seis viajes al día, de lunes a sábado, durante nueve meses que duran las moliendas, arreando su flota de traylers –ida y vuelta, *pué; multiplíqueste nomá*, primo lindo, si a la Escuela *lu'an echao* y algo bueno *habráste aprendiu, dejuro*, no?

–Ya sacaremos la cuenta, primito –contestamos, mientras mordisqueamos una caña azul Casa grande, chupando el jugo *pa'* refrescar la *sesaza* que da este *solazo de junio*.

El indio Adelaido Cusquisivan, sudando como coche en chiquero con techo de calamina, descarga la caña de los pollinos.

–¡Uf, *nu mi'acostombro tuavía a la solazo de'sta* playa, *patronceto*– suda, suda; amontona y acomoda las cañas, para acelerar el trabajo del moledor.

Anocheciendo, amarra los burros en sus estacas y, sentado sobre la paja seca, mira aparecer la Luna por el cerro Atache, entrándole a la cantada:

Curazún di cuchi
quesierai tinere;
curazún di cuchi
quisierai tinere,
pa' ya no sofrire,
pa' no paiecere...

El primo Carlos Cobeñas lo mira en silencio.

–*Dejuero* le ha *entrao* la cojudez, primito –sacándose el sombrero roto de su cabeza de pelo desaliñado–, esa cojudez que *tiapreta* el pecho y jode las entrañas del forastero, primazo – escuchándolo cantar–. A mí *mi'a pasao* en la costa, primito; esas noches en que te sientes más jodido y solo que nunca y sólo quieres bolear tu coquita y tomar tu cañacito en el poyo de tu casa, en la *tranquilidá* de la noche –el canto de una lechuza se oye a lo lejos.

–Ojalá nunca sienta esa tristeza, primito –nos dice, pasándose el dorso de la mano derecha por sus ojos humedecidos.

... pué nadeta puis te'i hiecho
pa' qui mi aburrezcas tanto...

Tirándose sobre la paja seca, cuan largo es y contemplando la redondez de la Luna llena, sobre la cumbre del cerro Atache, dice:

–Les darás de comer bien a mis *trailereres*, Adelaido –medio en serio, medio en broma– si *denó* mañana *ti'ago* comer cogollo y vos cargarás la caña; ya verás, *guacarnaco, pispitongo* –

El indio Adelaido Cusquisivan, desde lejos, lo mira asustado.

Ha aprendido también a enchipar la chancaca.

Después de las cuatro de la tarde, con sus manos *pispa pispa* por el frío de la jalca, se sienta en el suelo y abierto de piernas coge las chipas humedecidas, las cruza en redondo y coloca una tapa de chancaca hacia arriba, luego otra hacia abajo, haciendo una bola; después otra bola y luego otra, hasta tener cuatro, bien paraditas y sin caerse. Amarra la chipa con *guanchil* mojado, primero por el rabo, apretando, entre bola y bola .

–¡Ya'stá un sesto, patrón!-, lleno de satisfacción.

Despacito y temeroso se acerca para preguntarnos:

–*Guapote* es ese *siñor* barbón, ¿diga, patrón chico?.

–Sólo *lu'ace* por fregarte, Adelaido; indio barbón, *nomá* es –nos mira asombrado.

–*Endio*, como *de yo* –ansioso, espera una respuesta.

–Sólo que barbón, *nomá* –confirmamos.

Riendo y contento, se sienta sobre la amontonada caña de azúcar, mirando la Luna.

MIEL DE CAÑA

–¿Cómo te llamas? –preguntamos, viendo al viejo Joshua colocarle como sombrero un mate de calabaza sobre su cabeza y con unas tijeras de cortar tela, va recortando los pelos duros y trinchudos que sobresalen del borde del mate, haciéndole la peluca.

–*Sigondo Candeya*, patrón niño –nos contesta, protegiéndose los ojos de la luz del sol, con ambas manos.

Inicia su trabajo a media noche.

–*Se-gun-do Can-día* –le deletreamos, sílaba por sílaba, como nos ha enseñado en la Escuela, el maestro Héctor Portales.

Con el primer canto del gallo y alumbrado por una linternita a kerosene, comienza su tarea.

–*Mijorsh* es con *so loz di la lonita nomá*, patrón, *que'sta candela mi'storba*- trayendo jalados de los cuernos a dos bueyes mansos.

–*Sigondo Candeya* –nos responde otra vez, corriendo, resbalando sus llanques sobre la paja seca, descargando la caña de los pollinos que acaban de llegar.

Unce los bueyes a un grande y grueso palo de nogal labrado que llega hasta el trapiche, una máquina de fierros negros y engrasados que con el girar de los bueyes mueve las chumaceras por donde se meten las maduras cañas de azúcar.

–*Buenmozo lu* harás quedar, patróncito... –dice su *taita*, el indio Josefo.

–*Pa'* milagros, Josefo, la Patrona del pueblo es buenaza; aquí *si'ace* lo que se puede, no más –responde sonriendo el viejo Joshua, que con las tijeras, *tris-tras tris-tras*, corta por encima de la nuca.

Una a una las cañas van siendo trituradas lentamente, exprimiendo su líquido fresco. Es el jugo de caña que, dentro de unas botijas de arcilla y por varios días, se hará *guarapo*.

–¡*Te'mborracha* feazo, cholo hermano, de la cintura *pa'bajo nomá!*

Por una canaleta hecha de un maguey, partido a lo largo por la mitad, discurre el dulce líquido que llena una poza de cemento.

–¡*Chorreyá pocasho*, como *pichi* de cholito chico! –hasta completar una *pailada* entera.

Sentados sobre la paja seca, miramos extasiados las sombras proyectadas por el reflejo de la Luna sobre Segundo Candía y sus bueyes.

Un círculo perfecto, que va girando rítmicamente en redondo, cadencioso, paso a paso, sin marearse, sin cansarse; vuelta y vuelta en redondo, vuelta y vuelta. Casi una eternidad.

–¿Quién se cansará primero, el indio Candía o los bueyes? –se interroga a sí mismo el viejo

Joshua, mirando las sombras proyectadas por el sol de la mañana y que se confunden con su propia sombra.

Desde la medianoche comienza su caminata.

Vamos a la Escuela y lo dejamos anda y anda. Nos escapamos en el recreo para llevar un pedazo de caña de azúcar y lo encontramos camina y camina. Regresamos a almorzar y sigue anda y anda. Tantas horas, tantos días, tantos meses. Sorprendidos. Es la eternidad.

A veces, en el silencio de las madrugadas, hemos escuchado su canto melancólico y nostálgico; un carnaval de las jalcas wamanmarquinas:

*Ón tará me carpintero
pa' que lo coleye me guetarra,
porque tiene una so raja
de su munshyo más pa' bajo...*

Caminante de un solo redondo. Seguramente el indio Candia le ha dado varias vueltas a la tierra, sin darse cuenta, sin proponérselo, sin quererlo, sin saberlo siquiera.

–¿Y di'ónde pué' res, Candia? –preguntamos, viéndolo abrigado con su poncho morado de ribetes blancos, bajo el abrasador sol de las once de la mañana.

–De Catillambi, patrón, de Catillambi –contesta apurado.

Los burros cargados de caña, van llegando por un recodo del camino.

–¿Y por ónde queda eso? –insistimos, más por curiosidad que por ganas de conocerlo.

–Lejotes patrón, lejototes, pu'acallálai, pu'acalláizote –yéndose a la carrera, arreando a los pollinos que mordisquean la caña amontonada.

La innovación, la modernidad, el desarrollo industrial y el avance tecnológico han llegado también hasta La Playería.

Los propietarios de los trapiches van dejando de lado a los bueyes y sus arrieros: Están instalando motores americanos Massey y Fergusson a petróleo diesel dos.

–La industria de la chancaca debe desarrollarse, ahora –palabrea el jovencito vendedor, vestido de impecable camisa blanca y gorrita azul–, con los bueyes ustedes se demoran doce o catorce horas, o a veces más, para moler una *pailada* de caña; con nuestros motores, en sólo cuatro horas y listo.

Mueve las manos como aspas de molinos, tratando de convencer a los trapicheros:

–Los bueyes comen y se enferman, nuestros motores no; con un galón de petróleo Diesel basta y sobra –sonríe, sabiendo que está convenciendo a los trapicheros, que lo miran recelosos– y si por alguna casualidad o por un imponderable llegaran a malograrse nuestros motores, siempre tendrán disponible y a su servicio nuestro Departamento técnico; repito: a su entera disposición – para convencerlos.

–Y, claro, por supuesto, me place indicarles que les damos dos años de garantía –y esboza una leve sonrisa que desparrama a todos los presentes–, garantía que los bueyes no pueden dar... ¿Qué dicen, se animan?

Lo que no previene el joven vendedor es que estos trapiches, de alta velocidad y avanzada tecnología, causarán mutilaciones y accidentes. Y ninguna empresa dará garantía por esos accidentes.

Con los bueyes a lo sumo un topazo –¡Sooo, torito, sooo!–, una patada en la canilla – ¡Bravo'stás! ¿no? ¡Ya verás, maldiciau, cuando te ponga el yugo!– o una cornada sin mayores consecuencias.

–Trempano nomá le'imos cortao sus cachos, patrón, pa' que no topen ni seyan cachudos, como hartos que conozco por'ai, patrón–.

Los motores Diesel disminuyen los tiempos de molienda y están cambiando lo artesanal por

la tecnología y la modernidad.

También estos motores están dejando un montón de mancos en La Playería y sus poblados vecinos.

A veces el sueño, el cansancio o la prisa por saciar el hambre voraz de caña, de las veloces chumaceras, ha hecho que muchos playinos se queden sin dedos –mochito sin sus dos deditos *si'a quedao* el Panchito Corrales; sin mano, *cacaucito*, manquito de su *manito* derecha, *si'a quedao* el Feliciano Zafra; sin brazo:

-*Fíjeste pué*, a ño Patricio Rojas, en el hospital de Wamanmarca, su *bracito lu'an cortao*...
¡*Cutito* está *aura* el pobre! *¿Y'ora* cómo trabajará, *pué*, *pa'* mantener a *todita* su *familiota*?

El costo de la tecnología, dicen.

Riesgos de trabajo, justifican. Errores humanos, comentan.

Lo que no ha explicado el joven vendedor es si esa garantía cubre las compensaciones y seguros de vida y trabajo para los inválidos.

Discapacitados, dicen ahora. Pero es lo mismo.

Don Hernán Pizarro Lozada acaba de hacer su pedido de un motor Massey y Fergusson americano y los demás trapicheros, en cola, están haciéndolo también.

CHANCONA

El pailero Florencio Benate, con el cabello crespo y su cara colorada, es el responsable de la calidad de la *chancona*.

De su pericia depende que salga rubiecita –buen precio le darán en Wamanmarca, patrón– o negra –*pa'* la chicha *nomá* sirve–, dulce –*pa'* las mazamorras de capulí– o *amargosas* –*pa'* la chicha *juerte* de la fiesta del huanchaco, servirá.

–La secreto es la *calcita*, patrón chico –explica, sacando cal blanca y ardiente, a dos manos, de una bolsa grande de papel, que la echa dentro de un balde de aluminio, mezclándolo con jugo fresco de caña, vaceándolo luego a la paila–.

–¡Así se corta *la* caldo, patrón chico; por si dejuro pailero *quíéreste* ser! –sonriendo.

Borracho y coloradote con el *guashpay* de ño *Jullo* Virgues en una de las esquinas de la plaza, alardea:

–*Harto* plata tengo yo, *carago*; *me* puerta lo *atranco* con dos costales de plata, *carago* – exclama– *ingñiero* soy yo, *jife* de *prodocción* soy, *endustrial* soy, sin haber *nadita estodiao* – camina agarrado de la pared del correo, para no caerse.

Sobre una carretilla de madera con la rueda hecha de un pedazo redondo de un tronco, Catacho Minchán, pujando, traslada el bagazo recién triturado, tirándolo por cualquier sitio.

–Sólo *pa'* *dale culera* al Rigo patrón; bien *enrabiao* es– nos comenta.

Con su horqueta de tres puntas, Rigoberto Camacho va dando vuelta y vuelta al bagazo fresco –*pa'* que se ventee y le dé *la* sol y se seque *dasito* –echándole cal a su bolo de hojas de coca–, ventee y ventee apresurando el secado, con el fuerte sol de la mañana.

Entercia el bagazo seco y cargándolo sobre sus hombros lo introduce al horno, aumentando el fuego *pa'* la paila llena de jugo de caña –el jugo zapatea de lo lindo, *ploc ploc ploc ploc*, patrón niño, *si'ace*, lo *viérate usté*–.

Cansado del trajín, de rato en rato, el cholo Rigoberto Camacho se sienta sobre el bagazo seco, echando mano a su talega de lana y va sacando las hojas de coca –selecciona *onita* por *onita*–; mastica despacio su bolo coquero –*pa'* que *la* sueño no *mi* gana, ñiño– y de su calabacito calero la *calcita* –patrón niño, *pa'* *qui* arme bienazo mi bolito, patrón–.

Mete los tercios de bagazo al horno, aumentando la *calda* a la paila, que ya está hirviendo, *glub glub glub*, zapateando *glub glub glub* y el jugo de la caña se va transformando en miel.

En un mate de calabaza sacamos un poco de esta olorosa miel, mezclándola con canchita de maíz serrano, pancito de agua o harina de cebada, haciendo un *sangazo* de rechupete.

–Hay que *endolzalo* las tristezas de esta vida que *nues* vida, *jovenazo*, porque si esto fuera vida no estaría tan *jodidaza* –dice don Restauración Cotrina, pidiendo un poco más de miel, en su mate vacío.

En una lata vacía de aceite Friol, atravesada por un palo de eucalipto, pasado el mediodía, Florencio Benate, con el sudor bajándole por la frente colorada,, va trasladando a *puro punche* la miel de la paila a otra más pequeña y a punta de bagazo y candela le da otra hervida, la que a pocos se transforma en *melao*:

... Florencio Benate
bate que bate,
en un mate chico
en un mate grande
su mielcita de caña
con limón y chocolate ...

Con un palo largo va dando vuelta y vuelta, en redondo y lentamente –hasta que *espesee biencito*, patroncito–.

En un balde de aluminio llena el *melao* espeso y lo va echando dentro de unos moldes de forma tronco piramidal, labrados a pulso sobre troncos secos de espino.

Para nosotros, muchachos chicos, el viejo Joshua ha hecho con azuela y formón unos moldes chiquitos para tener nuestros cestos chiquitos, con los que jugamos a ser grandes negociantes y los mejores comerciantes de chancona de la provincia de Wamanmarca.

Al grito: ¡Fuego y *calda, carago!*, el indio Rigoberto Camacho reinicia su trabajo –¡Que ya quiero ver la chancona lista!– .

Enchipada la chancaca, el viejo Joshua recibe a los jalqueños venidos de las alturas de La Playería y concreta el trueque por comida, lana y carneros –primero hay que asegurar la comidita de Dios, después lo demás-, dice, mordiéndose el mostacho.

–Por un *tongo* de chancona, cholo Janampa, me das dos arrobas de papa; y, a vos, Aramango, por tu alforjada de alverjas, un *tongo* también te doy.

Casi toda la producción de chancaca se va en pollinos cuesta arriba del cerro El Trinche, a las chicherías de la provincia de Wamanmarca y de los pueblos colindantes.

Nuestra chancaca endulza la chicha de jora con la cual indios, cholos, mestizos y blancos pobres brindarán y se emborracharán celebrando la fiesta del Huanchaco, la entrada del Cristo de Ramos, el Corpus y las demás fiestas patronales de las comunidades de la provincia, especialmente en el carnaval wamanmarquino.

*Quí borrachado mi'ncuentro
qui ya no sé ni qui'acersh,
tanteyo a una y'otra
creendo que's mi mojiersh...*

Es nuestra industria patrimonial.

–Su *guashpaycito tamién*, no se *olvídeste*, patrón niño– nos dicen emocionados los playerinos.

Años antes, don Augusto Marín y Marín, entusiasmado por lo bien que le iba a las plantas azucareras de la costa, puso una fábrica de azúcar en la hacienda de La Milla.

–¡Viérase qué lindazo *que'ra pué* mirar saliendo desgranadita su azúcar rubia–.

En los sacos de yute se leía: Azúcar Rubia La Milla, Valle de La Playería, Wamanmarca, Perú; para exportación.

En el camión Ford 350 de don Rogelio Alvarado trasladan los sacos de azúcar hasta los Chiquiletos, donde el tren ha de llevarlos hasta el puerto de Pacamayo y de allí en barco hasta

dónde será, pué, señor.

De esa aventura empresarial sólo queda una alta chimenea de ladrillo colorado y una vieja casona que se cae por pedazos, después de cada aguaceral.

BANDA

El alboroto comienza la tarde del dieciocho de julio, con la llegada de la banda de músicos.

Detrás de ellos. Los mercachifles y sus tiendas ambulantes –cuatro carrizos y su plastiquito azul y *ya'stá*– los sombreros de junco y sus ganas por comprar camisas a cuadros –*pa'* prosear en la fiesta, taita– los ruleteros y sus monos que *adivinan* la suerte –*qué pué, pa'* todos igualito *nomá* dice el papelito–, los sastres y sus apuros para cumplir con los ternos azules de los principales – *pa'* mañana listito está, señor don Gobernador–, los quioscos de carrizo y caña brava para la venta de caldo de cabeza y cuyes fritos –*despuécito* de la tranca, un caldazo *levantamuerto buenotote es*–, los ponchos multicolores y llanques nuevos –*buenmozo hay que'star, pa'* saludar a la Patrona– venidos de más de cinco horas de camino, suda *suda* como *coches* en chiquero de calamina.

Los vendedores de helados en sus carretillas de tres ruedas y los enanos con sus caras de viejo, cuerpo de grande y sus piernas chuecas.

–Tío Joshé, ¿por qué sólo *pa'* la fiesta *e'jullo*, vienen los enanos, ah?

–Por la fiesta algo será, *pué*, por qué más hai'ser –sin estar muy convencido–; por buscar mujer, *nu'ai* ser.

Afanosas las costureras luchan contra tallas y entalles, disimulando rollos y molestas gorduras –la niña María Isabelita se ha subido sus buenos kilitos, *ña* Catita– en los vestidos nuevos de las hijas de los principales.

–Sí, *pué, doñita*; pero *hágaste* algo *pa'* disimular, si no, *catay*, solterona se va a quedar mi María Isabelita–.

Nosotros lidiando con los exámenes del segundo bimestre.

–¡Pucha, a quién se le ocurre tomar exámenes en plena fiesta; después nos jalan y *diai* dicen que *semos* brutos y que *nu'estudiamos nadita*–.

Encima, los ensayos para los desfiles de fiestas patrias.

–¡De frente, marchen, *un-dos, un-dos, media vuelta!*–.

Ahora, ningún títere con cabeza de siete años, piensa en eso, ni en otra cosa que no sea la fiesta de julio.

El sonido de las marchas sopladas de lo lindo por la banda nos ponen nerviosos, como potrillos sin amamantar.

En la mañana, a la hora de entrada a la Escuela –*tirirí rirí*–, en pleno recreo –*tarará rará rá*–, a la salida del mediodía o de la tarde –*taram taram ram ram*–, en manada correteamos detrás

de los músicos “Los libres de la capital de Paraguay”.

Tras del *redoblantero*, que se luce haciendo rebotar dos palitos sobre el cuero bien templado de su tamborcito redondo.

Al descuido, *das* le ponemos el pie y se *trompieza* en nuestras canillas; *coloradote* de la cólera se pone el cholo, malogrando el ritmo de la marcha; pero al menor descuido *zass* un palazo en la cabeza y a sobarnos, avergonzados y calladitos, doliendo la cabeza, *ayayaycito*.

O al costado del bombo –suda que suda el músico carga sobre su pecho tremendo *tamborsazo*–, que golpea con un mazo de madera forrado con tela negra y nos amenaza con darnos en la cabeza, cada vez que colocamos nuestras manos en la otra cara del bombo y lo hacemos que suene *feazo*, sordo y destemplado.

Mirando alelados al viejito que resopla un instrumento que da dos vueltas en redondo sobre su pecho y, por más que ponemos las orejas, no escuchamos nada.

Impresionados con ese instrumento grandazo, del tamaño de nosotros, que un músico flaquito enrolla entre su pecho y espalda, inflándose los cachetes colorados para hacer sonar *foo foo foo* de rato en rato.

Lo que más nos gusta es escuchar al que toca el saxofón –*Eleseyo* Castro de la Cruz, *si* llama–; toca su música aplastando varias llavecitas –es el que de *verdacita* entona y le pone *candela* a las marchas, valeses, marineras y huaynos, que tocan en las retretas.

Al trompetista, con los labios hinchados –su trompada parece que *li'ubiesen* dao, ¿di, cholo?–, que con sólo tres teclas toca los sonidos más agudos, más altos y más fuertes, ensordeciéndonos –bonito es, ¿di?; aprender quisiera yo–.

Los dos siempre serios, casi nunca se ríen; son los principales músicos y con los ojos bien pegados a unos papeles con dibujos, letras y garabatos, parece que *leyen* la música.

–¡Qué bruto *que'res*, cholo, eso *pué* es sólo *pa'* los que saben; qué *pué*, vos ni silbar siquiera puedes– y *que'stán* prendidos en la espalda del músico que va adelante.

Son también a los que mejor atiende la china Domitila, a la hora del almuerzo, *aypa aypa* les sirve tremendos platazos de yucas con carne.

Son los que dan las órdenes, de más *respetancia* y con ellos no nos metemos.

Pero el que más se divierte es el platillero.

Un cholito menudito de gorra verde, viendo cómo fregamos al del bombo y al *redoblantero*, cuando está cerquita a nosotros ¡*chinnnn*, *chinnn!*, toca *juertazo* sus platillos en nuestras orejas, dejándolas *zum zum*, zumbando por un buen rato, y nosotros ¡Ya te *judiste*, carajo! y cada vez que abre los brazos le ponemos una varilla de sauce entre los platillos y al chocarlos desafina todito, malogrando el ritmo de la música.

Encolerizado tira los platillos al suelo y nos corretea –ni cojudos, patas *pa' que'stán*– nos mezclamos entre la gente, en la procesión, en distintas direcciones.

En la retreta de la plaza de armas, harta su barra le hacemos cuando en las marineras y huaynos, zapatea, chocando los platillos con un gustazo, zapatea y zapatea sin perder el ritmo.

Los cohetes con su *rizzz...* ¡*pum!*, *rizzz...* ¡*pum pum!*; las ruedas de golpe con sus nubes.

Los quioscos y sus borrachos, que continúan la tranca desde la noche anterior.

DESAFÍO

En la tienda de don Ernesto Chavesta, y con un apretón de manos, se ha sellado el desafío.

No será a puño limpio –*poñetes* no *si* dice, *trompone* *si* dice *s*, indio *asnorante*– ni a las patadas –patadas sólo dan los burros, como vos–; los inteligentes puntapiés *nomá* se dan, nos corrigen los más leídos de La Playería.

–¿Y *nu'es* lo mismito, ah?, porque *gualito nomá* duele; sino *das das* te doy dos *poñetes* en las narices y te chorro en sangre purita y dos patadas en las canillas, *avé* si no te duele, indio *pishgo*–.

Como los indios *guatuneros*, que en montonera bajan los domingos a La Playería –su *negocito* de lentejas y carne cecinada hacen *pué* y, luego de cuatro *capris* de chicha y cinco *medias* de cañazo, se desafían a los golpes.

–*Dentre nesotros mesmos nomá, guatuneros machos semos*, diciendo–.

Se ensangrentan las narices, se rajan los labios, se ponen los ojos morados, hasta que *cansaos* de tanto meterse golpe terminan abrazados; tomando cañazo y cantando sus tristes, mientras otros dos cholos, se trenzan a las trompadas en media calle.

Las mujeres, sentadas en redondo, en una esquina de la plaza de armas –con *so capricito* de *so* chicha *tamién*– hilan su lana dale y dale a la rueca, hila que hila, conversa y conversa, mientras sus maridos se trompean, se rajan las jetas, se revuelcan por el suelo, se caen de borrachos y siguen tomando.

–Si son hombres qui'arreglen sus cosas como hombres, dicen. Entre ellas no son los pleitos.

Una noche lluviosa, sentados alrededor del fogón, el viejo Joshua ha contado lo que pasó con un grupo de seguidores del chotano Eleodoro Benel, borrachos con el cañazo de Mallydén.

–¡*Si'agarraron* a la pendencia, Diosito! *Envolvidos* sus ponchos en un brazo y su machete en el otro, como gallos de pelea a navaja, se daban de alma; sangre, sangre *nomá* eran, *cortaos* sus brazos, *rajaos* sus cabezas –¡Diosito lindo, *Juesús* crucificado!–; luego con ropa y todo se metieron a la *cequia* grande y, después de lavarse la sangre y la suciedad, *se'chaban* cañazo puro en los tremendos cortazos que *si'abían* hecho o *si'acían* la pichi sobre las heridas –*siqué pa'* cicatrizarlas, *tatay*–, estos rasguñitos de muchachos chicos, luego abrazados, cantando sus tristes, por el camino viejo se perdieron.

Tampoco el desafío sería a balazos, como los hacendados de La Llama y La Niña, que corretean a los bandidos ashuquinos y copacabaneros.

–Con el pretexto de arrear su ganado hasta el tren, se llevan todo animal de cuatro patas que

por chacras y caminos encuentran y si están *gafeando* y *nu'ay* dueño, cualquiera es dueño y si es animalito con dos patas, *pal* fiambre ha de servir y si es *china*, *pa'* nuestro consumo, mucho más mejor *tuavía* –se justifican–.

El desafío es una carrera de velocidad a lo largo de las dos cuadras de la polvorienta calle principal de La Playería.

–Dentro de una hora, exactamente –sentencia risueño don Juan Tuesta, sacando de su chaleco un reloj de plata, con números romanos y cadena que cuelga de un ojal de su saco oscuro– ,tiempo más que suficiente para que se cambien de ropa y firmen su testamento –riendo con autoridad, acomodándose el sombrero de fieltro negro, de copa redonda–.

–Dése por hecho entonces y bájeme ese *cinzanito*, don Eleodoro, *pa'cer* un *salú* –pide don Rogelio Morote, sirviéndose medio vaso de ese licor amarillento, pasando la botella a don Pedro Sarmiento.

– ¡*Salucito pué, ño Rogello*, que mayordomo *pa'* la fiesta *de'stiaño* de todas maneras, vamos tener –riendo–.

La novedad se pasó de boca en boca y, como *pueblo chico es infierno grande*, en menos de una hora la *gentada* se ha arremolinado en la esquina de la plaza del pueblo, esperando a los contrincantes de tan inusual desafío.

Aparece el tío Hernando Navarro, *flacuchento* y desgarrado como un maguey maduro. En cada paso que da avanza más de un metro. Viste un *bividí* blanco, que deja ver sus brazos flacos – ramas de chirimoya seca, pareciendo–, dejando traslucir sus costillas delgadas, que los muchachos las contamos con los dedos. Su trusa blanca le llega hasta las rodillas huesudas y sus piernas flacas dejan notar sus huesos largos y filosos.

–Maguey pintao de blanco, parece, ¿di? –mirándolo sorprendidos hacer movimientos gimnásticos de calentamiento para desentumecer el cuerpo–.

Detrás, el tío Rigoberto Burneo se aparece, de blanco también. Regordete, su cara de cachetes colorados y su cuerpo redondo de piernas cortitas. Mide apenas un metro cincuenta y cinco y pesa más de noventa kilos.

–Carne, mondongo y manteca, *nomá* es-, dice riendo el primo Adalberto Valencia.

–*Payanca* de chicha carnalera, *envolvido* en sábana blanca, se parece, ¿di? –comentan–.

–*Cálleste* el hocico, no *séaste* mal *hablao* –recrimina don Pancho Venegas–.

–Y de cuándo *pa'cá* los pollinos hablan, primazo –dice una voz entre el gentío–.

El que pierde la carrera será, el próximo año, mayordomo del día central de la fiesta de la Buenamoza Patrona de La Playería.

El cabo Abelardo Abanto, con su kepí verde de la guardia civil y su pistola en alto, es el juez de la competencia; grita a la *gentada* que despeje la calle.

Los tíos Hernando y Rigoberto hacen ligeros ejercicios, mueven los brazos y las piernas. La gente alienta a uno y a otro; respiran bocanadas de aire y cada uno, por separado, toma un vaso de cañazo, para darse valor.

–¿Y por cuál de los tíos hacemos la barra, *pué*, primito?

–Por el que gana, *pué*, sonsonete... ¿Por quién más, ah?

Se *ashuturan*, levantan el trasero con las manos pegadas al suelo; ¡*bang!* suena un disparo y los gallinazos alzan vuelo del campanario, asustados.

Los contendientes inician la carrera, como venados sueltos en la pampa.

El tío Hernando, de unos trancos largos saca como diez metros de ventaja, mientras el tío Rigoberto con el paso cortito avanza velozmente. Al terminar la cuadra de la plaza ya están casi juntos, acezando, acezando. La *gentada* aplaude, grita y alienta.

Al Tío Hernando le está faltando el aire, el tío Rigoberto más colorado está .

–¡*Déli'usté* don flaco, dele, dele, que falta poquito!. ¡Avance, don gordito, avance, que ya llégaste!

El tío Hernando, cansado va disminuyendo su tranco; el tío Rigoberto sudando, sigue igual.

El tío Rigoberto echa espuma por la boca reseca, acezando *ahh ahhh ahhh*, sudando, medio cayéndose, llega a la quebrada y rompe la cinta roja que la maestra Violeta Quispicho ha hecho de papel cometa. La gente fisgona, amontonándose alrededor del desmayado.

–¡Aire, aire, se muere *ño* Rigoberto, se muere, pobrecito, se muere! –alarmados, diciendo–.

–¡Agua, agua!, grita la gente, dando aire con los sombreros y el tío Rigoberto, coloradote, más parecía un camarón del río Grande, frito en la sartén.

–*Nu'ay* agua, *pué*, *nu'ay* su agüita, *pué* –contesta la tía Teodolinda, trayendo apurada media botella de cañazo, dándole un par de *dedos ralos*–.

–¿Agua? ¿Quién dijo agua? –dice el tío Rigoberto Burneo, abriendo los ojos como mates soperos–. ¿Quién dijo agua? ¡Aguardiente será! –dice, tomándose a pico de botella, otro buen trago de ese licor transparente–.

La gente alegre, festeja: “*yay mayudumu, pa la fiesta, qui catay*”.

El tío Hernando Navarro, como un maguey seco, está tirado también al costado de la quebrada, pidiendo agüita .

–¡Por favor, agüita, *pa'* esta *sesaza*, por el amor de Dios!

Alzándolos en hombros, vivando a los contendores, la *gentada* regresa a la bodega de don Emeterio Berríos para comentar la carrera y, con el pretexto de alabar lo bueno de la competencia, emborracharse *de bajada*.

–*Nu'está* mal *borracharse* de gratis, ¿*dígaste* compadrito gallinazo?–.

Nosotros, muchachos de siete años, alegres estamos, también.

La fiesta ya tiene mayordomo. Esto significa, banda con músicos uniformados venidos de la costa; castillos de ocho cuerpos, cohetes con luces de colores y fuegos artificiales.

En la cantina de la prima Nelsida Mendoza, el viejo Joshua con su compadre Ernesto Cabañas tomando su media de cañazo, celebran también.

TROMPEADERAS

El viejo Joshua es un extraordinario trompeador.

No es alto, pero si recio. No usa los pies para patear; pero tiene un recto de derecha demoledor. No cabecea, pero esquiva los golpes moviendo la cintura –de jebe, algo parece–. Retrocede y midiendo la distancia correcta, mete el puñete certero.

–Gallo chiricano *mezclao* con gallo chileno, don Joshua pareciendo–, dicen los lomeños.

De las tantas trompeaderas que tuvo, tres son sus peleas memorables.

Don Asunción Prieto, en la tienda de don Melitón Barrios, lo ha *ninguneado* delante de toda la collera de lomaditos.

–*Nu'es coteja pa' usté, ño* Joshua, le dicen.

Efectivamente, dos certeros puñetazos le rompen la ceja izquierda y un recto de derecha le desvía el tabique, bañándolo en sangre.

–Lleven ese pollo *pal* caldo –dice el viejo Joshua, abotonándose las mangas de su camisa blanca, yéndose a terminar la media botella de aguardiente, que ha dejado recién comenzada.

Los días posteriores, el viejo Joshua camina como zorro *asustao*, repara *pa'quí* y *pa'llá* porque los *Prietos* y la parentela entera que son como una docena de indios, no perdonan el agravio al mayor y quieren vengar la afrenta, agarrándolo en grupo.

Don Andrés Ravina del Campo es el hijo mayor del hacendado de La Milla y está bebiendo cerveza Pilsen Callao, en la tienda de don Telésforo Sánchez.

Algo mareado ya, presumiendo de su fama y de su plata, eleva la voz para que los presentes lo escuchen:

–Sólo los indios y los pobres toman cañazo de a medio –arrojando un vaso de cerveza al suelo–.

El viejo Joshua, en una mesa cercana, tranquilo *nomá* toma su *cañacito* con otros lomeños; pero como no aguanta piojos y menos gorgojos, haciendo suyo el agravio contesta:

–¡Soy indio y soy pobre y *qui'ay* con eso, señor! ¡Delito *nu'es* ser pobre y si tomo es con mi plata y mi trabajo y no como *usté* que, colorao y todo, presume y toma con la plata de su padre; una plata que *nu'es* suya porque no *lo'ha ganao* con su esfuerzo, señor don Ravina! Y, por último, qué diantre, si tan gallito es, *a've* demuéstrelo *das-dás* en la calle, *qui'allí* se ven los hombres de *verdá*.

–¿Me estás desafiando, indio de mierda? –responde, colorado por la rabia, el joven Andrés Ravina–. ¡Yo voy a enseñarte a respetar a la gente decente, *so* pedazo de *igualao*! ¡Quién te has

creído que eres, indio de mierda! –sacándose el saco azul y el sombrero de tongo, los coloca encima de una silla de madera.

Con su chaleco azul y remangándose los puños de su camisa blanca se cuadra como ha visto al americano Jack Dempsey, campeón mundial de box, en la revista Variedades, que ha comprado en la librería de señor don *Ramitos*, de la calle Comercio en Wamanmarca.

Lanza puñetes y patadas al aire, sin atinar ninguno; pero basta una trompada del viejo Joshua sobre el pómulo izquierdo, para rajárselo y luego, un recto en la mandíbula, para dejarlo privado y tirado en media calle.

–Recojan ese gallito fino *pa'acelo* con yucas –dice el viejo Joshua, limpiándose el sudor de la cara con su pañuelo blanco, sentándose a terminar la media de aguardiente, que se ha quedado por la mitad; mientras don Telésforo Sánchez se ocupa de brindar los primeros auxilios.

–Don Andrecito, despierte; don Andrecito, despierte–, preocupado, echándole agua a la cabeza, para que vuelva en sí.

Al día siguiente, el abuelo Asencio y la abuela Merceditas han ido a hablar con don Gabriel Ravina, el hacendado de La Milla.

–*Discúlpi'usté* a nuestro hijo, señor don Ravina; mareado estaba el malcriado. Él *nu'es* así. El aguardiente seguro lo ha trastornado; nosotros tenemos respetancia por *usté*, señor patrón. Pagaremos las curaciones, señor –ruegan humildes.

–Son cosas de muchachos, don Asencio –responde el hacendado, alisándose la punta de su bigote negro–, y en eso los mayores no debemos meternos y si los muchachos se meten en cosas de hombres, que arreglen sus cuentas entre ellos, ¿no les parece? –dice sonriendo–. Pero ya que se han venido de tan lejos y tan de mañana, ¿por qué no me acompañan a tomar desayunito? –los abuelos suspiran aliviados.

El viejo Joshua, escondido en la chacra del Naranjillo oreja *pa'rriba*, oreja *pa'bajo*, por si el gobernador y el teniente vinieran a llevarlo preso.

–Siendo así, voy a trompearme más seguidito –bromea aún nervioso el viejo Joshua–, *pa'* que tomen desayuno siempre con el *hacendao* –murmura–.

Los abuelos lo miran serios.

Segundo Goncálvez es un negro cimarrón que ha llegado de no sabemos qué lugar de la costa –de Peyura, *disqué* es; no sonso, de *por'ai* es el Valera y se ha *avecindado* en La Playería, terminados los trabajos de la carretera a Wamanmarca.

Un día domingo clarito y soleado, en la herrería de su sobrino Victorino Ramírez, el viejo Joshua aguarda que el cholo *chancafierra* aguce en la fragua la punta de sus barretas, en tanto se toma la primera *media* de cañazo de esta santa mañana con don Ramiro Pezantes y el tío Bernabé Pérez cuando, a sus espaldas, el Negro Goncálvez, *que'staba* ya medio *sarazón* por las tres *medias* que *si'abía metio* entre pecho y espalda, todo pleitista y buscabulla, truena:

–¡Playinos pobretones, cholos de mierda, carajo!

El viejo Joshua orejea como los burros cuando lo pican los tábanos y de inmediato se levanta del banco de madera, ajusta las correas de sus llanques y poniendo la media botella de cañazo sobre la mesa que está llena de fierros, alambres, tuercas, mangueras, clavos y sabe Dios cuantas cosas más, sin decir esta boca es mía, llamándolo con la mirada, sale a media calle, desafiándole a los golpes.

El negro Goncálvez le lleva casi dos cabezas de diferencia y mientras el viejo Joshua lanza trompadas, el Negro Goncálvez hace volar las patadas, que silban por sus orejas.

El negro intenta agarrarlo del cuerpo y reventarlo a cabezazos, pero el viejo Joshua –gallo chiricano, pareciendo– se escapa. Sabe bien, que si eso sucede, no tiene nada que hacer.

Le han dado ya una vuelta a la plaza de La Playería, entre trompadas, esquives y patadas.

La gente que este domingo ha venido a hacer sus *compritas pa' la semanita, anoticiada*, hace círculos, abren cancha, avanzan y retroceden, de acuerdo a como los peleadores girando van, alentando a uno, alentando al otro, alentando a los dos.

Un descuido y una certera patada en la barriga y un puñete en la frente paralizan al viejo Joshua, atontándolo, oscureciéndole la vista.

–Me jodió carajo –murmura.

El negro Goncálvez no intenta liquidarlo; se ha quedado parado, cansado de tantas patadas y trompadas al aire, también.

Los zorros, luego de la *maja* recibida, se levantan, se acomodan las costillas y después, como si nada y con más ganas, *dentran* de nuevo al corral a comerse las gallinas.

Así es el viejo Joshua. O lo liquidas de una vez o te atienes a lo que pase después.

Están acezando cansados.

–Más *di'unora* metiendo golpe, eso cansa a cualquierita–.

Ya no es el negro carretero de antes, que batallaba con los pedrones, metiendo combo y cincel, barreno y dinamita *pa'acer* saltar las peñas y los cerros de la carretera de Kotorsique.

Hace varios meses que no trabaja como carretero y eso ha disminuido su fortaleza; pero aún así es un negro temible.

De a pocos, al viejo Joshua le pasa el aturdimiento y se le aclara la vista.

Metiéndose entre los largos brazos del negro Goncálvez, le descarga una andanada de golpes en la barriga y las costillas, que le van quitando el aire y la respiración.

Se está doblando y de a poquitos se va encogiendo tremendo hombrazo y, cuando *chicasho taba* ya, un gancho de izquierda y un recto de derecha a la quijada hacen que el negro Goncálvez caiga tendido sobre el polvo de la calle.

–¡*Unsha e'carnaval*, parece ¿di?-, largo y flaco como es.

–Recojan ese *shingo* y tírenlo al Lango Lango –dice aseizando, cansado y sudoroso el viejo Joshua.

Sobre su cabeza le echan un balde de agua, mojándole el cuello y la camisa, que le lava el sudor y le alivia el calor del mediodía, luego a pico *gloc, gloc, gloc* se toma media botella de cañazo, para la quitarse la sed y el amargo sabor de la saliva seca.

Han pasado dos semanas y el viejo Joshua está en el segundo piso del cabildo de La Playería, esperando al Agente municipal *pa'* hablar cosas de La Lomada y así nomás, de la nada, se aparece el negro Goncálvez inmenso y desafiante.

–¡Así que aquí estás, no? –brama desde la puerta, amenazante.

Al viejo Joshua se le escarapela el cuerpo. La sangre se le hiela en la cabeza y un escalofrío le recorre desde la nuca hasta el *guashango*.

–Ya me jodí –murmura impresionado– pero en fin, el que pega una, pega dos –dice, dándose valor–. Lo que *hayga* que ser, que *seya* hoy, ni mañana, ni *pasao*.

–Si aquí'stoy y que hay con eso –contesta, enronqueciendo la voz, achinando los ojos y los puños cerrados *pa'* lo que *hayga* que venir–.

–Si eres tan hombre, como dicen *que'res* vos, no te muevas, que tenemos cuentas pendientes que saldar –brama el negro, retumbando su voz en el cuarto vacío.

–Fiados que no se pagan, siguen siendo deudas-, dice, dándose media vuelta y, enorme como es, agachándose para toparse con el umbral de la puerta, sale del cuarto.

El viejo Joshua se ha quedado solo, sin *nadies* quien *seya* testigo de lo que puede pasar. No puede irse, tampoco correr, ni enfermarse, ni pedir auxilio, ni nada.

–Eso *nu'es di'ombre* y sólo corren los *mariconeaos*.

Un sudor frío le recorre nuevamente el espinazo

–Caracho –dice sorprendido–, de repente el negro *e'mierda* ése se ha ido a su casa a traer su punta *pa'* despanzurrarme –una vez más, el cuerpo se le estremece y el corazón le retumba–.

Por instinto mete la mano al bolsillo posterior de su pantalón y allí está su cuchilla marca Toro, tanteándola lentamente.

–Si *mei* de desgraciar, será lo que Dios disponga–, murmura.

Siente las pisadas fuertes sobre el enmaderado piso del cabildo y se prepara para lo que hubiera de suceder.

El negro Goncálvez se aparece grandote como los pinos de la plaza, oscureciendo el cuarto al entrar.

–*Aquí'stás todovía* –dice con su voz ronca–; no *ti'as juído* ni *ti'as* mariconeado y eso es *güeno* –tronando la voz.

En una mano trae una botella de cañazo y un vaso de vidrio en la otra.

–Es hora *di'acer* las paces, Joshua –dice serio, brillándole los ojos–. Forastero soy, poblano eres vos; hombre de buen corazón eres vos. Amigos de a verdad seamos, Joshua; yo te defenderé, tú me defenderás, nadie nos tocará Joshua; amigos seamos, ¿Qué dices vos?

–Si así ha de ser, que sea –contesta aliviado el viejo Joshua, volviéndole el alma al cuerpo.

Los primeros tragos están cargados de temores y desconfianzas.

–No vaya ser traición, *canijo*; que quiera emborracharme *pa'* después me agarre a los golpes; quién sabe–.

Después de dos botellas de aguardiente terminan borrachos y abrazados.

Esa tarde, el negro Goncálvez cantó y le enseñó China hereje:

Si te vas de mi lado, china hereje,
para burlarte tal vez de mi desdicha,
tú no sabes, china boba, quién soy yo:
buen cantor, guitarrista y chupacañaaaaa,
ay..., buen cantor, guitarrista y chupacañaaaaa ...

Esos mismos versos los entona el viejo Joshua en sus horas de bohemia y de contento, cuando la nostalgia y la resaca lo embargan.

Como esa tarde de setiembre de mil novecientos setenta y tres, cuando Baldomero ha retornado a casa, después de más de quince años de ausencia:

Patrón, patrón, sirva *usté* más caña;
se mi'atracado un güesito en la garganta,
hace tiempo que vivo yo borracho,
vaya al diablo el perrito y la calanadria, ay,
vaya al diablo el perritoooo y la calanadriaaaa...

–¿Salud, me dijeron o están penando, canijo?.

LLOVIDA

Llueve como si la gran represa del cielo se hubiera desbordado. Está lloviendo ya tres días con sus noches. Llueve a *cántaro limpio*.

Son más de setenta y dos horas que nadie sale de sus casas. Es el miedo a lo desconocido.

–¡Ay, *taitito*, la lluvia vaya a *dentrar* a mi choza y me quede sin nada!–. Por el barrizal acumulado, *atollao atollao* uno camina, pero por la *necesidá* hay que andar, *nomá*, en los caminos, aunque el lodo llegue hasta las rodillas –*remangao si'anda* y si das dos pasos, sin llanque *si'aparece* uno–.

El río Atarama brama, toro bravo encelado parece.

–Igualito al *güey* de los *Centuriones* que, *pa'* las corridas de julio, rocoto en sus narices y en su poto, *le'chan* y *viéraste* cómo brinca y embiste el bendito y al torero *jui-juá* dos contrasuelazos y listo; ah, burro de bravazo el animal y después que le pasa la *ardencia*, silbando, silbando *dentra* el Centurión y *jalao* de su cacho, mansito lo lleva, no *pué*.

El río ha enderezado su cauce, llevándose cuanto terreno, piedras, árboles, animales, recuerdos y nostalgias encontró en sus recodos.

–A mí *casicito mi'a llevao*, en *lo'tra* banda *estao* yo y brinco y brinco *lu'ei cruzao* y *tracito nomá*, bramando *si'a bajao* el río *condenao* –comenta asustado el tío Gualberto Vásquez.

–Claro *pué*, con tremendas calanczas que te manejas, *das-dás lu'as cruzao* –responde riendo el viejo Joshua.

El Lango Lango, que de abril a diciembre puro *chungos* y piedras *nomá* es, está de bote a bote, arrastrando pedazos de chacras, carrizales y árboles gruesos.

Las quebradas secas del cerro Negro desgajan ahora peñas enteras de sus faldas, *bramm* *bramm* suenan feazo y hasta los burros, asustados paran las orejas.

El río Grande bufa de banda a banda y arrastra desde plantas de mangos floridos, sauces llorones y chacras enteras de caña –hasta sus dos burros de *ño* Aurelio Bejarano y su caballo negro de *ño* Antenor Campos se *lu'a llevao*, fíjese *usté*, que *fatalidá*–.

Las quebradas que bajan del cerro el Trinche se han desbordado; barro, barro *si'amontonao todito* en la plaza de La Playería, llenando la iglesia, *pué*, *Diosito*, con casi metro y medio de fango y lodo.

El indio Catalino Carhuancho repica las campanas *talán talán talalalán* para que la gente vaya a desaguar haciendo boquetes en la pared del altar mayor; las mujeres, con su rosario en las manos, haciéndose en el nombre del Padre ante la Blanquiñosa Patrona, suplicando arrodilladas en

medio del barro, pidiéndole a la Buenamoza, que aplaque su tremenda *colerota*.

–¡Diosito, *deluvio*, como en la Biblia! –se lamentan–. ¡Qué *castigo tan castigador*, por tanta *maldá* seguro, castigo por tanto pecador; arrepíentanse pecadores, traicioneros, fornicadores – recrimina doña Tomasita Salvatierra–. ¡Perdónanos, santita! –implora–, ¡Aplaca tu furia, Señor! – ruega, golpeándose el pecho–.

Varias casas se han llenado de barro, como la de *ño* Porfirio Torres, que tuvo que romper las calaminas y *dentrar pu'el* techo a su casita, *pa'* salvar algunas de sus cositas, *pué*; la puerta tapadita estaba.

La quebrada, que divide en dos bandos a La Playería –qué *pué*, en verano *traye* un hilito de agua sucia, como *meao* de muchacho malcriado– se ha desbordado, llenando de agua la casa de los *Palmas* y los *Gonzales*.

Algunos techos de paja vieja no resistieron tanta lluvia y se han caído, tapando camas y bancas de madera.

Llueve tanto que una parte del cerro el Trinche, que da *pal lao* del Atarama, se ha desbarrancado, llevándose una planta entera de guabo, de una banda a otra, como si la hubieran transplantado de un sitio a otro.

En medio de tanta lluvia salimos arriba de la Lomada, bien *envolvidos* en nuestros ponchitos de lana, a divisar asombrados y llenos de miedo cómo se desagua el cielo y cómo cargan los ríos y las quebradas secas de los cerros que rodean a La Playería.

Retumba el cielo y *mama* Beca, nos ilustra:

–Los truenos son, *pué*, los cuescos que se tira el caballo blanco de San Pedro, corriendo por el cielo; los relámpagos son, *disqué*, las chispas que los herrajes de sus cascos sacan de las nubes; los rayos, son los sablazos que San Pedro da al diablo, por tentar a las almas nobles y buenas como nosotros; y, las lluvias son *pué* los orines del niño *Jesucito*, que como no tiene bacín, se orina en cualquier sitio; por algo es *Diosito* ¿no?

–No *vay'ser* –cuenta el viejo Joshua, rodeado de los muchachos maltones, en el puente de la quebrada seca– como esa vez que luego de una sequía de más de cuatro años, en que las chacritas se rajaban de puro secas y los cerros partiéndose estaban y hierbas ya ni había ni *pa'* los cuyes ni *pa'* los burros, después de tanto deliberar; *qui'acemos*, diciendo, sacamos en procesión al Niño *Jesucito* por las calles de La Playería, orando y orando, ruegue y ruege *pa'* que lloviera y, ni bien *dentramos* a la Iglesia, comenzó la llovida, *taran tararan tararam* sobre la calamina y nosotros contentazos ¡Viva el *Ñiño*, gracias *Ñiño* y qué *güeno* el *Ñiño*!, y cañazo *si'a* dicho *pa'* festejar de alegría *pué*; pero seguía la llovida y no paraba *ni'un* ratito y *güelta* llovió tanto y tanto que la quebrada chica se salió por las calles, metiéndose el barro a las casas de medio pueblo y *pa'* remate el Lango Lango, se llevó *la'cequia* grande, dejando al pueblo sin agua y las otras quebradas mañosas cargaron tanto, que se llevaron varias chacras de caña y de yucas, tapando los caminos y luego *di'una* semana de tanta llovida, barro barro; sacamos de *güelta* en procesión a la Virgen María, *pa'* que vea toda la *cagadota*, que había hecho su hijo malcriado, y viera *pué* la forma de reparar todos los males causados a tanta pobre gente y *po' las desgracias desgraciadas* que había hecho su hijo meón.

Lo bueno es que después de las lluvias las tierras agrestes y coloradas de los cerros se vuelven verdes *pa'* soltar a los burros en el potrero y recogerlos en abril, hasta con cría ya.

El río Grande, el Atarama y el Lango Lango se llenan de agua, de banda a banda, para regar las chacras, hacer pozas *pa'* aprender a nadar y lucirnos en la piscina de los baños de Wamanmarca.

–¿Qué *si'an* creído, ah?–, cruzarlo de canto a canto, *nu'importando* que los de más abajo tomaran su agüita con nuestra pichi, *pué*.

Tantos truenos, sustos, rayos, relámpagos y sobresaltos hicieron que se adelantara el parto a doña Cecilia Rodrigo.

Su marido, don Nicanor Sierra, a medianoche, en plena oscurana, con su linterna de kerosene, que a cada rato lo apagaba la lluvia.

–¡Favor, favor, mi mujercita se muere, favor!, clamando–, montado en su burro gacho, con el barro llegándole hasta la panza, chapaleando en el fango, llevando paso a pasito a doña Panchita Beltrán, la comadrona del pueblo, que es la que hace bien parir a todas las mujeres de La Playería.

Esa noche nació el Josefino, *chushito*, enclenque y flaco como carrizo de hacer cometas, al que cantando decimos:

Josefo Josefino, el trueno te hizo fino.

Pero lo mejor sucedió al año siguiente.

Después de nueve meses, días más, días menos, en casi una semana nacieron tantos cholos y chinas que la comadrona doña Panchita Beltrán no se daba abasto, con tanto trabajo.

–Ándaste *pa'cá, pa'tender* a ña Rosenda Flores, corriendo *pa'llacito pa' tomale* el pulso a ña María Rojas y *pújeste juerte doñita* Dorilita que poquito falta y cholito es, *gualito* a su *taita ño* Abelardo Figueroa es y abríguenlo que *das* vengo y a la *mamacha* ña Anita Zaldívar denle su manzanillita *pa'liviale* el dolor y *lueguito lueguito* vengo, fajando a la chinita de ña Belinda Gutiérrez, cortando la tripa del cholito de ña Celestina Cabrera y corriendo *pa' lo'tra* casa de ña Domitila Abanto, que pujando pujando está la doñita Gerania Montes.

Doña Panchita Beltrán ha tenido dando a luz hasta doce mujeres a la vez.

Eso sin contar a las que adelantaron o atrasaron el parto.

–Por tanta *llovida naides* podía salir, ni a la chacra ni a la calle, ni a ningún sitio y como *nu'abía qui'acer*, en algo había que entretenerse y como esa es *pué* la diversión del pobre, golpe al *checo sia* dicho, o no compadrito Josecito- festejan los poblanos.

Las mujeres de La Playería suspirando entornan los ojos llenas de nostalgia.

–Ojalá que lloviera de nuevo como esa vez –extrañando, picaronas, los buenos tiempos.

Fueron veintitrés los nacidos y registrados en el libro municipal, sin contar los cholos y chinas que vinieron a este valle en las alturas de La Playería.

Dicen los cronistas que esta fue la más alta tasa de producción de muchachos, habida desde la fundación del pueblo

Pa' toda esa manada decimos: son los cholos y *chinas*, los hijos del aluvión.

Años más tarde, muchos años más tarde, no ha llovido tanto.

Sólo ha sido un día y una noche.

Más que suficiente para hacer que se desbarrancara el cerro el Trinche sobre el río Atarama y entre los dos cerros se formara una laguna que puso de vuelta y media a todos los pueblos y pobladores del río Grande abajo, hasta la costa.

En el campo de fútbol aterrizó un helicóptero de la fuerza aérea, con ingenieros de cascos blancos sobre sus cabezas, planos en las manos y caras de preocupación; técnicos con máquinas sobre el hombro, miden, hacen cálculos y toman muestras del agua, del suelo, de aquí, de allá y de más allá.

Comentan alarmados que la presión ejercida por este gran volumen de agua almacenada sobre la tierra superpuesta y compactada naturalmente, podría romper el dique natural de tierra formada.

–Y eso, qué *pué* es, *mestrito*.

–Que se desbarranca, *pué*, sonsonazo, muermo, *asnorante*.

Comentan preocupados los ingenieros que el agua generaría un fenómeno de arrastre tipo bola de nieve, que probablemente se llevaría a los pueblos vecinos que están, en la encajonada del

río Grande.

Pero ése no es el gran problema.

El volumen de agua almacenada podría colapsar o cuando menos resquebrajar los diques de contención de la gran represa del Gallo Tuerto, construida río abajo y con cuya agua se riegan los arrozales del desvío de la Panamericana y de la costa norte.

Una gran tragedia para el agro y la industria arrocera nacional, han dicho.

Ah, era sólo eso.

INVERNA

Manos a la cintura y reparando de canto a canto, el viejo Joshua silbando como chisco, mira cómo el *solazo* de agosto va secando la inverna de La Lomada.

–El pasto *pa'* los burritos ya *nu'alcanza*–, con su sombrero de junco en la mano –*la llovida* recién se aparece en noviembre– y su calabozo chiquito en la otra –*hummm*, creo *qui'ay* tiempo *tuavía pa'mpliala*–.

Ajustándose las correas de los llanques, columbra en redondo.

–*Lu'ago* llegar *hasta'llá* y *hasta'llá*–, calculando los nuevos límites.

Camina por los supuestos nuevos linderos, cogiéndose fuertemente de los *morropones* secos, para no rodarse ladera abajo.

–*Di'aquí, taitito*, una resbalada y no paro hasta la chacra de los *Castrejones*–, secándose el sudor de la frente, con el pañuelo que ha sacado del bolsillo posterior de su pantalón de faena.

Con una vara de molle espanta a las *shangulais* y los *picaseñor*.

–*Maldiciadazas*, no vayan a picarme como a *ño Astudillo* y *casicito* lo lleva la *trampa*–.

Corta las pencas azules secas, amontonándolas a un costado de las *achupallas* y las zarzas *secalonas*; roza cadillos y las malahierbas y con la rama de molle espanta a las culebras y lagartijas escondidas bajo las piedras.

Con una horqueta de chirimoya amontona la maleza cortada y aprovechando que la media mañana está tranquila y sin vientos fuertes, prende candela a un poco de paja seca, con los fósforos que ha traído del fogón de *mama Beca*.

Silbando como *shucshcq* y apoyándose en la horqueta como bastón, sube paso a paso la ladera –medio cansa la *subidita*– y se dirige a la acequia grande –ojalá *haiga* su agüita suficiente *pa'* ir regando las yuquitas, que secándose están ya–, mientras mira de reojo el fuego de la quemazón.

En la acequia está su comadre Nativa Cusihuamán dándole a la lavada de los pantalones del compadre Serafino Benites y le entran a la *conversada* del día.

El viejo Joshua se olvida que ha prendido fuego a la inverna.

El olor a quemado y la humareda lo sorprende.

–¡Caracho, Jesús, José y María!–, recuerda asustado.

–El viento, *maldiciadazo*, de la nada comenzó a soplar, compadrito Segundo, avivando la *candelada* ladera abajo; *proc prorocpoc poc poc* reventaban las *chupallas*, compadrito y se rodaban más *pa'bajo* y el morropón *ssshissss sshiiiiiss* ardiendo y humeando, compadrito, y se

me temblaron las piernas, compadre; *pa'* qué le miento.

Achupallas encendidas han rodado, prendiendo pencas y mala hierba ladera abajo.

–¡Se quema La Lomada, se quema La Lomada! ¡Se quemaaa!, gritan los muchachos, alborotando las calles polvorientas de La Playería.

Los mayores, que a esa hora sombrea bajo los pinos y cipreses de la plaza del pueblo, también se inquietan.

–¡Canijo, La Lomada se quema, canijo!–, gritan asombrados, con el brazo extendido.

–*Negreao, negreao*, como cerrazón *taba* y se levantaba *espesao la humareda* hacia el clarito cielo del mediodía, compadrito Segundo.

–¡Agua, *ño* Albertito; agua, Dios *meyo*; agua, *ño* Orejón! ¡Apúrate, que se *quima* la *quimadera*! –grita, al borde del desmayo, la tía Rosalinda León.

–¡Agua, mierdas, que nos *quimamos*, como en el *injierno, carago*! –grita más fuerte aún la tía Faustina Morales, agarrada sus dos manos al cielo, dando vueltas de vueltas, topeteando como gallina ciega en el mismo sitio, sin saber qué hacer.

En La Playería una recua de mozalbetes –sin oficio ni beneficio, oiga *usté*–, en la esquina de la quebrada, manos a la cintura, hace tiempo para la hora del almuerzo –a ver quién se porta con una media *bucha* de cañazo, *pa'* abrir el apetito– se alarman con la humareda, arrancando la carrera hacia La Lomada.

Las campanas de la iglesia repican en señal de peligro *talán talán talanlanlán*, como anuncio de malas nuevas o que algo malo está pasando en el pueblo.

Alertado por el barullo y la humareda, don Teodosio Carhuas, *qui'ace ratazo taba* silba que silba arreglando los aperos de sus burros, mira la candela.

–¡*Hei dejao* mis labores y a la carrera me *juido* a ver *qui'estaba* pasando, sí *siñor!*–, con su pantalón arremangado, su barreta al hombro y su machete en la mano.

Corre a tranco largo, bordeando la candela y abre una zanja larga y ancha, abajo de la ladera –*pa'que* ahí *nomá, das si'amontonen* las *chupallas* ardiendo y *si'apaguen* solitas.

Otros, asustados y alborotados traen baldes con agua, mojan ponchos y frazadas, destapan la acequia grande y sueltan el agua por toda la inverna.

–¡*Juesús*, María y José, se queman las cañas, señor! –grita desgañitándose asustada la tía María del Carmen Cerdán, levantando sus manos al cielo.

–¡Qué *fatalidá* más fatal, más fatal!–, clama dando de alaridos el tío Juan de Dios Treviño, mirando alarmado cómo se quema la ladera.

–*Agarrotao pareciusté, ño* Juancito–, sin atinar a nada, ni ayudar, ni alcanzar agua, ni nada; sólo da gritos, nada más.

Cuatro horas bien trajinadas duró apagar la *candelada*.

En tanto, el viejo Joshua ha desaparecido.

Lo buscan.

Unos para pedirle explicaciones –*¿Quí'a pasao ño* Joshua?–, otros para agarrarlo del pescuezo –*¿Ya vistusté* la burrada *qui'ba* ser, don Joshua?– y los demás para pedirle chicha que apague la sed de la caballada –Ni dos latas de chicha alcanzará *pa'* apagar nuestra *candelada*, ¿o no, muchachos?–

No está por ningún sitio.

Sentado en la chacra del Naranjillo, aturdido y atolondrado, el viejo Joshua mira, refundido entre los cañaverales, cómo la candela avanza y baja hasta casi alcanzar las chacras de caña de azúcar del fundo de los *Castrejones*.

–*¿Y qui'ace* allí *sentadazo* como zorro viejo, orejeando, y no *si'baste* a darnos una *manota pa'* apagar la *candelada qui'a originao* *usté*, ah? –pregunta don Teodosio Carhuas, echándose

agua de la acequia, con su sombrero de junco de tres picos, a su sudorosa cabeza-, mientras nosotros suda que suda lidiábamos duro con la *candelada*.

Un viento fresco mece los cañaverales.

En la falda de la inverna, una amplia mancha del color de la rojez de la tierra, se nota. El humillo que deja el agua sobre las brazas apagadas se eleva a las alturas.

–*Yu'esperaba nomá* que la candela llegara hasta la caña de los *Castrejones* y se prendiera *toeditita, pa'* meterme adentro y quemarme *tamién* –contesta el viejo Joshua, recostado sobre el mango de su palana.

A sus espaldas, el sol comienza a ocultarse.

–¡Imagínese, *pué*, don Teodosio, con qué plata iba a pagar tanto daño, ah!

–Hombre viejo pensando *gaferas, hom*, puro tonteras *ño* –dándose la vuelta, cargando su palana al hombro-. Si no *juérase* mi mayor, *lu'agarraba* a las trompadas por las sonceras *qui'acaba* de decir –y, con su pantalón remangado a media canilla, se va bordeando la chacra, cuesta arriba, de regreso a la Lomada.

–Gracias, Teodosio –levanta la voz el viejo Joshua, para que en la distancia lo escuche.-
¡Una te debo y endeudado estoy contigo. Algún día, seguro, el favor te pagaré!-.

Desandando sus pasos por el camino de la Lomada, también.

PERDIZ

Luis Jorge Villazán tiene la mirada triste y la quijada partida; Milciades Paiva, las cejas pobladas y los ojos saltones –cholos viejos les decimos; *ya'stán* en cuarto de primaria y nosotros recién en transición–.

Los sábados por la mañana cogen sus escopetas cargadas de pólvora y perdigones, *apuraos*, *apuraos* se van de cacería por las quebradas del cerro Negro y los arrozales de las pampas de la Niña.

–Se van a encontrar lo que no han perdido, cojudazos, se burla el tío Lorenzo Calderón, con las manos metidas en los bolsillos traseros de su pantalón de dril y las rodillas flexionadas hacia delante –signo de interrogación, parece *¿di?*–, con su sonrisa cachacienta, bajo sus mostachos ralos y canosos.

La claridad del amanecer contornea la silueta semicircular del cerro Negro.

Luis Jorge Villazán se amarra los pasadores de sus zapatos borceguí y acomodándose sobre la frente una gorrita azul marino cruza en bandolera la escopeta sobre su hombro izquierdo. Ajusta la cantimplora de cuero alrededor de su cintura y se encamina bordeando la quebrada que pasa frente a su casa.

–Señora Isolina, buenos días –saluda sonriendo–.

Atraviesa la calle principal de La Playería, silbando una *cashua* wamanmarquina, aprendida recientemente.

–Muy buenos días los tenga usted, joven Luis Jorge –contesta ceremoniosa, regando frente a su casa el polvo de la calle–. Parece que se *fuéaste* a guerrear con los chilenos, joven –con su balde de aluminio y su jarrito de losa desportillada sigue regando– ¡Qué bien *armao* que está! –viéndolo pasar por su costado, a tranco largo.

–*Pa' eso también* estamos entrenando, doña Isolinita –contesta riendo–.

Llega a la esquina y pega un silbido. Desde el extremo de la calle que da al Lango Lango se aparece con su escopeta de perdigones en la mano y su alforjita de lana sobre el hombro, Milciades Paiva.

Luis Jorge espera. Se sienta sobre una piedra grande y negra, que el repunte de la quebrada, trajo hace más de veinte años.

La mañana está clara, como sus adolescentes años. Ningún mal presentimiento revolotea en su corazón.

Se saludan, se abrazan y se palmean el hombro, como los amigos que son.

–¿Y a dónde nos iremos?, pregunta Milciades Paiva.

Amanece. La Cruz del sur aún puede verse detrás del cerro Negro y las *chilalas*, desde sus nidos, entonan su canto matinal.

–Cruzaremos el río Grande –contesta Luis Jorge–, entre los carrizales algo bueno encontraremos –dándole la espalda, camina adelante por la calle que da a la plaza de La Playería.

El perro *picho* de doña Eulalia Fernández, enseñando las muelas, ladra desde la puerta de calamina de la casa de don Rosario Trejones.

Entre hierba santas y chamicos siguen por el estrecho callejón, hasta el trapiche de doña Felicia Castrillón.

Cogiendo un pedazo de caña se adentran por el camino de los cañaverales, que los lleva al pueblo viejo y de allí a la hacienda de La Milla.

Con la claridad, las aves han comenzado su revoloteo cotidiano.

De las zarzas sale volando una cucula. Luis Jorge apunta y dispara.

–Has *manecido* con muy güena puntería, Jorgito –dice riendo Milciades–. De *segurito* que anoche *ti'as dormiu* con las manos *marradas a l'espalda*, ¿o no? ¡Ja, ja, ja!–.

Apunta a una paloma, que asustada sale de entre los carrizos, y cae también.

–*Nu'estás mal pa' empezar*, Milcia –ríe Luis Jorge, mirando al sol que en cintitas de colores atraviesa los cañaverales de la playa del río Grande–. Si seguimos así, *segurito* tendremos unos pichoncitos antes del mediodía y de repente otras cositas más –comenta contento.

Se adentran por las faldas del cerro Negro, uno por un *lao* y el otro por otro; de rato en rato se escuchan disparos.

El sol voltea ya el mediodía y la barriga reclama su ración alimenticia. Se sientan sobre unas piedras *pambitas* y a la sombra de una *angusacha* abren dos atunes enlatados y revolviéndolos con pan, comen en silencio.

En una pequeña alforja colocan lo que hasta ese momento han cazado.

–¡Mira, Milcia, una *perdicita* más *pa'* los tallarines de mañana! –dice de pronto, Luis Jorge, señalando con el brazo a una que sale volando asustada entre los matorrales.

Apunta, aprieta el gatillo y cae.

–Un par de *horitas* más y nos vamos, indica Luis Jorge.

–¡Como *usté ordeneee, miii generall...!*, responde gritando Milciades y escucha su voz repetirse en el eco de las peñas lejanas.

De regreso cruzan el río Grande saltando sobre las piedras, las escopetas en bandolera. La cacería no ha estado buena, pero tampoco mala –*pal gasto, nomá*–.

Son casi las cinco de la tarde cuando atraviesan la plaza, pasan delante de la Iglesia de La Playería y se persignan.

El Sol amarillea por el abra que da a la costa.

Luis Jorge Villazán se sienta en la misma piedra donde esta mañana se ha sentado.

Ningún presentimiento revolotea su adolescente corazón. Milciades Paiva está parado a su costado, apoyando su brazo sobre la escopeta.

–Esta paloma, la más grande, *pa'* ti, Milcia –reparte del montón Luis Jorge– y esta *regularona pa'* mí; este *budo pa'* ti y esta paloma *pa'* mí; esta ardilla como vos *lu'as cazao*, te doy, y yo me llevo esta otra paloma.

Todo bien hasta que el diablo metió su *rabazo* y lo fregó *todito*, como dicen los viejos de La Playería.

Hay sólo una perdiz y no hay con qué hacer pareja para repartir.

–Yo la quiero, dice Milciades, acomodando su parte de aves en su alforja.

Las nubes reflejan los colores azul violeta del crepúsculo.

–No, Milcia, no te la doy –contesta Luis Jorge–, acuérdate que yo la maté y *entón* a mí me toca.

Entre los mangos se escucha *tucuuú tucuuú tucuuú* de un *tuco* mal agüero.

–Pero yo la quiero Luis Jorge –insiste Milciades–. Te la cambio por una paloma o por dos, si quieres.

–No, porque yo la maté, y acuérdate que a mí me toca.

El cielo por el abra que da a la costa se vuelve rojizo, aún más.

–Me la das o te meto un tiro –dice burlón Milciades, con los ojos saltones y las cejas arqueadas.

El sol se va ocultando entre los cerros, carretera abajo.

–No eres tan macho, *pa'* hacerlo –lo reta sonriendo Luis Jorge, levantándose, para irse a su casa.

Suena un disparo.

De los mangos sale volando una lechuza. Los *shingos* dormilones levantan vuelo del techo del campanario de la iglesia

–¡Me jodiste, mierda...! –se queja Luis Jorge, llevándose las manos al pecho, manchándose de sangre, derrumbándose al suelo.

Milciades Paiva se ha quedado estático, sin comprender nada de lo que está sucediendo, de lo que a su alrededor está pasando.

No entiende nada; tal vez no lo entienda nunca.

Al escuchar el disparo los vecinos de La Playería salen corriendo de sus casas.

Milciades Paiva, con el terror reflejado en sus ojos, se da cuenta de lo sucedido.

Ha matado a su amigo y una sensación de espanto lo invade.

Se ha convertido en un asesino sin quererlo, sin desearlo. Siente que lo arrestarán, engrillado lo llevarán a la cárcel, lo encerrarán en el Frontón o en el Sepa por el resto de su vida y nunca más saldrá de allí.

El pavor lo invade. Aterrado tira al suelo la escopeta y la alforjita junto al cuerpo de Luis Jorge.

Corre, sólo corre, sin saber a dónde. Huye, simplemente huye.

Luis Jorge Villazán tiene catorce años y ha muerto por una perdiz.

Milciades Paiva, a los trece, se ha convertido en asesino y fugitivo de la ley.

Años después, Milciades Paiva ha regresado la noche de Todos los santos, disfrazado de campesino con poncho marrón de lana, sombrero de palma con cinta negra, botas altas de ganadero y un revólver atado a la cintura –*por si las moscas*, nunca se sabe, señor–, a llorar y pedir perdón al amigo que, por una perdiz, esa ingrata tarde, se volvió criminal esa crepuscular tarde de inicios de mayo, cuando estaba oscureciendo,

Cargado de emoción y remordimiento revive la tragedia y el crimen que cometió y se arroja sobre esa piedra grande y negra que el repunte abandonó hace tantos años.

**ENTRE MAR
Y
CORDILLERA**

*El sol en la cara,
el hambre en la alforja,
el aguacero en la espalda...*

VIAJE

La emoción del viaje comenzó ayer.

Montado sobre Palenque, el viejo Joshua va cuesta arriba, por el camino de la chacra del Lizardo donde, barreta en mano, llena dos alforjas con yucas –que *das-dás* se hacen sopita–, un saco de yute con camotes morados y colorados –mantequilla se *güelven, paisita*–, una alforja mediana con limones amarillos –*purito juguito, nomá* son– y un tercio con cuatro cabezas de plátanos medio verdones, -pa' que aguanten el trajín del viaje-.

Se completa la carga, con dos cestos de chancaca, una lata llena de miel de caña, unas cuantas papayas pintonas, paltas verdonas y chirimoyas prontas a madurar.

Además las infaltables galoneras de aguardiente –del purito *guashpay* de don Pascualillo Venegas, de la otra banda del río Grande.

–Pa' cortar la mañana y combatir el frío, *buenazazo* es–.

Los *viéaste usté* a los principales, yéndose bien *contentados* a comprar su *cañacito* de Kotosique; *alegrotos* atravesando el puente colgante, paseo campestre pareciendo; haciéndose *disqué* los chistosos, moviendo *la* puente *pa'* que las muchachas se asusten; y ellas, ay no sean malos, que me caigo, me mareo, ayayay; haciéndose las sonsas, bien que les gusta la morisqueta y *ja ja ja y ji ji ji ji*.

Don Pascualillo Venegas dándoles de probar en un cacho de toro, una *cachadita* diciendo y tomando varios *guaracazos* de su *guashpay* calentito, recién *salidito* del alambique; que *güeno* está, diciendo y medio *borrachados* ya, de vuelta pasando *la* puente, de regreso al pueblo, bien agarradotes de las muchachas.

Los *viéaste*, bien *enternaos* caminando en cuatro patas, *pa'* que no se resbalen, como mi burro Palenque pareciendo y, *das, ban dan gam* se caigan al río Grande, que bramando, bramando está debajo.

Premero yéndose bien machazos y reidores, y *aura* viéndolos bien *señorones* en cuatro patas, *pa' tomales* foto, *¿di?*, como si fueran carneros cojitranco.

Mama Beca nos levanta *oscuro oscuro tuavía*, como a las cinco de la mañana, tiritando de frío; nos baña en el agua del pozo, cambia nuestras ropas *pa'* ponernos buenos mozos, peina nuestros trinchudos cabellos con raya al costado y con copete en la frente, *más mejor tuavía* adecentados diciendo.

–Mearán bien y cagarán bien –truená la voz del viejo Joshua, terminando de coser los costales de equipaje– que nos vamos de viaje y no quiero que frieguen la paciencia a medio

camino.

Obedientes nos vamos hasta el hueco del fondo del corral, haciendo nuestra *necesidá*, haciendo agüita *nomá*.

Soplando –*callente* está, *mama*–, soplando, tomamos nuestro café de menestras con sus *cachangas* fritas.

Esperamos formalitos, como *pal* desfile del veintiocho de julio, la llegada del camión que ha de llevarnos a Wamanmarca.

A las ocho en punto se aparece, por la calle principal de La Playería, don Segundo Carrera, manejando su Ford 1956 con parachoques de fierro y carrocería de madera, despacito y sin levantar ni un poquito de polvo, siquiera.

El viejo Joshua acomoda la carga en un rincón de la plataforma del camión –bien bonito, *pa'* que no *se'ntrevere* con la carga de los demás viajantes–, *mama* Beca en la cabina del chofer, se tapa la cabeza con su pañolón negro con rayas azules.

–La falta de costumbre será *pué*; pero me *mareyo feotote*–, dice compungida.

Es todo un suceso, un acontecimiento, un extraordinario evento: nos vamos de viaje a la capital de la provincia de Wamanmarca.

Alborotados como cualquier muchacho nos trepamos a la caseta del camión, envueltos en nuestros ponchitos de lana, *curpaditos* y más contentos que cuando nos compran camisa nueva para la fiesta de Julio.

–¡Agárrense bien! –nos previene don Segundo Carrera, su cabeza *rapao* como *soldao moroco* de la milicia, sus manos gruesas y su vientre abultado–; no vaya a ser la *fatalidá* que se me caigan en medio camino –con su voz pausada– y yo *ya'stoy* viejo *pa'* recoger muertos feos–, dice riendo.

–La sangre del indio es muy pegajosa–, bromea don Isidro Collantes.

Bien *contentados*, reparando *pa'quí* y *pa'llá*, como zorros a los pollitos, viajamos mirando los costados de la carretera, maravillados.

Los cortes perpendiculares en los cerros.

–¡Pucha, como *lu'abrán* hecho, ah! ¡*Colgaos* como monos, *dejuro lu'an* hecho, *dí!* –.

Una manada de *chivos raumando* a media ladera.

–¡*Cacau*, pobres chivitos, se caen desde ahí y se despanzurran!–, diciendo.

El miedo se vuelve terror en nuestro infantil corazón, cuando por la estrechez de la trocha, las llantas del camión ruedan y casi resbalan, por el borde de los abismos.

–¡*Achichín*, Patroncita de La Playería, ampáranos!–, mirando doscientos metros abajo, el río Grande en aparente calma.

Asombrados, *aguaitamos* esas pampas grandes sembradas de caña a las riveras del río y en las cumbres de los cerros las marcas amarillentas de las chacras ya cosechadas.

Los eucaliptos prendidos como arañas en las faldas de los cerros.

Estamos alegres y *contentados* como caja, flauta y clarín de indio carnavalero.

Aunque el *solazo* del mediodía nos sancoche la cara, el polvo que levantan los otros camiones ensucien nuestros recién lavados pelos y el frío de la subida del Gavilán *pispe* nuestros labios.

La emoción retumba en nuestro agitado pecho.

–¡*Nu'es* el contento, sonsonazo; el soroche *nomá* es!–.

Dando vueltas nuestra cabeza seguimos bien *envolvidos* en nuestro ponchito de lana merino, mirando al cielo traicionero de la sierra, por si se le ocurriera llover.

Don Segundo Carrera maneja despacio, muy despacio, su Ford 1956. Jamás, hoy lo sabemos, ha sobrepasado los cuarenta kilómetros por hora.

–Si los demás están muy *apuraos*, que avancen *nomá* –dice, dejando pasar a los otros camiones–. Yo no le debo nada a *nadies* y no tengo por qué apurarme; igual voy a llegar, lento pero seguro.

A cada quien que lo adelanta o lo cruza, lo saluda con el brazo extendido.

No ha tenido un solo accidente en sus más de cuarenta años como chofer.

Pero quiso el destino que una tarde –a eso de las cinco, patrón–, retirado ya de los trajines de *dale* a la timoneada tres veces a la semana de Chiquilete a Wamanmarca y de Wamanmarca a Chiquilete, mientras toma una raspadilla junto a *ña* Catita, su mujer, en una banca del parque principal del pueblo vecino que viene del otro lado de la carretera –esa quebrada seca, que nunca carga patrón, así *le'chen* agua con balde, señorcito; esa quebrada que viene de *Guertas*, esa tarde *señor y mi amo* la quebrada llegó cargadita, tapando casas, gentes y animalitos.

Los cuerpos de *ño Sigundo y so mojerqueta*, aparecieron *sus cadáveres muertos* cinco kilómetros, aguas abajo del río Grande.

–Es que estaba a *piecito*, sin su camión-, comentan sus paisanos- ¡Por eso mismo *lo'agarrao* la *correntada*!

Lo adelantan los omnibuses verdes de la empresa S y A Frías S.A. que llevan pasajeros a la costa, las camionetas Chevrolet de los mineros, los jeeps verdes de los hacendados y los camioncitos de baranda de los ganaderos de la provincia de Wamanmarca.

Don Segundo Carrera no entra en la competencia.

–Yo manejo *pa'* mí, no *pa'* los demás; yo cuido mi carrito porque *mi'a costao* mi platita y *tamién* a mis pasajeros, *pué*, y no quiero cargar muertos en mi espalda por mi desatino-, comenta mirando consternado, a un camión chocado al costado de la carretera.

–El que *apura*o vive, *apura*o muere, *pué*; ley de la vida es morir así o desbarrancado en un abismo–.

Don Teodoro Moncada maneja un carro Ford de la Empresa de don Alamiro Páez; cuenta:

–Yo bajaba de Wamanmarca a la costa y me lo encuentro tempranito, como a las nueve, de subida *pu'el* puente del Tingo, de La Playería más *pa'rribita nomá*; *hei llegao* a la costa dejando mis pasajeros *pa'* que hagan trasbordo *pa'* la capital; me he *sentao* a almorzar, bien *almorzadito*, mi cevichito con su arrozito con pollo; he embarcado mis pasajeros y de regreso lo he vuelto a pasar, como a las dos y media de la tarde, por las curvas de Corpancho; *hei llegao* a Wamanmarca, me *toma*o mi cafecito y de nuevo me bajao *pa'* la costa y, un poco más de las cinco, nos hemos vuelto a topar por la bajada de los Parias –sonriente y colorado, desde su metro ochenta de altura y su bigote negro bien recortado.

A mediodía don Segundo Carrera estaciona su camión en el Santo Bautista, un pueblo entre La Playería y Wamanmarca, donde hacen quesos y quesillos caseros *riquisísimos*.

Los pasajeros que tienen su platita entran al restaurante de don Andresito Cuba.

–¿Cuánto cuesta, *pué*, su caldito de gallina?

–Tres soles, señor.

–¿Y sin presa, caldito *chuyita*, *nomá*?

–Un sol, señor.

–*Entón, démiuste* un vasito de agua, *cati nomá*.

Nos acomodamos a un costado del camión y *mama* Beca saca de la alforja el mate con el fiambre: yucas sancochadas con *cuycito* frito. No quedan ni los huesitos. Los perros, debajo del camión, olisquean.

Reiniciamos la subida del Gavilán: barriga llena, corazón contento.

Si las curvas son muy cerradas don Segundo Carrera le da *pa'* tras, *pa'* delante, *pa'* tras, *pa'* delante, hasta pasar exactamente por el mismo sitio donde ha pasado dos días atrás.

Don Segundo Carrera sabe de memoria cuántos baches hay, dónde están, de qué tamaño son, el nombre de cada uno, quién los ha hecho y cómo evitarlos, y ni hablar de cuántas curvas tiene la carretera, cuáles son cerradas, cuántas tienen abismos, de qué profundidad son, cuántos carros se han desbarrancado y cuántos muertos hasta ahora hay.

Ah, y en tiempos de lluvia sabe cuál de los cerros se desmoronará con las primeras lluvias y cuáles con las últimas, también, y cuántas de las quebradas secas cargarán, cortando la carretera.

-Soy el ingeniero de campo de los ingenieros de campo del Ministerio de transportes y de la red vial; pero sin sueldo-, ríe.

Sabe además quiénes de La Playería viajan hoy, mañana, esta semana y la próxima.

A las cuatro de la tarde doblamos la cuesta del Gavilán y desde la cumbre divisamos alborozados los techos de teja colorada de las casas de Wamanmarca y sus inmensas pampas verdes.

Don Segundo Carrera para su camión, palmeando las manos y con su voz lenta y tranquila, dice:

-¡¡Gente, a desaguar...!!.

Tiritando de frío y frotando nuestras manos, bajamos.

Los hombres, buscando una lomita o un eucalipto; las mujeres, *shuturadas* detrás de las pencas azules o las retamas, haciendo su *necesidá*.

La altura *asorocho* a los playinos, haciéndonos caminar medio *agafados* zumbando la cabeza y con unas *ganotas* de debocar.

Es momento de oler timolina Leonard, chupar limón o comer un pedazo de chancaca, que muy *güeno pa'* la *sorochada* es.

Para los mayores, *sorocharse* es un buen pretexto para que le metan dos *guaracazos* de cañazo, para combatir el frío y la altura.

-A ver gente, mano al hígado -dice nuevamente, y los hombres sacan la plata de los *bolsicos* del saco o el pantalón, y las mujeres desatando el bien amarrado pañuelo, escondido entre sus senos.

-No se vaya a *cayer nuestra platita*, pué, señorcito-

Entre claro y oscuro, más de las cinco de la tarde, taitito, y con el Sol ocultándose por el mismo sitio que ha salido en La Playería, llegamos a la Plaza de Armas de la provincia de Wamanmarca.

Sus dos iglesias *boñitas* y *grandotas*, una frente a la otra; sus cipreses bien *trenzaditos* en forma de animales y en la loma una cruz blanca y *grandota*, desde donde se mira lindo la ciudad y sus amplias pampas verdes.

Viajar con don Segundo Carrera de La Playería a Wamanmarca demora una jornada de largas, larguísimas nueve horas de viaje.

Hermosas, excitantes y emocionantes nueve horas.

Ahora, con el asfalto, el replanteo de curvas y las modernas camionetas, ir de La Playería a Wamanmarca no demora más de noventa minutos de viaje.

Y sin despeinarse.

FERROCARRIL

–Cholito, mañana nos vamos a la costa-, dice sonriendo con mostacho y todo, el viejo Joshua.

No hemos dormido casi nada, no vaya a ser que nos quedemos *dormidotes* –sólo con un ojo, cabeceando– y no *si'olviden das* de nosotros; despertándonos sobresaltados, de rato en rato.

Entre sueños escuchamos el canto de los gallos, adivinando de qué casa provienen; asustándonos con el ladrido de los perros en la calle.

–No vayan a dejarnos dormidotes por muermos, ni gafos que *juéramos*-, soportando los ronquidos del viejo Joshua y los ligeros quejidos de *mama* Beca.

Los gallos han cantado ya tres veces y, ni bien escuchamos el carraspeo del viejo Joshua y sus afanes de levantarse; *dasito* nos tiramos de la *paracha*, nos cambiamos de ropa, amarramos nuestros chamarros y nos sentamos derechitos en la banca de sala, por si quieren olvidarse de nosotros.

–Si así madrugaras, cholo, *pa'* regar la chacra del naranjillo, qué bueno sería –dice el viejo Joshua, sonriendo.

–*Güenos días taita* –lo saludamos y *nu'estamos pa' discuciones, redepente* si algo malo *lo* digo, se amarga y nos deja con las ganas *di'rmos* a la costa, ni de vainas; así que calladito nomás.

Desde hace varios días *Mama* Beca está malita.

–La *edá* crítica, *dejuro*, será Bequita-, comenta entristecida la tía Génova Poma–. *Media shúmbula* estás, Bequita, así *nu'eres* vos; bueno sería que el *dotor* te viera-, le dice palmeándole el hombro.

Ni los emplastos de llantén con higuera, hierba santa y barro *mitoso* del puquio, ni las mezclas de hierbas y menjunjes de doña Lolita Cabrejos, la curiosa del pueblo.

–*Tómeste* este calentito, *friyo dejuro li'a dentrao*– nada le calma los dolores y ardores.

Ni la mesada del cholo Basilio Chanduví -*brujo güenazo soy*-, *diciendo* con sus rezos -*to los dañus y maloras yo corando yo sanandoyo mijorando* -ni las danzas a media noche alrededor de una mesa de *rajas* de leña cubierta con mantel de lana multicolor – *yo brojo maliro no suy, brojo corador suy, su'ijo del poquio di la pomapara suy, sus sicretus miad au a me solitu* – sobre la mesa están distribuidos sables, calaveras, huacos, callanas, semillas, frascos con culebras y un cristo crucificado –*yo lempiandooo, shaacc, shaacc, shaacc, yo corandooo, shaacc, shaacc, shaacc, livantandooo, shaacc, shaacc, shaacc* –, ni las invocaciones al *Apu* del cerro del Trinche

ni los ruegos a los gentiles de la *waca* del Piloncillo, ni la limpia con cigarro inca ni el *sanpedro* inhalados por su nariz –yo, *limpiandooo shaacc, shaacc, shaacc*, yo *curandooo, shaacc, shaacc, shaacc levantandooo shaacc, shaacc, shaacc* .

Nada.

Ni las pastillas del compadrito Absalón Quiroga con sus lentes plateados, su paciencia de siglos para tomar el pulso y su *milagrosa* alforja de caminante –bien *acertao* con los males es.

Nada.

Ni las recetas de don Cosme Portal, el entendido en remedios y medicinas del pueblo de los Chiquilotes, logran aliviarle los males.

Mama Beca está malita, doliéndole todo, quejándose de todo.

Después de cinco años de ausencia, el tío Federico Velásquez ha regresado de la costa *pa'* cumplir con una promesa a la Patrona de la Playería.

–¿Qué *pué* tienes Bequita, medio malita *creyo* estás?.

Entre recuerdos almacenados y aguardientes vaciados con el viejo Joshua y la parentela de siempre, comenta que al puerto de Pacasmayo ha llegado el doctor Josefino Gaviria.

–Es un médico *buenote*, Joshua y con toda seguridad *segura* va a sanarla; *dejuro* sus males son males que la medicina cura, Bequita-, le dice, consolándola.

Pasados los días de fiesta, jarana y cañazo, el tío Federico regresa a la costa.

–El primer lunes de agosto *te'stamos* molestando, Federico- le dice el viejo Joshua- sólo hay que conseguir unos reales *pa'* movilizarlos.

–Los espero en mi casita, vayan con confianza nomás.

En el primer camión que baja de Wamanmarca acomodamos a *mama* Beca en la cabina del chofer, arropadita con su pañolón azulino con rayas verdes.

En la caseta, como zorros *devisando lindazo*, nos sentamos junto al viejo Joshua.

A las nueve llegamos a la estación del ferrocarril.

Erre con erre, guitarra;

erre con erre, barril;

rápido corren los carros,

rápido el ferrocarril...

Nos impresiona el tren –*collebra grandota*, pareciendo *di taita*–, ese inmenso animal de fierro que está delante nuestro *chuzzz chuzzz chuzz* humeando frente a nosotros *chaca chaca chaca, chuzz, chuzzz*, suena y humea con una fila de vagones atrás.

–De *premera, pa'* la *ginte* que tiene *so* platita –comenta el flaco vendedor de los pasajes–; la *sigunda* es *pa' lus cumerciantes y nigociantes* –vestido con camisa blanca y gorrita azul– y la *óltima* es *pa' los endios chuscos* como *ostedes* –repartiendo los boletos de viaje.

–¡Ya, ya!, no tienes por qué halagarnos tanto, ¿ah? –dice ofuscado un señor de barba entrecana y sombrero de tarro negro –¡Como si vos no fueras indio o, crees que porque repartes boletos te crees dueño del tren!

–*L'otro vagún is pa' las rises, las guishas, los cuches y las gallenas*– continúa explicando burlón el boleterero, mostrando dos dientes partidos por la mitad –*Ay las pirsonas viajan de gratis; piro lu qui lis pasi ayadentro, yu nu respondo, je, je, je.*

Detrás de los vagones está el tren cargado de mineral.

–Unos *baldotes* grandazos, cholo, llenitos de metal cenizo que la *Norden Perú cúper* *corporación* saca de las viejas minas de Paderones, hasta el puerto de Pascamayo y *di'ay* en vapor hasta *Chembote onde*, a punta de fuego y moldes, los vuelven fierros de construcción, rieles, planchas, clavos, perfiles y tanta fierrería más.

El viejo Joshua, cogiendo del brazo a *mama* Beca, la acomoda dentro del vagón sobre una

banca de madera –mirando *pa'delante*, porque mirando *pa'trás* me *mareyo*, dice–; nosotros prendidos a la ventanilla del vagón miramos asombrados las plantaciones de mangos, los arrozales verdeando y llenitos de agua, los postes que pasan volando delante de nuestros ojos, los dos ríos juntarse, haciéndose uno más grandote y más bravo.

–Es el Jequetepeque–, nos ilustra el viejo Joshua.

Entre el asombro y la fascinación pasamos por unos huecos grandes, largos y oscuros, hechos entre los cerros.

–¡Túneles son, gafazo! ¿Qué *pué*, *nu'as leíu* en tu libro Bruño? ¡Por las puras *entón te'chamos a l'escuela!*–, sintiendo miedo a la *oscurana* y temor de que el tren se empale, como mi yegua Valentina, quedándose *paradote a media mitad*.

–¡A'vé quién es el machazo que lo mueve a tremendo *animalote*, *achichinsazo!*–.

Llegamos al pueblo del paludismo y la tembladera.

Mujeres de vestidos *vuelosos*, cargaditas de ollas con tamales, bandejas de arroz con trozos de gallina, tazones de yucas con carnero y bolsas de mangos maduritos, llenan los vagones.

El viejo Joshua saca de su bolsillo monedas y billetes, diciéndonos contento:

–Come, cholito, aprovecha–.

Nosotros, bien mandados, pide y pide, come y come. *Mama Beca*, naranjitas *nomás* pela y el juguito lo chupa.

El tío Federico Velásquez, *anoticiado* de nuestra llegada, con sus brazos largos y su pantalón con tirantes, sonriente en la estación del tren nos espera.

–De no ser porque mi Beca está *media malita*, *das-dás* le meteríamos *media* de cañacito que traigo en mi alforja –le dice el viejo Joshua, después de abrazarse con cariño.

–No se preocupe, primo –contesta contento el tío Federico–; *di'un* ratito mi *Nievitás* lo lleva a la Bequita a que el *doctorcito* Gaviria la vea y en un santiamén verá que *das* la cura y después, primito, nos agarramos a la *cañaceada* hasta que los gallos canten y las penas se acaben, primito –cargando las cositas en una camioneta roja.

–Si hasta mi guitarra *lu'e afinao*, *pa'* cantarnos unos tristes bien tristes –rumbo a su casa–, como en nuestros buenos tiempos, primito –por la *subidita* del cerro, alejado de la playa.

Oscurana es ya y el tío Federico con el brazo extendido, señala una gran mancha oscura, que por la neblina, no logramos divisar bien.

–Es el mar, sobrino–nos dice sonriente.

MAR

Clareando la mañana, el primo Domitilo Velásquez levantándonos de la cama, nos dice:

-Vamo, primo, a comprar pescado al muelle- intuyendo mi ansiedad, complementa- para que te asustes viendo el mar.

Subiéndose el cierre de su casaca y riéndose.

- A todos los serranos les pasa lo mismo, pero no te preocupes primo; que si te ahogas, yo te salvo.

Nos vestimos apurados y un airecillo diferente nos eriza la piel.

- Aquí la humedad te friega, primo; yo tengo asma, por esta maldita humedad- carraspeando.

Al trote salimos de la casa y un perro chusco, todo mojado por la llovizna y con el rabo entre las piernas, pasa delante nuestro.

-Jodido es esto del asma, primo-, explica- pareciera que te falta el aire, que te ahogas y no puedes ni respirar; parece que te mueres...

La neblina nos impide mirar a la distancia. Una suave llovizna moja nuestros cabellos y nuestra ropa: es la garúa, nos comenta; pero no entendemos.

-Lluvia, como de La Playería, *nu'es-*, le decimos.

-Ya sé, primo, pero esta garúa no te moja, te empapa, te molesta y encima te da asma y te jode todo el tiempo.

Extendemos los brazos para sentir esa fina llovizna y la humedad.

Nuestros siete años no logran discernir lo que sucede a nuestro alrededor.

-En La Playería, primo, llueve lindo y de a de veras, con sus truenos y sus relámpagos, como si el cielo se desbarrancara, primo -comentamos, llenos de orgullo.

Un automóvil verde pasa a nuestro costado.

-¡Cuidadito, primo, *que'sos* animales matan!, nos dice riendo-

De un callejón sale un perro orejudo, ladrando y corriendo detrás nuestro:

-¡Hasta los perros te persiguen, primo, es mala seña!-, se burla.

Doblamos tres cuadras a la derecha y luego de frente cuatro cuadras a la izquierda y allí está el mar.

Inmenso, nos sobamos los ojos, pensando que las legañas y la neblina no nos dejan mirarlo bien. Nuestra mirada no alcanza su distancia.

Un barco enorme -*bateota gradodotota*, pareciendo- se mece ante nuestros asombrados

ojos *fiuuu*, es un barco de a *verdacito*, no como los dibujos de nuestro libro de primer año de primaria.

–Y por qué, *pué*, los barcos no *si'unden* primo –preguntamos incrédulos, ante tremenda inmensidad.

A lo lejos, un montón lanchas se acerca lentamente al muelle.

–Porque flotan –contesta sin mirarnos, acordándonos del maestro Alipio Tavarez, cuando en las clases de geografía nos habla del Sol y los planetas.

La neblina impide mirar el horizonte. A nuestras espaldas, tímidamente va apareciéndose el Sol.

–¿Y por qué flotan, primo?, preguntamos de nuevo, con nuestra ingenuidad infantil.

–¡Oe, serrano de mierda! ¿Has venido a conocer el mar o a tomarme examen?, contesta entre burlón y molesto el primo Domitilo.

Nos quedamos con las ganas de explicarle lo que hemos leído en nuestro libro de primer año en la enciclopedia Venciendo –libros más mejores, *dejuero*, *leyerán* en la costa, ¿di?– sobre volúmenes y densidades, que tampoco entendemos bien, pero en el libro bien *escrito* está.

Caminamos sobre el muelle y el miedo se apodera de nosotros crispándonos los *trinchas* de la nuca.

–¿Y si se cae *la* muelle? ¡*Achichín!*–, decimos– y el primo Domitilo juega a empujarnos – ¿Y si nos resbalamos?–, nuestro corazón *pum pum pum*–, riéndose.

Miramos entre los tablones, cómo se mueve el agua del mar –espuma, espuma, *nomá* es–.

–¡*Alalay*, qué *friote qui'ace*, primo!– las olas chocan contra los rieles del muelle que soportan a los tablones, sobre los cuales estamos parados.

–Aquí no se dice *alalay*, primo–, salpicándonos el agua del mar, mojando nuestros pantalones como fina llovizna– en la costa se dice, qué frío, nada más; si te escuchan, van a decir que eres serranazo recién bajadito y te van a joder todo el tiempo- nos previene.

En la distancia, el azul oscuro del fondo clarea con los rayos del sol.

Los pescadores, con su pantalón remangado a media canilla, cargan canastas de chorreante y fresco pescado.

–*Ajajá, jaja jay*–, decimos sorprendidos–, *di'aquí* se lleva *ña* Gaudencia el *pescao* seco, medio *agusanao*, *pa'* La Playería y que *mama* Beca le cambia con camotes.

El primo Domitilo, narizón y flacuchento, es conocido en el muelle. Regateando precio, compra dos pescados grandes –es Bonito, nos dice–, cargándolo en una bolsa de yute –es *pal'* desayuno, primo– y desandamos *alegrados* y *contentados* el trecho de retorno a casa.

El Sol inunda con su claridad y la neblina ha desaparecido. Nos paramos al inicio del muelle, mirando extasiados el mar.

–Serranazo –se burla el primo Domitilo, desde sus catorce años–, igual que todos los bajaditos, se quedan cojudos viendo un poco de agua –riéndose, emprendemos la vuelta.

La tarde ha entibiado el Sol y con toda la familia vamos a la playa.

Mama Beca ha mejorado de su salud. El encuentro con la *Nievitás* y sus hijitos será *pué*, aparte de los tónicos, pastillas y ampollitas aplicadas.

–Son los trastornos de la menopausia, señora–, ha dicho el doctor Gaviria; –siguiendo mis indicaciones mejorará–, acomodándose el nudo de su corbata roja.

Cogida de los brazos de la tía *Nievitás*, *mama* Beca se ha animado a meterse al mar y darse un remojón.

El viejo Joshua y el tío Federico se han emborrachado hasta el amanecer, dándole al *guashpaicito* y a los tristes playerinos.

Un buen caldo de cabeza de bonito y un par de buenos tragos de cañazo para *cortar la*

mañana los ha restablecido y han llevado unas cervezas *-pa'* no perder la costumbre, Joshua–
toman sentados sobre la arena.

Tomando se acuerdan de sus viejos tiempos.

Sobre una toalla y tendida de espaldas sobre la arena está la prima María Elena y sus diecinueve años. Ajustada a su generoso cuerpo tiene una ropa de baño, negra, que descubre, ante nuestra atónita y desorbitada mirada, el encanto de sus desafiantes caderas y sus espléndidos muslos de una blancura deslumbrante.

Nuestros siete años no entienden, qué es lo que nos impresiona más:

La inmensidad, plenitud y hermosura del extraño mar o la hermosura, inmensidad y plenitud de los bien formados muslos de la prima María Elena.

O la plenitud, inmensidad y hermosura de sus encantadoras y gloriosas caderas, sumergiéndose entre la espuma del mar.

Una repentina y traicionera ola, inoportuna y desleal, nos arrebató el encanto de este inolvidable momento *-pum pum pum*, nuestro pecho latiendo–, deslumbrados, tumbándonos patas arriba, haciéndonos tragar bocanadas de agua salada.

Ni eso ha podido sacarnos del cerebro el maravilloso recuerdo de los bien formados muslos de la prima María Elena y sus espectaculares caderas, perdiéndose entre las aguas del mar.

Fueron nuestro delirio y martirio, nuestro contento y sufrimiento.

Febril visión en nuestros adolescentes sueños de húmedos despertares.

ESCUELA NUEVA

Al costado del campo de fútbol se construye la nueva Escuela.

Con adobe, cemento y calamina, albañiles venidos de Wamanmarca la están edificando – hasta su pozo ciego *pa'cer* la pichi, *lu'an* hecho, ¿has visto, cholo?–, demorando seis meses en dejarla lista.

El regordete contratista, de mostachos tupidos y barriga voluminosa, ha dicho a los albañiles:

–¡De aquí no se mueven, hasta que no acaben la Escuela! Yo voy buscando otra obrita *pa'* irnos a otro sitio–, dejándoles instrucciones en unos papeles grandes, con rayas y números, que parecen manteles bordados para la fiesta.

–Mientras *más antes* acaben, *más antes* se irán de aquí –entregando picos y palanas nuevas–, si es que no terminan casados, porque chinas buenamozas por aquí no faltan –.

Subiendo a su camioneta, se va.

Los domingos, en la chichería de doña Shaluca Poma comen su cebichito de *pescao salao* con sus tamalitos de *coche*, asentándolo con harta chicha de jora y *guashpay*, del purito, terminando borrachos a las tres de la tarde, sentados en la esquina de la vereda del tío Eduardo Seminario, cantando sus carnavales:

De Wamanmarca yo mi vengo
muerto de *friyo*, *alalay*,
po ver si me dan su chicha,
meserables atatay, tatatay...

La nueva Escuela de varones, número ciento diecisiete, tiene dos pabellones de tres aulas cada uno –¡Lindaza está! ¿di, cholo?–, con sus veredas de cemento y su patio central de tierra apelmazada –en el *recreyo* ya no voy estar con tanto indio garrapatiento.

Con la lluvia empozada, el patio *choldoc choldoc* lo cruzamos de canto a canto, a sabiendas que el maestro Augusto Prieto nos agarrará a palmetazo limpio por cochinos, sucios y malcriados.

Los techos son de calamina, donde retumba *tra la lan tra la lan* el aguacero de fin de año y el solazo de agosto nos cocina y nos hace dormir ricazo –medio salón se pone a roncar después del mediodía.

–¡*Ti'acuerdas*, cholo, del *Hombierto* Valencia que dormidazo se ha quedado con la boca *abiertaza* y el Eugenio, haciendo un *toto* con una hoja de cuaderno, le ha puesto en su boca y con un *fesforo* lo ha *prendiu*, no *pué*? Y el *Hombierto*, ¡*Achachay*, *mi quemó*, *achachaucito!*,

asustadote, saliendo grite y grite del salón, y *despuécito* el maestro Néstor Saldívar metiéndonos palmeta a todos, *pa'* que digamos quién había sido el chistoso y nosotros calladitos recibiendo los palmetazos, sin decir nada, de puros *machazos* nomá.

Tenemos director de Escuela y normalistas titulados para cada sección.

Para la inauguración han venido las principales autoridades de la provincia de Wamanmarca.

-Escuela nueva, algo *pa'* nuestros chiquitos tendremos *pué-*, dicen los playinos.

Invitado especial es el *taita* señor don prefecto departamental con su mostacho recortado y sus crespos bien peinados; ha venido con otros encorbatados más.

Los principales de La Playería se desviven por atenderlos.

Días antes, de casa en casa han recolectado carneros, cuyes, gallinas y cerveza:

-Hay que atender bien a nuestros *envetados*, si no andarán diciendo que los playinos *semos tacañazos*.

En el Rinconcito Playino se emborrachan sábado y domingo, cantando cashuas y carnavales wamanmarquinos con las voces y guitarras representativas del cantar playerino.

-Señoras y señores, con ustedes el trío los Caballeros del Bolero-, dice orgulloso el maestro Aurelio Toro, con su corbata colorada, medio achispado y pidiendo palmas a los presentes.

-La revolución educativa también llega a los pueblos más alejados y abandonados de la provincia de Wamanmarca -ha dicho el Inspector de Educación de la provincia, un viejito canoso de lentes medio verdes, que se le caen por la nariz.

-*Gafazo*, ese viejito *mayestro oniversitario* es, libros de cuentos ha *poblicao*, bien ilustrado es; no es burro como vos.

Entre vivas y aplausos rompen una botella verde y panzona de champagne Queirolo, comprado en la tienda del tío Roberto Burdeos.

-Sonsos son, ¿di, Ulises? -dice el zarco Andrés Palacio-. *Envés de rompeló*, mejor lo tomaran, ¿di? ¡Como si no les costara su plata!

Orgullosos, flameamos banderitas peruanas de papel cometa, que las maestras de la ciento dieciocho han hecho la semana anterior, aplaudiendo fuerte hasta que las manos nos duelen y se ponen coloradas.

-Tenemos Escuela nueva, cholo lolo.

-Ojalá *pué* con la Escuela nueva *seyas* más *enteligente* y los números *dentren* en tu sesera más rápido, muermazo.

-No gastes *aliva* en vano, *gafo*; qué *pué*, igual de burro *nomá* va a seguir.

Dentro de su flacura, el viejo maestro Alcidio Tavarez es el más contento:

-Ya no tendré que batallar con tanto marrajo -alisándose el bigotito negro-, con tres grados juntos y en un mismo salón -*ayayay*, viejitos *acordioneros*-, abotonándose el cuello de su camisa blanca, de manga larga.

La modernidad educativa ha llegado a La Playería, aunque en marzo los maestros tengan que ir de casa en casa a recordarles a nuestros *taitas* que deben mandarnos a la Escuela a los chiquitos y a los muchachos maltones también.

-Aunque sea para que terminen la primaria y sepan siquiera escribir bien su nombre y leer de corrido-, argumentan, tratando de convencerlos.

-¿Y quién, *pué*, *mestrito*, nos ha *di'ayudar* en las *fainas* de la chacrita y con los ganaditos, *tamién*? -preocupados los papás.

-Me *taita* atiende *más mejor* a sus vacas lecheras *qui'a* nosotros, *mestro* -entristecido Máximo Tucto, con los mocos saliéndole de las narices.

Luego de una charla de varios minutos, nuestros papás chacareros se convencen.

-De la educación de los muchachos dependerá el futuro de La Playería, de Wamanmarca y

de la nación, y quién nos dice que de repente tu hijo llegue a ser autoridad o diputado o presidente de la república, que casos en el mundo se han visto y uno más en nuestra patria no sería raro – animosos y optimistas los maestros.

Con las últimas lluvias de marzo la Escuela es un bullicio de muchachos del pueblo, de los caseríos y anexos de La Playería.

La Escuela ciento ocho, de mujeres, se ha quedado en la plaza del pueblo. No las veremos en los *recreyos*, ni a la entrada, ni en las salidas, tampoco.

–*Pa'cacito* deben traerlas, si bastante sitio hay –con sus manos entrecruzadas Nelson Odilón, las hace sonar como pututo.

Nos contentaremos con verlas de lejitos todo el tiempo y, de cerca, tan sólo en los desfiles de fiestas patrias.

JUEGOS

Nadie sabe exactamente quién inicia la temporada de juegos en la Escuela.

Basta que algún *chaccheroso* se aparezca con un *zur-zur* para que a las ganadas vayamos a la tienda del tío Meshe Cerdán *pa'* que nos regale unas chapitas de gaseosa y en su vereda de cemento, *ashuturados*, golpe y golpe con una piedra, la volvamos planita.

Con un clavo abrimos dos huequitos y rebuscamos en el baúl de *mama* Beca un pedazo de pabilo, lo pasamos por esos huequitos, lo anudamos y listo: ya tenemos un *zur-zur*, nuevito y zumbador de la *refurinfunflais*, bien afilado para las guerritas –el *de mío*, es más mejor *que'l de tuyo*, cholo lolo–.

Una mañana cualquiera un *zarrapastroso* viene con un bolero nuevito de madera, sacándonos pica porque lo ha comprado en Wamanmarca.

En la quebrada del Lango Lango buscamos tarros vacíos de leche Nestlé, que botan los principales. *Das*, una lavadita en el cequión y con el cuchillo de pelar papas de *mama* Beca le sacamos una tapa, después con una piedra chancamos los bordes afilados de la lata –no *seya* la *desgracia desgraciada* que *das-dás* me dé un *cortazo*.

Entre los fierros viejos, que el viejo Joshua guarda en el *terrao*, rebuscamos un clavo, un pedazo de pabilo y un palito redondo de madera. Ya tenemos nuestro bolero de lata, haciendo cien carambolas sin parar.

Los choloques y las bolitas son juegos de verano.

–*Ayayay, pué*, pobres nuestros pantalones, rotas las rodillas *nomá* están; pero *qu'importa*, si tenemos que ganarle al *Juanacho* Molina su bola *descanchadora*.

Nuestros *bolsicos* rotos *tamién* están, de tanto guardar nuestras ganancias.

–*Saco y quemo, descancha pisquito*; una, dos y tres –salivita en las manos–, tirando la bola con fuerza y puntería sobre el montón de choloques, saliendo disparados fuera del redondo trazado sobre el mismo suelo.

En noches de Luna llena, los de la *catervada* de muchachos jugamos al *sello*, *paloma* y *brujo*; tenemos que ser ligeritos como *venaos*; fuertes y corajudos, como los pumas, *sacaos* la camisa, evitando que nos *chapen*, saltando como chivos corriendo *corriendito* hacia la salvación.

Polecías y *coscritos* lo juegan los más machos y los más grandes de La Playería.

Pa jugalo hay que esconderse entre las chacras de caña, de maíz o de camotes, *trás* de la Iglesia; si nos *chapan* nos encierran en la cárcel de a de veras, debajo del cabildo donde meten presos a los denunciados y pendencieros domingueros.

Es un cuarto oscuro con puerta de madera gruesa, que se cierra con picaporte y candado de fierro; si *si'olvidan* de ti, te quedas hasta la mañana siguiente, orinándote de miedo.

Allí velaron a una huancaína que una mañana, apareció muerta en la plaza de armas de La Playería.

Dicen que en las noches de Luna *verde* vuelve su almita, penando y llorando, asustando a los que pasan *por'ai*, *achichinsazo*.

En todos esos juegos semos *güenazos* y *campeyones*.

Con el trompo somos muy malos –*catay*, nunca pudimos *hacelo* bailar lindazo–, sobando el clavo en la piedra donde el viejo Joshua afila sus calabozos, hasta que quede *sedita* y a romper trompos de un solo tiro se ha dicho.

–Apunta bien cholo *sanguango*, en la salivita- y hasta la *cocina* no para.

Un lujo que pocos hacen es hacer bailar el trompo en el aire y *recogelo* en la mano.

- *Eso luacen los que saben, no los cholos chuscos, como vos.*

–*¡Tiacuerdas?* cuando aprendiendo a jugar los trompos, le dimos tremendo trompazo en la *tutuma* del hijo del *mayestro* Atilio Arriagas y chichón, chichón *si'a* hecho y nos castigó una hora arrodillado sobre frejoles y alverjas secas, *ayayaycito*.

Nos levantamos tembleques, tembleques, adormecidos las canillas, caminando chueco, chueco.

No jugamos ni al *ampay* ni a las *chapadas*.

Esos son juegos de mujercitas y nosotros somos machos, bien machos, niños de siete años.

EXAMEN BIMESTRAL

Sentados hasta de a cuatro en cuatro, según fueran de largo las carpetas bipersonales, estamos dándole los exámenes del segundo bimestre.

–Sin copiarse y sin *soplar* –advierte desde su metro ochenta el maestro Augusto Prieto–, que los exámenes son personales –.

–Cholo, grande es el *mayestro*, ¿di? Su camisa es blanca –sin *ni'una* arruguita tiene, ¿*lu'as* visto?–, su cara colorada –guiso *e'tomate*, parece, ¿*dí?*–, escribiendo las preguntas de Lenguaje y Cálculo, con una tiza blanca sobre la pizarra verdusca, que alguna vez, fue verde esmeralda,

Afuera, en la plaza, la fiesta retumba *rizzz pum, rizzz pum pum* en nuestras orejas y las ruedas de cohetes *prrrretttt bummm bummm* como los truenos de noviembre *bummm, prrrretttt bummm bummm bummm* que anuncian las primeras lluvias y el comienzo de los barbechos.

Mojamos con saliva la punta del lápiz de carbón *pa'* que pinte *más mejor* las respuestas de Lenguaje .

–¿Cajón es con jota o con ge?.

Las sumas y las restas.

–Siete más nueve, no sé *pué*; a mí sólo me han *enseñao* nueve más siete *nomá* –, contando con los dedos.

–... ¡Qué gafo *que'res*, si es lo *mesmo pué*, burro, animal!–, escribiendo el resultado.

–Qué ganas de alabar a tu familia, ¿di?–.

Nos miramos serios y nos desafiamos para la salida.

–Oye, Lelo, cuánto sale en la cuatro –pregunta Maximiliano Portales, con su voz de pito, escuchándolo toditos y volteando la cabeza para mirarlo.

–Venga para acá, Maximiliano, que yo le voy a dar la respuesta –mirándolo serio el maestro Prieto y *zás* un cocacho en la cabeza, dejándolo más *asnorante qui'antes, tuavía*.

Nosotros, potrillos encerrados, que termine *das-dás* el examen, queriendo escapar del salón, con un extraño nerviosismo recorriendo el espinazo.

–Un *oncecito, pa'* qué más, *pué*–, con las ganas de estar metidos en todo lo que está pasando afuera.

–¿*Pa'* qué sirve la coma, ah?–, tan sólo cruzando esa vieja puerta de madera de dos hojas.

–*Pa'* que comas, *pué, sonsonete*– asegurada con solo dos alambres oxidados y un pedazo de soguilla.

–A ver niños, vayan terminado –el maestro Prieto, levantando el tono de su voz, mirando su

reloj Silvana, de oro.

Nos apuramos. Echamos saliva a nuestro dedo índice *pa'* borrar el mal resultado de la multiplicación con decimales, que con el ruido del aceite hirviendo en nuestras orejas y el olorcito de los cuyes en plena *freída*, *hartotote nuemos equivocao*.

Entregamos las hojas oficio rayado.

–¡Qué examen ni qué nada!, ¡La fiesta está primero!, ¿o no?–, saliendo a las ganadas como chivatos cuando abren el portillo.

En el quiosco del Toñito Ramos, abrazados un grupo de playerinos que han venido de *lejotes* para la fiesta, borrachos cantan:

Todos vuelven a la tierra en que nacieron,
al embrujo incomparable de su ser;
todos vuelven al lugar donde vivieron,
donde acaso floreció más de un amor...

No entendemos el significado *de'sa letreada* y esa *musicada* pero para los paisanos que se fueron y ahora por las fiestas vuelven –*moco moco* los vemos llorar borrachos– .

–Bien *estabábamos* aquí, cholo hermano- se lamentan y quejan- ¿Por qué nos fuimos a padecer por otros sitios?–.

Apurado está también el maestro Augusto Prieto.

En el segundo ranchito de *ña* Blanca Espejos lo espera su compadre Alamiro Ballarte, acabadito de llegar de la capital.

–Hay mucho que contar y conversar, compadrito del alma –abrazándose y palmeándose los hombros–, de nuestras tristezas, nuestros infortunios y desventuras.

Prometiendo nivelar con cerveza y *guashpay* una ausencia de más diez años, de no haberse visto.

Los maestros de jarana, están también.

COMULGADA

Con las orejas bien lavaditas y los trinchos bien peinados, formalitos y en dos filas, los alumnos del primer año de primaria de la Escuela ciento diecisiete, ingresamos a la iglesia de La Playería.

Primerito de primer año, para recibir la primera comunión.

–Los niños que ayer se confesaron de todo corazón, que han cumplido su penitencia y se han arrepentido de verdad de todos sus pecados, en esta fila –dice con su voz gangosa el cura Jeremías Caycho –Habrán ayunado de verdad, para ser dignos de recibir el Cuerpo de Cristo–, inclinándose reverente ante el altar mayor.

Pasea su pequeñez, de un lado a otro ante el altar, pestañeando de rato en rato sus enrojecidos ojos negros.

–*Jiede* a borracho el cura, *¿di?*–, arrastrando su gastada sotana negra por el *encementado* piso de la iglesia.

Dirigiéndose hacia nosotros levanta su mano amenazadora

–Ustedes, calladitos; vergüenza debería darles, indignos de Cristo, el purgatorio los espera; a ver si se arrepienten de todos sus pecados cometidos o por los que vayan a cometer –temblorosa las manos, reparte estampitas del niño Jesús.

–¡Qué *pué* tanto amenaza el señor don cura, si anoche ha *estao* toma y toma, bien *borrachado*, baila y baila, zapateando con *ña* Adelma, en la casa de *ño* Demetrio, ah!.

El temor a lo desconocido y las amenazas del cura Jeremías Caycho producen escalofríos que recorren nuestros cuerpos infantiles.

–*Qué's pué* el purgatorio, cholo Josho.

–Es, *pué*, a *onde* se van los *ñiños* malcriados, que *nu'an* cometido *tuavía* los pecados de los grandes –contesta, haciéndose la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho.

–O *seya* que vos *par'ai* te vas *dir*, *¿di?*

–No *pué*, derecho al infierno se ha de ir –aclara el monaguillo, que pasa delante nuestro con su traje blanco de ribetes azules y verdes.

–*¿Nu'es* el infierno *onde* se queman las gentes? –nos mira y mueve afirmativamente la cabeza–.

–*Pa'* cuando seas más grande y más sonso, los diablos *par'ai ti'an* de llevar –nos dice, amenazándonos con su dedo.

Despacito, sólo para que el monguillo nos escuche, le respondemos:

–Oye, Carlincho, me guardas una hostia *pa'* más tarde, *sideno* le decimos al *tayta* cura que te quedas con la limosna y lo gastas en la tienda de *ño* Hidalgo, comprándole sus dulces a la china Vilma.

Nos mira sorprendido y poniéndose un dedo en la boca, mueve su cabeza afirmativamente.

El sermón del cura Jeremías Caycho ensombrece nuestra corta existencia.

–Sí, *pué*, Marco *Antoño*, qué malos *semos*, ¿*di?*– por los sufrimientos y tormentos de nuestro Señor Jesucristo, azotado, maltratado y crucificado por nuestros pecados.

A nuestros escasos siete años, un extraño sentimiento de culpabilidad nos embarga.

–Si ni habíamos *naciu tuavía*, ¿*di*, Gonsha, o ya? No *mi'acuerdo quey pecaos tan malosos habrey cometiú quel* cura Jeremías Caycho nos hace responsables.

–¡Qué vas a acordarte, burro, animal, si eso fue hace *tantisísimos* años! ¡Ni siquiera habíamos *naciu, ni nada!*–.

Arrodillándose ante la Santa Patrona, hacemos memoria: decir lisuras y palabrotas, mentir o robar es *pecao* y si cometes eso, entón ya no vas a poder comulgar, *pué*.

–¡A eso se refiere, el cura *turuleco*–.

Con el alma constreñida y un nudo en la garganta.

–Juro por *Diosito* que no vuelvo a portarme mal con mi *mama*, ni tener malos pensamientos con la *Catalucha*, ni responder al *mayestro*, ni mentir por cualquier cosita, ni haraganear, ni robarle sus cecinas del friambre el *Catacho*, ni nada, ni espiar a los cholos grandes cuando se van por las cañas *pa'* bajo; pero no tanto *tamién, pué* –prometemos.

Las mujeres de los principales con su mantilla blanca de seda bordada.

–*Tamién* ellas tienen pecados, Pancho Francisco– arrodilladas en las bancas de las primeras filas.

–Un *montononón*, si supieras–, agachan la cabeza y rezan.

– Bah, *entón* los ricos *tamién* se queman en el infierno –.

–*Entón* ya tenemos compañía en la quemazón, ¿*di* cholo? –

En actitud de oración las mayestras de la ciento dieciocho, rezando *pésame* señor, golpeándose el pecho, *pésame* señor y en la noche *dejuro diciéndo* cuanto pesa este señor.

–Arrepiéntanse pecadores–, levanta la voz el cura Jeremías Caycho, como un grito de guerra en nuestros infantiles oídos.

–Otra vez la burra al trigo, ¿*di?*, qué malos *semos, di, carro viejo*–, asustándonos.

Un ácido resquemor sale de nuestro estómago, amargándonos la boca.

–El infierno será su morada y su destino final–; la cabeza nos da vueltas.

–*Dejuro mey* de quemar en el infierno, *achachau*–, sentimos mareos.

–Pucha, qué tan malo soy–, sudando frío, al borde del desmayo.

–*Si nu'as tomao* tu caldo, *pué*, gafazo; por eso *nomá* es, no *sias* sonso.

–Cumplan con los mandamientos de nuestra santa madre iglesia y con sus benditos sacramentos, para el perdón de sus pecados y serán salvos –levantando su dedo acusador– y con las limosnas también, que es el único sostén de nuestra santa madre iglesia –en actitud de castigo.

Probablemente allí concluían las reflexiones teológicas.

Nuestros ojos, como águilas de los montes que miran la parvada de palomas, se desvían solos –Señor, ¿es pecado?–, sin querer queriendo, hasta la otra fila de bancas, hacia una peineta bordada, un vestido blanco radiante y zapatitos blancos recién lustrados....

Dorissa Haydée, con sus inmensos ojos claros, nos sonrío dulcemente.

Se inicia un largo camino hacia el exilio, al país de las quimeras, al continente de las ilusiones, al mundo de la hermosura y la mágica ilusión.

Hasta aquí llegan nuestras tribulaciones y temores religiosos.

Su mirada tierna se encuentra con la nuestra.

Si el paraíso es para los buenos, Señor; no nos interesa saber si somos buenos y si el infierno sea nuestro destino final.

El paraíso existe y está en los ojos de Dorissa Haydée.

A nuestro alrededor nada existe. Se derriten nuestras pesadillas. Qué me importa que el *demoño* al infierno me lleve.

La meditación se vuelve turbación.

–*Contentado* algo estoy-, musitamos asombrados.

La felicidad existe y se llama Dorissa Haydée, con sus mejillas rosadas, su cerquillo de paja de arroz y su sonrisa de niña buena.

No escuchamos ya más. Ni una sola palabra de lo que el cura Jeremías Caycho borbotea. Para nosotros, la misa ha terminado. No nos interesa

Ni el violín del cantor, que suena con notas agudas y profundas.

Nada llama nuestra atención; ni el perro pulguento y carachoso que se mete a la iglesia, se echa sobre el piso de la primera fila y nadie se atreve a botarlo.

–*Dejuro también* quiere que le perdonen sus pecados-, dice riéndose bajito el chino José Tomás.

–¡Déjalo *pué*, pobrecito; *dejuro hay veniu a golpiarse so pecho con so pata coja*; no como vos, que ni te arrepientes, ni nada, y sólo andas pensando sonseras.

Aterrizamos de nuestro viaje por la fantasía cuando; formaditas, tiasas, calladitas y los brazos pegaditos a la falda, pasan las niñas de la Escuela de mujeres ciento diceciocho por el pasillo central, rumbo al altar mayor a recibir el sagrado sacramento de la Comunión.

Ahí en su inocencia y candor, en la dulzura de su mirada, en su ingenua sonrisa y a través de la hostia consagrada, reciben el Cuerpo de Jesús, el Cristo Señor.

Y Dorissa Haydée, con la cabeza inclinada que deja ver la raya derecha de su peinado dorado, con la mirada sobre el piso, las manos juntas en mágica actitud de oración, se arrodilla y sus labios murmuran una oración.

–Acuérdate de mí y reza también por mí-, musitamos presumidos.

La busco ansioso, hasta que nuestras miradas nerviosas y cálidas se encuentran nuevamente

¡*Pucha* cholo hermano, el arco iris del puquio del Lango Lango no tiene siete colores!. Los latidos de nuestro núbil mi corazón tienen todos los matices que pueden caber en la febril ilusión de un niño de siete años!

Creemos en Dios.

Perdónanos, Señor; pero charla que charla como patas, *es acaso pecao* que nuestro corazón brinque de contento en la iglesia y si nó, Señor don Jesucristo, no se casaría aquí la gente, *verdacita?*.

En hombros de los mayordomos – *oy*, esos cholos están con la *tranca* de anoche, *tuavía, dí-*, en procesión pasean a la Inter por el perímetro de la plaza de La Playería.

Los devotantes serios y cariacontecidos, los feligreses cantando, el cura dale a la conversada con el cantor en latín –“mejor, para que no nos entiendan estos pueblinos”–, las rezadoras quemándose las manos con la cera derretida.

Detrás de todos, los niños de la Escuela ciento diecisiete en una fila y las niñas de la Escuela de mujeres en la otra; mirándonos, ojito, ojito, mientras la banda de músicos interpreta la marcha del Señor de los Milagros.

Las miramos perderse por la puerta de su Escuela y nuestro pecho sigue aún agitado.

–¡Le gusta la gringuita! ¡*Si'a templo* de la gringuita...!, grita burlón Adelmo Portales.

No entendemos las aceleraciones de nuestro pulso y el nerviosismo de nuestras manos.

–¡Ya dejen de fregar, canijo! –brota la protesta de mi pecho, no tan convencido.

Con ganas de agarrarnos a las trompadas con los compañeros del salón, que de regreso a la Escuela siguen friega y friega.

INVITACIÓN

La mañana del primer lunes de agosto, la novedad se ha vuelto interés y el interés es cuchicheo general: la Escuela de La Playería ha sido invitada a participar en el primer concurso provincial de Cálculo, que se realizará en Wamanmarca.

El maestro Eliseo Saldarriaga, con su cara colorada y sus labios gruesos, lee en voz alta el oficio que la Supervisión de Educación Primaria ha enviado a nuestra Escuela y a los otros trece distritos de la provincia de Wamanmarca.

–*Dejuro*, los wamanmarquinos quieren reírse de nosotros –comenta despacito Máximo Tucto, mirándose los pies *pispa, pispa*.

–Clarín, clarinete, *lu'acen pa'* lucirse los provinciales –comenta el primo Héctor Albán, rascándose las orejas–. *Me* tío Alfredito *mi'a contao* que los niños wamanmarquinos van a *l'escuela* con zapatos flamantitos, bien a la gorra y *encorbataos*.

Miramos, desconcertados, nuestras camisas descosidas, los pantalones parchados y los pies descalzos –puro mugre *nomá*– y un vaho de tristeza nos invade –así *dejuro* será, *pué*, murmuramos.

–*Dejuro* los wamanmarquinos *nomá* nos *envitan pa'* que *andelante* de todos nos digan que *semos* burros, *sidenó pa'* qué más, ¿ah? –dice apretando las mandíbulas Paulino Saraiva, limpiándose el sudor con la manga de su camisa.

Desde ese lunes todo se vuelve diferente *pa'* los *indiopishgos* de la Escuela y para los maestros también. Se acabaron los *ja ja ja* y los *ji ji ji*, las carcajadas y las bromas.

–¡Es momento de demostrar de qué madera estamos hechos!-, dice muy seguro de sí y con carácter de desafío el maestro Saldarriaga.

–Madera; *ques* pues eso- dice sorprendido el Pancho Albites- que *pué* aquí magüeyes y carrizos, *nomás* hay-

La chacota y el cochineo de los *mayestros siacabaron dasito*:

–Esa *panzaza* no es cervecera sino chichera, profe-.

–La profe Josefina está buenaza, ¿no?.

–Mejor están las piernotas blancas de la profe Liliana...

–¿Y qué me dices del cuerpote de la profe Violeta, ah?.

Ante tanta novedad *novedosa*, el Victorio Victorino, pregunta:

–¿Y a los *mayestros* cuando sacan rojo, *tamién* les meten golpe como a nosotros-, invitándonos cancha de maíz tostado, de su talega de lana.

La preocupación ensombrece sus caras y las de nosotros también.

–Gafazo, *mayestro* no pega *mayestro*; con cerveza y cañazo lo arreglan *das-dás* –aclara el flaco Guillermino Quisperez.

–Borrachos *nomá* se pelean por las *mayestras*, ¿no *lu'as* visto la otra noche a *ño* César Morales, chorreando sangre su nariz, por los puñetes del *mayestro* Pedro, *disqué* por andar sonándole las campanillas, a la *mayestra* Pancha Luz?

El concurso no es sólo para los alumnos de la provincia, sino para los maestros, también.

–¡Aquí te quiero ver, Catalina, si eres seso o sólo harina; si tienes algo de bueno o tienes más malo de lo malo!-, dice riendo el viejo Joshua, al enterarse de la noticia.

Ha pasado el primer recreo de la mañana –*pa'* ir a *pishir* entre las cañas de *ño* Lucio Mendoza

El maestro Augusto Prieto, con su cara colorada y su peinado de copete, levantando la voz, llama:

–Gonzalo, Eugenio, Máximo y Marco se quedan conmigo todos los días, después de las cinco, a repasar Cálculo, para el concurso.

Y desde ese lunes por la tarde, dale que dale a los números, las sumas y restas, multiplicaciones y divisiones; contando con los dedos y aprendiéndonos la tabla del siete como *agüita*.

–Los problemas con quebrados no son números partidos en varias partes, gafazo.

En los decimales poniendo el punto derecho *pa'* que no sumes sonceras.

Llevamos tareas para la casa, terminando los ejercicios con la luz del lamparín a kerosene: soplando el humo que se mete por nuestras narices y nos enrojece los ojos.

–¿Y ahora *pué* qué *guañulingos* jugarán los partidos a la salida de la Escuela?–.

Pircamos nuestros cuadernos como arcos y el que mete gol gana, listo y no hables tanto, que ya se hace de noche y yo soy Miguelito Loayza y yo Lolo Fernández y yo Alberto Terry, dándole a la pelota de jebe, antes que anochezca y nos caiga una tanda de los mil diablos por no traer al Palenque de la inverna, *pa'* que el viejo Joshua salga mañana bien madrugado, a traer las yucas *pal* almuerzo de la peonada.

–En quince días realizaremos el concurso distrital de Cálculo y vendrán los niños de las Escuelas pertenecientes al distrito de La Playería y de allí saldrán los que irán a la provincia de Wamanmarca –dice en la formación el director Eliseo Saldarriaga–. Nosotros sus maestros confiamos en que nos harán quedar muy bien –mirándonos uno a uno, con su cara colorada, sus labios gruesos y su andar cortito.

Sabemos lo que significa “eso de no quedar bien”:

Una cargada como gallo de pelea y una tanda de palos en el trasero y, corriendo *corriendito* meter el trasero en la *cequia* que pasa *trasito* de la escuela, *das, das*.

Si nosotros estamos preocupados; nuestros maestros tembleques, tembleques también están.

El viernes en la mañana, el patio de la Escuela ciento diecisiete es un ambiente multicolor.

Rebalsando está de caras prietas *pispadas*, camisas a cuadros, ponchos marrones, miradas de miedo y alforjas de colores con fiambres olorosos.

Son los alumnos de las Escuelas de los caseríos y anexos colindantes a La Playería.

La mayoría viene por primera vez al valle, asombrándose de tanto verdor.

–*Gualito* de cojudos, como cuando nosotros vemos por primera vez el mar.

Los miramos intrigados y curiosos.

Sus camisas de franela y sus pantalones de lana, sudando gota a gota bajo el tremendo sol del mediodía.

De lejos los miramos con aires de superioridad.

–*Peyor, dejuro*, nos mirarán a nosotros los *provinciales wamanmarquinos*-, decimos resignados.

Luego del almuerzo se juega un partido de fútbol entre la Escuela ciento diecisiete contra todas las demás, en tanto los maestros confraternizan también.

Entre cerveza y cerveza, las maestras solteras que han venido de los caseríos hacen ojito, ojito, a los maestros jóvenes de las otras Escuelas, también.

Ganamos el concurso de Cálculo y goleamos en fútbol también.

Tenemos que viajar a Wamanmarca a *mecharnos* con los provinciales y distritales.

–*Ayayay, ayayaycito, achichin, achichínzote*.

Dos meses de *chanque* y *chanque* de lunes a viernes, de cinco a siete de la tarde, sin faltar un solo día y con tareas para el fin de semana.

Medio oscurana, de corrido la tabla del siete, del ocho y del doce, *layralayra* cantando los números *layra layralayra layra* por el borde de la acequia.

Las sumas y restas recorriendo el agua, los quebrados por el camino viejo, sacando el mínimo común múltiplo regando los plátanos, los problemas de más aquí, menos allá, más la tercera parte de acá, menos lo de la mitad de allá y el doble de por acá y etcétera, etcétera y etcétera.

HOTEL

El domingo por la tarde, trepados sobre el camión Ford 350 de *don negro* Abram Benito Rosales, seis *shúmbulos* playinos arribamos a la Plaza de Armas de Wamanmarca.

Al costado de la Catedral, temblando de *la* frío nos hemos *quedaos* asombrados.

El *pinche* Mauricio mirando el recién inaugurado hotel para turistas.

El niño Manuelito, estupefacto delante de los autos de ocho cilindros y cuatro puertas.

El chino Eugenio tratando de entender por qué el Sol se oculta por el mismo sitio por donde ha salido por La Playería.

El negro Raymundo asustado mirando a un grupo de muchachos de cabello largo, sandalias y pantalones rotos.

El pelusiento Renato ojo a la canasta de bizcochos calentitos que una señora lleva presurosa.

Y el loco Evelio tras una muchacha de ojos celestes, falda corta y botas altas.

Nuestros cuerpos están ateridos de frío.

–¡*Lalay, caracho* que *friyo qui'ace* por estas alturas! *¿Di?*.

La cabeza que quiere estallarnos.

–*Mayestro*, medio sonso estoy –conteniendo las ganas de vomitar.

–¿Qué te quejas, ah? Si sonso siempre has sido –mientras caminamos una callecita, *pum pum pumpum* el corazón como la caja carnavalera del *chueco* Octavio Niño en la fiesta de las cruces, *pum pum pumpum* saltando en nuestro pecho, faltándonos el aire, ahogándonos.

–Es el soroche –explica el maestro Augusto Prieto, que ha estudiado para maestro en la Escuela Normal de Wamanmarca–. Se debe a que en la altura el oxígeno se enrarece y la presión aumenta y como ustedes son de la hondonada, les afecta; pero ya les pasará, es sólo cuestión de adaptarse y nada más. No se preocupen, para mañana ya estarán mejor.

–Qué lindo y facilito es *decilo, ¿di, cholo?* *Entendolo* es la problema.

El negro Raymundo está *debocando* en media calle, *ashaturado*, agarrado a dos manos de un poste de luz, vomitando su hierba luisa del desayuno.

–Cierto es *entón, oy*; que *shingos* en la puna *nu'ay* –comenta el loco Evelio, viendo el mal estado del Raymundo.

Llegamos hasta una vieja casona colonial.

–Aquí, *pué*, dicen se hospedó el general Simón Bolívar y su tropa y en su recuerdo le han puesto Gran Hotel Bolívar en un semicírculo y con letras negras-, explica el hotelero, enrollada su

bufanda de lana, alrededor de su cuello.

-Y es de tres estrellas-, recalca.

-¿Y *pa'* qué, *pué*, son esas estrellas, ah? -pregunta el chino Eugenio, mirando el portón grande, de madera gruesa, pintada de marrón.

-Es *disqué*, *po* la categoría, *pué* -responde muy serio el Renato-, por eso *de mejor* te duermes en el *suelito*, no *vay ser* que te cobren de la cama y las *frazadas*, y *di'ónde* vas pagar, si ni plata tienes- riéndose a escondidas.

-¿Cierito maestro, que tengo que dormirme en el suelo? -pregunta sorprendido Eugenio.

-No, no es cierto y no le hagas caso, que sólo lo hacen por fastidiarte -sonriendo el maestro Manuel Ordinola, enseñando sus dientes blancos y ordenados.

Tiene el piso de madera y las paredes de tapial, los catres son de fierro fundido y los colchones de *sonja* con sábanas de bramante, que por el frío se congelan.

-Mejor arropadito sólo con las frazadas de lana, *nomá*.

Al fondo han construido un cuarto grande que tiene varias tazas de losa blanca con su cadena para jalar -escondidito y sentadote como la gente decente, *pa'* hacer nuestra *necesidá*-.

Despertamos temprano. Aún nos duele la cabeza y no hemos dormido bien, a pesar de las cuatro frazadas que nos han puesto para abrigarnos.

-¡Ah, *burro friote*, cholo lolo!-

A las justas nos mojamos la puntita de los dedos, como gatos nos lavamos la cara, sacándonos las legañas, *nomá*.

-Ni sonso *pa'* bañarme -dice el pelusiento Renato-. De repente se me enfría el seso y en el concurso no contesto ni *michi*; ni gafo que fuera.

Tiritando de frío, pensamos igual.

-*Dejuro* por eso *lu'an* hecho acá el concurso los wamanmarquinos alevosos, *pa'* que puedan ganarnos facilito; mañosos *tamién* habían sido, ¿no?

CONCURSO

En la Escuela Primaria de Varones Ochenta y uno, símbolo educativo primario de la Provincia, han estudiado todos los *ilustraos*, leídos, leguleyos, *escribidores*, autoridades y demás hierbas, dicen orgullosos los wamanmarquinos.

Sus anchos muros de adobe, pintados de color alabastro, sus ventanas pequeñas con marcos de madera pintadas de verde y un portón enorme de dos hojas con aldaba y llave de convento.

–¿Qué *laya* de color es alabastro, ah?.

–Amarillo es *pué*, sonso, ¿no ves o ciego *tamién tia güelto el friyo*?.

El amplio patio *encementado*, está rodeado de arcos donde esta mañana y desde temprano *bullea* una *tandalada* de indios que no pasan de los trece años de vejez, como dice don Absalón Moriano, cuando le preguntan su edad.

–Oye, cholo, el cabildo parece *¿di*?.

–El loco tiene como treinta y cinco años –dice burlón el pelusiento Renato–. Que tenga la cara de niño es otra cosa, pero viejazo *nomá* es.

El loco Evelio, que no aguanta pulgas en el cogote, se enfurece, propinándole un sopapo en la cabeza.

–*Despuécito* vas a ver, pelusiento –enseñándole los puñetes–. Carnero merino, pareces vos –amenazante.

–Ningún wamanmarquino es mejor que ustedes –ha dicho el maestro Atilio Saldarriaga, mientras tomamos desayuno en una juguería de la Plaza de Armas–.

Es wamanmarquino y ha estudiado la primaria en la Escuela ochenta y uno. Ahora es director de la gloriosa ciento diecisiete de La Playería.

Soñolientos estamos todavía.

–*Dispierta*, muermo, que ya salió el Sol–.

Duele la cabeza y zumban los oídos.

–*Creyo* que tengo zancudos metidos en las oídos; *a'vé, das mira dentro* de mis orejas–.

Las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

–¡Qué burro friote!-, tiritando de frío.

–¡*Lalau!* ¿Cómo pueden vivir aquí estos indios wamanmarquinos?.

Somos alrededor de un centenar de tímidos muchachos, venidos de los catorce distritos de la Provincia de Wamanmarca.

–De este primer Concurso Provincial de Cálculo, esperamos, saldrán los profesionales,

doctores, ingenieros, científicos y técnicos que dirigirán los destinos de la provincia y del país – comenta orgulloso un señor de terno azul marino, que dicen que es el *diritor* de la ochenta y uno, con lentes de carey y bigote recortado.

–¿Sabes que's científico, o de no?, ¡*Entón* cómo vas a ser científico, si ni sabes qué's!

Formamos en el patio, año por año.

–Más *pa'* allá, cholo mugroso, que me contagias tus piojos–, con los maestros a los costados.

–Sonsonazo, *pa'* que lo sepas, en *la* calor *nu'ay* piojos, *zancodos* nomás hay–, mirádonos recelosos.

–*Nigüento* eres vos, que con tus *coches nomás* te duermes–.

Sobre el entarimado están las autoridades provinciales, con sus ternos planchaditos y sus corbatas rojas.

El maestro Atilio Saldarriaga nos alienta:

–Resuelvan tranquilitos su examen y no se apuren, ni se pongan nerviosos. Si no saben una pregunta, pasen a la siguiente y si les sobra el tiempo revisen todo de nuevo. Además, ustedes han estudiado muy duro y muy fuerte; nosotros sus maestros lo sabemos y estamos orgullosos de eso. Queremos que sepan que nadie de Wamanmarca es mejor que ustedes y por eso están aquí representando a La Playería–.

La emoción, como si *jueran* agujas, hormiguea en nuestros pechos.

Nos miramos sorprendidos y unas extrañas ganas de llorar se reflejan en nuestros ojos; no sabemos si es por la emoción del momento o el miedo a enfrentar nuestros propios miedos, o a los provinciales o todas las dos cosas, a la vez.

–¡Tres hurras por La Playería, ji jip, raa; ji jip, raa; ji jip, raa; Playería, Playería, ganará, ra, ra, rá! –y palmas alegres, abrazándonos entre nosotros.

En el patio de la Escuela, por un altoparlante, un viejito canoso de lentes gruesos, terno oscuro a rayas y corbata colorada –es el Supervisor Provincial de Educación de Wamanmarca– habla de su satisfacción personal, del esfuerzo conjunto de las autoridades para este magno evento, de las mejores inteligencias de la provincia y no sé de cuántas cosas más, que no nos acordamos ya.

Orgulloso, dice: es un honor recibirlos en las centenaria aulas de la Escuela Ochenta y uno, crisol de la intelectualidad wamanmarquina.

–¿*Qué's* crisol, *Ugenio*, ah?.

–*Creyo que's* el creso, que lo venden a sol la botella, gafo.

–Oye cholo, arrímate un poquito más *pa'llá*, hasta *onde* hay *solcito*, *pa'* calentarme un poquito– enseñándole los puñetes a un zarco encañadino que nos mira asustado.

Nuestra escuela abre sus puertas para una competencia matemática de gran valor para la educación y formación de profesores y alumnos; pero debemos recalcar que este concurso es sólo una competencia y no una pelea ni nada que se parezca. Desde ya, todos son ganadores.

Aplausos

–Aplaude *juerte* cholo, *pa'* que se te calienten las manos, *das-dás*.

Formados en fila de indios ingresamos quince niños a cada salón.

–*Oy Evello* –recomienda el negro Raymundo–, contestarás bien el examen, porque *sideno*, de la *tanda* del *mayestro Atillo* y de tu taita no te salva ni la Patrona de La Playería –mirándolo todo colorado–, milagrosa es, pero apañadora *nu'es*, *ja ja ja ja ja*.

Los wamanmarquinos se han justificado:

Como somos provinciales hemos puesto a dos niños por salón. Ningún maestro ha dicho nada.

–*Dejuero* agarramos primero y segundo puesto, y los hacemos quedar mal a todos estos

distritanos advenedizos.

Así *siguro lo* habían *dicido*, tramposos, diciendo.

–Playería, los que van a morir, te saludan –dice serio el loco Evelio, levantado el brazo, como la historia que ha leído en su enciclopedia Venciendo del quinto año.

Lo miramos asustados.

Sobre una pizarra recién pintada de negro, los cuadros de Miguel Grau, con su barba negra redonda, y Francisco Bolognesi con su *chivita* –igualito al indio Casimiro Rueda, ¿di?, con sus barbas ralas mirando de perfil.

Nos sentamos sobre carpetas marrones de madera que huelen a pintura fresca, la que pretende disimular las rayas y dibujos en su tablero.

–Buenos días niños –dice la voz aflautada de un maestro flaco, ojeroso, de pelo trinchudo y chompa cerrada hasta el cuello.

–. ¡Buenooooo díaaaas, queridoooo maestrooo!-, contestamos a coro las quince voces.

El piso de cemento está bien barrido, oliendo a creso, que nos hace estornudar.

–Ya saben de qué trata todo esto: uno en cada carpeta y contesten lo que saben y nada de copiarse, ni de estar mirando al compañero, porque su compañero sabe menos que ustedes y no quiero anularles su examen –carraspea, para que su voz salga más clarita–. Tienen una hora y media para resolver el examen y si han estudiado no tendrán mayores dificultades; así que, a comenzar –mirando su reloj, ajustado sobre su muñeca izquierda–. Espero que tengan éxito.

Un alboroto de carpetas, de pasos, luego un absoluto silencio.

Nos entrega unas hojas con los problemas, ejercicios y preguntas; además de una hoja en blanco para hacer los cálculos y operaciones. También un lápiz amarillo con la punta bien tajadita y un borrador blanco nuevito, que huele muy bien.

–A ver, a ver, viejito *acordionero*... –recordamos las palabras del maestro Alcidio Tavares–.

Hemos resuelto las preguntas y a eso de las once, cuando las tripas comienzan a gruñir, el maestro recoge los exámenes.

Salimos apurados. *Contentados* unos, *agachaos* su cabeza los otros.

Hay inocultable impaciencia e inquietud entre los maestros de los concursantes, reflejados en sus miradas ansiosas y desesperadas.

–¿Y, qué tal?, es la pregunta en coro de voces nerviosas.

–Más fácil que comerse un bizcocho duro –contestamos, sin decir más.

Los maestros, sin entender bien, suspiran aliviados.

Nosotros corriendo a los baños, para hacer la pila.

MAURICIO

Sentado en la última carpeta del aula de transición, Mauricio Cruzado está leyendo las preguntas del examen del concurso, con un ligero retortijón en la barriga.

Ajusta la panza –nueve por ocho, setenta y dos–, tratando de no hacerle el menor caso –pongo el dos y llevo el siete–, a pesar que está molestándolo –la mitad de siete... – todo incomodado.

–*Dejuro* ya pasa –murmura–. *Friyo* será de repente, *pué* –sobándose la barriga con la mano izquierda–, pero si *biencito hei estau* y harto oriné en la mañanita –escribiendo los resultados.

–*Tamién* hice *el dos*, como me dijo el maestro Saldarriaga–, apretando y pujando.

Una ligera sudoración sobre su labio superior –dos menos nueve, no puedo; presto uno y tengo doce–, la panza doliéndole –doce menos nueve, tres–, haciendo las tripas *glob glob glob*, pujando, sudando, apretando y dale con las sumas de los problemas; doliéndole más fuerte *glob glob prrrr glob prrrr*, los retorcijones aumentando –ya pasará algo–, resolviendo los problemas de sumas y restas *glob glob prrrr*, su barriga tronando *glob prrrr prrr*, cruzando las piernas.

–Alumno, ¿se siente mal? –pregunta interesado el maestro de terno azul marino y corbata roja, acercándose al verlo *curpadito* sobre la carpeta, la cabeza pegada a la hoja del examen, sudando y haciendo gestos desesperados con los músculos de su cara,

–No, señor *mayestro* –contesta Mauricio, con voz temblorosa y casi sin aliento, sudando frío, apretando los dientes, cruzando las piernas desesperado, moviéndose inquieto.

Sucede que el desayuno de la mañana está haciendo su trabajo digestivo.

Acostumbrado a tomar *nomá* su matecito de *pirgush* con *cachangas* tostaditas, el jugo de papaya con plátano y los dos huevos pasados están revolviéndose en su estómago *glob glob prrr glob glob prrr glob*, conjuntamente con las dos tazas de leche de vaca con su nata amarilla nadando.

–Sírvanse un poquito más, que deben alimentarse bien-, invita el maestro Rodolfo Pinares-; su pancito y su mantequilla de pura leche de vaca, que aquí mismo lo hacen–, revolviéndose en la barriga de Mauricio, correteando sus tripas.

–Qué *pué*, sólo canchita con *manzanillita* hervida, *nomá* toma.

–Tomen bien su desayuno niños –resuenan en sus orejas las palabras del maestro Fermín Alvarado–. Hoy es un día muy importante para la Escuela ciento diecisiete, para La Playería, para ustedes y para nosotros también.

Importante por los resultados del concurso de Cálculo; pero, con toda seguridad, inolvidable, para Mauricio Cruzado.

En su estómago un revoltijo de vitaminas, proteínas y la grasa animal, torpedeando sus intestinos, dinamitando su estómago.

Lo demás es sólo cuestión de tiempo, de aguante y de cuan macho *machote* sea el cholo Mauricio.

–Como los principales de la Playería que se aguantan bien derechitos la hediondez de un cuesco seco, que *curne* como rocoto molido y *qui'uno* de ellos *sia tira* en la mesa del almuerzo; pero todos se hacen los sonsos, mirando al techo, con ganas de *devocar*; pero principales son, pues.

Sopla, sudando frío y caliente; bufa como buey cansado, caliente y frío.

Sintiendo la desesperación bajándole por entre las piernas, mojando sus pantalones, respirando agitado, enrojecido de la vergüenza.

–¡Aahhh...! –es un aliviado suspiro desde el fondo de sus tripas, al borde del desmayo y la inconciencia.

Un fétido olor a podrido invade el aire, esparciéndose por el salón; incrustándose violentamente en las narices de los demás niños y del profesor, también.

–¡Si'a cagao, ese niño si'a cagao! –grita el *bullerío*, señalándolo con sus dedos acusadores; tapándose la nariz unos, dándose aire con las hojas del examen.

Los alumnos wamanmarquinos agachados vomitan el desayuno de la mañana, al costado de las carpetas.

–¿De dónde eres? –pregunta asustado, confundido y atolondrado el joven maestro, cuidador del aula, mirando incrédulo lo que está pasando en su salón, a través de sus lentes de carey.

–De La Playería, señor *mayestro*, de La Playería –contesta avergonzadito, como un inaudible murmullo.

El característico olor de la diarrea lo invade todo.

Dejando su hoja de examen sobre el tablero de la carpeta, camina abierto de piernas, desde el fondo del salón.

Asustados los maestros de La Playería, lo cogen de los brazos y lo llevan presuroso hacia los baños de la Escuela Ochenta y uno.

Lo desvisten y calato lo bañan en una de las duchas, con el agua helada de Wamanmarca.

–*Cacaucito*. ¿Y si se lo da una *pulmonía* y si *güelve* tísico con este friazo, ah?

El maestro Alvarado, apurado camina hasta el mercado central. Se apresura tanto como se lo permiten sus largas piernas y su flacura, para comprarle trusa, pantalón y camisa nuevos.

Mauricio Cruzado se ha cagado en los pantalones.

–Cagón, cagonazo-, lo fregamos después.

Cagado y todo el cholo choropampino ése, sacó el Primer Puesto de Transición en el Concurso de Cálculo, por encima de todos los participantes de la provincia, incluidos los dos cholos de la Escuela Ochenta y uno.

–Mas que *seya*, ropa nueva estrenaste, ¿di?

PREMIACIÓN

En el segundo piso de una antigua casona de la plaza de armas de Wamanmarca, está la Casa de los Preceptores –del *mayestro*, *si dice*–.

Sobre un pequeño tabladillo hay una mesa grande de caoba tallada, con sillones de respaldar alto, forrados con cuero repujado, en los que se van sentando las autoridades de Wamanmarca.

En el centro, el canoso prefecto departamental –*disqué* su sobrino del general Iglesias es–, terno azul marino con la banda peruana cruzándole el pecho y su engominado mostacho puntas para arriba.

A su costado, el Alcalde de la provincia de Wamanmarca, un viejito calvo, de cara redonda, lentes gruesos y oscuros –diputado por Wamanmarca *tamién* ha sido–, terno azul y mostacho grueso, canoso.

El Presidente de la Corte de Justicia, con una medalla dorada colgada en el pecho, colorado, de mostacho y perita.

–Adelante es *pa'* la gente decente; los indios y los cholos, *pa'trás, pa'trás* –ordena un guardia civil, de nariz achatada, ojeras grandes y kepí verde.

Al fondo, un grupo de playerinos con sus ponchos y chales color nogal, onzas de oro y *moraos* blanquean sus sombreros de palma con sus cintas negras; sacando pecho, gritan:

–¡Pla-ye-ría, Pla-ye-ría, ra ra rá!, bulleando de lo lindo, alegres y bien *contentados*.

No entendemos bien el significado de tanta alegría y el enronquecimiento de sus gargantas y las del viejo Joshua, también.

Tampoco el orgullo de los paisanos viejos, que nos abrazan cariñosos, con un tufo de alegre *guashpay* bailando en su interior.

Ni el rojo de sus ojos de las muchachas jóvenes con sus caras de rosada alegría –crecerás *pa'* casarme contigo–, dicen llorando, mojando nuestra frente con sus lágrimas.

Los playerinos que estudian la secundaria en el centenario Colegio San Román de Wamanmarca, emocionados nos levantan sobre sus hombros –algo bueno *dejuro* habremos hecho, ¿*di*, Evelio?–, alegres gritan nuestros nombres –qué será *pué, pa'* que estén tan *contentados*–.

–Ya no más seremos los simples *chancaqueros* burros playinos –dicen–.

Estamos llorando también, sin entender bien por qué.

En la mesa grande, cubierta con una tela verde, serios y revisando papeles están también los Inspectores de Educación Primaria y organizadores del Concurso Provincial de Cálculo de

Wamanmarca.

Don Antonio Fernández de la Cerna, de cabello encanecido y peinado con raya a la izquierda; don Félix Sidia Calderón Gálvez, de ojos saltarines y bigote pequeñito y don Horacio Quiroz de la Cotera, su calva pronunciada, de cara redonda y cachetes grandes.

Un joven maestro de sonrisa alegre y peinado con copete –*mayestro* de *ceremoñas*, *disqué* es, gafo– va diciendo nuestros nombres y apellidos completitos, el número de nuestra Escuela, la ciento diecisiete, bien clarito y el nombre de La Playería bien *fuertote*.

La emoción se anuda en nuestras gargantas

–No llores sonso –dice el negro Raymundo–. ¿Acaso no somos los machos *machazos* de La Playería, ah?-. Pero él también está llorando y los otro cuatro playerinos, también.

Escuchamos más palmas y se enrojecen nuestros ojos.

Sorprendidos miramos a toda esa gente extraña, que no conocernos; pero sospechamos que son distritanos, como nosotros.

–¡Buena muchachos, eso vale!–, nos sonríen con cariño-, haberles dado contra el suelo a los wamanmarquinos no es poca cosa-, nos felicitan.

Dicen tantas cosas bonitas.

–Ejemplo son ustedes, porque faltándoles mucho, como distritanos que son, lo han dado todo- dice al alcalde de Wamanmarca.

Y el prefecto, con su voz ronca:

-Sabemos que dejaremos en muy buenas manos el desarrollo y el progreso de Wamanmarca y de eso, estamos muy orgullosos–.

Aplaudiéndonos.

–Tan *chicashos que'stamos* y ya nos quieren dar *responsabilidad*.

Nuestros siete años no entienden tantas palabras.

Nos entregan diplomas con un montón de firmas –garabatos parecen, ¿*di?*–, las medallas relucientes con su cinta roja y blanca –*lindazo* se ve colgadita de nuestro *pecscuezo*, hasta parezco el prefecto, ¿*di?*–, el abrazo de las autoridades provinciales felicitándonos.

Contentos y orgullosos, los cinco cholos payinos, enseñamos nuestros diplomas y medallas.

–¡Playinos para todo el mundo, *canijo!* –grita vozarrón Segundo Abelardo– y aquél que diga que no, la pita que lo partió, y palmas, cholos playinos, *ji ji jip rá, ji ji jip rá*.

Es una noche de orgullo para La Playería.

Dos primeros puestos: el pinche Mauricio y chino Eugenio; dos segundos puestos, el loco Evelio y el negro Raymundo y dos terceros puestos, el niño Manuelito y el pelusiento Renato.

Los wamanmarquinos han sacado solo dos terceros puestos.

Nos miran recelosos. Los otros distritanos, asombrados nos miran, también.

Nuestros maestros puro contento, pura risa, *nomá* son.

Terminada la premiación nos llevan al Hotel Bolívar, –*tardecito* es ya-, dicen.

El director Saldarriaga y el maestro Prieto, con el pellejo contentado, presurosos regresan. Tienen una reunión de confraternidad en el club Wamanmarca: comilona y borrachera, como en la fiesta de julio.

–Es con los demás *mayestros* provinciales, sacando su pechazo, *dejuro* están.

Entre sueños, sentimos su regreso. En el bar del hotel siguen jaraneando, borrachos de contento cantan carnaval:

Si quieres reír, si quieres gozar,
a La Playería te tienes que ir,
su cuy con su papa nu'a de faltar,
y su chicha ricaza... ¡eso es vivir!

La noticia ha llegado a La Playería y sabemos que nos esperan contentos.
Sólo nos interesa que Dorissa Haydeé, su cerquillo castaño y su sonrisa blanca nos reciban.
Alegre nos mire, dulcemente.
Eso vale más que el cielo y todos los diplomas y medallas juntas.

**ARRIEROS
SOMOS**

*Secas hojas de caña
por donde se escurre
el aguacero de mis penas*

I

En el desvío de la Panamericana, amanece.

Los modernos buses de dos pisos rugen sus ruedas a más de cien kilómetros por hora.

Sus conductores, con las manos tensas y los ojos insomnes se aferran tenazmente a sus timones, para no patinar y escurrirse violentamente de esa, apenas visible franja negra.

Traylers con carreta, luces multicolores y veintitantas llantas, braman también su prisa en esta enneblinada madrugada de la segunda semana del mes de agosto de mil novecientos noventa y cinco.

—¡A Wamanmarca! ¡Faltan dos! ¡Ya salimos, faltan dos! —grita una voz trasnochada, llamando a los escasos y somnolientos pasajeros que, a las cinco de la mañana; cargando alforjas, mochilas y costalillos, viajan a la capital de la provincia, *cuesteando* las orillas del Jequetepeque.

En la distancia. Incipientes laderas se perfilan tenuemente, pincelando un ligero resplandor, sobre sus cumbres presagiadas, pero aún lejanas.

La *negritud* del amanecer retira sus sábanas lentamente, presintiendo el alba.

Un vaho adormecedor y angustiante penetra en los pulmones, llenándonos hoy por hoy con su soledad y su abandono.

Dentro de esta inmensidad nos sentimos del tamaño del grillo aquel, que en la distancia suena su *cri cri cri*, otrora jubiloso y esperanzador.

El arenal es un amplísimo mantel oscuro que se arrastra silencioso hacia mar.

Entre la neblina descubrimos el deslumbrante lucero de la mañana y la brillantez de la Cruz del sur.

Tantas veces y en un sinnúmero de anocheceres y madrugadas fueron nuestra compañía y consuelo.

Nuestra orientación y nostalgia.

La esperanza compartida con otros tantos desorientados de la vida.

En la oscuridad de los cielos de Macusani invernal, entre las nubes de Cangallo, los nevados del Callejón de Huaylas, la neblina del abra del Gavilán, la espesura de la Cueva de las Lechuzas y la jungla San Gabán, los vientos de las pampas de Junín, las tempestades de Huacrachuco, las granizadas de Cerro de Pasco, las lluvias de Paucartambo, las playas tumbesinas, las nieves del Huaytapallana, las alturas de Omate y la limpidez de cielo de Yanatile cuzqueño imperial.

La esperanza suprema de ubicar el norte, con la ilusión inmarcesible de los ansiados retornos.

–Prontito nomás, regresando estoy-, diciendo; nos marchamos un día claro y con sol, sin saber bien cuando regresar.

Han pasado veinte años. Sin sentirlo, sin pensarlo, sin quererlo.

–Ah, *malhaya*, un cañacito, *pa' cortar* la mañana– y la imagen del viejo Joshua se aparece en nuestra memoria: sus ojos vivarachos, su mostacho blanco y su sonrisa alegre.

–*Salú, salucito*, compadrito *rascabuche* –y medio vaso de aguardiente, de un solo trago, garganta abajo.

La angustia es una reata de cuero de res alrededor de nuestro cuello, apretándose nudo a nudo.

Decenas de afilados cuchillos atraviesan nuestra garganta de canto a canto, convirtiéndose en acequias de rabioso pesar, los diques que almacenan bullentes *puquios* de angustia.

Con inusual esfuerzo recogemos esta vieja mochila verde.

Nuestra inacabable mochila trota sitios, que acompaña a este trota pueblos, en un viaje casi interminable, de este incierto trota caminos.

La sentimos pesada –sólo unas mudas de ropa, nomás traemos, que caray- pesa tanto, que nuestro pulso tiembla presagiando tal vez, el tamaño de nuestro desconsuelo.

Apresuramos nuestro paso y a media carrera cruzamos la pista, midiendo a los omnibuses, que zumbando transitan en ambas direcciones.

–No vaya a ser que aquí nomás entreguemos las tablas de la ley –apenas musitamos–, estando a unos pasitos de La Playería, luego de haber trajinado tanto.

Con la mirada pintada de ansiedad buscamos, entre los madrugadores viajeros, algunas caras conocidas que se asombren de nuestra presencia. Unos rostros familiares que contesten nuestro saludo o tal vez brazos amigos, que fraternalmente cobijen nuestra tristeza.

–¡Faltan dos...! –a ver, a ver esos serranos wamanmarquinos– ¡Apúrense, que nos vamos; faltan dos, apúrense, que nos vamos...!–, se desgañita el muchacho de gorra oscura y las manos metidas en los bolsillos de su casaca negra de cuello alto, que lo protegen del viento cortante y friolento de esta madrugada.

En otros tiempos habríamos sonreído y hasta bromeado con ese muchachito de pelo trinchado, rostro cetrino y nariz ganchuda, que por su apariencia es más serrano que las *ñuñas* y las *mashuas* wamanmarquinas; pero *la mona nu'está pa' tafetanes*, qué caray.

II

Somos pocos los viajeros trasnochadores –qué, *pué, oscurana, oscurana, tuavía* es–.

Tiritando fríos caminamos hacia la opaca luz de una Petromax y saludando con un movimiento de cabeza reposamos nuestros cansancios sobre una silla de fierro negro y plástico rojo, de la pollería restaurante bar café chifa El Buen Sabor; que no es más que una caldería común construida con triplays pintados de un verde agresivo y chillón, que hiere la mirada.

Allí sirven humeantes tazas de café enlatado Kirma o Nescafé en sobre –porque pasadito, pasadito, del café de a de veras, *nu'ay* señor– y caldo de gallina de granja, con sabor a harina de pescado.

–Pollito broster *tamién* tenemos, señor.

Estamos *obrajeando* en un campamento carretero de la selva baja, sobre el río Inambari, cerquita, cerquita a los *brasucos* y *boliches* en la frontera sur oriente de la patria, resoplando calores.

–Sudando a chorros, *pué, taitito*, con cuarenta y cinco grados de *ardencias* y chubascos.

Es mediodía, cuando saliendo del monte, el ingeniero Pedro Zelada nos da la mala nueva.

Amontonando nuestras tristezas, emprendemos el siempre postergado retorno.

–*Pa'la* fiesta, me voy; *pa'los* carnavales, mejor; *pa'l* cumpleaños del viejo Joshua, mejor.

Postergación de postergaciones, como diría el Segismundo.

La tarde y la noche, trepados en un bus hechizo de veinte *caballeros*, que acomodándose *dentran* como *cincuentita* más un montón de costales, varias jabas de gallinas y tres perros flacos que de rato en rato desparraman sus pulgas en cada sacudida, hasta los más de cinco mil doscientos metros de Macusani.

–¡Ah, burro, *friazo*, cholo hermano; *por'ai* se te enfrían las patas, las manos, la nariz, las orejas y hasta el alma... si es que tienes; *sidenó*, te fregaste.

Graniza sobre el altiplano. La cabeza, como granada madura, quiere reventarse de dolor y la sensación de asfixia nos invade.

–Es el soroche, señor caballero, *chacche so coquita, biencito* le *va'ser, papay*.

Llegamos de madrugada hasta un pampón inmenso de luces desordenadas y negocios abundantes: mientras Puno danza, Juliaca avanza, dicen.

No hay hoteles abiertos a esta hora.

–Si lo dejo *por'ay, señor don caballero*, lo despanzurran y amanece *cadáver muerto asesinado, más mejor quédeste* en la carrito, hasta la mañana, a ver si *amanéceste* bien, señor

caballero.

Agradecemos la posada. No hay otra cosa que hacer.

–Cinco grados bajo cero, *nomá'stamos*, señor caballero –nos explica, desde su cara redonda y partida por el frío–; esto *nu'es* nada, señor caballero, más frío hace *tuavía* en junio –arropada con sus ocho fondos multicolores.

–Castigo será, *pué*, por tanta ingratitud, *dejuro* será –musitamos tristemente– pasar de cuarenticino grados a menos cinco, en doce horas, no es broma, *canijo* –tiritando fríos, rumbo a la hipotermia.

A media tarde bajamos por lagunas, lagunillas y nevados de la cordillera. Granizo, escarcha y lluvia golpean incesantes el techo y los vidrios de este ómnibus, que huele a rancio y ropa guardada.

Bajando las jalcas puneñas se asoman los nevados Chachani y Coropuna que rodean al Misti; sus fecundas tierras, su inmensidad y su color a valle esperanzador.

–*Me* tierra, *algu* parece-, suspiramos.

Anocheciendo, nos trepamos a un bus de asientos reclinables y vista panorámica, observando por sus amplias ventanas a la Luna llena que acompaña nuestra nostalgia y desesperanza

*Si algún día me alejara
de mi tierra a tierra ajena,
cantaré mi carnaval
para disipar mi pena...*

Unas rebeldes lágrimas revolotean, aumentando nuestra tristeza.

A media mañana desembarcamos en Lima y nos inunda el caos, la humedad, el humo de los carros y la indolencia de su gente.

Un taxi nos lleva hasta el embarcadero de Fiori y nos subimos en un interprovincial directo a Wamanmarca; así nos prometió el llenador.

Cerca de unos sembríos de espárragos, en Chao, este moderno vehículo de dos pisos, azafata, aire acondicionado y baño séptico, se queda varado.

Despertando a los pasajeros, el conductor nos dice:

–Disculpen señores, pero no podemos continuar el viaje por fallas en la caja de cambios; esperen que ya avisamos a Lima y pronto vendrá otro carro a recogerlos.

Es la una de la madrugada y junto a otros viajeros soñolientos, desesperados y molestos, fletamos una combi hasta Mansiche. A las tres de la mañana nos embarcamos en otro ómnibus que, presuroso y rugiente, marcha rumbo a la frontera norte.

Nosotros nos quedamos en el cruce de la Panamericana.

Son casi tres días de viaje. Estamos recorriendo casi todo el país. Más de dos mil kilómetros de carreteras, de sur oriente a norte y aún falta; pero ya poco, nomás.

La nostalgia nos abruma.

El recuerdo de nuestra infancia modesta y pobre, pero feliz en La Playería, invade nuestra memoria.

Las imágenes se agolpan, como la neblina que cubre esta mañana y antaño cubría la subida del cerro de los Frailes con sus piedras milenarias, que el tiempo y el viento labraron, dándoles las formas de hombres, guerreros y curas, a los que saludábamos con reverencia y respeto.

Los campos de abril después de las lluvias, verdeantes y florecidos, las inacabables chacras de caña de azúcar madura y su dulzura, hecha miel y chancaca después de ser cortada y molida.

El río Grande y sus *aguadas*, pasadas las avenidas que, aunque nos arrastraran sus correntadas, ahogándonos y tragando agua, nos enseñaron a cruzarlo de banda a banda

zambulléndonos bajo sus aguas, entre las piedras del fondo y sus remolinos.

Los caminos solitarios, que enrumbaron nuestros pasos por chacras, acequias y cerros hacia las casas de las muchachas febriles y querendonas que cobijaron con su inmensa ternura, nuestro frágil y núbil corazón.

Caminos que en cada requiebro tienen un nombre y una historia propia y diferente.

Cada piedra alberga en sus pliegues una sombra y un rastro de nuestro habido y perdido caminar.

Todo era inmensamente nuestro. Desde el amanecer hasta el anochecer.

Y si la Luna se aparecía redonda, clarita y luminosa, cual parvadas salíamos a correr y recorrer esas calles, llenas de tierra y soledad.

A treparnos sobre los pinos y caracuchos de la plaza o sobre los árboles de mango, detrás del viejo mercado, para ver bailar a los principales o, en plena oscuridad, reconocer a las gentes tan sólo por su silueta o su trote al caminar.

O, simplemente, sentados en la vereda de la quebrada, contar las estrellas, enmarcadas en el transparente y limpio cielo azul playerino.

Nuestra intrepidez sólo exigía algunas reservas.

Los altos nísperos de frágiles ramas que trepábamos hasta la punta misma, como si fuéramos de jebe, sujetados con pies y manos, con el miedo palpitando en las venas por la posibilidad de que se desgajara una de sus ramas y nos reventemos la crisma sobre alguna piedra; pero satisfechos de bajar con los bolsillos llenos de esas bolitas amarillas que nos empalagaban con su dulzura, aunque después *mama* Beca nos regañara por regresar con los pantalones rotos y las camisas destrozadas.

Los barrancos del río, por los que bajábamos agarrados de las yerbas y los carrizos, arrastrando los pies descalzos, abriéndonos camino espantando las arañas y *shangulays*, para pescar charcocas, *ñatos* y cangrejos.

Espantando a pedradas a las culebrillas verdes, que en las pozas del río nadaban lentamente y donde bañábamos desnudos nuestros sudores y calores, pasado el mediodía.

O el miedo reflejado en nuestro apuro, al pasar cerca al panteón, en la oscurana, por la creencia de que los muertos se convertían en fantasmas que nos asustarían por andar mataperreando por cualquier sitio.

—Los *espíritos* de nuestros *difuntitos*, mal *de'spanto* les *hai* de dar cholos, por atrevidos y malcriados— amenazando nuestra intrepidez, nos asustan las ancianas del pueblo.

El sabor de la melancolía de esta mañana, ajena, ausente y distinta a nuestras madrugadas infantiles con nuestro ponchito *cutulo*, el sombrerito de junco y los *llanquecitos* nuevos que nos sacaban ampollas, soleándonos en la batiente de la cocina distante y diferente al caleidoscopio de nuestros años moceriles, aunque faltándonos todo... todo nos alcanzaba y aún sobraba para compartirlo con otros menos afortunados que nosotros.

Esta soledad devoradora, en oleadas invade nuestra memoria y se empoza en nuestro pecho, como una laguna de nostalgias y recordaciones.

La melancolía irrumpe candente en nuestras conmovidas fibras, resbalando cuesta abajo por nuestro cansado rostro ajado por el viento, el tiempo y la soledad. Desbarrancándose, como las riadas del Lango Lango en invierno o chispoteando a borbotones, como los canales de riego de la gran represa del río Grande.

El amanecer playerino siempre hizo latir nuestro infante y alborozado corazón, acuarelando variopintos tonos en las tímidas mañanas.

El naciente Sol, reptando como lagartija, invadiendo cerros, quebradas y sembríos, el río, los cañaverales, los techos de paja y calamina, alborotando a las sombras con su aureola de rojiza

brillantez.

En el desvío de Panamericana norte, la mañana ingresa a empujones y nos encuentra, anegados los ojos de angustia y soledad.

Mas allá, por el abra que ingresa al valle, las primeras luces de la mañana pintan suavemente de azules y celestes los perfiles montañosos de ese amanecer.

Veinte años de ausencia es más que un día.

Retornamos a la querencia. Mejor dicho, pretendemos el retorno con el simple paso de los minutos. Con la febril esperanza de que los carnavales y las fiestas patronales no se hubiesen celebrado año tras año.

Veinte años de ausencia, es más que un día. Es casi media vida. O mejor dicho, casi una vida entera.

III

El retorno a La Playería nos devuelve a nuestra infancia, inexorable.

Al multicolor paisaje donde se borronean inciertos pasos nuestros. Las tímidas primeras pisadas, los iniciales momentos, las hazañas primigenias.

El comienzo del atrevimiento y la intrepidez, con el saborcillo a euforia, encanto y gloria, que el tiempo y las lejanías pretenden hacernos olvidar.

Aventuras y descubrimientos. Aquéllas que la memoria no olvida y reverbera en los instantes en que la ventura, buenaventura o la desventura nos abrazan con su manto de recordación.

Ésas que marcaron definitivamente a hierro y fuego el rumbo de nuestra no tan feliz existencia. Aquéllas borroneadas e ininteligibles páginas a las que, pasado el tiempo, los sueños y las lejanías, recordamos con infantil y especial cariño, siempre.

Las que contamos con terrible nostalgia, el corazón palpitante y un gran nudo atenazando la garganta.

Retornamos por esta asfaltada pista de velocidades ilimitadas y tiempos ajustados – *trempano, nomá*, tengo que llegar, *das-dás*– con el insípido placer de las premuras, las ansiedades y los apresuramientos.

No la hermosa aventura de *sales cuando quieres y llegas cuando puedes* de los tiempos aquéllos en que las carreteras eran sólo trochas abiertas a *puro punche*, con dinamita y nitrato y a las justas para un solo camión.

Bajo el sol de agosto, empolvados hasta el alma, y en invierno con el barro y las lluvias, mojando nuestras ropas, empapados de contento.

Los baches haciendo saltar nuestro núbil corazón, las curvas cerradas agitando nuestras emociones y los abismos desafiantes –*achichinazo, cholo*– atrayendo el asombro.

La felicidad no tenía mayor universo que estar trepados en la caseta del viejo camión de *ño* Correa.

Nuestra felicidad no era una simple palabra leída de corrido en algunos cuentos.

La felicidad era eso, felicidad, sencillamente. Ni más ni menos. Sólo felicidad, simplemente.

La pobreza bastaba y sobraba para ser felices. Nadie pedía más. No había más.

Sin embargo, éramos felices; absolutamente.

IV

La moderna camioneta roja, cuatro por cuatro, doble tracción, aire acondicionado y cinturón de seguridad, que se ofrece llevarnos; nos acerca raudamente a La Playería, después de veinte años de ausencia.

Estos cerros y valles, las curva y peñas, los arrozales, sus pampas y laderas derraman sobre nuestro atribulado corazón, arrobas de nostalgia, quintales de tristeza, fanegadas de recuerdos.

En cada recodo quedaron prendidos retazos de vida, pedazos de memoria, jirones de piel y rastros de infantil emoción.

Los recuerdos se amontonan. Cientos de *guatopas* cosen nuestra garganta.

Es la vuelta del que se va sin que lo boten y vuelve sin que lo llamen. Del que busca el mejor pretexto para justificar el regreso.

Estamos bordeando esta inmensa represa, de millones de metros cúbicos de agua, que aplaca, la sofocante sed de los arenales de la costa.

Bajo sus aguas quedaron sepultados dos pueblos: sus casas, plazas y chacras, los cementerios y sus muertos, historias, leyendas y sus grandes, furtivos o infieles amores.

Tal vez los que allí nacieron dirán a sus nietos: mi casa está en el fondo de esa *aguada*.

La camioneta avanza velozmente y el día también.

El joven conductor está apurado, como nosotros.

Nos comenta que está retrasado y lleva unos repuestos para una minera que explota oro, en las alturas de la provincia de Wamanmarca.

–No se preocupe, señor –nos dice sonriente–. Conozco esta carretera mejor que la palma de mi mano y puedo manejar hasta con los ojos cerrados. ¿Sabe?, soy chofer desde los doce años y me enseñó mi tío abuelo don Segundo Correa; de repente usted lo conoció o escuchó hablar de él.

Le afirmamos con la cabeza. Quisiéramos contarle tantas cosas buenas de ese viejo chofer, pero la tristeza nos atraganta.

–En un *parcito* de horas, estaremos en La Playería –comenta sonriendo.

Los cerros se vuelven grises.

Es media mañana y el calor arremete con inclemencia.

Nos sacamos la vieja casaca gris de viaje y de combate. Del bolsillo del pantalón extraemos un pañuelo arrugado, limpiando los vidrios de nuestros lentes de carey y también el sudor de la frente, pretendiendo espantar el cansancio y la tristeza.

Pasamos la gran represa y la nostalgia nos invade con más fuerza y más peso.

–¿Qué será de la zarca Isabelilla? –recordamos sus bellos ojos verdes, que con dulce crueldad nos miraron.

En un encuadernado libro de tapa azul, quedaron escritos con fuego e ilusión nuestros primeros versos, que tímidamente depositamos en sus manos, una soleada mañana de junio de mil novecientos *setentaitantos*.

Por nuestro costado, raudos y apresurados, pasan volquetes de la cementera, repletos de piedra, que después de molidos se convertirán en cemento.

Los pozos arroceros están secos.

El arroz segado se amontona en las trillas. Algunas garzas blancas revolotean, picoteando las semillas; las palomas y perdices rastrojean entre los pozos cosechados.

Un par de burros pastan apacibles, en lontananza.

Nos acordamos de don Balta, hace tantos años fallecido. Compadre del viejo Joshua, con su atarraya al hombro nos llevaba al río Grande y en media hora teníamos charcocas, peje blanco, cangrejos y lifes fresquitos, que doña Agripina nos servía fritos o guisados, con arroz graneadito.

–Ten *cuidadito* con los *huesitos* de los pejes blancos, traicioneros son, niño-, nos decía cariñosa con su delgadez de carrizo y sus ojos grandes.

Se emborrachaban dos días con el *guashpaycito* que el viejo Joshua traía en dos galoneras de La Playería.

–Joshua de las lomas, tú lo traes, tú lo tomas –decía riendo don Balta.

Al tercer día regresábamos a casa, cargados de arroz de primera –sólo para los compadres–, hasta la próxima cosecha.

–*Váyaste pa'* la fiesta de *jullo* o *pa'* los carnavales, compadrito –lo invitaba el viejo Joshua.

–*Das-dás*, cualquier ratito estamos *por'ai*, mi Agripinita y yo, compadrito; *dígaleste* a la comadre que vaya criando los *cuycitos*, compadrito.

Para este año o el próximo, dentro de dos o cinco años, no se sabía; lo cierto es que nunca fueron a La Playería.

Era sólo la esperanza del reencuentro.

Dos veces más regresamos con el viejo Joshua.

Teníamos siete años, la última vez.

Entramos a una curva cerrada y ese viejo campanario sobre la Escuela, con su reloj en números romanos, se aparece.

Es casi mediodía y el Sol saca candela en la plazuela de geranios rojos y árboles enanos. El calor sofoca –no tanto como en el infierno, *onde* estoy, murmuramos–.

Aquí vive la Florcita, su marido y sus ocho hijos. Mi memoria no los visualiza a todos, sólo a los mayores; cuánto habrán cambiado, *dejuero*.

Es el pueblo vecino, el más próximo a La Playería.

Encajonado entre cerros, un río y una quebrada, que cuando se embravece quiere desaparecerlo.

Un pueblo de negocios y negociantes; que alguna vez fue importante –si hasta dos bancos llegó a tener, maestrito–, por las minas de plata que, en Paderones, la Northern Perú Cooper Corporation explotaba.

Hasta allí llegó el tren y sus vagones, hace muchísimos años.

–¿Por qué tuvo que morirse tan jovencita y tan hermosa, nuestra pequeña Lourdes Emperatriz?. Pareciera que aún siguen latiendo sus labios fruncidos, sus ojos enormes y su inocente forma de apretar nuestras manos.

La tristeza, como un panal de avispa, se revuelve y agujijonea nuestro pecho.

Atravesamos el puente de fierro y tablones gruesos de la Muyuna y el verde comienza a hacerse cada vez más intenso y más verde. Cruzamos otro puente y ante nosotros está una recta y larga carretera.

Costales de arroz se amontonan a los costados, esperando a las camionetas que los trasladen a las piladoras de La Playería.

Los chacareros, hombres de campo y ciudad, con sus sombreros de palma en las manos, nos saludan sin saber quiénes somos y sin reconocernos, atentos y gentiles los paisanos nos hacen adiós.

–Carol, cómo olvidar tu larga cabellera negra, tus grandes ojos carbón y tus labios perfectos, que nos besaron con ternura infinita.

Estamos cada vez más cerca de La Playería y la angustia, como furioso gato con las uñas afiladas, arañan nuestra garganta.

–Un buen trago de cañazo no nos caería mal –pensamos–, pero a quién pedírselo en esta hora.

El joven piloto nos mira sorprendido, viendo que limpiamos nuestros lentes por tercera vez.

–¿Se siente bien? –pregunta con cierta cautela.

–Es sólo la nostalgia y la tristeza acumuladas en más de veinte años de ausencia – contestamos, tomando aire–; cosas del corazón, tú entenderás ahora... o más tarde.

Nos observa en silencio y no dice nada.

Nos acercamos a La Playería y rememoro de improviso lo que alguna vez dijo el viejo Joshua:

–No *mi'mporta* que se malogre el carro, ya cerca *nomá* estoy; un rato a pie y otro rato caminando, llegando, llegaré.

Pasamos raudos algunas chacras recién sembradas de arroz y caña de azúcar para cosechar.

Al frente nuestro se aparecen las torres de la Iglesia y el viejo cabildo de La Playería.

Los techos de calamina nos anuncian que estamos llegando.

Al norte, el triangular cerro el Trinche, por cuyo camino se iba a la provincia de Wamanmarca. Al sur, la bajada del camino que cruza el río Grande.

A la derecha del río Grande, el cerro Negro va tomando su forma agresiva y ovalada. La vieja casa hacienda, casi destruida, sigue destruyéndose cada vez más.

Al oeste, el río Atarama y entre pencas, tunas y achupallas, La Lomada –*onde disqué* han vivido los gentiles–.

Ahí los abuelos construyeron su casa. Ahí vivieron el viejo Joshua y *mamá* Beca. Ahí nacimos casi todos.

Entre pencas y tunas quedó mucho de nuestra ajada biografía.

Ingresamos a la plaza de armas de La Playería.

V

Abrimos la portezuela de la camioneta y nuestros zapatos sienten el encementado piso.

–¡Cuanto ha cambiado!-, murmuramos.

Por el apuro, nuestra vieja mochila verde rueda por el cemento. Alguien a nuestro costado nos dice tío, nos abraza, la recoge y corriendo se va por la calle principal, cargando nuestro ligero equipaje.

La camioneta se marcha también. Es mediodía y nos hemos quedado parados.

A pesar de su costra de cemento, la Plaza de Armas y su calle principal no han cambiado casi nada.

El calor y sus vientos, el gris de los cerros y el viejo cabildo con sus arcos simétricos y la vieja buganvilla, la iglesia y sus campanas tristonas, los techos de calamina a dos aguas, son los mismos.

–Ya casi todas tus *conocencias*, cholo, se han ido o se han muerto –nos dijo hace algún tiempo el viejo Joshua–. Sólo quedamos unos cuantos viejos, entre ellos tu *mama* Beca y yo. No te asombres si el día que vienes no te reconocen y, de repente hasta tu propia sangre te diga señor.

Son veinte años de ausencia.

La lejanía y la distancia vibran bajo nuestros zapatos.

Diferente es la soledad en otras tierras porque sabes que nada es tuyo, que nada te pertenece. Una garra de león arañando el corazón.

Se nos inundan los ojos: somos extranjeros en nuestra propia tierra, extraños bajo la sombra del árbol que cultivaste. Un advenedizo, en un país que fundaste.

Desesperados indagamos, entre algunas voces circundantes, algún grito que nos recuerde a la infancia nuestra.

Algo en el fondo nos pregunta: ¿Qué haces ahí parado, forastero, en una tierra que siempre fue tuya y que por ausencia dejó de pertenecerte?

Otras voces nos zarandean el alma: ¡Aún perteneces aquí! Que veinte años no es tanto para el olvido. Que veinte años fue tan sólo ayer.

Que los hijos o los nietos de los que conociste y amaste nos quieran, también.

Que el ladrillo de las casas nuevas no haya cambiado el corazón de su gente.

Que la costra de cemento sobre las barroas y polvorientas de sus viejas calles no sepulte el retrato de nuestros pies descalzos y las suelas rotas de nuestros zapatos desgastados.

Que las lluvias no se lleven al desagüe la huella de nuestra infantil y adolescente existencia.

La eternidad de otrora de nuestras pisadas tenga el tiempo y su vigencia.

Que la luz eléctrica no opacará su estrellado cielo. Que la televisión no ha de quitarle espacio a las sobremesas, plenas de historias y carcajadas.

Que aún podremos aislarnos para deslumbrarnos con el danzar de las luciérnagas y el fondo musical de los grillos y ranas sobre los cañaverales.

Queremos convencernos que nada ha cambiado, a pesar que ha cambiado casi todo.

Que no es cierto que los jardines de la plaza de armas han sido encerrados con alambre de púas y aún tenemos derecho a revolcarnos entre sus pastos y a tomarnos una botella de cañazo entonando un yaraví bajo del ya inexistente *caracucho* de nuestra bohemia antigua.

Que podemos cantar un carnaval en una esquina cualquiera de La Playería, sin que venga la policía comandada por un teniente borracho y nos suba a rastras a su camioneta, rastrillen sus fusiles AKM y nos acusen de terroristas, destruyan nuestros documentos y nos quiten todo nuestro dinero para continuar su borrachera en el puesto policial, bailando cumbias con jóvenes muchachas que han traído de los caseríos aledaños.

Se acuerda don Segundo Esforza que los guardias civiles nos decían “buena muchachos, alguien tiene que hacer algo por su pueblo... pero igual van presos”, motivando que el prefecto, con su vestido de aviador, viniera hasta La Playería y discutiera, aunque algunos se amariconaron y *arrugaron* en una asamblea general en la iglesia, delante de nuestra blanquiñosa Patrona.

Desde el centenario cabildo, una reverdecida buganvilla de flores moradas trepa sus arcos.

La misma que medio *cañaceadito* el abuelo Asencio plantó, un ventidos de julio de mil ochocientos *noventaitantos* y que nos recuerda que hay cosas pequeñas que serán eternas:

*Soy pajita de la jalca
que todo el mundo me quema,
el consuelo que me queda
es que'de volver cuando llueva...*

Un viento seco lleno de polvo azota nuestra cara, estrujando recuerdos, sancochando el alma.

–Viejo Joshua, que solo estoy; *mama* Beca, llorando estoy.

Unos brazos plenos de cariño antiguo nos rodean, nos abrazan y nos llevan lentamente, hasta la casa de los viejos.

VI

–Los antiguos de antes, ya no están –decía el viejo Joshua, en su carta.

Es cierto.

La tienda del tío Meche tiene otro dueño y la casona del tío Porfirido ha sido retaceada y vendida, al igual que los cañaverales de la Santísima; doña Carmela, su mujer, también murió; sus hijos se marcharon y el Zugo, de tanto tomar cañazo, falleció.

El chueco Berríos, con toda su plata, en el asilo sus días terminó; igual que el ciego Juanillo y el ñato Alberto Luis, en su ley, tomando aguardiente de caña, murió.

El chancafierro y la tía Domitila al cementerio se fueron también; sus hijos se marcharon y sólo dos se han quedado, dándole a los aceites y a la fragua.

El *Corneliano*, nuestro periódico parlante, también ha muerto y ahora no hay quién con dos medias de cañazo de por medio, nos informe de todo lo acontecido en nuestra ausencia.

Negro, el viejo Rositas, la tía Lucha, el sastrecillo valiente y el Pancho se han ido también.

El tío Eduardo –¡Ya *se'stán* emborrachando estas mierdas!, ¿Te acuerdas, Chochín?, sólo vienen a *dale* cólera a su pobre madre–, tampoco está. Lo mismo que el tío Fredo y la tía Dori.

Don Mañuco, como chisco empachado y haciéndose una plumita, también se ha ido.

Cuéntanos quiénes quedan, flaco Aladino: Tu viejo, el tío Ladislao de diabetes se fue; el Chanta y el *Catarpila* no sintieron la muerte, porque bien borrachos estaban; el Torazo y su mujer por el trapiche se encaminaron, también.

Cuéntame si don Perico y don Julio... –bien madrugadito, a las seis *cortan* la mañana, con cañazo–.

Tú también, dentro de poco, igual te irás; no sabemos si a la costa o al cementerio, pero igual te irás.

Los viejos forasteros que anónimamente llegaron, anónimamente se fueron.

El Huaca, caminando vino y caminando regresó a morir en su Celendín natal; el viejo canastero, que vivía solito debajo de un espino, tampoco está; el Valera y sus valeses, hasta Piura a bien morir se fue y el Lunarejo, dicen que de tanto cañazo, muerto también está.

Negro, dínos qué sabes del *Coco*, el *Culón*, la *Rajuda*, el *Mudo*, el chino Pepe y el *Patín* Calín, el *Macha*, el cholo *Magnífico*, el ancashino Lucho y el *Vital*, el Narizón, el Dávalos, el *Josh*o y el Cristian.

Ya sabemos, Negro, que no están, que igual que tú se fueron. ¿Ahora con quiénes nos emborracharemos de tristeza y nostalgia; con quiénes, Negro, ah?

Chochín, no hablemos de mujeres, hermano, que se nos arruga el corazón.

Por favor, cutervino José, anda con el sobrino *Pelton* y dile al primo Lucho o a don Estrellas

que nos manden una galonerita de su mejor *guashpay*, que aquí nos vamos a sentar y aquí nos vamos a emborrachar, ¿no, Negro?

Mientras tanto, hermano Alamiro, guárdate ese *güiscacho* para rematar la tranca, que las flacas y la Glodia nos esperan con un cuycito guisadito, para picar.

Ah, el sobrino Jorge, una damajuana de su vino del Milagrero, trayéndonos está ya.

VII

Estamos de vuelta en la casa de La Playería.

La inmensa sala, amplia de canto a canto, y su pequeña puerta de calamina por donde, bien abrazados al pescuezo del Palenque, la atravesábamos, resbalando sus cascos sobre el piso de cemento pulido con ocre rojo.

El corredor de los descansos, con sus dos viejas perezosas de madera listas para las siestas del mediodía y los descansos de los atardeceres, pensando ¿qué será de nuestras vidas, con el tiempo?

La vieja cocina, ahora encementada, con su lavadero de concreto

–Hay que *ponele so* cementito, *óigaste ño* Joshua, *pa'que paréscaste* medio decente –manos a la obra, se ha dicho–. *Premero, so terreno* hay que *nevelarlo, taita* –y en medio de la trabajada se encontraron con la punta de una piedra–. Chiquita, *nomá* es –diciendo don Josecito Perales–. Yo sacándolo, *das-dás* –y mete barreta, pico y palana y suda que suda, cada vez haciéndose más grande y más grande y comba y cincel, rebota y rebota en la piedra azul cada vez más grande, hasta casi ocupar una esquina de la cocina–.

–¡Piedra, no *mi'as* ganar, *carachu!* –diciendo don Josecito Perales, sacadito su camisa, suda, suda por la caloraza–. Mejor, *entón*, voy hacer otro hueco más hondo, lo tumbo, lo entierro y sanseacabó –diciendo–.

Y cierto, *pué*. Barretea y palanea, barretea y palanea, haciendo tremendo huecazo al *costao* de la *paré*. *Agachao*, dale y dale; en eso sintiendo desmoronarse *la* cimientito de barro y piedra de la bendita *paré*.

–¡Ayuda, carajo!–, diciendo –¡Se cae!–, gritando, maldiciendo; poniendo palos *pa'quí*, palos *pa'llá*, atingalando la *paré* y en eso, *pu'el* apuro y mientras *comodaba* una piedra maltona debajo *di'un* palo, con la barreta, *comodando* estaba cuando *dás* un barretazo en el tubo de agua y *juí* chisboteando *la'gua*.

–¡Mierda!–, gritando don Josecito Perales, mentando la madre, corriendo a cerrar *la'gua*, acezando *cansao*, todo mojadito, *sentao* en un rinconcito, mirando el suelo, tomando solito su *media* de aguardiente.

Esa punta que ves, hermanito, en medio de la cocina, es de esa piedrota –*de'so* será *pué*, por eso, de *purita* vergüenza será que don Josecito Perales nunca *dentra* a la cocina y en el corredor *nomá* se queda, *onde* agachadito se sienta a tomar, solito, su chichita.

El cuartito que servía *pa'* la *tragana* ha sido remodelado y ahora es el comedor, construido

con ladrillos de cemento hechos a mano, con un molde de fierro que don Eufrasio Moya trajo de la costa *pa'* remplazar los adobes, que no aguatan los aguaceros y *la'gua* los carcome *dasito*, colocándolos en cocos, como ventanitas.

–*Pa'orrar* material y *dalo* su categoría, *ño* Joshua, hay que *dejale* sus tres *ventanotas* grandes, *pa'que* en el *solazo* le *deste* harta la fresca y en la lluvia, *sentadito usté*, *mire mirando* los chubascos, tranquilo, *nomá*.

El patio de tierra y su caminito de piedras aún mantiene la memoria de nuestras pisadas.

La vieja pila de agua de cemento en el centro, aunque despintada y carcomida por el tiempo y el desuso, está llena de hojas secas de los paltos y las granadas de la huerta.

Nos recuerda a *mama* Beca lavando nuestras mudas y a nosotros, muchachos de Escuela, calatos, bañando en su poza nuestros pequeños cuerpos.

De ella se conecta una larga manguera de plástico amarillo con rayas negras, para regar la huerta de limones dulces florecidos, la olorosa yerbaluisa, los ajíes picantes que hacían arder nuestros paladares –*quel* maestro Palomeque, con su pancito, se comía de dos en dos, como si nada–, las dientonas granadas reventado de maduras y los paltos florecidos a punto de dar sus frutos.

El vecino ciruelo de frutas rojas, por encima de la tapia invade nuestra propiedad –nosotros regando y ustedes, bien, cosechando, nos dice riendo el sobrino Jorge Sánchez, invitándonos una jarra de vino de los parrales sembrados en la otra banda del río Grande.

El horno *pa'masar* nuestro pancito, cholito; el corral de los animalitos y el achiote, confidente fiel de las penas y tristezas de *mama* Beca, ya no están más.

Desaparecieron, como tantas otras cosas de nuestra lejana infancia.

VIII

Hemos llegado.

Estamos aquí, aferrados a un dolor sin fondo ni medida ni frontera.

En medio de la amplia sala, una capilla ardiente alumbra un cajón negro con lunas transparentes.

Coronas de flores nos hablan de ausencias dolorosas y adioses eternos, de finales de vida y orfandades sin par.

Empozado el dolor, se vuelca en arcadas sobre nuestros ojos.

Incrédulos miramos sus rostros serenos. Su cabello lacio blanquísimo y su mostacho cano recortado.

Su frente amplia, el cabello cenizo peinado en trenza, sus ojeras profundas. Un rosario entre sus manos.

Soledad.

Las palabras ausencia, orfandad, huérfano, guachito, solo, sin nadie, *sin un perrito que le ladre*; antes huecas y sin sentido, como abejas zumban en los oídos y retumban en nuestros corazones.

Hoy, más que nunca, tienen una dolorosa, cruel y triste significación.

Soledad.

Unos brazos nos abrazan y nos consuelan. Gentes vestidas de negro, llorando nos dicen resignación cholo, así es la vida, Dios lo ha querido así, no sufrieron casi nada; la viejita un poquito nomás. Que sesenta y cinco años fue poco para tanta felicidad.

Tratamos de mirarlos, de reconocerlos, de saber quiénes son. Sólo las lágrimas responden; fluyen solas, en correntadas.

Se desbarrancan como los puquios de la Pumapara, después de las lluvias.

Sentimos unos brazos hermanos que nos abrazan, nos vuelven a abrazar, nos llevan adentro. Nos abrazan, nos abrazamos, lloramos en silencio, abrazados, lloramos.

Soledad.

Nos cuentan que el viejo Joshua se murió a medianoche, hablando, hablando en el hospital de Wamanmarca.

—Perdónenme si alguna vez cometí alguna brutalidad, ustedes saben que todo lo hice de buena fe—.

Nada hay que perdonarle, viejo Joshua.

Perdónenos, más bien usted, por no entenderlo muchas veces. Así fueron todos los actos de su vida.

Una fe inquebrantable en todos los seres humanos, creyendo en cada uno y en su lealtad, apostando por ellos siempre.

Aunque le pagaran mal o, lo que es peor, no le pagaran nunca.

*...raíz campesina
mi padre y su ausencia,
llanques de cuero,
sombrero de junco,
cabello cano...*

Recostado sobre el pecho del Segismundo, apretando sus manos, pidiéndole que cuide de los demás hasta que llegue el mayor.

*...alma noble
de roble,
de nogal,
espino...
Corazón de picaflor,
de ruiñón,
de jilguero...*

Es agosto, época de cosechas, molindas y trillas. El verano de La Playería sólo trae ventarrones que se llevan los techos de las casas viejas, mientras las oleadas de calor obligan a las siestas del mediodía.

Agosto no es época de lluvias. No llueve ni de casualidad, siquiera. Pero esa noche del doce de agosto llovió.

Dicen los regantes de los cañaverales, los insomnes caminantes y los noctámbulos bebedores de cañazo, que primero fue una chirapita, *-simplecita nomá-*, luego un golpe fuerte con gotas gruesas, como granizo *-¿Tan pronto viniendo la invierno?*, se preguntaron- y luego una lluvia calma y serena de casi una hora *-¿Qué' está pasando en estas tierras del Señor? ¡Qué clima pa' loco!-*, diciendo.

Seguro fue el buen Dios, viejo Joshua, que está regando los polvorientos caminos por donde transitará sin ensuciarse los pies, hasta llegar delante de San Pedro.

-Siaste olvidao sus llanquecitos, dejuro pu-é, llorando.

Nos cuentan, nos dicen que *mama* Beca no pudo soportar tanta ausencia y soledad.

-¿Por qué te has ido sin mí, Joshua?, llorándolo. ¡No me dejes sufrir!, suplicándole. ¡Apiádate de mí!, llamándolo. ¡Joshua, viejo Joshua, on tás; on ti'as ido!, pidiéndole que la llevara... ¡Acuérdate que has sido mi primer amor, mi único amor!, extrañándolo. ¡No me dejes solita, Joshua; qui'ago aquí sin ti...!

Un día antes del santo del Segismundo, ochenta y ocho días después de que el viejo Joshua se marchara, *mama* Beca se dejó morir.

Se habían amado. Sólo apenas sesenta y cinco años de su existencia.

IX

Ah, nos olvidábamos, *mama* Beca.

Alguna vez usted se quejó de que el viejo Joshua no le compró aquel rosario con crucifijo de plata, bendecido por el cura don Vigo, al año siguiente de la fiesta que la Florcita se dejó robar.

–¿*Si'acuérdaste* usted, *mama* Beca?

–Sí se lo compró.

Sucede que como estaba medio achispado, tomando cañazo con su compadre don Rojas, el faite de don Murrugarra y otros más de la Lomada, me lo dio para que se lo entregara a usted, *mama* Beca.

Muchacho de siete años, inquieto y destructor, sacamos una a una esas bolitas, para después pegarlas con su gomita de espino y amarrarlas con su pabito de costalillo, pero por más intentos que hicimos no pudimos unir las más y el temor a su enojo, *mama* Beca, nos hizo guardarlas en una bolsita, que escondimos celosamente en un huequito de la pared de la cuadra.

Lo hemos llevado siempre con nosotros, *mama* Beca.

Por los caminos por donde Dios nos ha enviado en esta vida.

Inhóspitas trochas –que hemos construido a punta de barreno, tractor y dinamita, cholo hermano–, desconocidos senderos en la inmensa jungla abiertos a machetazo limpio –si te pierdes, huesos nomás te encuentran–, en medio de las granizadas *onde* se te enfría hasta el alma, en los arenales de febrero sudando manteca por paisajes distintos y diferentes de esta nuestra patria, que ustedes no alcanzaron a conocer.

Esas bolitas de rosario fueron nuestro amuleto y protección.

Tenerlo, significaba tenerlos a ustedes dos juntos. A toda hora, en todo instante; guardadito en nuestra mochila verde de mataperro, sin dueño, sin destino.

Nuestra compañía en estos más de veinte años de ausencia.

Esas bolitas blancas, *mama* Beca, saben de nuestros sufrimientos –*Mal'ora* el día que me vine por estas tierras de desconsuelos y extravíos. Levanten sus petates y envuelvan sus tristezas, que nos vamos *pa'* otra obra–, de nuestras esperanzas –¿Cuándo regresaré *pa'* La Playería, canijo?–, alegrías y desencantos –¡Ojalá los viejos *biencito* nomás, estén–.

Ahora se lo devolvemos, *mama* Beca; mi vieja *mama* Beca querida.

Sin ustedes, *pa'qué ya pué* lo tengo ya.

Perdónenme por retenerlo.

Ahora lléveselo al viejo Joshua y tal vez vuelvan a rezar juntos por nosotros, por sus hijos,

sus eternos chiquindujes. Y también la arropo con este inmenso cariño que fue creciendo con cada día de ausencia...

Como lo hacían noche a noche, arrodillados ante un Cristo crucificado, orando por todos, rogando por nosotros; porque nos vaya bien, para que no nos suceda nada malo, para que seamos gente de bien y que su mano generosa no nos abandonara nunca.

Perdóneme, *mama* Beca; hoy ya sabe que el viejo Joshua nunca le falló.

Nosotros sí.

Como entonces, como ahora, como siempre.

X

Es media tarde. En el panteón de La Playería, la tristeza se derrama como chorreras del caluroso sol.

Nos abrazamos, lloramos

Repentinamente el esplendoroso Sol de la tarde se ha refugiado detrás de una mata de nubes grises.

Miramos incrédulos al cielo ensombrecido.

Junto a nosotros el negro ataúd, en solitaria tristeza, espera.

Mama Beca, de seguro es el viejo Joshua que, con su terno marrón y su mostacho blanco, le ha pedido al Señor Dios nuestro que oculte el Sol un ratito, *pa'* que la fresca la acompañe en su camino y la cuesta no fatigue su cansado corazón.

La está esperando. Como ayer, como hace sesenta y cinco años.

Como hoy, enamorado eterno y contador de chistes.

Como mañana, para continuar ese amor que comenzó cuando usted tenía quince y el veintidós.

Así fue, así será.

Humedecidos los ojos, llorando:

Halconcitu de los cerros

no te lleves mes gallenas,

llévate me corazón

pa' ya no llorar mes penas...

Lloramos. Sin lágrimas ya.

CONTENIDO

LA BUGANVILLA ES UNA FLOR

ARRIENDO
LOMADA
VIEJO JOSHUA
MAMA BECA
SANTA ROSITA
CAMA
ASENCIO Y MERCEDITAS
YOVANITA
TÍO EVELIO
TÍO JUANITO
TÍO FELISBERTO
TÍO ROSARIO

AGUAS ARRIBA, RÍO ABAJO

NUEVO PUEBLO
LA BLANQUIÑOSA
CASA DE PLAYERÍA
HUERTA
ACHIOTE
PALENQUE
HORNO
CAZADOR DE GALLINAS
CALDO
ESTUDIOSOS
FLORCITA
BALDOMERO
CAMIONERO
CHAMARROS

AY, CAÑITA, CAÑAVERAL

MOLIENDO CAÑAVERAL
MIEL DE CAÑA
CHANCONA
BANDA
DESAFÍO
TROMPEADERAS
LLOVIDA
INVERNA
PERDIZ

ENTRE MAR Y CORDILLERA

VIAJE
FERROCARRIL
MAR
ESCUELA NUEVA
JUEGOS
EXAMEN BIMESTRAL
COMULGADA
INVITACIÓN
HOTEL
CONCURSO
MAURICIO
PREMIACIÓN

ARRIEROS SOMOS

I
II
II
IV
V
VI
VII
VIII

GLOSARIO

A cántaro limpio: A raudales, copiosa, abundante, a chorros.

Acacau, acacaucito, cacau: Expresión que denota lamento, compasión o conmiseración por alguien que sufre.

Achachau, achau: Expresión que denota calor.

Achichín, achichinazo, achichinsazo: Expresión que denota miedo o temor.

Achupalla: Planta parásita que crece adosada al tallo de árboles o arbustos, en las rocas o tejas.

Aguada: Abundante cantidad de agua, almacenada o corriente.

Alalau: Expresión que denota frío.

Amito: Dios, Señor, Todopoderoso.

Ampay: De ampayar, sorprender o descubrir a alguien.

Angusacha: Arbol que crece en las laderas de los cerros

Arretranca: Parte del apero de caballos o asnos, constituido por una correa de cuero, por una soga o reata, que colocada por el anca evita que el resto del apero se deslice hacia la cabeza del animal cuando éste se desplaza en las bajadas.

Barajo: Entre signos de admiración se usa para denotar extrañeza, enfado, contrariedad (equivalente a ¡Caramba!).

Barbechao: Área cultivada de la que ya se cosechó el producto.

Boliches: Bolivianos.

Borrao: Persona que ha sufrido las consecuencias de viruela y tiene, principalmente, el rostro con pequeños hoyuelos que las ampollas dejaron. Existe una copla hiriente que probablemente surgió en el tiempo que la viruela era una epidemia y se la relacionaba con alguna maldición: "Canta la gallina, / canta la lechuza / y en su canto dicen... / fiero, *car'e* tuza. (El canto de la gallina, que es muy raro, se considera de mal agüero. En tales casos, quienes creen en ello, de inmediato matan a esa gallina, para "eliminar" la maldición que estaba "pregonando".)

Brasucos: Brasileños.

Budo: El macho de la paloma torcaz.

Bullea: Grita, hace ruido o desorden.

Bullerío: Grupo ruidoso y escandaloso

Cacau, cacaucito: Expresa lástima, compasión, conmiseración. También refleja una actitud protectora, de ternura y de cariño que invita a brindar apoyo o cobijo especial.

Cachanga: Pan sin levadura, cuya masa se prepara sólo con agua y sal y ya amasada se fríe para luego, aún tibia, espolvorearle azúcar para comerla; también se la prepara en tiesto caliente.

Cacho polvora bolsa monestación: Cuerno lleno de pólvora y bolsa con munición

Calda: Atizar el fuego o candela del fogón.

Canchanas: Papas de Canchán.

Canijo: Entre signos de admiración se usa para denotar extrañeza, enfado, contrariedad (equivalente a ¡Caramba!).

Caracho: Entre signos de admiración se usa para denotar extrañeza, enfado, contrariedad (equivalente a ¡Caramba!).

Carioco-a: Variedad de gallos y gallinas que carecen de plumaje en el pescuezo y cabeza.

Carrindanga: Vehículo automotor.

Catanearla: Llamarle severamente la atención, si fuera necesario dándole unos azotes.

Catarpila: Hace referencia a la maquinaria pesada usada en construcción, aludiendo a una marca (Caterpillar).

Catay, Cati: A ver, pues .Mira, ve

Cañaceadito: Persona con algunas copas de aguardiente de caña.

Chachau: Expresión que denota mucho calor o dicha cuando la persona se quema con algo ardiente.

Chamarro: Zapato.

Chancaquero: Fabricante, productor o comercializador de chancaca, a partir de la caña de azúcar.

Chanchar: Estudiar concienzudamente. "*Chanque y chanque*": estudie y estudie.

Chancona: Término usado por los chetillanos para denominar a la Chancaca

Chapadas: Juego infantil que consiste en correr y atrapar a otro y dejarlo paralizado.

Chapar: Coger, descubrir o ubicar, identificar visualmente a alguien, *in fraganti*.

Chicasho-a: Muy pequeño, perteneciente a la niñez.

Chilala: Ave canora silvestre de la sierra andina.

Chiquindujo-a: Niño o niña de poca edad.

Chispo: Persona algo bebida y muy eufórica.

Chivita: Barba crecida en el mentón.

Choro, chora: Dícese del ave que tiene el plumaje con pintas de diverso color, generalmente claro y oscuro.

Chungo: Piedra redondeada.

Churrecito-a: Persona de extracción humilde.

Chusco-a: Rústico, común, corriente, inculto.

Chusho, chushito: Insignificante, muy pequeño, arrugado.

Chuya, chuyo: Caldo muy ralo, con sólo lo elemental. (El caldo chuyo, La sopa chuya)

Cola de caballo: Planta medicinal.

Coscrito: Recluta de los institutos armados.

Coteja: Rival que posee iguales o muy similares condiciones que su antagonista.

Curne: De olor fuerte y ácido que te impide respirar.

Curpao: Doblado sobre sí mismo, encorvado, encogido casi en posición fetal.

Cushuro: De pelo ensortijado o muy crespo. .Persona muy morena

Cutulo: Persona o animal sin rabo o con nalgas achatadas. También se dice de la ropa muy corta.

Cuyes cruzaos: Forma de presentación del plato de comida. Incluye dos cuyes enteros sobre el plato, colocados uno sobre otro en diferentes direcciones: esta deferencia se la reserva para los padrinos o personas principales que asisten al banquete.

Dejuero: Por supuesto, claro que sí, así es, exactamente, de acuerdo.

Descanchadora: Es la bola de cristal o metálica que en el juego entre niños se convierte, por sus propias características o por la habilidad con que se la utiliza, en determinante para obtener el triunfo. Bola grande de cristal de colores vivos o de acero que inicia el juego de las bolitas.

Dos dedos ralos: Refiérese a un trago abundante de licor, cuya cantidad toma como referencia la posición horizontal de dos dedos muy separados entre sí.

Encementado: Piso recubierto con una losa de hormigón, arena y cemento. (

Escluinque: Hijo pequeño, muchacho flaco, debilucho, con aspecto enfermizo

Faina: Faena.

Gavera: Molde de madera para hacer adobes.

Gentada: Muchedumbre.

Guabo: Árbol frutal de los Andes; por extensión, su fruto.

Guacarnaco: Rebelde, malcriado, desobediente.

Guango: Hisopo de lana de carnero del que salen las hebras de hilo.

Guañulingo: Enclenque, apocado, ´debil, llorón.

Guaracazo: Trago abundante o generoso de licor, principalmente de aguardiente o cañazo.

Guashatullo-a: Nalgas, asentaderas planas. En el Perú también se lo identifica como "poto".

Guato: Tira delgada de tela o cuero que se utiliza para atar o sujetar. Soga delgada de cuero que forma parte del apero para caballos y burros.

Guatuneros: Natural del caserío de Huatún.

Humadera: Humareda.

Indiopishgo: Ave canora de la región andina.

Joiijona: Mantel campesino de uso diario. Si ya está muy usado y su uso deviene sólo para el trajín de la cocina, adquiriendo por ello un color oscuro, se convierte en "*charina*" o "*manga charina*".

Joven de la serial: Personaje principal o héroe de una aventura, siempre vencedor, protagonista de conquistas.

Jué: Interjección que denota incredulidad o desdén.

Kipe: Envoltorio que la mujer campesina carga a la espalda, transportando allí alimentos, objetos, etc.

Levantamuerto: Sustancia muy nutritiva que hace recuperar fácilmente las energías perdidas.

Levantar: Proceso de curación o sanación.

Limpiar: Proceso de curación o sanación.

Lluspe: Suave, sin asperezas, de superficie lisa.

Locumbeta: Persona juguetona, traviesa, irresponsable, no totalmente en sus cabales.

Mal'ora: Mala hora, mal tiempo, decisión equivocada, grave error. Momento desgraciado o desventurado.

Más coco: Más inteligente y más hábil.

Masque: Equivalente a aunque.

Mecharse: Pelearse dos o más personas.

Medardino: Nombre de uno de mis burros. Lo compraron de don Merardo

Media, medita: Media botella.

Melao: El jugo de la Caña de azúcar mediante el fuego se convierte en miel. La miel con más

fuego se vuelve más espeso convirtiéndose en Melao y el melao se convierte en chancaca.

Molienda: Es todo el proceso mediante el cual la caña de azúcar se convierte en chancaca.

Morropón, Morropones: Tipo de hierba que sirve para alimentar a los cuyes y conejos

Negritud: Oscuridad.

Nigüento: Que tiene niguas, que son insectos que se introducen bajo la piel y allí se reproducen.

Ñeque: Bueno, de a verdad, valiente, con decisión y coraje.

Ñña: Alimento legendario de los pueblos andinos, muy parecido al frejol.

Oscurana, Ecurana: Sin luz ni claridad, oscuro.

Pacatán: Onomatopeya del galope. Voz usada para referirse a un evento producido de improviso, inesperado.

Paico: Yerba medicinal y comestible, de olor y sabor agradable, que se utiliza como componente fundamental en el "Caldo verde", con papa, huevo salpicado y queso.

Pamba: Piedra de forma plana con bordes redondeados.

Paracha, Parachas: Tipo de cama, hecha con horcones y tejida con carrizo

Payanca: Envase de arcilla quemada, grande, de pico angosto con gollete, utilizado para preparar la chicha y en el cual fermenta. Para este proceso puede colocarse a poca distancia del fogón o en un rincón de la habitación de adobe o enterrándolo y dejando libre sólo el pico.

Pichi: Orinar.

Pichiruchi: Insignificante, pequeño.

Picho: Persona de poca estatura o bajo de talla con respecto a su edad o dentro del grupo en que está.

Pircamos: Amontonamos, colocamos dos o más objetos uno sobre otro.

Pirgush: Planta silvestre aromática de sabor agradable con la que se prepara un mate o bebida casera.

Pishgo: Ave canora de la región andina.

Pishir: Orinar.

Pispitongo: Rebelde, malcriado, desobediente.

Por si las moscas: Por si acaso, en previsión de, como precaución.

Potocha: Sorda, que no escucha.

Pullo: Tejido elaborado en callua, frazada campesina.

Puquio: Fuente natural de agua que fluye del subsuelo.

Rabo'pelao: Zorrillo

Raumando: Comiendo palitos o ramas delgadas.

Refurinfunflais: Excelente, bueno, extraordinario

Rengo-rengo: Cojeando notoriamente, caminando casi de costado, chueco.

Sango: Mezcla comestible que en la región andina es común, combinando harina, afrecho u otro elemento seco con leche, miel, sopa u otro líquido, para ingerirlo inmediatamente.

Sarazón: Majadero, conflictivo.

Sello, paloma y brujo: Juego infantil sólo de varones que requiere de ligereza, habilidad y resistencia para evitar que los rivales lo atrapen. De hacerlo tiene que esperar a que atrapen al último de su equipo para volver a jugar. A veces dura horas

Shacshas: Hojas secas de plátano

Shangulay: Variedad de arañas de gran tamaño, color negro y peludas. Tarántula

Shúmbulo, shúmbula: Decaído, maltrecho, débil, sin ánimo, mareado.

Sidenó: Expresión condicional equivalente a "si no..."

Sikicha: Parte del telar del antiguo Perú, constituido por un tejido macizo de fibra vegetal y cuya forma más o menos ovalada se acomoda a la cintura y cadena de la tejedora o tejedor. Tiene dos orificios en sus bordes en los que se ensarta el extremo del telar, para tirar de él a fin de que el tejido resulte uniforme y ajustado. Por derivación, al movimiento de cadera se le llama "*sikichazo*".

Sin un perrito que le ladre: Sin compañía, abandonado, solo.

Sonja: Refiérese a la planta herbácea llamada soja, de cuya semilla se extrae aceite vegetal y su fibra amarillenta se utiliza como relleno.

Sonsonete: Sonso, tonto.

Soplar: Tratándose de evaluaciones o exámenes, se refiere a un acto vedado de decir a otro la respuesta. Plagio.

Sugo (indio sugo): color de piel. Prieto

Taita: Papá.

Tandalada: Grupo numeroso.

Tataco: De talla baja, casi enano. También se usa "*retaco*".

Templao: Enamorado, ilusionado.

Terraio: Altillo en una construcción, generalmente usado como almacén de las cosas inservibles o muy poco usadas. Su denominación hace referencia al piso de tierra, sobre vigas y una armazón de carrizo o varas.

Timba-timba: De andar inseguro, desorientado, mareado, que camina a tropezones.

Topeteando: Tanteando, caminando a tientas, dudando.

Toto: Carrizo hueco. Envase largo, circular, sin tapas.

Turuleco: Tonto, quedado.

Tragana: Desayunar, almorzar o comer.

Trailarailas: Persona necia y torpe, con limitada inteligencia.

Tray rish plandam: Escopeta. Sonido de la escopeta o carabina.

Trigo resbalao: Trigo pelado con ceniza. Se usa para sopas o guisos.

Troje: Pequeño ambiente hogareño que se construye con quincha y barro para guardar las cosechas, las cuales se consumirán hasta las próximas cosechas.

Tuco: Búho. El campesinado andino considera que su canto nocturno es señal de mala suerte o presagio de alguna desgracia.

Tullpa: Piedra de considerable tamaño, pero manejable, que colocadas en triángulo enmarcan el área del fogón y servirán de base a la olla en que se cocine los alimentos. Con el tiempo van tornándose negras, por efecto del calor y del fuego.

Turumbo: Inestable, inseguro, ido.

Tutuma: Cabeza.

Ushco: .Poto, trasero.

Yerbasanta: Planta medicinal.

Zur-zur: Juguete popular entre los niños de pocos recursos. Consiste en un disco metálico con dos orificios en uno de sus diámetros, por los cuales se pasa un cordel que forma un anillo manejable entre ambas manos, haciéndolo girar. Al borde suele afilársele. El juego consiste en enfrentar con habilidad al rival y resulta ganador quien logra cortar el cordel del contrincante.



*Fransiles Gallardo,
de Magdalena, Cajamarca, Perú
Ingeniero Civil Colegiado, escritor y poeta.*

Ha sido considerado:

- *Poeta Peruano de Todos los Tiempos, 2010*
- *Mención Honrosa 2º Juegos Florales del Siglo, Uruguay, 2010*
- *Mención Honrosa Premio Mundial de Poesía, Aguas Verdes, 2008*

Ha publicado:

- *Arco Iris de Magdalena, poesía, 2009*
- *Entre Dos Fuegos, Historias de Ingenieros, narración, 2007*
- *Ventisca tu (des)amor, poesía, 2004*
- *Antologías:*
 - *Voces en el Fuego de la Palabra, 2010*
- *Bendito Sea tu Cuerpo, Antología Mundial de la Poesía Erótica, 2008*

Fransiles Gallardo Plasencia

Lima, 21 de Agosto 2006